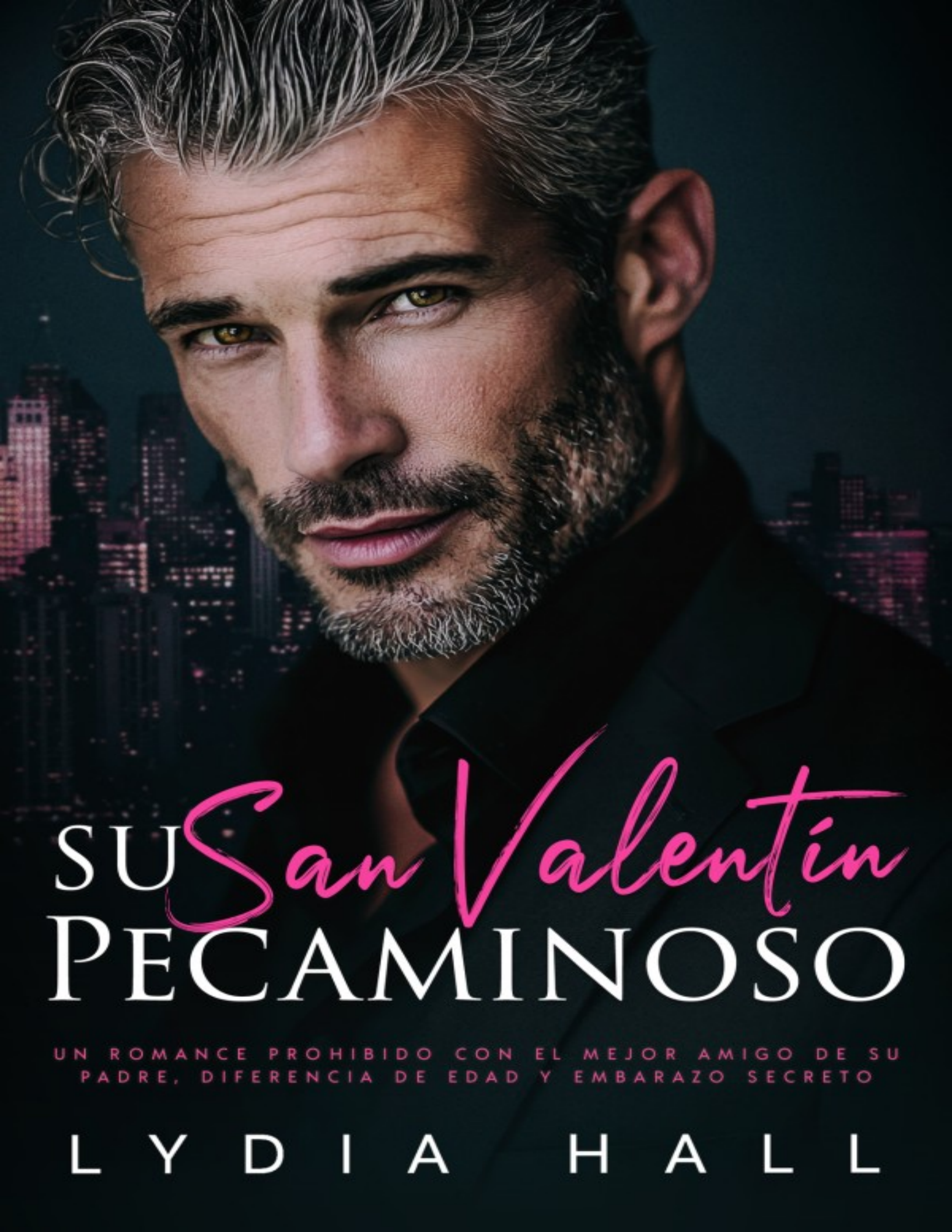


Su San Valentín Pecaminoso

UN ROMANCE PROHIBIDO CON EL MEJOR AMIGO DE SU PADRE, DIFERENCIA DE EDAD Y EMBARAZO SECRETO

LYDIA HALL

SU SAN VALENTÍN PECAMINOSO

LYDIA HALL

Copyright © 2026 de Lydia Hall

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en forma alguna ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito de la autora, a excepción del uso de breves citas en una reseña literaria.

Formateado con Vellum

ÍNDICE

Sinopsis

1. Lila
2. Gray
3. Lila
4. Gray
5. Lila
6. Gray
7. Lila
8. Gray
9. Lila
10. Gray
11. Lila
12. Gray
13. Lila
14. Gray
15. Lila
16. Gray
17. Lila
18. Gray
19. Lila
20. Gray
21. Lila
22. Gray
23. Lila
24. Gray
25. Lila
26. Gray
27. Lila
28. Gray
29. Lila
30. Gray

31. Lila
32. Gray
33. Lila
34. Gray
35. Lila
36. Gray
37. Lila
38. Gray
39. Lila
40. Gray

También por Lydia Hall

SINOPSIS

Lo perdí todo la noche que descubrí que el amor podía mentir.

A mi novio. Mi hogar. Mi lugar en mi propia familia.

Ya estaba destrozada

cuando me topé de bruces con el único hombre al que jamás podría desear:

el mejor amigo de mi padre.

Grayson Hale. Mayor. Intocable. Prohibido.

Un multimillonario que cree que el amor solo destruye.

Cuando lo salvo de una bebida envenenada en la noche de San Valentín,

me mira como si fuera la tentación envuelta en peligro.

Una noche prohibida después,

él lo llama un error…

y me deja recogiendo los pedazos.

Pero el destino es cruel.

Nos encierra bajo el mismo techo,

donde cada mirada duele

y cada silencio suplica.

Entonces estalla el escándalo.

Me llaman cazafortunas. Mentirosa. Un error.

Así que huyo…

antes de que pueda arrepentirse de haberme amado.

Solo que esta vez, San Valentín me deja un secreto creciendo en mi interior…

un latido cuya existencia él desconoce.

Ahora tiene que decidir:

¿fui su mayor escándalo

o el amor por el que siempre mereció la pena pecar?

Nota de la autora: *Un* romance prohibido, con diferencia de edad y cargado de emoción sobre el escándalo, la redención y un amor que se niega a permanecer oculto.

1

LILA

Colgué la llamada y me metí el móvil en el bolsillo del abrigo. Si pudiera retroceder en el tiempo a cuando los teléfonos fijos aún eran lo normal, colgar dando un portazo habría sido cien veces más satisfactorio.

Lo único que podía hacer era apretar los dientes y alegrarme de que la conversación hubiera terminado.

Negué con la cabeza e intenté concentrarme en llegar al piso que llamaba hogar. El ascensor volvía a estar estropeado, pero ni siquiera el ejercicio de subir los siete pisos hasta el apartamento que compartía con mi novio me ayudó a desahogar la rabia.

Adam no solía estar en casa. Era un estudiante universitario muy ocupado, igual que yo. Pero de verdad que esperaba que estuviera ahora. Porque me vendría bien un abrazo. Me vendría bien que alguien me escuchara y fuera mi paño de lágrimas.

Lo siento, Adam, por tener que quejarme otra vez de ella*.*

Nunca pedía nada. Odiaba la sensación de que alguien esperara algo de mí a cambio, porque lo había presenciado incontables veces.

Quizá podría ir al gimnasio.

Si no estaba en casa o estaba demasiado ocupado, podría encontrar otra forma de expulsar toda esta negatividad. Estaba segura de que él ya debía de estar harto de que le contara mis llamadas con mi madrastra, Vanessa, como la horrible que acababa de tener con ella.

Para eso se supone que está.

Se suponía que las parejas estaban ahí para apoyarse. Para escuchar cuando algo iba mal, para querer ayudar y consolar.

Pero últimamente ha estado distante.

Adam seguía siendo mi pareja, aunque no fuera el novio más reconfortante del mundo. Había gente que simplemente no era así, pero aun con todo, era un partidazo. Era guapo y de una familia muy influyente. Adinerado también, como mi padre, pero eso me parecía más bien una maldición. Por mucho que Adam dijera que me quería por quién era, me juzgaría si me viera por casa con algo cómodo e informal. Estaba demasiado acostumbrado a cuidar las apariencias como para relajarse de esa manera.

Vale. Deja de sacarle punta a todo. Estás dejando que Vanessa te amargue. Le importas. Eso es lo que cuenta.

Aunque habían pasado un par de meses desde que nuestros horarios coincidieron y pudimos acostarnos, normalmente casi me hacía llegar al orgasmo. Supongo que la intención es lo que cuenta, ¿no?

—Hola, Lila —me saludó un vecino al pasar.

Hice lo que pude por sonreír y lo saludé con la cabeza. —¿Qué tal, señor Silversmith? ¿Cómo está?

—Ah, no me quejo, no me quejo —rio entre dientes; era una de esas personas que siempre están de buen humor—. ¿Cómo has estado? Muy ocupada con los estudios, seguro.

—Ya te digo —repuse con alegría, esperando que no detectara el sarcasmo en mi respuesta.

Eran precisamente mis estudios lo que me había puesto de mal humor, al atreverme a plantarle cara a mi madrastra por ello.

Vanessa y yo nunca nos habíamos llevado bien, pero no porque yo no lo intentara. Simplemente, no éramos compatibles. Nuestras personalidades no encajaban y, una vez más, me pregunté cómo demonios mi padre había podido decidir que estaba lo bastante enamorado de ella como para casarse.

O quizá es que solo cree que lo está.

Con el día de San Valentín a la vuelta de la esquina, se suponía que el amor estaba en el aire. Últimamente, yo no paraba de darle vueltas, porque sospechaba que Adam podría pedirme matrimonio oficialmente en esa festividad tan cursi.

¿Y si acepto casarme con él sin poder quitarme esta sensación de encima?

Desde principios de año, no podía quitarme de la cabeza la sensación de no estar segura de si era mi alma gemela. El hombre de mi vida.

Llevábamos un año viviendo juntos, pero no sabía decir si el amor se suponía que era así. Mi padre se había casado con Vanessa, y desde luego ahí no parecía haber una unión romántica.

Desde luego, entre nosotras no hay ningún amor.

Vanessa parecía detestarme abiertamente.

Un piso más. Resoplé por el esfuerzo, pero seguía vibrando de rabia por haber hablado con ella antes.

Debería haber sabido que no era buena idea cogerle una llamada después de mi última clase de la tarde. Rara vez hablábamos, y era

lo mejor. Pero nadie podría acusarme de no intentar comunicarme con ella.

—Para lo que sirve... —murmuré para mis adentros.

No le había sentado nada bien que quisiera cambiar de carrera. Estudiar empresariales o asistir a clases para un MBA no era mi pasión. Llevaba meses investigando en secreto la posibilidad de cambiarme a enfermería. Antes de avanzar demasiado en mis estudios, quería asegurarme de que me estaba dedicando a una profesión que de verdad me gustase.

Según ella, no tendría que hacer nada. Ni trabajar. Como ella, se esperaría de mí que no fuera más que una esposa. Un segundo plato después de mi marido, como un trofeo. Porque eso era lo que hacían las mujeres de nuestro círculo social. Iban a la universidad solo para «aparentar» y no aportaban nada al mundo.

—Pero es *mi* vida la que yo dirijo —mascullé mientras sacaba las llaves del bolso.

Parecía que, cuando Vanessa se casó con mi padre, se había autoimpuesto la tarea de ser la directora de mi vida. Como mi padre se ausentaba a menudo por trabajo, ella asumió el papel sin más. Decidiendo qué podía ponerme. Qué podía tener. Qué podía comer. Hasta el punto de decidir a qué universidad podía ir y qué podía estudiar, porque ella, y no mi padre, era la encargada de la distribución de mi matrícula y mis fondos.

Entornando los ojos ante lo difícil que era meter la llave en la cerradura, me detuve para respirar hondo y cerrar los ojos un segundo.

Para ya. Respira un segundo. Así no puedes pensar con claridad.

Vanessa había dejado claro que mis opiniones nunca le importarían. Llevaba así los últimos diez años. Pero ¿cuánto más podría aguantar? ¿Tendría que soportar semestres de asignaturas que no

me interesaban en absoluto? ¿Era mi independencia una mera quimera?

—¿Por qué demonios no se abre? —refunfuñé. Por mucho que meneara la llave, el pomo no giraba. Incluso si no estuviera tan enfadada y distraída, abrir la puerta tenía su truco: había que girar la llave y el pomo a la vez.

Pero no había manera. —¿Qué...?

Tardíamente, me di cuenta de que había algo más que me lo impedía. Saqué la llave y busqué entre las otras del llavero la del cerrojo.

¿Por qué echarías el cerrojo a media tarde?

Habíamos oído que había habido algunos robos. Al fin y al cabo, eso pasa en la ciudad.

Tal vez solo está siendo precavido.

Metí la llave del cerrojo y giré la cerradura, y luego volví a intentar abrir la puerta. Girar la llave y el pomo a la vez funcionó.

Entré, deseando estar en casa para bajar la guardia.

Pero en cuanto entré, fue como si la vista me estuviera jugando una mala pasada.

Porque Adam estaba en casa. Estaba allí mismo, en la cocina, con los pantalones bajados hasta los tobillos mientras se colocaba detrás de mi hermanastra, Beatrice. Ella se inclinaba sobre la encimera de la isla, con el culo en pompa mientras él la embestía. Sus labios se abrieron en una *O* de sorpresa al verme.

Parpadeé una vez.

Dos.

Entumecida y clavada en el sitio, no pude hacer otra cosa que darme cuenta de que me estaba engañando con mi hermanastra.

—Córrete para mí, nena. Llegará a casa pronto —dijo, sin abrir los ojos mientras se esforzaba detrás de ella, follándosela sin pausa.

Dejé escapar un sonido, algo entre un jadeo y una tos.

Abrió los ojos, deteniéndose un segundo. Cuando su mirada de asombro se clavó en la mía, algo dentro de mí se activó.

Ya estaba enfadada con Vanessa.

¿Pero esto?

—¿Qué cojones? —grité.

—Oh, mierda —dijo Beatrice con una mueca.

—Lila. Espera. No. —Adam negó con la cabeza, sin salir de ella—. Eh. No. Esto no es lo que parece.

—¿Me estás jodiendo? —Di un paso atrás, mareada por esta nueva ola de furia que me invadió. El corazón me latía con fuerza al registrar una nueva amenaza. Otra amenaza de algo perturbador y terrible que me descolocaba. Un dolor sordo y punzante me llenó la cabeza. La respiración acelerada, con esa necesidad de correr, de luchar, de llorar y de estallar, me hizo temblar de nuevo por completo.

—¡Es exactamente lo que parece! Estás... Estás...

—Debería irme —dijo Beatrice mientras se apartaba de él. No había ni rastro de remordimiento en su cara. Levantó una mano para apartarse los mechones negros de la cara, pero parecía que agachaba la cabeza para ocultar una sonrisa de suficiencia mientras estiraba la otra mano hacia atrás para bajarse la falda.

—Tú... —No podía pensar. No podía hablar. Mi cerebro se ralentizó mientras luchaba por dejar de mirar a Adam—. ¿Con *ella*? —De todas las personas con las que podía engañarme, ¿tenía que ser mi hermanastra?

—No...

—Sí —grité—. Sí, lo estás. ¡He entrado y no puedes decirme lo que veo! ¡Veo que todavía la estás fo...! —Ni siquiera se había apartado de ella todavía, a pesar de que los había pillado con las manos en la masa en mitad del acto.

Ahora entendía por qué estaba echado el cerrojo. Estaban demasiado ocupados para oír el chasquido al abrir. Retrocedí, como si quisiera distanciarme de la traición que se desarrollaba ante mis ojos, retirándome involuntariamente.

—No es... —Adam hizo una mueca cuando Beatrice se incorporó y se apartó de él. Le puso la mano en la cintura—. Espera. No te vayas.

Vibrando de rabia, gruñí y deseé poder pegarle. —¿Le estás diciendo a *ella* que espere? ¿Para que podáis terminar? —Solté una risa incrédula, sintiéndome desconcertada y totalmente descolocada por el shock—. Porque adelante... —Hice una reverencia y extendí los brazos como si les hiciera una reverencia real—. ¡Seguid!

—Lila, no es...

Apreté los dientes y cerré los ojos con fuerza. No podía soportarlo. Me negaba a escucharlo intentar decirme qué era o qué no era algo. Los vi. Los oí. No podía mentir y manipular para salir de esta.

Una cosa era ser manipulada por mi madrastra sobre mi futuro. Que me dijeran que renunciara a lo que *yo* quería hacer con mi vida.

Otra cosa era que mi novio me engañara para que viera esto como algo que no fuera una infidelidad con mi hermanastra.

—Que os jodan. Que os jodan a los *dos*. —Me di la vuelta y corrí hacia el dormitorio, dando un portazo una vez dentro.

Oh, joder.

Oh, Dios mío.

¡Oh, Dios mío*!*

Parpadeé rápidamente, sintiendo como si hubiera corrido otra maratón. La ira me recorrió el cuerpo, despertando en mí el instinto de lucha o huida.

Pero no había nada por lo que luchar. No con él. No importaba lo que dijera, hiciera o intentara, nada borraría el recuerdo de lo que acababa de ver. Había terminado. Tan terminado que no podía ver más allá del hecho de que este era el final de lo nuestro.

Abrí los ojos mientras mi pecho subía y bajaba. Las respiraciones profundas apenas me ayudaban. Porque al ver la cama —la que había estado compartiendo con Adam durante el último año—, me encogí de asco.

¿Cuánto tiempo llevaba pasando esto?

¿Es por eso por lo que ha estado tan distante conmigo últimamente?

¿Por qué?

¿En serio?

¿Acostándose con mi hermanastra?

La necesidad de salir de aquí era la única fuerza a la que podía aferrarme.

Se acabó, porque no había vuelta atrás.

—Llueve sobre mojado —susurré acaloradamente, corriendo hacia el armario para coger mis cosas.

Me largaba de allí. La ira y la furia teñían mis pensamientos y filtraban mi visión, pero era imposible que me quedara. No con un infiel. No con una hermana cruel, la hija de una mujer de la que no soportaba oír ni una palabra más.

Volví a negar con la cabeza y contuve las lágrimas. No lloraría por él. Me negaba a dejarle tener ese poder sobre mí. Eran lágrimas de rabia, calientes y pesadas si las dejaba caer.

No voy a llorar por ti.

Sorbí por la nariz, tan enfadada que no pensé en lo que estaba sacando de los cajones o de las perchas. Pasando de largo la ropa de diseño que nunca quería tocar, recogí a ciegas mis sudaderas anchas y mis vaqueros, las camisetas de grupos retro y los pijamas cómodos. Un puñado de bragas y sujetadores bastaría. Apenas importaba mi aspecto o lo que tuviera. Lo único importante era que me largara de aquí y me alejara de ellos.

Alejarme de todos ellos.

De Adam, que no me quería, pero me engañaba.

De Beatrice, que no me apoyaba, pero me quitaba a mi hombre.

De Vanessa, que no me escuchaba, pero me menospreciaba por ser difícil.

A la mierda con vosotros.

—Lila, ¿qué estás haciendo? —Adam entró en la habitación, de pie al otro lado de la cama.

Apreté los dientes y me negué a mirarlo; nunca más. —Me voy.

—Se ha ido. —Se aclaró la garganta—. Bea se ha ido.

Solté una risa amarga. Eso no lo disculpaba. Eso no cambiaba absolutamente nada.

—Lila. Para. ¿Qué estás haciendo? Entiendo que estés disgustada, pero...

Su tono condescendiente fue la gota que colmó el vaso. —No estoy *disgustada*. Estoy furiosa, y he terminado contigo.

—Vale, lo pillo. Estás enfadada, pero en serio. ¿Adónde crees que vas a ir?

Me quedé helada, deteniéndome a mitad de cerrar la cremallera de la bolsa del portátil. Mi bolsa de lona con ropa se balanceó detrás de mí, golpeando la parte posterior de mi muslo mientras permanecía de pie, de espaldas a él.

No había llegado tan lejos.

Solo había podido obedecer la necesidad de dejarlo. De salir de allí. Cualquier otro lugar tenía que ser mejor. Pero no funcionaba a pleno rendimiento con el shock consumiéndome.

No podía volver a «casa», donde vivía Vanessa. Enfrentarme a ella *no* era una opción. Era la última persona con la que quería hablar. Probablemente ni siquiera me dejaría entrar. Beatrice también estaría allí, y desde luego había tenido más que suficiente de ella para toda una vida.

—Cálmate un minuto —me instó Adam, como si estuviera siendo difícil sin motivo. Como si *yo* fuera la que se comportaba de forma extraña.

—Que te jodan. —Me erguí por completo y me colgué la bolsa del portátil en el otro hombro. Atreviéndome a enfrentarme a él ahora, lo fulminé con toda la ira que me hacía arder así—. No me voy a *calmar* ante el hecho de que me has estado engañando con mi hermanastra. Me voy.

—Estás cometiendo un error. —Tuvo la audacia de sonreír. De *sonreír* mientras se burlaba de mí con esa respuesta. Siguiéndome fuera del dormitorio, se rio—. Vas a cometer un error enorme si no me escuchas. No tienes adónde ir.

Tal vez tenía razón. Pero también estaba muy equivocado.

—No tengo por qué quedarme aquí *contigo*. —Sin volver a mirar atrás, me dirigí a grandes zancadas hacia la puerta y salí de su vida.

Para siempre.

Por última vez.

No pude cerrar la puerta de un portazo. Al igual que la satisfacción de colgar el teléfono con fuerza, me faltó la fuerza para cerrar la puerta con violencia en su cara.

Las bolsas me pesaban. Chocaban entre sí sin sincronía mientras me apresuraba por el mismo pasillo por el que acababa de subir.

Era un engorro, pero la necesidad de huir me empujaba a alejarme a toda prisa.

Muy lejos.

No sabía adónde podía ir ahora, pero estaba decidida a encontrar una solución.

Tenía que hacerlo.

—Maldita sea si dejo que este puto desastre siga siendo mi vida —me prometí a mí misma mientras llegaba a las escaleras.

2

GRAY

No había señal más clara de que estaba desconectando de esta cena benéfica que el hecho de estar aquí sentado, navegando con el móvil.

Estas cenas obligatorias solían ser compromisos que tenía que soportar antes de las fiestas. A finales de año, un sinfín de celebraciones abarrotaban mi agenda. Esas reuniones anuales a las que me invitaban con la esperanza de que donara grandes sumas a diversas causas. Nunca me importaron, pero intentaba asistir a ellas por el bien de hacer contactos y mantenerme al tanto de quién era quién en los negocios.

Ahora, era la misma historia de siempre. Llevaba el tiempo suficiente en esto como para saber quién importaba.

Había convertido mi cartera inmobiliaria en el imperio multimillonario que era gracias a esa actitud de hacer contactos e involucrarme con la flor y nata de la sociedad. No siempre se trataba de lo que sabías, sino más bien de a quién conocías. Empezando desde cero y ahora más rico de lo que jamás podría haber imaginado, sabía que dedicar tiempo a cenas como esta era obligatorio.

O quizá no.

No estaba intentando alcanzar nuevas cimas.

Tenía más dinero del que podría gastar en toda una vida.

Contribuir y encontrar organizaciones benéficas que merecieran la pena para gastar el dinero era otra de las razones por las que aguantaba este tipo de cenas.

Como la de esta noche.

Fruncí el ceño y eché un vistazo al salón de baile.

Esta es por la educación, ¿verdad?

Todas estas obras benéficas habían empezado a parecerme exactamente iguales.

No, creo que intentan construir otro hospital infantil.

Enviar mensajes durante un discurso no era elegante, pero, qué demonios, estaba harto de este tinglado.

Terminé de navegar con el móvil y pasé a los mensajes de texto.

Gray: **Esta cena es por un nuevo hospital infantil, ¿verdad?**

Emerson: **No. Presta atención.**

Había muy pocas personas que pudieran permitirse el lujo de decirme que prestara atención. Una de ellas era mi asistente y buen amigo, Emerson. Aquel hombre meticuloso y a la vez sarcástico lo sabía todo sobre mí y era la razón por la que yo podía hacer tantas cosas durante el día. O la noche. A menudo dejaba que mis negocios se prolongaran hasta altas horas de la noche. Cuando yo estaba al pie del cañón, él también.

Emerson era quien solía responder a las invitaciones de cenas como esta. Donaba a tantas causas que ya había perdido la cuenta.

Emerson: **Esta cena es por un centro de terapia de rehabilitación para soldados heridos.**

Enarqué las cejas y miré a los demás presentes. Normalmente, cuando se trataba de algo relacionado con los veteranos, había más militares distinguidos.

Gray: **¿Estás seguro?**

Emerson: **Olvida eso**

Emerson: **Fallo mío**

Emerson: **Esa es la gala a la que acabo de confirmar asistencia en la oficina. El mes que viene estarás en un acto benéfico de terapia para soldados heridos.**

Emerson: **La cena a la que se supone que debes prestar atención esta noche y por la que estás de mal humor es para financiar una organización sin ánimo de lucro que se centra en las víctimas de la trata de personas.**

Suspiré y me froté la nuca. *También una causa digna.*

No apostaba ni invertía mi dinero en nada arriesgado. No necesitaba amasar más riqueza con nuevas inversiones, y nunca me interesó invertir en nada demasiado político.

Pero así funcionaban estas organizaciones benéficas. Organizar una cena por todo lo alto y embolsarse las donaciones. Yo preferiría simplemente extender un cheque. No, en realidad, desearía que los otros invitados aquí presentes fueran dignos de mi tiempo.

Emerson: **¿Ya estás intentando irte?**

Me conocía demasiado bien. Las fiestas no eran lo mío.

Gray: **Quizá.**

Sin embargo, si me marchaba de esta cena y me escapaba, en realidad no tendría nada que me metiera prisa. Mi ático estaba vacío y era aburrido. Supongo que podría conducir hasta mi casa del lago, pero tardaría un rato con la nevada atascando la ciudad.

Emerson: **¿Has hablado ya con el director de la organización benéfica?**

Gray: **Por supuesto que sí.**

Como a menudo me cansaba prematuramente de este tipo de cenas, me aseguraba de hablar con el coordinador principal lo antes posible para quitármelo de en medio cuanto antes.

Y como a menudo me hartaba de las cazafortunas y las mujeres oportunistas que podían estar aquí como acompañantes de otros invitados, normalmente intentaba encontrar una amable pareja de ancianos con la que sentarme a charlar para parecer ocupado y no disponible para que ninguna mujer entablara conversación conmigo.

A pesar de mis esfuerzos, estaba atrapado en una mesa con una mujer que prácticamente intentaba sentárseme en el regazo.

Emerson: **¿Tan mal está la cosa?**

Gray: **Tan mal que estoy pensando en hablar solo en otro idioma y fingir que no soy angloparlante nativo.**

Emerson: **Tan mal, ¿eh? ¿Quién es?**

Me conocía condenadamente bien. Ni siquiera tuvo que preguntar si era una mujer la que me hacía desear irme. Como estaba en un lugar público, reprimí el impulso de poner los ojos en blanco.

Gray: **No lo sé. Y no me importa.**

Todas eran iguales, mujeres sin nombre que venían a este tipo de eventos porque sabían que podían encontrar a un multimillonario al que pescar. Estafadoras que pensaban que podían usar su encanto seductor como un plan para hacerse ricas rápidamente.

Y sucedió.

Una vez que la mayoría de los invitados llegaron esta noche, fui testigo de cómo un par de mujeres se acercaban a amigos míos solteros. Antes incluso de que se sirviera el primer plato, vi cómo la

novia de un hombre se escabullía en el baño de hombres para cambiarlo por un *sugar daddy* más viejo. Ignoré los sonidos que hacía al practicarle sexo oral en un cubículo del baño mientras me lavaba las manos, acostumbrado a este tipo de rarezas.

El dinero mueve el mundo.

Pero eso nunca significaría que una mujer debiera mirarme y verme como una cuenta bancaria si le permitía montarse en mi polla.

Especialmente esta.

Sentada a mi izquierda, volvió a suspirar dramáticamente. De alguna manera, pensó que exhalar así, entrecortadamente, disimularía cómo había abierto más las piernas, todo para rozar su rodilla contra la mía una vez más.

Me aparté de ella.

Era guapísima, de la manera refinada y pulida en que lo eran el resto de las mujeres de aquí. Un vestido de diseño cubría su cuerpo, dejando mucho a la imaginación con el escote pronunciado que mostraba sus tetas operadas. La alta abertura de la tela permitía ver más que de sobra su muslo tonificado, sin duda otro lugar de cirugía estética.

Unas tenues líneas se atrevían a asomar en su rostro, demostrando que era fan de mejorar su aspecto superficial tan a menudo como podía. El maquillaje le cubría el rostro, presentando la imagen de algo demasiado brillante, demasiado artificial y demasiado gastado para ser tentador.

Traté de no sonreír con suficiencia, preguntándome si alguien alguna vez le haría a esta mujer el favor de decirle que, a veces, menos es más. Si tuviera que adivinar, diría que su edad se acercaba más a la mía que no. Estar en la cuarentena y seguir en la carrera de ratas de intentar pescar a un hombre como yo significaba que tenía mucho mundo a sus espaldas, y algo más.

En otras palabras... paso.

—¿Qué tal si vamos a por otra copa? —preguntó, bajando la mirada para adoptar esa ensayada expresión tímida.

Santo cielo.

Supuse que merecía reconocimiento; no por mi parte. Estaba acostumbrada a este numerito, a ser directa y a tomar la audaz iniciativa de ser tan clara. A los hombres a veces les gustaba eso. A mí, sin embargo, no.

Estaba harto de que las mujeres se me acercaran y me suplicaran o se abrieran paso en mi vida con artimañas. Esta no se rendía, flirteaba conmigo y hacía firmemente todo lo que podía para seducirme mientras estábamos sentados en esta mesa durante el discurso.

No va a funcionar.

—No, gracias —le dije secamente.

Era demasiado mayor y estaba demasiado usada. Demasiado experimentada y no me ofrecía nada que no pudiera conseguir con cualquier otra cazafortunas de aquí. Si cediera solo para rascar un picor con ella, no sería interesante estar en la cama juntos.

Demonios, ha pasado mucho tiempo.

No podía recordar la última vez que una mujer había captado genuinamente mi atención. Sin embargo, eso no era una dificultad. Porque cuantas menos mujeres permitiera en mi vida, más cuerdo estaría. Nunca volvería a confiar en una mujer, no después de aquellas con las que había tenido la desgracia de toparme y que me engañaron haciéndome pensar que me querían a *mí*, no la riqueza que representaba.

Hannah casi consiguió quitarme mi dinero.

Paulina intentó atraparme con un bombo cortando un preservativo.

Camille había intentado hacer ambas cosas, obligándome a financiar su estilo de vida *y* engañándome para que creyera que la había dejado embarazada.

Esas eran las ex que primero me venían a la mente cuando me preguntaba si la soledad de ser soltero merecía la pena.

Y esas eran las ex que me recordaban que sí, que era mejor así.

—Qué tal si—

Me moví en mi asiento, girándome para encararla más de lleno. Se interrumpió a media frase, alzando los labios en una tímida sonrisa de victoria. Podía seguir y asumir que por fin había conseguido mi atención. La tenía, sí, para decirle que se olvidara del tema.

—No voy a acostarme con usted.

Fue una declaración brusca, sin emociones y cien por cien cierta.

Mantuvo la sonrisa un instante más de lo que esperaba. —¿Quién ha dicho nada de *acostarse*?

—No voy a follar con usted.

Ahí está. Eso debería cubrir todas las posibilidades.

Ahora su expresión se desmoronó.

—¿Alguna pregunta?

Sus labios se torcieron hacia abajo mientras fruncía el ceño. —¿Alguna pregunta? —repitió.

Arqueé una ceja. *Por favor, no me hagas deletreártelo. Déjame en paz para que pueda hacer tiempo hasta que pueda irme sin llamar la atención.*

Pareciendo captar la indirecta de que no estaba interesado, se aclaró la garganta y soltó una respiración menos dramática. Casi sonó a

derrota, pero luego esbozó otra sonrisa esperanzada, aunque esta vez sin la dulzura. —Entonces, ¿consideraría donar a—?

—Y esa es mi señal para irme. —Puse los ojos en blanco mientras me levantaba.

A la mierda con esto.

Llegué. Vi. Conquisté la conversación con el coordinador y prometí mi donación.

Eso era suficiente para mí. Si alguien me veía salir un poco antes de tiempo y quería cotillear sobre mi reticencia a socializar en estos saraos, me daba igual.

Mientras me alejaba de la mesa, busqué con la mirada al hombre mayor que organizaba este acto benéfico. Se dio cuenta de que estaba de pie mientras el orador invitado seguía con su perorata.

Sonreí, y él asintió con la cabeza mientras yo salía del salón de baile.

Ahí está. Hecho. Encantado de hacer «negocios» con usted.

No dejé que nadie me detuviera al salir. Nadie interfirió en mi partida anticipada, pero no fue hasta que estuve fuera, respirando el aire helado, que me relajé.

De camino al aparcacoches, mi móvil vibró.

Emerson: **¿Sigues ahí?**

Gray: **Me voy ahora.**

Emerson: **Al menos no es un récord.**

Solté una risa irónica. —Qué gracioso —murmuré.

No me sentiría ofendido si alguien hablara de lo antisocial que me había vuelto con la edad.

Probablemente podría haberme quedado un poco más después de decirle que no a esa mujer. Pero algo en aquello me irritó

demasiado. El descaro de pedirle dinero a un extraño sin más. No estaba preguntando por una donación benéfica, sino por algo para ella. Y no era la primera vez que sucedía.

Mientras esperaba mi coche, solté otro largo suspiro y miré hacia el cielo nocturno.

Mi móvil vibró de nuevo.

Emerson: **¿Me atrevo a preguntar si te vas solo?**

Sonreí con suficiencia y tecleé una respuesta rápida.

Gray: **¿Me atrevo a preguntar si de verdad te lo estás preguntando?**

Emerson: **Solo es curiosidad.**

Podía tener toda la curiosidad que quisiera.

Mi coche llegó y disfruté del calor del interior mientras me subía para conducir a casa. Emerson era mi fiel asistente y podía darle vueltas a cuándo podría llevar a una mujer a casa conmigo después de estas cenas y galas. Pero dudaba que eso fuera a suceder.

Como si existiera una mujer que no fuera codiciosa hasta la médula de sus huesos.

Como si alguna vez fuera a encontrar a alguien que quisiera conocerme a mí, y no el estado de mi cartera o mi riqueza.

Negué ligeramente con la cabeza mientras conducía, dejando que el borrón familiar del paisaje urbano me adormeciera de la soledad. A veces, me pesaba lo solitaria que podía ser la vida. Pero otras veces, era un cómodo remanso de paz.

Nunca le desearía a nadie la miseria y el dolor de cabeza de tratar con una persona codiciosa.

Sin embargo, esta inquietud se aferró a mí cuando llegué a mi edificio. En piloto automático, subí a mi planta. Mientras me

deshacía la corbata en el ascensor, me preparé para el hogar estéril y silencioso que me daría la bienvenida.

Nadie me estaría esperando; no tenía personal de servicio allí todo el tiempo.

Solo estaría yo; tampoco había mascotas que rompieran la monotonía.

Las puertas se abrieron directamente a mi ático y solté un profundo suspiro ante la familiar, y aburrida, residencia que me saludó.

—Hogar, dulce hogar —dije para mí con sorna, sintiendo que era la broma más grande del mundo.

Haciendo una pausa en el vestíbulo de mi planta, recogí el correo que Emerson había subido antes de bajar a su piso por la noche. Hojear las cartas apenas mantuvo mi interés.

Hasta el último sobre.

—¿Otra más? —cavilé sobre el sobre con borde rojo.

Lo abrí de un tirón, sin sorprenderme cuando otra invitación a un evento benéfico apareció detallada en el papel. Esta era para una subasta silenciosa de San Valentín para recaudar fondos para las personas sin hogar.

Aunque era una tarea extra ofrecerme voluntario para que me subastaran en estas cosas, sabía la cantidad de dinero que recaudaban.

Suspiré, pensando que le diría a Emerson que confirmara la asistencia mañana. Él podría planificar con antelación para «amañarlo» de modo que alguna dulce ancianita me «comprara» en una subasta.

Mi deseo de donar a organizaciones benéficas nunca se desvanecería, pero ni de coña iba a ponerme en venta de esa

manera para que las mujeres codiciosas tuvieran una oportunidad conmigo para una maldita cita de San Valentín.

Mi corazón estaba cerrado a cal y canto, sin importar si la infame festividad del amor estaba a la vuelta de la esquina o no.

3

LILA

El móvil sonó en el bolsillo de mi sudadera, pero no podía cogerlo mientras hacía malabares con las bolsas. La bolsa de lona se me resbaló hacia delante mientras la correa de la del portátil se me caía hasta el codo. El bolso casi se me cayó a la acera, delante del edificio.

Aunque el suelo estaba mojado por la nieve, dejé a mis pies la base, con suerte impermeable, de mi bolsa de tela.

Desesperada por coger el móvil, gruñí por el lío.

Si era Vanessa la que me llamaba otra vez, me iba a cabrear.

Si era Adam enviándome un mensaje para que volviera a subir, me pondría furiosa.

Si era Beatrice la que contactaba conmigo, sentiría la tentación de tirar el móvil a la carretera.

Pero estaba impaciente por ver quién intentaba localizarme porque podría ser mi padre.

Llevaba semanas fuera, en Dubái, por trabajo, y odiaba lo difícil que era contactar con él. Durante toda mi vida, a menudo había estado

fuera por su carrera, la de un inversor decidido y de éxito. Sin embargo, esta noche, de entre todas, de verdad quería tener a alguien de mi parte. Pasara lo que pasara, él siempre me apoyaría. Estaba desesperada por oír su voz después de aquella horrible discusión con Vanessa, en la que me dijo que me aguantara y me quedara en el programa en el que estaba. Esperaba oír las palabras reconfortantes de mi padre después de haber pillado a Adam y Beatrice juntos.

Pero nunca quise estresarlo. Quejarme no era una opción. Poder decirle a alguien que estaba teniendo un mal día sería un buen comienzo con él, y le importaría.

Sin embargo, no era él. No era mi padre quien me devolvía la llamada.

—Maldita sea.

Se me encogió el corazón.

Solo había vibrado por la notificación de un correo reenviado de una de mis compañeras de clase, Darcy.

Ahora mismo no estaba de humor para preocuparme por trabajos de la universidad. Especialmente después de que Vanessa me lo pusiera tan difícil por querer cambiar de carrera. Ella había zanjado esa conversación con la última palabra, por supuesto, y fue una cruel afirmación al decirme que era una consentida y una malcriada que no apreciaba lo que le habían dado en la vida.

Lo cual no era cierto. Estaba contenta de ir a la universidad. Solo quería hacer algo que valiera la pena con mi tiempo y cuidar de la gente, no fingir ser una mujer de negocios.

Estaba agradecida por todo lo que mi padre me proporcionaba, y era *su* dinero, ya que Vanessa nunca había aportado nada.

Suspirando profundamente, parpadeé mientras la nieve ligera me tocaba la cara.

No podía quedarme aquí toda la noche con la que se avecinaba, y no estaba segura de cómo podría conseguir una habitación de hotel con Vanessa siempre rastreando para qué usaba mis tarjetas.

Tampoco era momento de quedarse mirando el móvil.

Pero, aun así, leí por encima el correo de Darcy. Era casi como si mi cerebro necesitara aferrarse a algo irrelevante, con lo rápido que estaba cambiando mi vida después de que Adam me engañara.

Darcy solo enviaba algo sobre una conferencia que se acercaba, algo que pensaba que sería divertido. Escapar sonaba a buen plan, pero, de nuevo, no era como si pudiera coger un avión y desaparecer. Vanessa lo sabría.

Sin embargo, ver el nombre de Darcy me dio un poco de esperanza. No éramos las mejores amigas, pero era una buena persona. Parlanchina y amable. Adicta al café y deseando poder tener «otro» año sabático en lugar de estar en la ciudad y en clase.

También parecía generosa, ofreciéndose a organizar noches de estudio en su casa adosada, en la que vivía con otras compañeras para que el alquiler fuera asequible.

No tengo adónde ir.

Y ella siempre ha sido amable.

Seguro que podría quedarme en su sofá hasta que decida cuál es mi siguiente paso.

No dudé en llamarla y preguntarle. Sin necesidad de más detalles sobre lo que estaba pasando, me dijo que fuera. —Claro. Todas las habitaciones están ocupadas, pero puedes quedarte con el sofá.

—¿En serio? Te lo agradecería mucho, Darcy.

—Sí, sin problema. Sabes la dirección, ¿verdad? Porque estoy viendo un tutorial para un problema de trigonometría y tengo que darme

prisa para terminar este trabajo antes de ir a trabajar. En... joder, cinco minutos. ¡Tengo que irme!

Asentí, sintiéndome como una idiota porque no podía verme. —Sí, recuerdo la dirección. Gracias.

—Annie está aquí. Puede que un par más estén entrando y saliendo. Pero Annie te abrirá y te ayudará a instalarte.

Casi sonreí de alivio. Que Darcy me ofreciera su sofá era un regalo del cielo, y juré en silencio que se lo compensaría.

De alguna manera.

No tenía dinero propio. Todo estaba vinculado a las cuentas de mi padre. Cuando mi madre falleció en mi décimo cumpleaños, su dinero para mí se destinó a un fideicomiso al que no podría acceder hasta que me graduara de la universidad. Mi deseo de estudiar enfermería se debía a ella. Después de su accidente y la consiguiente infección que la debilitó durante la terapia, les cogí cariño a las amables enfermeras y terapeutas que ayudaron a que el resto de su vida, demasiado corta, fuera agradable.

Pero las cosas tenían que cambiar. No podía limitarme a hacer lo que Vanessa ordenaba. No iba a desperdiciar mi vida en una carrera para la que no sentía vocación.

No iba a volver a vivir con Adam.

Empecé en ese mismo instante, caminando por la acera, decidida a no volver nunca más.

Si eso significa cortar lazos con Vanessa, pues bien.

Si eso significa conseguir un trabajo y abrirme camino en la vida, pues bien.

Afortunadamente, llegué a la casa de Darcy antes de que la nieve arreciara.

—Justo a tiempo —dijo Annie después de dejarme entrar y mostrarme el sofá en el que podía dormir—. Ahora está nevando a cántaros ahí fuera.

Asentí. —Eso parece. —La casa no era gran cosa. Las chicas la habían decorado como lo harían seis universitarias, con cosas de segunda mano que no pegaban entre sí, pero era un refugio. La calefacción no estaba muy alta, probablemente para mantener las facturas bajas, pero podría sobrevivir. Aunque sí que vi el vaho de mi aliento con cada exhalación profunda.

—Entonces, ¿qué ha pasado? —Enarcó una ceja—. Pensaba que en clase de Economía estabas diciendo que tu chico estaba a punto de pedirte matrimonio.

Me senté y me tapé la cara con las manos. —Eso pensaba yo también. —Fue Vanessa quien me presentó a Adam, ya que su familia conocía a la de ella. Había insinuado casi desde el principio que seríamos una pareja para siempre—. Pero cuando lo he visto tirándose a mi hermanastra en la cocina hace una hora, he decidido romper con él.

—¡No! —Abrió mucho los ojos—. ¡Joder! Qué fuerte.

Asentí.

Pero ¿lo es? Estaba enfadada. Estaba decepcionada. Estaba dolida. Pero ¿esos sentimientos eran más por el acto de traición que por el hecho de que pudiera tener el corazón roto?

—Los has pillado en pleno acto y… —Resopló, con los ojos muy abiertos por la sorpresa—. *Joder*, tía.

—Sí. —No sabía qué más decir. Annie no era una amiga tan cercana como Darcy, e incluso ella era más bien alguien que conocía de la universidad que una amiga de toda la vida. Hablar de cómo había descubierto que Adam me engañaba me hacía sentir vulnerable. No me gustaba ser el centro de atención, y esta confesión era una forma clara de serlo. Que me compadecieran también me irritaba.

Sentaba bien contarle a alguien lo que había pasado. Pero entrar en más detalles, como Annie parecía estar esperando, era incómodo.

—Ni siquiera lo he procesado. Es… tan surrealista. Como si esta no fuera *mi* vida desmoronándose.

Me dio una palmadita en la rodilla. —Oye, tómate tu tiempo. Respira. Puedes dormir aquí hasta que tengas un plan. De hecho, no decidas nada todavía. Deberías venirte de bares con nosotras esta noche. Ni se te ocurra pensar en ese capullo infiel.

¿De bares? Bah. Para empezar, no era muy de beber. Pero el concepto de anestesiar la situación con alcohol sí que me atraía. Solo por esta noche.

¿Por qué no?

No era como si tuviera que rendirle cuentas a Adam y explicarle que me había ido de bares. No era como si Vanessa fuera a saberlo. A ella nunca le había gustado la idea de que yo fuera por ahí «de suelta» y no estuviera con Adam.

Antes de que pudiera responder a Annie, sonó mi teléfono. Esta vez, tuve suerte. El corazón se me aceleró y casi sonreí al ver la notificación en la pantalla. —Oye, tengo que coger esto. Es mi padre y hace tiempo que no consigo hablar con él.

Se levantó y se alejó. —Guay. Guay. Te dejo a lo tuyo.

Después de que se fuera del salón, contesté. —Hola, papá.

—Hola, mi vida —respondió, usando el mismo apelativo cariñoso que me había dado desde que era una niña—. ¿Cómo estás?

El simple hecho de oír su voz feliz —aunque la llamada no era clara y la cobertura ya fallaba— casi me hizo llorar de alivio. La familiaridad de su amable saludo casi lo consigue. Con el día que había tenido, necesitaba saber que a alguien en este mundo le importaba. Él estaba en la otra punta del mundo, pero sabía que, estuviera donde estuviera, se preocuparía.

—Oh, papá. —Tragué saliva para que no pensara que algo iba mal. De repente, reprimí las ganas de llorar o de contarle algo.

Trabajaba muy duro para mantenerme. Siempre se había desvivido por hacerme feliz y sentirme completa. Desde que mi madre murió, se propuso no verme nunca disgustada. Por eso, sabía que no podía ser sincera con él. No quería disgustarlo porque yo estuviera en este bache.

—Eh… —No quería mentirle del todo, pero quería evitarle la preocupación—. Ha sido un día largo.

—Sé a qué te refieres. Ha sido un mes largo —dijo con una risa irónica—. Este proyecto es un infierno.

—No te estreses demasiado.

—Lo sé, lo sé. —Suspiró—. Me alegro de que tengas a Vanessa cuidando de ti en casa.

Me encogí. *No exactamente.* Pero ¿cómo podía decírselo? ¿Cómo podía aprovechar esta oportunidad para explicarle que su segunda esposa no me estaba cuidando en absoluto?

—Y me alegro mucho de que Adam esté siempre ahí para ti en estos días largos —añadió—. Agradezco no tener que preocuparme nunca de que estés sola en este mundo.

Ja. Eh, sobre eso…

Se me hizo un nudo en el estómago por lo equivocado que estaba. Este no sería el momento ni el lugar para informarle de lo incorrecto que era su pensamiento.

—Ojalá pudiéramos hablar más, pero con la diferencia horaria, tengo que irme, mi vida.

Fruncí el ceño, odiando que esto fuera todo. Solo una pequeña charla llena de medias verdades y trivialidades.

Muchas otras cosas esperaban en mi boca para salir a borbotones. Como mi confesión sobre cómo quería cambiar mi carrera a enfermería, pero Vanessa pensaba que eso estaba «por debajo» de alguien de esta familia, solo un trabajo ordinario para la gente común.

Ojalá pudiera soltar la admisión de que Adam no estaba aquí para mí y nunca más lo estaría porque rompí con él en el acto cuando lo pillé tirándose a mi hermanastra.

Me sentía tan sola. Tan abatida.

Más que nada, más que contarle todo lo que me pesaba en el corazón, deseaba poder abrazarlo y llorar en su hombro por lo mierda que era la vida.

Pero no lo hice.

—Te quiero, Lila. Y estoy deseando volver a casa y ponernos al día.

Las lágrimas amenazaron de nuevo. —Yo también te quiero…

Sonaron unos pitidos, indicando que la llamada ya había terminado. Se había cortado. Aunque era algo habitual dondequiera que estuviera, odiaba la distancia. Este aislamiento. Esta desesperación por poder abrazar y vivir mi vida plenamente como yo quería: haciendo algo que me importara y con alguien fiel y cariñoso a mi lado.

Solté un profundo suspiro y bajé el móvil.

Annie cruzó la habitación, caminando de puntillas de forma teatral y bajo la impresión de que tenía que estar en silencio mientras yo hablaba por teléfono.

—Se ha cortado.

Se detuvo y me miró, haciendo una mueca. —Lo siento.

Me encogí de hombros. —Pasa. —Soltando un profundo suspiro, miré la pantalla y vi la lista de notificaciones de llamadas perdidas y

mensajes. Entre Vanessa y Adam, habían estado acribillando mi teléfono mientras venía hacia aquí.

A la mierda. Silencié todas las notificaciones y apagué el dispositivo.
—¿Todavía salís esta noche?

Beber no iba a solucionar nada, pero quizá por esta noche, no intentar pensar en una solución podría resetearme y ponerme en otro estado de ánimo.

—Sí, tía. Salimos. ¿Te apuntas?

—Me apunto.

Porque no iba a quedarme aquí lamentándome en un sofá.

Una sola noche ignorando lo mucho que apestaba la vida *era* inmaduro e irresponsable.

Pero era exactamente lo que necesitaba, y no había nadie aquí para decirme lo que podía o no podía hacer al respecto.

4

GRAY

Tras una larga mañana de reuniones y llamadas, estaba seguro de que mi próximo negocio iría bien. Ese tipo de satisfacción no se podía comparar con ninguna otra victoria a la que pudiera aspirar. Y se notaba.

—Estás de buen humor.

Miré a Emerson, que estaba sentado en la silla a un lado de mi despacho. —Lo estoy.

—¿De verdad crees que es una buena jugada? —preguntó.

Aunque me conocía mejor que la mayoría, y se sentía lo bastante cómodo con nuestra relación profesional y de amistad como para cuestionarme, no me lo preguntaba para mantenerme a raya. Debía de sentir curiosidad por lo que estaba planeando, por expandirme a esa esfera más internacional del sector inmobiliario.

—Ya descubriré si lo es —repliqué—. Y a propósito de eso… —Fui a sentarme a mi escritorio y cogí el móvil. Hacía tiempo que no me ponía en contacto con uno de mis amigos más antiguos. Marcus Bennett había empezado su carrera más o menos al mismo tiempo que yo. Él se había dedicado a la inversión y yo me había quedado

en el sector inmobiliario. Sin embargo, a veces podíamos contar con el consejo del otro cuando nuestros respectivos campos se solapaban.

Puedo pedirle su opinión sobre esta idea mía. Puede que tenga alguna perspectiva interesante.

Mientras buscaba su nombre en mis contactos, me di cuenta de que había pasado más tiempo del que pensaba. Nos manteníamos en contacto sobre todo con llamadas y mensajes. Antaño, salíamos como dos hombres de negocios por la ciudad, amigos y aliados.

Hasta *ella*.

Incluso ahora, el mero pensamiento de su segunda esposa hacía que me estremeciera. En cuanto Marcus decidió casarse con Vanessa, la distancia entre nosotros se agrandó. Nuestra amistad nunca terminó, pero no soportaba a esa mujer. Le había dejado claro lo poco que pensaba de ella, demasiado escéptico ante lo codiciosa y superficial que parecía. Marcus no me lo tuvo en cuenta. Era un hombre justo y nunca me diría que cambiara mis opiniones para complacerlo. Por culpa de Vanessa y mi falta de interés en pasar tiempo cerca de ella, llevaba mucho tiempo evitando visitar a Marcus.

Pero esto es ridículo.

Hacía semanas que no hablábamos.

Gray: **¿Cómo van los negocios por Dubái?**

Tampoco ayudaba que viajara tan a menudo y tan lejos.

Tal vez también lo haga para evitarla a ella. Marcus era un hombre demasiado avispado e inteligente como para no ver a Vanessa como lo que parecía ser: una cazafortunas astuta, una mujer que buscaba una vida fácil.

Aunque, por otro lado, no he oído que se hayan divorciado, así que ¿qué sabré yo?

Como no esperaba una respuesta instantánea por su parte, dejé el móvil y me recliné en la silla. Una vez que hube entrelazado las manos detrás de la cabeza y apoyado los pies en el escritorio, solté un largo suspiro.

—Ya sabes que estoy dispuesto a correr riesgos en la vida —le recordé a Emerson mientras tecleaba en su tableta.

—Lo sé. —Levantó la vista, enarcando las cejas—. Dentro de lo razonable.

—Dentro de lo razonable —convine.

—Por cierto, han cancelado su cita de las cinco. El señor Kennington querría reprogramarla tan pronto como le sea posible.

Me encogí de hombros, sin tener especial prisa por complacer a alguien que me había concertado y cancelado varias citas seguidas. O quería hacer negocios conmigo y comprar esa propiedad, o no. —Déjame que me lo piense. Estoy harto de su indecisión.

—Muy bien. —Asintió, pareciendo estar de acuerdo con mi enfoque —. Eso es todo por hoy, de todas formas. —Se puso de pie—. Nada planeado para la tarde ni para la noche.

—Eso es raro —repliqué. Mantener mis días llenos de trabajo impedía que me diera cuenta de que lo único que tenía en mi vida era el trabajo.

—*Sí que* es raro.

Emerson me frunció el ceño, reflejando la expresión que yo debía de tener. Hizo una pausa mientras se arreglaba la corbata cuando la voz de una mujer invadió mi espacio. Mi despacho era mi territorio, y solo Emerson tenía el derecho exclusivo de entrar y salir por la puerta sin ser anunciado.

Giré la cabeza bruscamente y fulminé con la mirada a quien había irrumpido.

—Señorita LeBlanc —dijo Emerson, con su habitual tono objetivo, impasible y autoritario—. El señor Hale no está disponible en este momento.

¿Qué coño hace ella aquí?

Me incliné para entornar los ojos, buscando a la recepcionista a través de los ventanales que conformaban las paredes de mi despacho.

Shelia hizo una mueca y agachó la cabeza mientras se le subían los hombros. «Ha pasado sin más», articuló con los labios. La mujer mayor todavía era nueva en mi planta, y no podía esperar que detuviera físicamente a mi víbora de ex.

—No, no lo está. —Camille sonrió, mostrando su sonrisa deslumbrante, de un millón de dólares—. Te acabo de oír, Emmy. Has dicho tú mismo que Grayson no tiene nada en la agenda para el resto del día.

—Se llama Emerson —espeté en lugar de saludarla. Sabía de sobra cuánto odiaba ese diminutivo.

—Ay, qué tonto eres. —Camille entró contoneándose hasta que pudo subirse al borde de mi escritorio. Balanceando la pierna como si fuera una chica pin-up que cobraba vida de un calendario retro, apoyó las manos en las rodillas y parpadeó mientras mantenía esa sonrisa pícara—. Actúas como si yo fuera una extraña por aquí.

—*Deberías* serlo. —No reaccioné más que con ese comentario brusco, sabiendo que era precisamente lo que ella quería. Su juego, su objetivo, siempre era sacarme de mis casillas. Al principio, hace trece años, cuando yo era un estúpido veinteañero, eso era parte de la emoción. Ella tocándome las narices y nosotros explotando de lujuria.

Pero ya no era un estúpido veinteañero. No era ingenuo ni me dejaba llevar por la polla; no con ella. Ni con ninguna otra mujer.

—Se supone que eres una extraña por aquí. —Bajé los pies del escritorio, sin querer parecer demasiado cómodo con que apareciera así por las buenas. Una ira latente me llenó las venas al ver que se había atrevido a aparecer por aquí.

—¿Quiere que llame a seguridad? —preguntó Emerson.

—¿Seguridad? Venga ya. Estás siendo ridículo —dijo ella, ignorándome con un gesto de la mano.

—Lo que es ridículo es la idea de que crees que puedes venir a ofrecerte aquí.

—No estoy ofreciéndome —reprendió con una risa.

—Tampoco eres bienvenida. Desaparece de mi vista de una puta vez —dije arrastrando las palabras, molesto porque todavía no pudiera pasar página y mantenerse alejada para siempre.

—Ay, Grayson. —Suspiró—. Tienes que aprender a dejar atrás los rencores.

—Tú tienes que dejar de probar suerte conmigo. —Ladeé la cabeza —. ¿No fue suficiente la demanda por difamación para darte una pista?

Ahora su sonrisa se desvaneció un poco. El entusiasmo en sus ojos se atenuó. —Aquello fue un malentendido.

—Un malentendido en el que un juez falló en tu contra. ¿De cuánto fue la indemnización? —Fruncí el ceño, mirando a Emerson.

—Millones, ¿no?

Camille se levantó y se pasó las manos por su corta falda negra. Estaba nerviosa, enfrentándose al recordatorio de que no solo había roto con ella, sino que también me había defendido cuando difundió mentiras sobre mí.

—Eso es agua pasada, ¿no, chicos? —Levantó la cabeza y sonrió de nuevo. Llevándose una mano al pelo para apartar un largo y rizado

mechón de su intenso cabello pelirrojo, se aclaró la garganta—. Justo pasaba por el barrio y he pensado en pasar a saludar.

—Mmm. —La repasé con una mirada de desaprobación. Cuando nos conocimos, era toda una sirena. Esbelta y sexi, el sueño de todo hombre con curvas y labios carnosos que sabía usar muy bien. Pero ahora, al pensar en ella volviendo a aparecer para este saludo supuestamente casual, supe que ya no era un sueño.

Parecía desgastada.

Buscando atención de forma patética.

Incluso si no hubiera perdido mi confianza al intentar atraparme con la noticia de un bebé —que no era mío y ni siquiera era real, ya que había mentido sobre estar embarazada—, no me habría interesado.

No me excitas.

Nunca volverás a hacerlo.

—Adiós —declaré, sin más.

Ella inclinó la barbilla, dedicándome una mirada malhumorada. —Grayson, al menos podemos ponernos al día y charlar.

—No. —Me incorporé un poco más—. No lo haremos.

—Pero parece una oportunidad desperdiciada no hacerlo —dijo, acercándose para poner su mano en mi hombro. Antes de que pudiera bajarla más para frotarme, afirmé los pies en el suelo y empujé mi silla hacia atrás para alejarla de ella.

—Que aparezcas aquí con la fantasía de seducirme es una pérdida de mi tiempo —argumenté.

Se enderezó y se puso la mano en la cadera. —No puedes decirme que no estás interesado.

—Te estoy diciendo exactamente eso. Vete, Camille, antes de que llame a seguridad de verdad.

Se cruzó de brazos, sonriéndome como si yo fuera el infantil. —¿No te sientes solo?

No hice ningún comentario. Sí que lo estaba. Molestamente. Pero nunca me sentiría solo ni la echaría de menos a ella.

—Sé que no estás saliendo con nadie —dijo, levantando la barbilla y sonriendo más ampliamente—. No puedes estarlo si acaban de anunciar que serás uno de los solteros subastados este fin de semana en la gala benéfica para los sintecho.

—No estoy saliendo *contigo* —aclaré—. Nada de lo que puedas decir o hacer hará que vuelva arrastrándome a ti. Así que, anda. —Señalé la puerta—. Vete. Llévate tus fantasías delirantes contigo y no vuelvas a entrar en este edificio.

—Nunca pensé que serías tan resentido —replicó, cambiando su dulzura seductora por un descaro impertinente. Ninguna de las dos cosas me atraía. *Ella* no me atraía.

—¿Resentido? —Le enarqué las cejas a Emerson—. ¿Quién está resentido?

—Tú no —respondió él.

—Quizá estás proyectando tus propios sentimientos en mí —le dije a la mujer insulsa que no quería en mi vida. El subidón de un día gratificante de negociaciones y reuniones se desvanecía con su presencia. Ese era el efecto que tenía en mí: amargar cualquier cosa buena.

—Debes de estar resentida por tener que buscarte otro *sugar daddy*.

Ella bufó, negando con la cabeza mientras bajaba los brazos.

—Ve a buscar a otro idiota al que manipular. Porque conmigo no vas a ganar.

—¿Llamo a seguridad? —preguntó Emerson cuando ella se quedó ahí, fulminándome con la mirada.

—Eres un gilipollas —masculló, cogiendo su bolso del escritorio.

—Solo digo las cosas como son —le dije a su espalda mientras se marchaba resentida—. Esto es lo que te pasa por apostar y ser una idiota con tus finanzas.

Me hizo una peineta sin volverse mientras llegaba a la puerta abierta.

—Fundirte todo lo que tienes y luego tener que ir zorreando para conseguir más.

Cerró la puerta de un portazo a su paso, con la cabeza bien alta mientras se marchaba furiosa hacia los ascensores.

Molesto porque cualquiera en mi oficina tuviera que aguantarla, la observé a través de los ventanales para asegurarme de que no se le ocurriera otra idea y se quedara merodeando. O que intentara cualquier otra cosa. Todas las cabezas se giraron para verla marchar. Como una mala tormenta que pasa, todos los empleados de mi planta esperaron para volver a respirar.

En el segundo en que las puertas del ascensor se cerraron y ocultaron su rostro ceñudo, negué con la cabeza.

Shelia hizo una mueca por el portazo, y no parecía que fuera a recuperarse rápidamente.

—Ve a consolar a Shelia, ¿quieres? —le pedí a Emerson.

—Le recordaré a seguridad que la señorita LeBlanc tiene prohibida la entrada al edificio.

Asentí y me volví para mirar el paisaje urbano a través de los ventanales. —Gracias.

Una vez que se fue, solté un profundo suspiro y negué con la cabeza.

Quizá me sentía solo, pero aun así era mejor que aguantar a una mujer como ella.

No estaba seguro de que existiera en este planeta una mujer digna de confianza que lograra tentarme a abandonar de nuevo esta soledad.

5

LILA

El fuerte estallido de un estornudo me despertó de golpe.

Parpadeé, saliendo de una siesta que no había planeado, y evalué la situación.

—Perdona —dijo Darcy desde la cocina, donde parecía estar preparando una tetera.

La primera semana allí no había sido terrible. Agobiante, sí. Sin privacidad ni paz con tantas compañeras de piso. Pero era un lugar donde no tenía que ver a Adam. Ni a Vanessa. Y, por lo que a mí respectaba, eso era la perfección. Lo de acampar en el sofá no estaba nada mal.

—No pasa nada. —Me incorporé entre el revoltijo de mantas. Mi prioridad para vestir era la comodidad, y ya llevaba puestas mis mallas térmicas y mi cómoda sudadera con capucha. Echarme un par de mantas sobre el regazo mientras hacía los deberes me había dado demasiado calor en aquel piso fresco. Tanto calor que me había quedado dormida.

Esto me dormiría pasara lo que pasara.

Bostecé, dejando de lado los deberes de Literatura Inglesa que no me entusiasmaban demasiado.

Desde que tuve aquella gran discusión con Vanessa, dejé de asistir a las clases a las que ella esperaba que fuera. Todas las que tenían que ver con la carrera de empresariales. Pero no era una persona que se rindiera. Dejar las asignaturas de empresariales por las que no sentía ninguna pasión no era señal de que me estuviera rindiendo. En lugar de eso, dediqué mi atención a las otras asignaturas que eran más bien requisitos comunes para cualquier carrera. Las clases que podría aplicar a la carrera de enfermería una vez que descubriera cómo hacer ese cambio.

—¿Sigues sin encontrarte mejor? —le pregunté a Darcy.

Oh, menuda aspirante a enfermera estoy hecha, haciendo una pregunta tan estúpida como esa.

Era obvio que no se encontraba bien. Tosía, estornudaba y sonaba muy congestionada. La pobre llevaba ya tres días sufriendo.

—No, la verdad es que no —respondió—. Siento haberte despertado o molestado mientras estudiabas.

Negué con la cabeza, bostezando de nuevo. —No te preocupes. —Le estaba demasiado agradecida por dejarme quedarme en el sofá como para atreverme a quejarme. Sin su generosidad, no estaba segura de dónde habría acabado.

—Es que el temario es tan aburrido… Me deja frita.

Acercó la taza a la cara. —No parece que estés durmiendo muy bien. Cada vez que me levanto en mitad de la noche y paso por aquí para ir a la cocina a por agua, me doy cuenta de que tú también estás despierta.

—He tenido muchas cosas en la cabeza —admití.

—Entonces espero que tú también te encuentres mejor. —Se dio un golpecito en la sien, indicando que le preocupaba mi bienestar

mental.

Superar el trauma de que Adam me hubiera puesto los cuernos llevaría un tiempo.

Pero lo que más me costaba era la incertidumbre general sobre mi futuro.

Cómo podría ser independiente y vivir una vida de la que sentirme orgullosa. Ser el tipo de persona de la que mi madre estaría orgullosa si siguiera viva.

Decidida a sentir que había conseguido algo hoy, me esforcé el doble para terminar los deberes.

Ni una hora después, Darcy volvió a salir de su habitación. —¿Oye, Lila, crees que podrías hacerme un favor?

Cerré el libro. —¿Qué necesitas? —Aprovecharía cualquier oportunidad para devolverle todo lo que había hecho por mí. Ofrecerme su sofá podía no parecer gran cosa para la mayoría, pero para mí era un peldaño que nunca olvidaría.

—Me encuentro como una mierda.

Sonreí con dulzura. —Y tienes toda la pinta, la verdad.

Ella puso los ojos en blanco y resopló, pero eso le provocó otro ataque de tos. —Tengo una cara de muerta que no puedo con ella —corrigió después de toser.

—¿Necesitas que salga a comprarte alguna medicina? ¿Descongestionantes o algo?

Negó con la cabeza. —Nada de esos medicamentos sin receta funciona. Es solo un virus y seguirá su curso. Pero mi supervisor se está portando como un gilipollas. Me está diciendo que si no voy a mi turno de esta noche, o si no encuentro un sustituto, perderé el trabajo.

Fruncí el ceño. —¿Pueden hacer eso?

—Los gilipollas como él sí pueden —murmuró con amargura.

—Pero estás enferma. —No estaba muy segura de a qué se dedicaba, pero sabía que su lugar de trabajo era un salón de recepciones—. Es evidente que no estás en condiciones de estar cerca de otra gente. Podrías ser contagiosa. ¿De verdad querría que fueras a trabajar así o que manipularas su comida?

—Le da igual la pinta que tenga. Mientras tenga pulso, debería estar allí. —Hizo una mueca—. Es culpa mía. Abusé un poco de llamar diciendo que estaba enferma cuando en realidad no lo estaba. Si el karma es una fuerza real, supongo que estoy recibiendo mi merecido.

Le di una palmadita en la rodilla. —Tonterías. Si el karma existe, entonces te mereces un respiro por ser tan generosa conmigo.

—Entonces… si te pido que vayas por mí y ocupes mi lugar esta noche, ¿no te enfadarías? —Volvió a hacer una mueca.

—¿Enfadarme? No, para nada. Estaré encantada de ayudarte. Te lo debo.

—¿Estás segura?

Solté una risita. —¡Sí!

—Bueno, es que tu apellido es Bennett y tu familia está forrada. Y si tu madrastra piensa que ser enfermera está «por debajo de tu nivel», entonces ser camarera en un salón de banquetes estaría aún más por debajo.

Me encogí de hombros. —Ya no voy a dejar que mi madrastra decida nada en mi vida. —Puse a un lado mis libros de la universidad—. Voy a darme una ducha ahora. Dime qué debo ponerme y cuándo tengo que estar lista para irme.

—Gracias, Lila. —Se desplomó en el sofá y cerró los ojos, como si hasta pedirme que fuera en su lugar al trabajo fuera agotador.

Después de asearme y tomar prestada su blusa negra, que iría con un par de pantalones negros que tenía, me arreglé el pelo y me puse un poco de maquillaje para no decepcionar a su supervisor. Había visto a Darcy llegar a casa de su turno varias veces y nunca iba hecha un desastre. Entendía que no podía ir con mi ropa ancha y cómoda. Me gustaba pasar desapercibida y no llamar la atención, pero quizá vistiendo toda de negro realmente me fundiría con las sombras.

—¿Qué voy a hacer exactamente? —Ya me había dicho dónde ir, y ahora necesitaba un curso intensivo muy rápido sobre cuáles eran sus tareas.

Me explicó lo básico. —Recoges comida. Sacas bandejas de platos. Es un evento benéfico con catering, y eres, más o menos, personal de cocina glorificado.

Parecía bastante sencillo.

—Sinceramente, estas cosas suelen ser muy aburridas. Es solo un montón de multimillonarios ricos firmando grandes cheques para organizaciones benéficas. Nunca podría identificarme con alguien así, alguien que actúa como si el dinero no fuera un problema.

—Yo tampoco —admití—. Mi padre, técnicamente, entra en esa categoría. Él y sus amigos tienen más dinero del que una persona podría soñar con gastar en toda una vida. Pero me crio para que lo apreciara y no diera por sentado un solo céntimo.

—Tú no te comportas como esa gente —dijo.

Parte de eso no era intencionado. Desde que Vanessa se hizo cargo de mi vida, controlaba lo que podía tener y con lo que podía contar. A Beatrice se le permitía ir a innumerables juergas de compras y renovar su vestuario, sin que le faltara de nada.

Pero Vanessa siempre me había dicho que mi asignación no era tan grande como la de su propia hija, y punto.

Se esperaba que me mantuviera alejada, fuera de la vista en internados, y nunca en vacaciones como Beatrice.

Incluso con mi matrícula y cualquier tarjeta de crédito que pudiera intentar usar para necesidades básicas, Vanessa tenía que aprobar todos los gastos y podía cancelar algunas tarjetas sin previo aviso.

Beatrice no hacía nada. Vanessa no tenía ninguna expectativa sobre ella.

Mi hermanastra tenía tiempo para holgazanear y robarme el novio.

—Oye, esto me va a venir bien —le dije—. Es el primer paso para liberarme del control de mi madrastra.

Dejar lenta y pasivamente mis clases de empresariales fue la primera fase para intentar tomar las riendas de mi propia vida. Averiguar cómo transferir mis créditos a una carrera de enfermería era la siguiente.

Pero no había forma de que pudiera esperar dinero de Vanessa para ello. Nunca permitiría tal cosa. Y si mi padre nunca estaba en casa el tiempo suficiente como para tener una conversación de verdad sobre mí y escucharme cuando quería cambiar el rumbo de mi vida, tendría que tomar las riendas del asunto.

Eso significaba conseguir un trabajo. Significaba ser un miembro de la clase trabajadora, no una enchufada ni una niña de papá como Adam.

Aceptar el trabajo de esta noche me daría más experiencia de primera mano sobre lo que era ganarse la vida por mí misma, para variar. No lo temía. Esperaba con ganas el reto.

—Al menos esta gala es por una buena causa. —Darcy se sonó la nariz, con un aspecto tan miserable que me supo mal impedir que durmiera la siesta—. Es para algo relacionado con los sintecho, creo.

—Esa es una buena causa —convine. Casi sentía que sabía lo que era esa amenaza de primera mano después de dejar el piso de

Adam, sabiendo que Vanessa no me dejaría entrar en la casa en la que me había criado si desobedecía sus deseos sobre mis estudios.

—Se supone que el tema es algo sobre el amor —añadió.

Puse los ojos en blanco. Era lo último que quería tener en la cabeza en este momento.

—Sí, el tema de esto tiene algo que ver con subastar solteros. Solteros ricos pueden ser cazados por mujeres ricas que quieren una cita para San Valentín. Se llama «Amor por el que pujar».

No pude evitarlo. Se me escapó una risita.

—¿Amor por el que pujar? —Negué con la cabeza y me despedí de ella con la mano—. Menos mal que *a mí* no me van las apuestas. —Nunca pujaría por el *amor*—. No te preocupes, Darcy. Tu trabajo estará a salvo conmigo. No te decepcionaré.

—Simplemente no hables con nadie. Ni siquiera hagas contacto visual y actúa como si fueras invisible. Así es como te sientes cuando estás rodeada de esta gente rica y estirada.

Asentí. —No haré nada que te ponga en peligro de meterte en un lío.

—Bien. Porque necesito este trabajo.

—Ahora mismo, tú necesitas dormir bien toda la noche. —La dejé con esa última palabra, saliendo para llegar a tiempo al salón de recepciones.

Esto será diferente. Me pregunté vagamente si vería a alguien que mi padre pudiera conocer. Quizá alguien que Vanessa pudiera conocer.

Una vez más, no pude evitar una risa sarcástica.

¿Vanessa? ¿Preocupándose por una obra benéfica?

Sí, claro.

Eso ocurriría cuando esa cosa llamada amor se supusiera que era algo que valía la pena perseguir.

Puse los ojos en blanco y me preparé para una noche más emocionante de la que habría tenido si me hubiera quedado terminando esa tarea de Literatura.

6

GRAY

Emerson me entregó la chaqueta.

—¿Me has encontrado una cita, verdad? —le cogí el abrigo y me lo puse, encogiéndome de hombros para ajustármelo mientras me miraba en el espejo.

—Sabes, algún día me imagino que me preguntarás eso y lo dirás en serio. —Esperó a mi lado, enarcando una ceja mientras me ajustaba la chaqueta.

—Si alguna vez estuviera en posición de *querer* una cita para uno de estos actos benéficos, no sería una mujer lo que te pediría que me consiguieras.

Frunció el ceño. —¿No te fiarías de mi criterio?

—No me fiaría de tu gusto.

Con un suspiro, puso los ojos en blanco. —Anda que *tú* estás para hablar.

Ninguno de los dos tenía prisa por sentar la cabeza, pero él estaba rondando los sesenta, mientras que yo acababa de entrar en los cuarenta. Había una diferencia entre nosotros en ese sentido. Me

preguntaba si él se arrepentía de no tener nietos, como yo empezaba a arrepentirme de no haber tenido un hijo.

—No, gracias, Emerson. —Negué con la cabeza y me abroché la chaqueta.

—Traumatizado de por vida, ¿eh?

Asentí y me giré para mirarlo. —Y bien, ¿lo has hecho?

Él sacó su móvil y se puso a deslizar el dedo por la pantalla. —*Creo* que te he conseguido una «cita». Se supone que varias mujeres asistirán, pero no está confirmado. Una vez que llegues y pueda echar un vistazo a la lista, comprobaré cuál de ellas estará dispuesta a pujar por ti.

—Ocúpate de que no acabe en ese escenario y de que nadie puje de verdad por mí —le advertí.

—No dejarías de recordármelo nunca —dijo, siguiéndome mientras salía.

—¿Te lo imaginas? —mascullé.

—La organización benéfica tendría la vida resuelta con la guerra de pujas que desatarías.

Le dediqué una sonrisa de medio lado en el ascensor. —¿Porque eso es todo lo que soy ahora, eh? Un trozo de carne por el que pelearse. —Intenté no imaginarme a todas esas mujeres lujuriosas y sedientas de dinero arañándose como hienas para llegar a mí la primera. Me estremecí ante la idea de tener que salir de verdad en una cita con la mejor postora y me reprendí por mi negatividad.

No era, ni de lejos, la primera vez que Emerson y yo jugábamos a este «juego». Amañar una subasta era una idea pésima, pero, joder, no era como si la gente de verdad estuviera pujando por un ser humano. Era un espectáculo. Era por «diversión». En su mayor parte, era para que los coordinadores y organizadores exhibieran a los solteros de oro por la mayor cantidad de dinero.

¿Y qué si Emerson contactaba con una anciana de buen corazón, preferiblemente una felizmente casada que solo quisiera ganarme por las risas? Todo era por el espíritu de recaudar dinero para quienes lo necesitaban.

—Evitaremos que ninguna mujer inicie una guerra para pujar por ti —prometió Emerson—. Tres mujeres están en mi lista. Las he investigado a todas.

—Bien.

—Puede que la señora Wheeling esté allí.

Sonreí, asintiendo al oír el nombre. —Oh, bien. Es una anciana maravillosa. —Ella me había «ganado» en una subasta de Navidad un par de años atrás—. Sería agradable llevarla a tomar el té otra tarde.

—No obstante, me han dicho que ha estado enferma hace poco, así que no puedo asegurar si estará allí esta noche. Ya veremos.

—Si está, haz que sea la ganadora. Me encantaron sus historias sobre la lucha en la guerra y la crianza de sus siete hijos.

—¿Por qué no te retiras? —preguntó mientras el ascensor llegaba a la planta del garaje—. Rechaza la invitación y envía el dinero que te gastas básicamente en pagarte a ti mismo.

Me encogí de hombros. —¿No parece eso cobarde?

Soltó una risa y me abrió la puerta del coche. —¿No es igual de cobarde amañar la subasta?

Fruncí el ceño, deteniéndome antes de entrar. —¿Estás diciendo que, da igual cómo lo enfoque, *soy* un cobarde? —Me deslicé dentro, dejándolo que me siguiera al asiento trasero. A él tampoco le importaban estas cosas y solo me acompañaría hasta que asegurara a la anciana que me «ganaría». Al menos él podría quedarse en un segundo plano, a salvo para escabullirse cuando quisiera.

—No. Nadie te miraría y vería a un cobarde. Pero ¿no empieza a cansar esto? ¿A ser molesto?

Suspiré profundamente, mirando por la ventanilla mientras el conductor arrancaba. —Tener que ahuyentar a las sanguijuelas cansa. Cansó hace ya varios años.

—Tiene que haber una forma mejor de manejar esto —reflexionó.

Sí, podría encontrar a una mujer que me interesara. Una mujer en la que quisiera empezar a confiar. Y amar.

Me encogí de hombros. —Cuando llegue el verano, habrá más invitaciones de boda que eventos benéficos de estos. Ya sabes que son constantes durante los aburridos meses de invierno.

—Supongo.

El resto del trayecto transcurrió en silencio. Él comprobó los resultados de su equipo de la liga fantástica, con la temporada ya en la fase de *playoffs*, y yo revisé los mensajes que había recibido de la gente con la que estaba negociando el acuerdo que esperaba cerrar por aquel terreno en Filipinas.

Llegué al lugar del evento poco después. El conductor detuvo el coche y eché un vistazo al salón de recepciones.

Visto uno, vistos todos.

Tras soltar un profundo suspiro, alargué la mano hacia el tirador de la puerta.

—Será mejor acabar con esto cuanto antes —mascullé.

—Entraré después de que aparque —dijo Emerson desde el asiento trasero, todavía mirando los resultados—. No te preocupes. Te encontraré una postora que apruebes.

—Gracias —dije, sin mirar atrás.

En cuanto salí del coche, se me echaron encima. Fotógrafos que sacaban todas las fotos y vídeos que podían. Periodistas e *influencers* gritando preguntas. Parte de este alboroto estaba programado. Los organizadores los habían contratado para que vinieran e hicieran que este evento pareciera gran cosa, pero no era necesario. Con el hijo del alcalde también en la lista de la subasta, así como un actor de segunda, había un montón de paparazis y expectación. No hacía falta fabricarla.

Ignorando todas las preguntas e inclinando la barbilla en un asentimiento que todos podrían tomar como un hola, sonreí lo mejor que pude y seguí avanzando.

Una vez que llegué al vestíbulo, los empleados y dignatarios me dieron la bienvenida para que pasara. No tenía ningún interés en socializar, no ahí fuera. Con el dolor de cabeza que suponía esto, necesitaba al menos una copa en algún lugar dentro de aquel enorme salón.

—Buenas noches, señor Hale —dijo la esposa del presidente de la organización benéfica, dándome un rápido abrazo mientras guiaba personalmente a los invitados hacia adentro—. Nos alegramos mucho de verle esta noche.

—Oh, es lo menos que podía hacer —respondí, probando si todavía me quedaba algo de encanto. La sonrisa que le dediqué funcionó, porque soltó una risita y se sonrojó. Una empleada me acompañó por el vestíbulo y me guio hacia el salón principal donde se celebraría la subasta. Con su indicación de dónde podía encontrar el bar, ya estaba listo.

Fui directo al bar, que ocupaba una de las paredes, y pedí una copa.

Aunque había intentado llegar con un retraso elegante para no tener que esperar demasiado antes de la cena, parecía que la fiesta no había hecho más que empezar. Los invitados seguían entrando en el glamuroso espacio, que relucía desde las lámparas de araña hasta el pulido suelo de mármol. Los rosas y los rojos dominaban con rosas

atiborrando los jarrones, y pétalos esparcidos por el suelo cerca del escenario. Guirnaldas de luces se entrelazaban con ristras de abalorios y otras chucherías brillantes unidas para crear una atmósfera romántica y cohesiva.

El corazón de neón que zumbaba y brillaba a un lado era una obra de arte abstracto.

Pero fue el principio de la pieza lo que me hizo querer poner los ojos en blanco.

Me quedé allí, en la barra, y esperé.

Uno.

Dos.

Tres.

Cuatro.

Cin…

—Hola, guapo.

Una mujer se me acercó y ronroneó, posando su mano en mi antebrazo.

Y… ahí está.

El interés que no era bienvenido. No estaba seguro de qué otra forma podía transmitir un aire de indiferencia sin parecer además misterioso. Ser tan taciturno y cerrado podía ser un desafío para las buscadoras de ricachones más decididas, y lo último que quería era animar a cualquiera de esas asaltacunas y mujeres depredadoras a esforzarse más.

No es teatro.

De verdad que estoy *así de harto de la vida.*

Mira para otro lado.

—¿Qué bebes? —preguntó con ese tono excesivamente seductor y astuto, como si pudiera confiarle mis secretos.

Me bebí la copa de un trago y dejé el vaso. —Ahora, nada.

Apartándome de ella, metí las manos en los bolsillos y esperé una señal de Emerson. Vendría. Aparecería. Sabía que lo haría. Pero no quería que nadie más pensara que estaba buscando a alguien con quien hablar.

Mi móvil vibró.

Emerson: **La Sra. Wheeling no está aquí.**

Torcí los labios en una sonrisa de suficiencia. Bueno, había dicho que había otras dos candidatas a dulce y apacible anciana que podría hacerse pasar por la mejor postora.

Gray: **Espero que no esté muy enferma.**

Porque bien podría ser mi «salvadora» en la próxima subasta benéfica.

A menos que siguiera el consejo de Emerson y me saltara estos eventos.

Quizá tendría más sentido extender un cheque que invertir el tiempo de esta manera.

Porque durante la siguiente hora, deseé poderme marchar. Innumerables mujeres se me acercaron, actuando literalmente como si yo fuera un esclavo a la venta. Algunas advirtieron sin rodeos que se lo gastarían todo solo por pasar una noche conmigo. Otras bromeaban entre ellas sobre cómo *ellas* serían la mejor postora, y todo para detallar las perversiones que querían que les hiciera.

Para cuando nos sentamos a cenar, me sentía asqueado. Cosificado. Y profundamente molesto de que nadie aquí pudiera tomarse esto por lo que era. Un acto benéfico. No una forma literal de *comprar* a un hombre.

Casi les di crédito a las pocas mujeres que se acercaron a entablar conversación conmigo y no insinuaron directamente que querían verme en sus camas más tarde. Una me propuso un matrimonio de conveniencia, detallando hasta la cantidad de dinero que esperaba por hijo.

Se suponía que *Amor Por El Que Merece La Pena Pujar* era el gran y pegadizo lema de la noche, pero ver cómo las oportunistas rodeaban a su presa me convenció de que el amor era una farsa. Lo único que importaba en el mundo era el dinero y la lujuria.

¿Y no es eso triste?

La única vez que me libré de la atención de las ansiosas postoras fue para hablar con un par de amigos míos. Ellos solo estaban aquí como invitados para donar, no para ofrecerse en la subasta como yo.

Me aseguré de hablar también con el presidente de la organización benéfica, quien, al igual que su esposa, me agradeció efusivamente que sacrificara mi tiempo para esto.

—Todo sea por una buena causa —le dije.

Lo decía en serio, pero, joder, toda esta socialización y la presión de no mandar a las mujeres a paseo me estaban afectando.

Solo estoy aquí para devolver el favor.

Eso no está tan mal.

Solo un pequeño infierno para poder volver a casa y saber que he puesto de mi parte para hacer del mundo un lugar un poco mejor; en algún lugar, para alguien que necesita ayuda.

Mi altruismo era la única motivación para esta mierda, pero cuando otra mujer convenientemente «tropezó» a mi lado y «cayó» contra mí, tuve que poner un límite.

—Oh. Lo siento *muchísimo* —dijo efusivamente, riendo entre dientes como si la única forma de salvar las apariencias fuera reírse de su

torpeza.

Quizá me lo habría creído si no hubiera aprovechado también la oportunidad de frenar su caída poniendo la mano en mi polla y prácticamente manoseándome mientras la ayudaba a levantarse.

—Yo también lo siento —mascullé, asqueado de ver cómo se me tiraban encima.

Sentía haberme molestado en contestar a esa maldita invitación.

¿En qué estabas pensando?

¿Una subasta de solteros tan cerca del día de San Valentín?

Negué con la cabeza, sacudiéndome el traje tras aquel «accidente» de la mujer que tropezó.

Alcé la vista, preguntándome si podría encontrar a Emerson y pedirle que ocupara mi lugar en la subasta que empezaría en una hora, y vi a otra persona.

Alguien que me hizo dar un traspié y casi tropezar.

¿Es…?

Esquivando a una pareja que estaba de pie junto a una mesa alta, estiré el cuello para ver por encima de ellos. Un pequeño grupo me bloqueaba ahora la vista. Me apresuré a pasarlos, enganchado por la posibilidad de que mis ojos no me estuvieran engañando y de que realmente hubiera visto a…

¿Lila?

Me abrí paso hasta el concurrido extremo del salón, apartándome para mirar a través de la zona de invitados y solteros que serían subastados.

Lila.

Era ella.

Mi corazón se aceleró al reconocer a la hija de Marcus.

No puedo creerlo.

Habían pasado años desde que había visto a la rubia pecosa. Siempre era tan callada, acechando en un segundo plano en casa de Marcus. Cuando Vanessa entró en escena y dejé de visitar o de pasar tiempo con mi amigo, también dejé de verla a ella.

Lila Bennett…

Entrecerré los ojos, curioso por saber por qué estaba aquí, vestida como el personal del *catering*.

Involuntariamente, di un paso hacia ella, preguntándome cómo aquella preciosa mujer era la niña a la que mi amigo llamaba su hija.

Cómo…

Parpadeé, aturdido por su rostro dulce y delicado mientras lo mantenía agachado, apilando platos para colocarlos en una bandeja. Aunque no me estaba mirando, sabía que era ella. La había distinguido entre la multitud.

Pero la diferencia desde la última vez que la había visto, al menos diez años atrás, era sorprendente.

Ya no era una niña, sino una mujer.

Había perdido los últimos vestigios de su juventud y ahora se presentaba con la madurez de una adulta.

Mechones rubios se curvaban sobre su hombro mientras seguía concentrada en recoger platos. Cada uno de sus movimientos enfatizaba lo esbelta pero curvilínea que era, atlética y llena de energía a pesar de su apariencia recatada de empleada de salón de recepciones. Entonces levantó los brazos, mostrando su cintura delgada. Se giró, alzando la bandeja llena, y atrajo mi atención hacia sus pechos.

Girada en mi dirección, levantó la cabeza y me robó el aliento de nuevo.

Joder.

¿Cómo es posible que esta sea la misma chica que conocí?

¿Por qué estaría trabajando aquí, de esta manera?

Esto tenía que ser algo sacado de un mundo bizarro, un producto de mi imaginación.

Porque si no lo era, diez años la habían convertido en la mujer más hermosa que jamás había respirado el mismo aire que yo.

Los pómulos altos le daban elegancia. Unas cuantas pecas le conferían carácter. Unos labios carnosos se tensaron mientras se esforzaba por equilibrar la bandeja, pero fue el acto de morderse nerviosamente el labio inferior lo que hizo que mi estómago se contrajera de deseo.

Tener una visión completa de ella fue como un puñetazo en el estómago.

Joder.

No podía recordar la última vez —si es que alguna vez había ocurrido— que una mujer tuviera la capacidad de robarme todos los pensamientos, de dejarme sin aliento.

Mientras miraba hacia delante, su vulnerable mirada azul se enredó con la mía. La colisión no fue unilateral. El impacto de sus ojos encontrándose con los míos fue una fuerza brutal que sentí hasta la médula de mis huesos a pesar de la distancia que nos separaba.

Eres tú.

Su boca se entreabrió al verme observándola.

La había dejado sin palabras. Antes de que pudiera comprender cómo podíamos cruzarnos aquí, de esta manera, jadeó y dio un paso

tambaleante hacia atrás.

7

LILA

«¡Lila!».

Retrocedí bruscamente, dando un paso demasiado corto al alejarme de Grayson Hale.

Estaba allí. ¡*Justo* allí!

Uno de los amigos más antiguos de mi padre estaba aquí, en esta subasta.

Justo cuando había descartado la idea de encontrarme con alguien de mi pasado, o con algún conocido de mi padre o mi madrastra, va y sucede.

—¡Lila, cuidado!

La camarera con la que casi choco al retroceder se detuvo en seco. Dejó su bandeja rápidamente, haciendo gala de un equilibrio elegante que yo no aprendería en una noche mientras cubría a Darcy. Con las manos libres, me vio cuando la bandeja, demasiado pesada y cargada de platos aparatosos, se tambaleó en mis manos.

Se inclinó peligrosamente. Todo lo que había en la superficie se deslizó. Conteniendo el aliento y deseando que el contenido no se

cayera y se hiciera añicos, aparté la mirada de Grayson Hale para corregir mi torpe reacción al verlo.

La conmoción todavía me embargaba, acelerándome el pulso y provocando que quisiera huir.

De todos los sitios donde podía verlo.

De todos los momentos para tropezarme con él.

Tenía que ser así.

—Como se te caiga un solo plato más… —me advirtió la otra camarera mientras yo enderezaba la bandeja. Sacudió la cabeza y retrocedió, con las manos en el aire, aferrada a su temor de que lo tirara todo al suelo—. Te despedirán.

¡No!

Parpadeé y me giré bruscamente para mirarla. Le había prometido a Darcy que no la decepcionaría. Necesitaba este trabajo, y me mataría si lo perdía por mi culpa. Ya se me habían caído un par de platos en la zona de la cocina, en la parte de atrás. Y tenía razón. El supervisor era un capullo. No necesitaba conocerlo para saberlo. Cualquiera que obligara a una persona enferma a trabajar no tenía corazón.

Había llegado a la conclusión de que no tenía corazón. Servir en un salón de recepciones no era mi ambición, pero tenía que evitar meter la pata lo suficiente para que Darcy conservara su trabajo cuando se recuperara.

—Por el amor de Dios. Ten cuidado por dónde coño vas —siseó la otra camarera. Levantó la vista y recorrió la sala manteniendo una sonrisa agradable, hablando todo el tiempo entre dientes—. Ya sé que aquí dentro hay un montón de tíos buenos. Pero *no puedes* quedarte embobada mirándolos hasta el punto de que casi se te caiga una bandeja entera.

—No estoy…

Enarcó las cejas. Desafiándome en silencio—. He visto cómo lo mirabas a *él*.

Miré de nuevo en dirección a Gray, justo a tiempo para verlo desviar la mirada.

La otra camarera resopló—. Y veo cómo te mira él a *ti*.

Dios mío. Podía sentir su mirada marcada a fuego sobre mí. Azorada y luchando contra el calor que siempre se apoderaba de mí cuando me convertía en el centro de atención, me aclaré la garganta y me giré para que ni siquiera apareciera en mi campo de visión.

No me esperaba verlo aquí. Había estado esperando no encontrarme con nadie conocido simplemente porque era la hija de Marcus Bennett.

Tener su oscura mirada sobre mí era una forma de atención precisa, ardiente y perversa. Me ponía nerviosa. Me había sorprendido que fuera una cara conocida en este lugar. Pero fue la intensidad de su curiosidad mientras me observaba lo que me hizo reaccionar como una patosa.

Sin embargo, si se me hubiera caído esa bandeja, habría atraído mucha más atención. Y quizá le habría costado el trabajo a Darcy.

—Solo es un invitado —dije, desestimando su suposición de que Grayson Hale se había fijado en *mí* en este enorme salón lleno de mujeres sofisticadas, todas ellas un millón de veces más arregladas de lo que yo estaría jamás.

—Sí. Y a ti te van a despedir si vuelves a ser tan torpe y tiras algo. Ignóralo. —Cogió su bandeja—. Ignóralos a todos —murmuró, dándome la impresión de que compartía el mismo sentimiento que Darcy sobre los que vivían en el lado más rico de la vida—. Viven en un mundo completamente diferente al tuyo y al mío —añadió con una risa áspera y sarcástica.

Después de que se marchara, respiré hondo e intenté calmar los nervios. Sabía a qué se refería. Se había trazado una línea clara entre todos nosotros, los invitados frente a los que servíamos aquí. Pero una vez, hacía años, yo estaba en el mismo mundo que Grayson Hale.

En aquel entonces, venía a ver a mi padre a menudo. Eran amigos. Conocidos de cuando aún no eran ricos. Como yo andaba por ahí, Grayson Hale no era un extraño, sino alguien en la periferia de mi órbita, como alguien a quien mi padre conocía y respetaba.

Ahora, sin embargo…

Fruncí ligeramente el ceño, lamentando haber sobrecargado la bandeja.

Ahora…

No pude evitar volver a echarle un vistazo mientras llevaba la bandeja hacia el espacio de la cocina.

Era mayor. Más distinguido. Todavía elegante, con su pelo castaño oscuro un poco demasiado largo, de una manera que le hacía parecer rebelde *y* guapo.

Era más inaccesible que nunca.

Un hombre sexi.

No solo alguien que mi padre conocía, alguien que no estaría cerca de mí en mi vida porque yo era una niña entonces.

Era…

Maldita sea.

Dejé escapar otro profundo suspiro, tan conmovida por esta conciencia instantánea que me costaba seguir el consejo de la otra camarera.

¿Ignorarlo?

¿Cómo?

Era imposible actuar como si no estuviera aquí, observándome de nuevo con una expresión indescifrable en su rostro atractivo.

Mientras me llevaba la bandeja, aparté la mirada e intenté descifrar frenéticamente por qué me había mirado *así*. Como si estuviera confundido. Como si estuviera reconociendo una chispa de atracción demasiado fuerte para negarla.

Porque mientras dejaba la bandeja en la cocina y apoyaba las manos en el borde de la encimera, intenté desterrar la idea de que me miraba con verdadero interés.

¿Gray?

¿Grayson Hale?

¿Un multimillonario que podría tener a cualquier mujer que quisiera, con ese aspecto de dios del sexo?

Solté una risa débil.

—Vale, cambio de opinión. —Otra camarera entró como una exhalación en la cocina y descargó una bandeja. No sabía sus nombres y dudaba que importara. Sin embargo, esta era más ruidosa que las demás—. Habría apostado un millón por ese actor, pero cinco millones por ese rey inmobiliario gruñón. —Se lamió los labios y contoneó las caderas en un meneo—. Mmm, mmm. —Exageró su apreciación por Gray, actuando como si fuera un postre para devorar—. Hay algo siniestro y sexi en un hombre que desprende ese aire de *chico malo*.

Me pilló mirándola—. ¿Qué? ¿Eres demasiado modosita para fantasear con tener un hombre así en tu vida?

Gray estuvo una vez en mi vida, o en la de mi padre.

Ruborizarme ante la idea de cómo podría estar Gray en *mi* vida era una idea demasiado atrevida para contemplarla.

—Mmm, mmm —volvió a arrastrar las palabras—. Sabes de lo que hablo, nena. Simplemente sabes que un hombre como él va a estar bien dotado y va a ser difícil de aguantar. Pero tan bueno al aguantarlo. —Soltó una carcajada y volvió al salón antes de que el supervisor pudiera entrar a gritarnos que volviéramos al trabajo.

Entre una que me decía que ignorara a los invitados y esta chica más descarada que se burlaba de mí para que los deseara como ella, me sentía dividida. No quería hacer ninguna de las dos cosas. Aunque Gray y mi padre ya no se veían como antes, él seguía representando la vida a la que sentía que ya no pertenecía.

Yo no era una Bennett. Solo era Lila. Yo. No la hija de mi padre, sino *yo*, quienquiera que fuera capaz de redefinir mi imagen mientras intentaba encontrar mi propósito en la vida.

Mantener la cabeza baja me ayudaba en el salón, pero parecía que no importaba a dónde fuera, lo lejos que intentara mantenerme de él, *sentía* su atención sobre mí. Como un toque tangible. Una caricia física.

Y una presión abrasadora para buscarlo a mi vez.

No podía evitar sentir que estaba fracasando en mi intento de pasar desapercibida. *No* estaba pasando desapercibida ni siendo una don nadie en la que los invitados no se fijarían. Era imposible descartar la idea de que me estaba observando, espiándome y siguiéndome por la sala mientras todos los invitados socializaban antes de que comenzara la hora de la subasta.

¿Ignorar?

Estaba tan desesperada que salía a recoger el primer plato o vaso sucio que veía para volver corriendo a la cocina. Aquí dentro, no podía verme y hacerme sentir tan observada. Allá afuera, estaba tensa, medio asustada de chocar con él si mantenía la mirada baja.

—Tampoco es que pueda decir nada —me susurré a mí misma, tratando de calmar mis nervios.

Aunque quisiera intentar acercarme a él, no podía. Corriendo de una mesa a otra, y siempre bajo la mirada de halcón del supervisor, estaba demasiado ocupada. Ni siquiera tuve la oportunidad de pararme a pensar en lo que podría significar ver a Gray aquí.

Cada vez que volvía a la cocina, me encontraba con los cotilleos improvisados sobre él. Todas hablaban de los solteros que iban a ser subastados. Como si fueran comentaristas de un programa, los evaluaban, clasificaban, criticaban y deseaban a todos.

Incluido Gray.

Exclusivamente *Gray*.

Casi llegó a tal fervor que me preocupó que empezaran una porra allí detrás para ver por cuánto "comprarían" a Gray cuando le tocara subir al escenario.

—No importa quién compre a ese hombre taciturno —dijo más tarde la camarera ruidosa mientras vaciábamos nuestras bandejas en la encimera—. He oído a un par de mujeres criticándolo. Parece que supuestamente ha renunciado al amor.

—Oye, yo no necesito amor —dijo otra camarera que entró rápidamente—. Solo necesito una buena polla.

Todas se rieron, excepto yo.

—Eso he leído —intervino otra empleada cerca del lavavajillas mientras subía una pila de platos limpios—. Que es un soltero de corazón frío para toda la vida.

Frunciendo el ceño, me estrujé el cerebro en busca de un recuerdo que coincidiera con eso. Esta idea de que Gray era de corazón frío. Siempre había sido serio, pero…

¿Había renunciado al amor?

Volví a coger mi bandeja, deseando haberme puesto unos zapatos más cómodos para todo lo que estaba caminando.

¿Sabes qué?

Yo también, Gray.

No valía la pena pujar por el amor después de la experiencia que había tenido.

Pero supuse que si estaba aquí para "venderse" por el bien de recaudar dinero para la caridad, tenía que estar un poco más abierto al concepto de amor que yo.

Reacia a dejar que mi mente divagara más sobre él y sintiera una seria curiosidad sobre qué estaba haciendo aquí, con ese aspecto tan bueno y tentador como un soltero codiciado, volví a la multitud para seguir trabajando.

Para *eso* estaba aquí. Para probar lo que era mantener un trabajo durante un turno. Para saber que estaba ayudando a mi amiga.

La presencia de Gray era una sorpresa, pero no iba a dejar que me dominara.

Ignóralo.

Solo deseaba que no fuera más fácil decirlo que hacerlo.

8

GRAY

¿A *dónde se ha ido?*

Inspeccioné la sala en busca de su cabellera dorada. Esta necesidad imperiosa de encontrarla no me daba tregua. Atraído por seguirle la pista, la localizaba cada vez que podía. Espiando y acechando de esta manera, me permitía el lujo de observarla trabajar sin que volviera a cruzar la mirada conmigo.

Dónde...

Una pareja se apartó de una mesa, revelando a Lila, que apilaba vasos en una bandeja.

Y, una vez más, me asaltó esta irritante necesidad de verla. De comprobar que seguía aquí.

Me vibró el móvil y me lo saqué del bolsillo mientras Lila volvía a las puertas dobles por las que no paraban de pasar los camareros cargados de cosas.

Emerson: **Para de moverte tanto.**

Emerson: **Ya he averiguado quién se supone que te va a comprar esta noche.**

Puse los ojos en blanco. Nadie iba a comprarme. No como persona. Comprarían la oportunidad de tener una cita conmigo, en un restaurante o algo sencillo por el estilo. El presidente de la organización benéfica no llegaría muy lejos si de verdad promoviera la prostitución.

Gray: **Bien.**

La idea de que cualquier otra mujer compitiera por mi atención era de risa. A estas alturas, Emerson debía de estar molesto por lo mucho que me movía. Por lo general, la hora de socializar era tolerable si me quedaba en un sitio, preferiblemente cerca de la puerta para largarme de aquí.

Pero desde que vi a Lila y despertó en mí este interés instantáneo y primario, ya no podía quedarme quieto en un sitio.

Me atraía hacia ella.

Me incitaba a seguirla desde la distancia. No para *hacer* nada, sino para aprender. Para ver en quién se había convertido ahora.

Darme cuenta de que trabajaba aquí era una sorpresa con la que no había contado. Era un trabajo tan simple, un puesto tan corriente y moliente, que no podía creer que Marcus quisiera que lo tuviera.

Aunque, pensándolo bien, hacía tiempo que Marcus y yo no teníamos una conversación larga. Años, incluso.

Y cada vez que hablábamos, no me daba información sobre Lila por voluntad propia.

Yo tampoco estaba seguro de querer dar información sobre ella. No sobre este interés que me incitaba a abrazar. No sobre esta revelación de lo innegablemente sexi que era, incluso con ese uniforme soso.

Quizá no era más que el deseo de Marcus de que tuviera una experiencia real de ganarse su propio sueldo.

¿Dónde estás?

Una vez más, la busqué. Y, una vez más, mi móvil vibró.

Emerson: **Por el amor de Dios. Estate quieto para que pueda hablar contigo.**

Volví a guardarme el móvil en el bolsillo y sonreí. *Qué irónico.* Había venido impaciente por que esta noche benéfica terminara lo antes posible. Pero ahora, estaba desesperado por tener otra oportunidad de ver a Lila. Como si fuera un misterio, un enigma, que no podía dejar escapar.

De pie, cerca de la zona por la que tendría que pasar para ir «tras el escenario» para la subasta, solté una larga bocanada de aire y esperé a que Emerson viniera a buscarme.

Cuando llegó a mi lado momentos después, me miró con el ceño fruncido.

—¿Lo has averiguado? —pregunté en voz baja, necesitando que hubiera organizado lo de mi dulce y anciana pujadora.

—A quien no he averiguado eres *tú* y por qué llevas toda la noche actuando como si intentaras localizar a alguien —dijo.

—Yo... —Negué con la cabeza, poco dispuesto a admitir que esperaba acercarme a Lila.

La hija de mi mejor amigo.

¿Y qué?

¿Acercarme a ella y decirle qué?

Era estúpido. No podía intentar nada con *ella*.

—¿Gray? —Emerson enarcó una ceja, esperando a que terminara de hablar.

—Da igual. —Me aclaré la garganta, deseando poder borrar los pensamientos sobre Lila de mi mente. Poder desterrar esa atracción magnética que tiraba de mí para estar cerca de ella—. ¿Quién es la pujadora?

En realidad, no me importaba. No era como si fuera a hacer nada. Mi trabajo consistía en subir a ese escenario cuando fuera mi turno. Me quedaría allí de pie y sonreiría, esperando a que las mujeres se pelearan por mí e intentaran superar sus pujas hasta que la «ganadora» que mi asistente había encontrado pujara finalmente la cantidad más alta.

Lo único que me importaba era que lo tuviera todo organizado.

—La señora Keaten.

Asentí, buscando ya con la mirada un atisbo de la mujer que no podía quitarme de la cabeza.

—Gray, ¿estás...?

—Estoy bien. —Le dediqué una sonrisa rápida, odiando no poder sincerarme ni siquiera con él, mi fiel asistente que conocía casi todos mis secretos.

Pero este no.

Este nuevo.

El que implicaba mi ilógica y estúpida fantasía de que Lila pujara por mí y me ganara. Porque si ella sentía siquiera un ápice de esta necesidad y deseo instantáneos que yo sentía por ella...

Para.

¿En qué coño estás pensando?

Es la hija de Marcus.

No una mujer cualquiera.

Sino su hija*.*

—Gracias —le dije a Emerson, intentando mantenerme en el presente. Divirtiéndome con la idea de que Lila fuera la mujer con la que me iría a casa, suspiré y deseé que aquel suplicio terminara.

Porque lo más sensato era aferrarme a mi habitual impaciencia por marcharme. Por acabar de una vez con esta noche para poder retirarme a la seguridad de mi solitario apartamento, lejos de las mujeres que intentaban utilizarme y manipularme.

Pero ella no.

A diferencia de todos los demás camareros que trabajaban aquí esta noche, Lila no intentaba cruzar la mirada conmigo. La evitaba.

Y a diferencia de todas las mujeres presentes que estaban deseando levantar la mano y pujar por mí, Lila ni siquiera caminaba en una dirección que la acercara a mí.

Eso no significa nada.

Estaba haciendo el tonto dándole demasiada importancia a esto.

Vale, se había sorprendido al verme. Y sí, era asombrosamente guapa de una forma discreta que la hacía destacar y brillar entre todos los vestidos de diseñador, las joyas ostentosas y los peinados elaborados.

Lila estaba espectacular. Su timidez a la hora de acercarse a mí o de mirarme a los ojos insinuaba que ella me veía bajo la misma luz favorecedora.

No se me está resistiendo ni se está haciendo la difícil.

Probablemente esté alucinando por encontrarse aquí con alguien que conoce.

Alguien de su pasado, de la vida de su padre.

Dejar que mi deseo instantáneo por Lila se transformara en una loca suposición de que podía confiar en ella era ridículo.

No se trataba de que la mujer adecuada me estuviera tentando. De que alguien por fin hubiera captado mi genuina atención.

Se trataba de un choque inesperado de nuestros mundos en esta subasta de temática romántica.

Eso es todo.

Los dos nos habíamos sorprendido al encontrarnos.

Eso era todo lo que podía ser, porque la posibilidad de intentar algo más con ella —incluso una conversación trivial— no iba a ocurrir.

No mientras siguiera siendo la hija de mi mejor amigo, situándola inmediatamente en una categoría propia como alguien a quien nunca, jamás, debería intentar camelarme.

9

LILA

Entre el dolor de pies y esta agitación por haber visto a Gray, me preguntaba cuándo terminaría la noche. Antes de verlo, sentía que estaba pasando desapercibida y no llamaba la atención. Conocer a alguien aquí me ponía en el punto de mira.

Hacia lo que tenía que ser el final de mi turno, devolví a la cocina otra bandeja de platos y vasos vacíos. Pegada a la pared de la cocina, saqué a escondidas el móvil del bolsillo para mirar la hora.

Darcy me había dicho que evitara que me pillaran con el móvil. Su supervisor, que era un gilipollas, me echaría la bronca y me gritaría por esa falta, una con la que parecía lidiar a menudo. Ahora mismo, estaba ocupado gritándole a otro camarero por otro percance. Otro chico había dejado caer y roto un plato justo delante del presidente de la empresa o fundación que había organizado el evento de esa noche.

—¿Cómo coño se puede ser tan torpe? —gritó desde el otro lado de la sala.

El camarero bajó la cabeza, como si se debatiera entre encogerse de vergüenza y echarse a llorar.

Abrí los ojos como platos. *Madre mía.*

¿Toda esa rabia solo por tirar un plato? Somos humanos.

Los errores ocurren. Forman parte de la vida.

Si no tuviera tanto miedo de llamar la atención, habría ido a defender al chico. O habría provocado una distracción para ahorrarle la bronca. El pobre chico parecía la víctima y odiaba que alguien se sintiera tan fatal por un simple error.

Pero como el supervisor estaba mirando hacia otro lado, saqué el móvil para mirar la hora. El ajetreo estaba terminando. El servicio de comida había acabado y ya se habían recogido casi todos los platos y demás. Ya era oficialmente el final del turno de Darcy, así que ya casi podía irme.

También me había mandado mensajes.

Darcy: **Espero que todo vaya bien**

Darcy: **Supongo que, si no hay noticias, son buenas noticias. Como de todas formas no deberías usar el móvil.**

Darcy: **Ya deberías poder irte. A las diez, terminas. Scott intentará que te quedes más tiempo, pero no dejes que te venga con esas gilipolleces. El turno termina a las diez, ni un minuto más.**

Ya eran más de las diez y me di cuenta de que se sentía como si la noche estuviera acabando. Mis pies protestaban y comprendí que lo primero que tendría que hacer antes de entrar en cualquier trabajo era invertir en un calzado resistente pensado para estar de pie todo el día.

Miré por encima del hombro al supervisor y me sentí lo bastante segura como para llamar a Darcy. No tenía por qué seguir despierta preocupándose por mí en su trabajo.

—Hola —dije cuando respondió.

—¿Ya te has ido? —preguntó, todavía con voz congestionada.

Uf. Espero no pillar lo que sea que tenga ella.

—No. Estoy a punto. Iba a hacer una última comprobación por si hay algo que llevar a la cocina y me voy.

Tosió. —Bien. No dejes que Scott te haga sentir culpable para que te quedes más tiempo. Intenta hacer esa mierda todo el tiempo.

—No lo haré. —Sinceramente, lo de pasar desapercibida era más que nada para evitar al supervisor gilipollas. Tampoco es que fuera a tener que verlo de nuevo después de esta noche.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó—. ¿Te ha estado mandando Stephanie?

No estaba segura de cuál era Stephanie. No intenté aprenderme los nombres de todo el mundo. Apostaría a que era esa con la que casi choco al dar un paso atrás cuando me quedé tan sorprendida al ver a Gray. —Más o menos. No pasa nada.

—¿Ha sido una noche tranquila? —preguntó.

—Sí. A ver, no sé lo que se considera una noche tranquila o una difícil. Pero nadie me ha gritado. Hice lo que me dijiste y pasé lo más desapercibida que pude. Más que nada, ha sido una noche larga escuchando a todo el mundo hablar de lo mucho que les gustaría pujar por los solteros de la subasta.

Soltó una risa ahogada. O quizá fue otra tos. Era difícil saberlo. —Ya me imagino. Todas esas mujeres salidas babean por viejos ricos que les doblan la edad. Pero nunca pasará. Los hombres como esos solteros ricos ni siquiera se fijarían en una de las camareras.

Si tú lo dices.

Gray me había estado observando toda la noche.

Supongo que era diferente, ya que lo conocía de hacía mucho tiempo. Aun así, el «trato especial» me hizo sentir… bien. Después

de la pelea con Vanessa, de pillar a Adam poniéndome los cuernos y con mi padre tan lejos, era gratificante saber que *alguien* podía fijarse en mí. Que no era alguien a quien ignorar, olvidar y sin importancia para todos los que me rodeaban.

—Han sido muy explícitas en sus deseos de pujar por ellos —dije con una risita.

—Oh, seguro que no han parado de rajar en toda la noche. Deben de estar babeando con la idea de tener una cita por San Valentín con uno de esos hombres.

Pero ¿por qué Gray?

¿Por qué está él aquí?

Entendía la premisa de la subasta y sabía que no estaban proxenetando a nadie de verdad. ¿Pero Gray? Era demasiado guapo, demasiado seguro de sí mismo. Con solo mirarlo daba la impresión de ser un buen espécimen de la humanidad: atlético, elegante y apuesto.

¿Cómo es que no está casado y pillado?

Ver que Grayson Hale era soltero era casi más sorprendente que verlo cara a cara. Habría asumido que se había casado hacía mucho tiempo y que tenía hijos. Sin embargo, tenía que recordarme que hacía mucho que no lo veía. Yo era joven cuando dejó de visitar a mi padre, pero aún me aferraba a la corazonada de que Gray se había distanciado de él porque no le gustaba Vanessa. Recordaba cómo parecía hacer una mueca o encogerse cuando Vanessa entró en nuestras vidas; su actitud grosera le quitaba las ganas de ver a su amigo.

No soy la única.

Terminé la llamada con Darcy y guardé el móvil. Sin embargo, no era tan fácil apartar la idea de que Gray había dejado de ser amigo íntimo de mi padre. Su aversión por Vanessa había sido un punto de

conflicto tan grande que había renunciado a relacionarse con su viejo amigo.

Ojalá yo tuviera el poder de sacarla de mi vida también.

Pero nunca lo había tenido.

Hasta ahora.

Al volver al salón de baile, respiré hondo y quise tomarme esta noche como un giro simbólico hacia algo nuevo. Simplemente no podía seguir obedeciendo los deseos de Vanessa.

Y no lo haré.

Tener el valor de discutir con ella, de romper con Adam e irme, era el comienzo de algo brillante. Tenía que serlo.

Ante mí, mientras la multitud se desplazaba más hacia la zona del escenario para que comenzara la subasta, me di cuenta de que, sin embargo, esto era el final de algo agotador.

El servicio de comida había terminado y mi turno cubriendo a Darcy había acabado.

Oh, qué ganas de quitarme estos zapatos y masajearme los pies.

Me dirigí a una mesa para recoger un par de vasos, pero otra camarera se acercó corriendo.

—Oye, ¿puedes hacerme un favor? —No esperó una respuesta y me tendió su pequeña bandeja—. Se supone que esto es para los solteros antes de que suban al escenario.

—Qué… —Retrocedí, cogiendo la bandeja y mirándola con el ceño fruncido. Tres vasos se tambalearon por la fuerza con que me la había encasquetado.

—Tengo que ir a ayudar a Melissa. Se ha resbalado en la cocina.

No sabía quién era esta camarera ni quién era Melissa, pero podía echar una mano. —Eh… vale. De acuerdo. —Aunque mi turno había terminado, ya está. Esperaba que nadie más me viera y me pidiera que hiciera otra cosa.

Me había centrado más en llevar cosas sucias a la cocina, no en entregar comida o bebidas nuevas. Probablemente ese era un papel diferente, con empleados formados para las distintas posiciones, pero daba igual. Podía dejar esto e irme.

—El champán es para el tipo del pelo blanco —dijo, señalando los vasos para identificarlos—. Este martini es para el viejo con barriga cervecera y ese de ahí es para el de cara de vinagre que parece que sería un demonio en la cama.

Puse los ojos en blanco.

Gray.

No tuve ni que preguntar. No recordaba que tuviera tan mala cara cuando era más joven, pero nunca me había esforzado por pasar tiempo con él ni con ninguno de los amigos y conocidos de negocios de mi padre.

Ansiosa por terminar con esto, y preparándome mentalmente para estar tan cerca de Gray, respiré rápidamente y caminé hacia la zona de detrás del escenario que se había dispuesto para que los solteros se pusieran en fila para sus puestos en el escenario.

Para ser subastados.

Para que los vitorearan y aclamaran mientras la gente se contagiaba del espíritu de desembolsar mucho dinero, por pura diversión.

El espacio estrecho y separado por cortinas estaba completamente oculto a la vista de los invitados sentados o de pie frente al escenario. Varias luces rompían la penumbra de esta zona donde los solteros esperaban su turno. Se habían colocado varias mesas altas

en línea, probablemente para que dejaran sus bebidas mientras esperaban a que los llamaran.

—Disculpe —dije en voz baja, manteniendo una sonrisa educada mientras intentaba meterme ahí detrás.

El del pelo blanco se lleva el champán. El de la barriga cervecera, el martini. La bebida de Gray es esta. Repitiéndome a quién iba cada una, escudriñé el espacio, sorprendentemente abarrotado, en busca de los tres destinatarios.

Hay más de los que pensaba aquí.

No me había parado a contar todos los solteros, pero tenía que haber al menos quince de ellos apretados en esa fila. Puede que algunas de las personas no fueran a subir al escenario. Un par de mujeres estaban de pie con un par de hombres, riendo, hablando y socializando. Otro tipo parecía un asistente o personal del evento.

El hombre del traje negro era uno de los acomodadores de la noche y, mientras estaba de pie junto a los escalones que subían al escenario, consultaba un portapapeles. Estaba claro que estaba allí para indicar a los hombres a dónde ir, pero no podía preguntarle quién era quién.

Mierda. ¿Dónde está el hombre del pelo blanco?

Asomé la cabeza e intenté ver por encima de todo el mundo. Era una zona tan estrecha y estaban todos allí metidos, apretados, hablando y bromeando entre ellos. Como un club de hombres temporal e improvisado, era difícil abrirse paso.

Oooh. Ese tiene que ser el de la barriga cervecera. Me acerqué a él, intentando no chocar con nadie mientras me deslizaba entre la multitud de hombres.

—¡Ah! Por fin. —El hombre fue a por su bebida en cuanto me vio llegar con la bandeja.

—Lo siento. Está un poco apretado esto —dije con una sonrisa educada.

—¡Eso dijo ella! —bromeó en voz alta, dándole un codazo al hombre que estaba a su lado.

Qué asco.

—Habría venido antes —dije, esperando que si seguía hablando y disculpándome, borraría su decepción.

—¡No, eso es lo que dijo ella! —bromeó su amigo, añadiendo también una insinuación a mi comentario.

Oh, por el amor de Dios. Me contuve para no poner los ojos en blanco ante los pervertidos. Como había una mujer justo a mi lado, una mujer alta que se reía y gesticulaba con los brazos mientras hablaba animadamente, me agaché e intenté sujetar bien la pequeña bandeja.

—Toma, ya lo cojo yo. —El pervertido de la barriga cervecera intentó coger su bebida, pero su mano golpeó la bandeja.

Solté un grito ahogado y contuve la respiración mientras impedía que se cayera.

¡No tires nada!

¡No derrames nada!

Sujeté la bandeja, viendo cómo a una de las bebidas se le derramaba un poco de líquido. Antes de darle al hombre su bebida, dejé la bandeja en la mesa y cogí una servilleta del centro de esta para limpiar el vaso.

No quedaban servilletas en el dispensador de esta pequeña mesa, así que me estiré para coger otra de la mesa de al lado.

Dios, tengo que salir de aquí.

Demasiado perfume enmascarando el olor a sudor. Demasiada colonia cubriendo el hedor a alcohol. Demasiados cuerpos en este espacio estrecho y apretado me estaban dando claustrofobia.

Me volví para limpiar los vasos, girando justo a tiempo para ver la mano de una mujer retirarse de uno de ellos.

Una diminuta pastilla flotó hacia el fondo del líquido. Se desintegró, mezclándose con el alcohol mientras yo fruncía el ceño.

Espera.

¿Qué?

¿Qué ha sido eso?

¡Alguien acababa de estirar el brazo y echar algo en una bebida! Había oído hablar de que echaban drogas en las bebidas en bares y fiestas, pero nunca lo había presenciado.

Volviendo a toda prisa a la mesa de la bandeja, busqué a quien se había acercado sigilosamente para echar esa cosa en la bebida.

Era la mano de una mujer, las uñas demasiado cuidadas y delgadas para ser masculinas, pero ocurrió tan rápido, y sentía tanto calor y agobio con tanta gente aquí, siendo tan ruidosos, que me pareció que no podía fiarme de mis ojos.

¿Ha pasado eso de verdad?

Llegué a la mesa, extendiendo la mano para coger la bandeja.

—¡Ah! —El hombre de la barriga cervecera no había esperado a que le limpiara el vaso. Ya se lo había bebido de un trago mientras la fila avanzaba.

Sin embargo, la suya no era la bebida que habían drogado. Recordando el pedido de la otra camarera, fruncí el ceño al pensar que alguien había drogado la bebida destinada al hombre del pelo blanco.

—Oh, ahí está. —Un hombre se inclinó incómodamente cerca de mí y cogió el vaso más alto de la bandeja. Aún no me había dado tiempo a limpiarlo, pero no le importó—. Gracias, bombón. —Guiñó un ojo, cogió la bebida y me dio una palmadita en el culo.

—No, esa no es… —Alargué la mano para coger la bebida de Gray—. Esa no es la suya.

Se detuvo, sonriéndome con suficiencia. —Sí que lo es. La pedí hace una hora. —Poniendo los ojos en blanco como si yo fuera una camarera incompetente, se dio la vuelta y me dio la espalda.

Fruncí el ceño, presa del pánico al pensar que alguien estaba intentando drogar a otra persona aquí detrás y yo era la única que podía detenerlo. *Un momento. ¿Esa era su bebida?*

¿Se había confundido de pedido aquella camarera? ¿O me había confundido yo?

—Y esta es para mí —dijo Gray, acercándose mientras la fila avanzaba con un soltero subiendo las escaleras.

Su voz ronca llegó hasta mí, haciendo que me girara para quedar justo frente a él, de cerca, por primera vez en toda la noche. Ya sin bailar el uno alrededor del otro y evitando la tentación de reconocer su presencia, tragué saliva y alcé la vista hacia su rostro devastadoramente guapo.

Casi me sonrió, observándome mientras levantaba la bebida de la bandeja.

—¡No! —El grito salió de mí más fuerte de lo que pretendía. Mi movimiento instintivo hacia el vaso fue también más torpe y contundente de lo que esperaba.

Detuvo su mano a medio camino de su boca. Mis dedos permanecieron sobre los suyos, impidiéndole físicamente que bebiera.

Adiós a mi intento de pasar desapercibida. Se había fijado en mí toda la noche. Ahora, me miraba con una intensidad de la que no podía escapar. Una rápida mirada a mi mano sobre la suya subrayó lo mal que se me estaba dando mantenerme invisible para los invitados.

Joder.

No podía dejar que se lo bebiera.

Pero no podía soltar la razón. Era una acusación demasiado delicada: que alguien estaba intentando drogar a uno de los solteros antes de que subieran al escenario. Sería mi palabra contra la de otra persona.

Oh, maldita sea.

Tirando de su brazo, lo insté suavemente a que se inclinara hacia mí mientras yo me acercaba. El toque de su colonia especiada me sedujo. Todo el calor corporal que irradiaba su duro cuerpo me tentó a cerrar los ojos y dejarme caer contra él.

En cambio, me humedecí los labios y acerqué mi boca a su oído.

—No te lo bebas. Alguien ha echado algo dentro.

No reaccionó. No respondió.

Pero supe que me había oído porque, al enderezarse y clavar de nuevo su mirada marrón oscuro en mí, un sobrio entendimiento se registró en sus ojos. Una solemne comprensión mezclada con alarma.

Di un paso atrás, inquieta por lo mucho que su proximidad me confundía la mente. Estar cerca de él era como una droga que *me* hubieran echado a mí.

Mientras retrocedía un poco más, preparándome para soltar su mano que sostenía la bebida, mi zapato aterrizó sobre el de otra persona. Un dolor me recorrió la pantorrilla por el torpe equilibrio.

Rápidamente, corregí mi postura en exceso y agité los brazos, golpeando la bebida que Gray sostenía.

Intentando no caerme de culo, observé con horror cómo el contenido de la bebida salpicaba la espalda del otro hombre.

10

GRAY

Lila se tambaleó hacia atrás, con la boca abierta por la sorpresa. Agitar los brazos en el aire para recuperar el equilibrio no sirvió de nada. Se estrelló contra el banquero que estaba delante de mí en la cola.

—¡Cuidado! —exclamó él cuando la mano de ella le golpeó la espalda.

Eso fue un milisegundo antes de que el contenido de mi copa se derramara sobre su americana.

La copa era un caso perdido. No tenía sentido intentar coger el vaso. En vez de eso, me abalancé para pasarle el brazo a Lila por la cintura antes de que se cayera. Detener su caída era más importante que el hecho de que ese vaso se estrellara contra el suelo y se hiciera añicos.

Si el grito ahogado de Lila y el fuerte alarido del banquero no habían conseguido que todo el mundo nos mirara, el sonido del vaso al romperse sí lo hizo.

—¡Qué coño! —El hombre se dio la vuelta, con el rostro contraído por la furia y la sorpresa mientras extendía los brazos. Retorciéndose

como si pudiera verse la espalda, gruñó por el alboroto. Por el hecho de que le hubieran tirado una bebida encima.

—Lo siento —se disculpó Lila, irguiéndose de nuevo y cogiendo unas servilletas.

—¿Que lo siente? ¿Se da cuenta de que este traje cuesta más de lo que usted ganará en un año? —gruñó él.

—Ya es suficiente, Richard —declaré.

Eso también era una sarta de gilipolleces. Puede que él no la reconociera, pero yo sí. Y ninguna hija de Marcus Bennett iba a tener problemas de dinero para permitirse el reemplazo de su estúpida americana.

—Grayson —resopló—. Acaba de empaparme con una puta copa.

—¿Qué pasa aquí? —Un miembro del personal se acercó a toda prisa, metiéndose la carpeta bajo el brazo mientras fruncía el ceño ante el revuelo que Richard estaba montando.

—Esta zorra estúpida me ha tirado una copa encima —se quejó—. ¡Justo antes de que me toque subir al escenario!

Lila entornó los ojos hacia el banquero, sus preciosos orbes azules entrecerrados por la ira. Antes de que pudiera reaccionar, un rubor le tiñó las mejillas. Me miró, compartiendo una expresión indescifrable.

De todos modos, no quería esa copa. Con su aviso de que alguien la había drogado, goteando de la americana de Richard y formando un charco en el suelo era donde tenía que estar.

—Pues quítese la americana —dije, interviniendo para mediar. Me metí la mano en el bolsillo y saqué algo de dinero antes de ponérselo en el pecho al hombre mayor—. Le compensaré por el error.

—¿Error? —resopló Richard, pero cogió el dinero, con los ojos como platos al ver la cantidad que le había entregado a ciegas—. El error

fue contratarla a ella, a esta patosa atontada.

—Lo siento mucho —repitió Lila, como si oír a un invitado quejarse de su trabajo fuera el detonante para que entrara en pánico de verdad—. Yo…

Di un paso adelante, percatándome de su tono frenético. No había necesidad de que se pusiera tan nerviosa. No era como si hubiera planeado tirarme la copa de la mano. Pero estaba agradecido de que lo hubiera hecho después de lo que había descubierto sobre ella.

—No pasa nada —dije, cortándola y mirando a Richard mientras el empleado lo atendía y le ayudaba a quitarse la americana mojada. Otro empleado se acercó a toda prisa. Detrás de él, un hombre que parecía el encargado se acercó corriendo para unirse a la multitud.

—¿Qué ha pasado? —preguntó otra camarera, acercándose también a toda prisa. Le hizo una mueca a Lila, dándose cuenta de lo mojada que estaba su camisa, pegada a su cuerpo.

Joder, Lila.

La sedosa tela negra se le adhería a la piel como si la llevara pintada, acentuando la plenitud de sus pechos y la curva de su cintura. Si los hombres se habían esforzado por no comérsela con los ojos antes, ahora lo harían.

Al menos no es una blusa blanca.

Mojada y pegajosa por otra bebida que la había salpicado al agitar los brazos hacia atrás, Lila se centró en la creciente multitud que nos rodeaba. Paseó la mirada de un invitado a otro, como si estuviera haciendo un balance de todos los que se quejarían. Luego hizo una mueca al ver al hombre que parecía el encargado mientras se acercaba a toda prisa.

—Esto es una mierda —se quejó Richard mientras se quitaba la americana—. ¡Estoy a punto de subir al escenario y pasa esto!

—Lo siento mucho, señor —dijo el empleado, sacudiendo la americana—. Siento terriblemente que esto haya sucedido. —Le lanzó a Lila una mirada fulminante.

Yo no lo sentía. Si alguien había puesto algo en esa bebida derramada, todos estábamos mucho más seguros con ella desaparecida.

Lila frunció el ceño. —No era mi intención…

—Oh, cállese. Ahórreselo —Richard sonrió con suficiencia—. En cuanto termine con esta subasta, creo que hablaré con el gerente.

Si no hubiera tenido la mano en la espalda de Lila, no me habría dado cuenta de cómo se tensó ante sus palabras. Nada tenía sentido sobre su trabajo aquí, a menos que fuera algún tipo de voluntariado en el que estuviera interesada. Tampoco tenía sentido que alguien hubiera drogado esa bebida. La posibilidad de que alguien pudiera estar *así* de desesperado por debilitarme y hacer más probable que me acostara con ellos era aleccionadora.

También lo era el hecho de que Lila se estuviera estresando y casi temblando de miedo ante la amenaza de Richard.

Fruncí el ceño, buscando la forma más rápida de escapar de esta situación. Mucha gente se estaba agolpando mientras Richard se quejaba y protestaba, pero no solté a Lila.

—Vamos —le susurré al oído mientras me inclinaba. Sin esperar su respuesta, la rodeé con el brazo y me la llevé—. No necesito toda esta atención sobre mí.

Ella asintió rápidamente, clavando su mirada preocupada en mí mientras nos abríamos paso entre la multitud.

—Lo siento mucho —repitió—. Pero no podía quedarme de brazos cruzados y dejar que te drogaran así. No puedo creer que alguien hiciera algo semejante.

Solté una risa irónica, saliendo a toda prisa del pasillo.

La gente se dio cuenta de que me iba de la fila de solteros. Inmediatamente gritaron preguntando qué pasaba. Las mujeres chillaban que no podía echarme atrás ahora. Otras se reían y se burlaban de que me había rajado.

Ignorando el ruido, pero sabiendo lo mal que se extenderían los rumores de que me retiraba de esta subasta en el último minuto, busqué con la mirada otra salida.

—Por aquí —dijo Lila, cogiéndome de la mano y avanzando con decisión—. Si necesitas escapar discretamente, hay una puerta hacia el lado.

Aliviado de que me estuviera dando una escapatoria, la seguí e intenté no hacer caso al chispazo que me recorrió el brazo al tocarme. El contacto de sus dedos sobre mí era electrizante, desde el momento en que había puesto su mano sobre la mía para evitar que bebiera de ese vaso hasta esta caótica salida mientras me guiaba por los pasillos de la parte trasera del salón de recepciones.

—Estás empapada —le dije, tirando de su mano para que se detuviera al pasar junto a una pila de toallas y ropa de cama en un carrito en un pasillo de servicio.

Ella frunció el ceño, mirándome como si estuviera loco. —¿Y qué? ¿Qué importa eso a la luz de que alguien intentara drogarte?

Cogí una toalla de todos modos antes de que me guiara de nuevo. Se preocupaba más por mi seguridad que por su comodidad, y no estaba seguro de cómo analizar eso. No recordaba la última vez que alguien se hubiera preocupado tanto por mí. Aparte de Emerson.

—Toma. —La alcancé, dándole la toalla pequeña.

La cogió, caminando a paso ligero a mi lado, pero no la usó para secarse la blusa—. No puedo creer que haya pasado eso. Que alguien hiciera algo tan peligroso y rastrero. —Me lanzó una mirada desconcertada—. Todo el mundo oye hablar de ello. Pero es tan manipulador.

—Supongo que alguien tenía muchas ganas de pujar por mí y asegurarse de que fuera sumiso —bromeé secamente.

Me miró de nuevo, sorprendida. —¿En serio?

—Y yo qué coño sé —admití mientras ella llegaba a una puerta. Llevaba toda la noche preguntándome cómo podría acercarme a ella, y esto no se me había pasado por la cabeza—. Pero si necesitaba otra razón por la que no debía perder el tiempo en esta subasta esta noche, era esa.

—¿Se te ocurre alguien que pudiera hacer algo así? —resopló, todavía en shock—. ¡Eso es ilegal!

Pero no del todo sorprendente, dada la desesperación de las mujeres por formar parte de mi vida.

—Por aquí —dijo ella, impidiendo que pensara en una respuesta a su incrédula pregunta.

La seguí mientras empujaba con ambas manos una barra para abrir una pesada puerta de metal. —Esta es la entrada que usé para entrar antes.

La puerta de los empleados cedió fácilmente bajo sus manos.

—Puedes escabullirte por aquí y nadie se enterará.

Alcé las cejas. —Oh, creo que mucha gente se dará cuenta de que me he echado atrás en el último minuto.

Ella hizo una mueca, saliendo conmigo mientras se pasaba tardíamente la toalla por la camisa. —Bueno, me alegro de haber estado allí para ver a alguien echar esa pastilla en tu copa.

Cuando la pesada puerta de metal se cerró de golpe detrás de nosotros, ella dio un respingo.

—Yo también me alegro —respondí.

Quedaban tantas cosas por decir. Quería expresarle lo sorprendido que estaba de verla, lo bueno que era encontrarla después de todos estos años. Deseaba poder preguntarle por qué estaba aquí, cómo estaba, qué hacía su padre y si estaba bien. Demasiadas preguntas pendían entre nosotros, pero mientras ella se retiraba hacia la puerta, estresada de nuevo, no era ni el momento ni el lugar para ponernos al día.

El viento sopló y ella se estremeció mientras corría hacia la puerta. Al intentar girar el pomo, gimió en voz alta.

—Mierda. Dijeron que esta puerta se cerraría automáticamente. —Retrocedió, dejando caer los hombros en señal de derrota.

—Te acompaño a otra puerta —le ofrecí, quitándome la chaqueta para ponérsela sobre los hombros.

—Oh. No es necesario —dijo, bajando la cabeza como si nunca hubiera recibido un gesto de consuelo tan simple.

—Es necesario si no quieres congelarte aquí fuera con esa camisa mojada.

Suspiró y me miró. —Gracias, Gray. —Frunció el ceño—. Quiero decir, señor Hale.

Sonreí con suficiencia, deleitándome con la recompensa de sus ojos azul cristalino fijos en mí. De cerca, a pesar de la penumbra de este callejón, vi el puñado de pecas en sus mejillas, el rubor rosado de su piel clara. La confusión y la timidez que se deslizaban en su expresión apocada.

—Gray está bien —le dije—. No es como si fuéramos desconocidos.

Se lamió los labios, y juro por Dios que mi polla reaccionó. Ser testigo de una acción tan simple no debería haber sido una excitación tan potente.

—Hace mucho que no te veía —respondió, todavía temblando a pesar de que le ajusté la chaqueta sobre los hombros.

—Al menos diez años —respondí.

O el tiempo que haya pasado desde que tu padre quiso casarse con esa zorra ludópata.

Ella asintió. —Sí. —En la intimidad de este momento, su mirada se detuvo en mí como si me viera por primera vez bajo esta luz. No como la versión más joven de sí misma, sino casi como mi igual.

Una mujer con un hombre.

Solos en el callejón.

Volvió a estremecerse y parpadeó rápidamente.

—Te vas a congelar. Déjame ayudarte a encontrar otra puerta.

Negó con la cabeza. —No. No pasa nada. De todos modos, ya había terminado mi turno. Solo estaba sacando esa última bandeja antes de irme. —Una vez más, se mordió el labio inferior. Y una vez más, luché contra esa mirada inocente pero sexy.

—Aunque mi abrigo está en la sala de personal. —Frunció el ceño—. Preferiría no tener que colarme por la entrada principal. Se supone que los empleados deben ser invisibles, no entrar por la alfombra roja con los invitados.

—A la mierda con eso. —No me gustó su actitud de que podía ser inferior—. Haré que alguien te traiga el abrigo.

—No. —Puso su mano sobre la mía cuando saqué el móvil—. No. No es necesario. Le pediré a mi amiga que lo coja más tarde. No quiero llamar la atención sobre el hecho de que me he quedado encerrada aquí fuera. O que le he tirado una copa a ese hombre gruñón.

—Entonces, ¿puedo acompañarte a tu coche? —pregunté, ansioso por no renunciar a este tiempo con ella.

Negó con la cabeza. —Vine andando.

Otra ráfaga de viento sopló por el callejón, incitándome a acercarme más a ella para protegerla.

—Entonces, tal vez pueda llevarte a casa.

Levantó la mirada hacia mí mientras el viento le echaba mechones de seda dorada en la cara. Tal vez fue el frío, o tal vez fue mi sugerencia, pero un rubor sexy le tiñó las mejillas.

—¿Quieres llevarme a tu casa? —preguntó tímidamente, como si quisiera creerlo con esa sonrisa nerviosa.

Su interpretación era demasiado tentadora para resistirse. Me gustaría llevarla a mi casa, pero le había preguntado si le gustaría que la llevara a donde vivía.

Sonriendo lentamente ante su malentendido, hice todo lo posible por ignorar las imágenes que llenaban mi mente.

De ella en mi coche conmigo, acercándose más.

De mí llevándola a mi casa, cogiéndola de la mano.

De nosotros cayendo en la cama y…

—Oh. —Puso los ojos en blanco y se llevó una mano a la cara—. Oh, Dios mío. No es eso lo que querías decir. Querías decir llevarme a *mi* casa. A mi casa. No…

Me reí entre dientes, encontrándola jodidamente adorable con esta timidez a la que ya no estaba expuesto. No estaba fingiendo esta confusión. No era astuta ni estaba jugando al juego travieso de hacerse la difícil. Parecía casi ingenua, pero no porque tuviera la mitad de mi edad.

—Lo siento. —Sonrió y negó con la cabeza mientras yo le cogía la mano y se la apartaba de la cara—. Ha sido una noche larga. Un par de semanas largas. No pienso con claridad. No estoy acostumbrada a que ningún hombre se ofrezca a llevarme a su casa como para

darme cuenta de que te referías… —Dejó escapar un largo suspiro, todavía divertida por su confusión con mi oferta.

¿No estás acostumbrada a que los hombres quieran llevarte a su casa?

¿Cómo coño es eso posible?

Más que nada, su casi admisión de estar cansada y abrumada me convenció de que tenía razón al hacer cualquiera de las dos cosas: llevarla a su casa o a la mía.

Ni de coña iba a dejar que se alejara de mí así en este callejón.

—Deja que llame a mi chófer —dije, soltándole la mano solo entonces para terminar de sacar el móvil.

Asintió una vez, mirándome tímidamente. —Gracias —respondió en voz baja.

No iba a corregir su suposición sobre a qué casa acabaríamos yendo.

Mientras llamaba a mi chófer para que viniera a la parte trasera del edificio, jugueteé con la idea de que dejaría esa decisión a su discreción.

Porque ahora que estaba libre de esta subasta por el resto de la noche, pasar tiempo con ella parecía una alternativa perfecta.

11

LILA

Otra ráfaga de aire de febrero se coló por el callejón. Me estremecí, odiando el castañeteo de mis dientes.

Hacía un frío que pelaba ahí fuera y la idea de caminar hasta el metro para volver a la casa no me atraía en absoluto. Bajo la calidez del abrigo de Gray sobre mis hombros, reprimí el impulso de inspirar hondo solo para disfrutar de su aroma especiado.

No solo su colonia.

Simplemente *él*. Todo un hombre. Mientras se cernía sobre mí, mucho más alto y con unos hombros tan anchos, me protegía del viento. Aunque solo estaba hablando por teléfono con su chófer, exudaba masculinidad. Su confianza y su capacidad para tomar el control eran algo que emanaba de su mera presencia de una forma indescriptible.

¿Qué estás haciendo, Lila?

¿En qué estás pensando?

Dudaba que fuera prudente aceptar que me llevara. Era una conexión con mi pasado, con mi padre. Me imaginé a mi padre aquí,

sabiendo que quería que su amigo me llevara en coche cuando me sentía tan atraída por él de esa manera. Era de risa. Nunca me había educado para ser una mojigata, nunca me había sobreprotegido ni me había impuesto expectativas sobre cómo debía comportarse una mujer. Pero sí me había educado para ser correcta. Para ser respetuosa.

No desear a un hombre que me dobla la edad.

No comerme con los ojos a un tipo al que una vez llamó su amigo íntimo.

No… imaginarme subiendo a ese coche a solas con él con la esperanza de que me abrazara.

No estaba pensando. Ese era el problema. Porque si lo hiciera, haría lo «correcto».

Recordaría que se esperaba de mí que representara a Darcy en su lugar de trabajo. Mi turno había terminado, pero no quedaría bien huir después de haber derramado la copa.

Pero mi turno ha terminado.

No tenía que entrar a coger mi abrigo de la sala de personal *ahora*. Tenía el móvil en el bolsillo y nada me retenía aquí.

¿O solo estoy poniendo excusas para justificar el irme en este coche con él?

—¿Lista? —se guardó el móvil en el bolsillo y se acercó al coche que acababa de llegar.

No le des más vueltas, Lila.

Déjate llevar.

Es solo un viaje.

Le sonreí, conmovida porque le importara. Porque me concediera tal favor después de más de diez años sin verme. Mis dientes

castañetearon mientras dudaba.

—¿Estás seguro de que quieres irte de la subasta? —pregunté en su lugar, desviando mi indecisión sobre pasar más tiempo con un hombre al que no se suponía que debía desear.

—Sí. Estoy seguro de que no quiero pasar ni un segundo más en un lugar donde las mujeres podrían pelear por pujar más alto por mi atención. Donde es probable que alguien vuelva a drogar mi bebida.

Hice una mueca, asintiendo ante su forma de expresarlo. Agaché la cabeza para proteger mi cara de otra ráfaga de aire invernal y tiré de la blusa mojada que se me pegaba al cuerpo. El frío se me metía bajo la piel con la tela expuesta al aire. Pero en cuanto me deslicé en el asiento trasero, con Gray siguiéndome dentro, me estremecí de placer ante el contraste. El calor me reconfortó, y no pude evitar soltar un suspiro.

—Me ha sorprendido verte allí, de todos los sitios posibles —admití mientras se sentaba a mi lado.

Un panel negro nos separaba del chófer, y me dejé llevar por lo tabú que era todo aquello. Por lo prohibido que era estar en esa intimidad, a solas con este hombre sexi y mayor al que no tenía ningún derecho a desear.

—A mí también me ha sorprendido verte trabajar de camarera —replicó—. No es la carrera que habría imaginado para ti. No como hija de Marcus.

No me estaba juzgando. Noté la diferencia en su comentario. No era como Vanessa, regañándome porque mi deseo de ser enfermera estaba «por debajo» del nivel de mi familia.

—Solo estaba cubriendo el turno de una amiga —dije. Parecía mejor que admitir que pronto necesitaría un trabajo. Mi respuesta daba a entender que estaba donando mi tiempo a una buena causa. Igual que habría hecho él con esa subasta.

Observó cómo me despegaba la camisa mojada de la piel. —Deberías quitártela —dijo, sin levantar la mirada tan rápido como habría pensado si solo hubiera comentado que estaba empapada.

—Debería —repliqué, sorprendida de estarle siguiendo el juego a un coqueteo que dudaba que pretendiera iniciar.

Cuando alzó su intensa mirada hasta mi cara y exhaló una brusca bocanada de aire por la nariz, ensanchando las fosas nasales, me di cuenta de cuánto tiempo había pasado desde que un hombre me había mirado así. Adam no lo había hecho desde el verano, y era el único novio que me habían permitido —o esperado— que tuviera.

No estaba segura de que alguna vez me hubieran mirado así. Como si fuera el festín de un hombre hambriento, la dosis que cura la maldición de un adicto.

—¿Por qué te ha sorprendido verme allí? —preguntó, iniciando rápidamente una conversación, como si se diera cuenta de que me estaba intimidando con el puro deseo que no ocultaba en su rostro.

—Porque me parece poco probable que estés soltero.

—Mmm —se reclinó en el asiento, apoyando el brazo en el respaldo de los cojines mientras el coche empezaba a moverse—. Requiere cierto esfuerzo —respondió con displicencia.

Sonreí, encantada. —¿Seguir soltero?

Asintió, observándome con esa mirada velada.

En lugar de sentirme más intimidada bajo su atención directa, me giré para mirarlo de frente, ansiosa por explorar este júbilo liberador de hablar con él a solas así.

—Me cuesta creerlo, cuando te ofreces a que te subasten para una cita de San Valentín.

Puso los ojos en blanco. El gesto no lo hizo parecer inmaduro, sino más con los pies en la tierra, como si el resto del mundo lo hubiera

juzgado mal. No era un cascarrabias, sino que estaba ligeramente irritado. —Mi asistente se ha encargado de que una señora mayor, dulce y casada fuera la mayor postora, por cortesía de mi propia puja.

Me reí levemente. —¿Has amañado la subasta?

Se encogió de hombros, observándome con una sonrisa perezosa.

—Así que, básicamente, ¿has apostado por ti mismo?

—Supongo que sí, si lo miras de esa manera.

—Oye, no es una mala actitud que probar. Pujar por uno mismo es más o menos lo mismo que creer en uno mismo, ¿no?

—Así es.

Solté un profundo suspiro, a gusto con él. Tenía razón, no éramos extraños. Sin embargo, cuando me dijo que lo llamara por su nombre, no con un título formal, lo vi como su forma de recordarme que no necesitaba dirigirme a él como mi superior, como un amigo de mi padre.

En el coche con él, el resto del mundo se desvaneció. El estrés de mi vida. La presión de cubrir el turno de Darcy. La soledad de desear tener a alguien que me apoyara. Inesperadamente, lo tenía a él.

—No es la primera vez que hago que mi asistente amañe una de esas subastas benéficas —admitió—. Es por una buena causa, puedo llevar a una amable anciana a comer y le demuestra a la sociedad que sigo vivo y que formo parte de la industria.

Fruncí el ceño. —Y también le da a alguien la oportunidad de echarte una droga en la bebida.

Soltó un largo suspiro. —Es la primera vez que *eso* ha ocurrido.

—Entonces es una suerte que yo estuviera allí para vigilarte —repliqué, sorprendida por este repentino tono juguetón.

—Tenía la impresión de que te estabas esforzando al máximo por *no* reconocerme en toda la noche.

Volví a despegarme la camisa mojada de la piel, bajando la mirada al darme cuenta de lo pegajosa que debía de estar. Tenía que ser algo dulce como el champán lo que me había empapado la ropa. —Me sorprendió verte y no estaba segura de… No estaba segura de qué decir.

—Sería un imbécil si dejara pasar un segundo más sin decir esto —me levantó la barbilla, obligándome a enfrentar su mirada marrón oscura, tan llena de necesidad y curiosidad—. Gracias —sincero y directo—. Gracias por preocuparte y salvarme de un destino horrible.

Parpadeé una vez, sintiéndome drogada por la fuerza de su caricia. Eran solo las yemas de sus dedos en mi barbilla, pero el calor que se extendía desde ellos hizo que mi corazón se acelerara.

—Porque si alguien hubiera conseguido emborracharme… —deslizó su mano por la línea de mi mandíbula, ahuecando mi mejilla—. Y si alguna mujer pensara que pujar por mí significaba que estaría con ella ahora mismo…

Oh…

Dios.

Tragué saliva, con la garganta muy seca. Escuchar el profundo gruñido de su tono mientras me estudiaba como si quisiera grabarme en su memoria estaba trastocando mi corazón. Y mi cabeza.

—Entonces no estaría aquí ahora mismo —me atreví a terminar por él.

El coche se detuvo en un cruce. No es que el chófer hubiera pegado un frenazo, pero la sacudida me arrancó de la convicción de que Gray quería acercarme para besarme como otra forma de mostrar su gratitud por mi intervención.

Fue todo lo que necesité para darme cuenta de que habíamos dejado el salón de recepciones. Que estaba más lejos de la casa de piedra donde me había estado quedando en el sofá de Darcy.

—Oh —fruncí el ceño—. No voy a la casa. Mi padre no está allí y…

—¿Adónde? —preguntó Gray, sin querer bajar la mano.

—Eh… —fruncí el ceño, sintiéndome incapaz de pensar o hablar. Con él mirándome así, como si yo fuera un tesoro que no esperaba encontrar, supe que no podía dejarle saber que me estaba quedando en un lugar así.

Si supiera que estaba viviendo en ese edificio, podría decírselo a mi padre. Y si mi padre supiera que no estaba con Adam, se daría cuenta de que también me estaba rebelando para dejar el programa de empresariales. Todos estos hechos lo perturbarían, y lo último que quería era estresarlo. Solo necesitaba tiempo para encontrar otro camino para mí, uno que pudiera convencerlo de apoyar a pesar de las sonoras y ruidosas protestas de Vanessa de que no la estaba obedeciendo y que estaba actuando por rebeldía.

—¿Adónde? —pregunté, repitiendo su pregunta.

—¿Quieres que te lleve a casa? —preguntó con un susurro ronco, deslizando el pulgar por mi mejilla.

Sonreí con timidez, divertida por haber estropeado la pregunta la primera vez al no darme cuenta de que me había ofrecido llevarme a *mi* casa.

Pero no estaba repitiendo ese malentendido. Inclinándose hacia mí mientras me acercaba más a su calor, acercó su boca a mi oído. —¿Quieres que te lleve a casa conmigo?

Presionó sus cálidos labios contra mí, besándome con un roce apenas perceptible debajo de mi oreja.

Cerré los ojos y jadeé, acogiendo la descarga de deseo que me recorrió.

Su cálido aliento me hizo cosquillas en la piel, pero fue la sugerencia que había pronunciado lo que me calentó por dentro.

Retrocediendo lentamente, pero sin quitar la mano de mi mejilla y sin poner demasiado espacio entre nosotros, se echó hacia atrás para poder mirarme a los ojos.

Para poder mostrarme cuánto deseaba llevarme a casa.

No tenía ningún derecho a desearlo. Pero no podía negarlo.

Me lamí los labios, sorprendida cuando sus ojos se oscurecieron al seguir el movimiento de mi lengua. Apenas capaz de respirar, ya tan excitada y sintiendo que caminaba por un filo delgado y peligroso entre lo correcto y lo incorrecto, levanté la mirada hacia él.

—Por favor —susurré.

Gruñó, reaccionando al instante. Acercando mi cabeza, posó su boca sobre la mía y me besó.

Y otra vez.

Otra vez.

Cada vez que me abrasaba con el calor de su beso, sus labios exigiendo que los míos cedieran, se retiraba para mirarme a los ojos. Para comprobar que no estaba huyendo. Que no me estaba resistiendo.

—Por favor —repetí con más urgencia mientras levantaba la mano para rodearle el cuello. Aferrándome a él mientras volvía a estampar mi boca contra la suya, adicta a sus besos, dejé escapar un ligero gemido de deseo.

—Joder. Joder, sí, Lila —me atrajo más cerca, subiéndome a su regazo—. Te llevo a casa —gruñó.

Extendiendo las piernas sobre su regazo para sentarme a horcajadas, me acurruqué para besarlo. Para separar mis labios y

deleitarme con la dominancia de su lengua deslizándose para saborearme.

Quitó una mano, extendiéndola hacia un lado. Parecía que estaba pulsando un botón para hablar con el chófer, porque mientras apartaba bruscamente su boca de la mía, jadeó y dijo: —A casa.

Mareada por el embriagador deseo que me hacía sentir, volví a cerrar los ojos. Se abalanzó sobre mí, besándome con una codicia brutal que solo pude igualar chupando su lengua y presionando mi pecho contra el suyo.

Con la fricción de mi camisa mojada pegada a mí, me eché hacia atrás. Respirando con dificultad y asombrada por el deseo que cubría su rostro, esa necesidad de *mí*, tragué saliva. —Estoy… Mi camisa. Está… Te estoy mojando y dejando pegajoso…

—Ese es mi trabajo —se burló, poniéndome las manos en el culo y en la espalda para guiarme de nuevo a otro beso profundo—. Sería un honor para mí ponerte *a ti* húmeda —empujó las caderas hacia arriba, enfatizando el bulto de su erección atrapado bajo sus pantalones mientras rozaba mi intimidad.

—Oh, joder —respiré, cerrando los ojos mientras dejaba caer la cabeza a un lado ante la perfecta presión allí.

—Quiero tenerte chorreando para mí, Lila. Tan jodidamente húmeda para que te folle toda la noche.

Oh, Dios mío.

Moviéndome sobre su regazo mientras depositaba un ardiente rastro de besos por mi cuello, me aferré y recé para que no estuviera solo diciendo obscenidades por decirlas. Que lo dijera en serio. Que no se estuviera burlando de mí por el factor sorpresa, sino que quisiera hacerlo realidad.

—Quiero que estés empapada para mí —dijo con voz ronca mientras llevaba los dedos a mi camisa. Mientras desabrochaba los botones,

gruñó contra mi piel, haciéndome saber que lo estaba volviendo loco mientras me frotaba contra esa gran polla que se marcaba en sus pantalones.

—Yo… yo… —entrelacé mis dedos en su pelo para mantener su boca sobre mí—. Lo estoy, Gray. Estoy tan…

Su pecho subía y bajaba mientras respiraba con dificultad, cada roce suyo contra mis pezones era pura tortura. Con mi camisa abierta, me sujetó con una mano en la espalda. Deslizó la otra mano más abajo, entre nosotros, para bajar la cremallera de mis pantalones y meter los dedos bajo ellos y mi tanga.

—Tan húmeda —coincidió.

Dejé escapar un gemido de necesidad.

Acariciando con los dedos mi raja, esparció toda la excitación, toda la crema resbaladiza que goteaba para él. Frotó mi coño liso. Me provocó con la presión de su palma contra mi clítoris. La sensación lasciva de que me tocara allí era demasiado para soportar. Demasiado para aceptar.

¡Era el amigo de confianza de mi padre!

Era un hombre rico y exitoso que lo tenía todo.

Era un amante tan hábil y experimentado que me doblaba la edad.

—Eres tan traviesa, húmeda para mí así, Lila —canturreó.

Con un gemido necesitado, me aferré a su pelo mientras arqueaba la espalda. Abrí más las piernas, separándolas y ofreciéndome a él.

Para que me tocara. Para que me acariciara. Para que me follara.

—Tan húmeda —murmuró mientras me metía los dedos, provocándome—. Tan pegajosa —añadió mientras bajaba la cara hacia mis pechos. Lamiendo mi piel, me limpió del champán derramado.

—Gray —jadeé, cabalgando su mano y buscando el alivio que solo él podía darme.

—¿Quieres que te lleve a casa? —preguntó, introduciendo otro dedo en mi coño—. ¿Quieres que te lleve a mi cama y te folle hasta que llegue el día de San Valentín? —sin esperar respuesta, aferró mi pecho con su boca. Succionando mi pezón a través de la fina y transparente tela, me acercó más al orgasmo.

Oh, joder.

Oh, joder…

—Sí —le dije, cediendo a la ola de deseo que no podía intentar detener.

El día de San Valentín era una gilipollez. También el amor. Pero nada me impediría rendirme a la necesidad de este hombre, aquel al que ni siquiera debería considerar como alguien por quien pujar de ninguna manera.

—Fóllame, Gray. Fóllame toda la noche —supliqué.

12

GRAY

Lila se restregó contra mí. Mecía las caderas hacia delante y hacia atrás mientras la estimulaba con los dedos, poniéndome dolorosamente duro. Desesperadamente ansioso. Me llevó al borde de correrme en los pantalones.

—Quiero que me folles toda la noche, Gray —repitió, soltando cada palabra indecente entre grandes jadeos.

—Pero… —se interrumpió. Se le cortó la respiración cuando añadí el pulgar para frotarle el clítoris.

—Pero vas a correrte ahora mismo para mí, ¿verdad? —la provoqué mientras le olisqueaba el esbelto cuello—. Vas a dejar que te folle en este coche, ¿eh?

—Quiero que lo hagas —respondió, agonizando por correrse.

Sonreí ante la perversa emoción de todo aquello.

—Te deseo tanto —susurró en una sucia confesión mientras me levantaba la cabeza para poder besarme—. Te deseo muchísimo.

Lo sabía. Podía notarlo. Sentía la necesidad vibrando en su cuerpo. Otro beso hambriento nos silenció a ambos.

—Pero está muy mal —admitió con desdicha.

Era demasiado tarde para que ninguno de los dos racionalizara esta atracción que sentíamos el uno por el otro. El deseo se había disparado entre nosotros al instante en aquel salón de recepciones. Al otro lado de la sala, habíamos encajado y conectado con una sola mirada.

Era demasiado tarde para dar marcha atrás ahora. Si seguía así, tocándole el coño sedoso, se correría en mi mano. Si ella no dejaba de restregarse contra mí y de restregarme los pechos por la cara, yo me correría en los pantalones.

—Esto está mal —repitió. No había desprecio ni desdén en su tono. Ni culpa. Solo debilidad. Se contradijo al decirlo mientras se mecía sobre mi erección.

—Tu padre me matará si se entera de que estamos juntos así —dije.

—Nunca me lo perdonaría —convino ella.

Pero no me importaba. Mi amistad con Marcus era importante, pero no me importaba.

—Merece la pena —le dije.

El coche entró en el garaje de mi casa del lago, a las afueras de la ciudad. Me di cuenta de que Lila y yo llevábamos casi una hora besándonos y torturándonos lentamente con estos preliminares graduales en el asiento trasero.

Esto no era un rollo de una noche y ya está.

No era una carrera para correrse y acabar cuanto antes en aras de la gratificación instantánea.

Era un lento descubrimiento de lo que había estado echando en falta durante demasiado tiempo. La emoción. La novedad de sentirme realmente atraído por una mujer. La libertad de sentir curiosidad por

ver hasta dónde podía llegar para conseguir la recompensa de estar con una belleza como ella.

—Sé que no debería estar contigo de esta manera —le dije mientras le masajeaba el coño y la estimulaba con los dedos a un ritmo constante—. Lo sé de sobra.

—Yo también lo sé —respondió antes de besarme de nuevo.

Ambos nos dábamos cuenta de lo prohibido que era esto. El límite de mi amistad con su padre y la diferencia de edad entre nosotros significaba que debíamos pensárnoslo dos veces.

—Pero merece la pena —gruñí.

Suspiró bajo mis labios.

—Tú mereces la pena.

Abrió los ojos, deslumbrándome con el deseo que se arremolinaba en aquellos pozos azules.

—Por muy mal que esté, quiero que seas mi pecaminosa Valentina.

Dibujando lentamente una sonrisa tímida y traviesa, bajó el rostro hasta besarme. Gruñendo en su boca y ahogándome en el deseo que no podía apagar por ella, le agarré el culo y lo apreté con fuerza. Sujetándola contra mí, la apreté contra mi erección. —Pero no así.

Frunció el ceño.

Le mordisqueé el labio al final de otro beso ardiente. Persiguiéndome mientras me apartaba, y claramente sin querer distancia entre nosotros, hizo un puchero. Le clavé los dedos en el culo y la mantuve quieta.

—No voy a follarte toda la noche aquí mismo.

Se sonrojó y me maravillé de que aún pudiera ser tímida. Mirando a su alrededor, pareció darse cuenta por primera vez de que el coche

se había detenido.

Llevábamos unos minutos aparcados y me lo tomé como un cumplido que estuviera demasiado absorta besándome para saberlo.

Se apartó el pelo de la cara mientras se levantaba de mi regazo. Eché de menos su calor al instante.

Antes de intentar abrir la puerta, me acerqué y le ajusté la chaqueta para taparla. Para cubrirle la camisa abierta.

El conductor sabría que no debía abrirme la puerta. No cuando tenía a una mujer aquí detrás conmigo. Hacía mucho tiempo que no la tenía, pero él tenía buena memoria para no interferir en una situación potencialmente indecorosa.

Salí y le tendí la mano a Lila para ayudarla a salir del asiento trasero. Estábamos en mi garaje, así que nadie podría ver que la había llevado a casa. El viento brutal era peor tan cerca del lago, pero las puertas ya se estaban cerrando, protegiendo los varios vehículos que aparcaba aquí dentro.

Una vez que estuvo de pie, me agaché y la levanté en brazos.

—¿Qué estás…?

La besé, demostrándole que tenía la intención de continuar justo donde lo habíamos dejado.

—Espera. Espera. —Se retorció para que la bajara.

Me detuve y el lento deslizamiento de ella poniéndose de pie, frotándose contra mí, fue una tortura.

Volvió a ponerse de pie, pero solo por un segundo. Estirándose para saltar de nuevo a mis brazos, pero de cara a mí, esta vez no dudó en rodearme la cintura con las piernas. Sonreí, alzándola de nuevo en mis brazos y asegurando mis manos en su jugoso culo. Llevarla así significaba que cada paso que daba hacía que mi polla se rozara con ella. Con sus brazos aferrados a mi cuello mientras me besaba,

se acentuaba el roce de sus pechos contra mi pecho. La tela transparente de su sujetador no ocultaba los duros botones de sus pezones, que podía sentir a través de las capas de mi camisa.

En una carrera a ciegas, concentrado en besarla y en no dejarla caer mientras dejaba que mi chaqueta se deslizara de sus hombros, la llevé por la casa.

Sin molestarme en encender ninguna luz, demasiado adicto a su tacto y a su sabor, me dirigí directamente a mi habitación y a mi cama. Sin aminorar la marcha ni un segundo, la bajé sobre el colchón y la seguí.

Esto estaba mal. Ambos estábamos de acuerdo en que no deberíamos conectar así. Fue nuestra decisión mutua rendirnos al deseo.

Era un error. Porque ambos sabíamos lo que hacíamos. Pero un error no iba a arruinar la vida de nadie.

—¿Quieres que te folle?

Agarró mi camisa, luchando por desabrochar los botones mientras yo agarraba la cinturilla de sus pantalones y su tanga. Un tirón fuerte hacia abajo prácticamente dejó al descubierto sus esbeltas piernas y su dulce coño.

—Por favor, Gray.

—¿Quieres que te llene con mi polla?

Dejó de luchar con mi camisa para intentar quitarme los pantalones mientras la besaba y la inmovilizaba en la cama. Cogiéndome la polla a través de la ropa, me la masturbó rápidamente. Me demostró lo impaciente que estaba.

—¿Quieres que te chupe esto mientras te embisto? —Con los dientes, le bajé la copa del sujetador y luego cerré los labios sobre su pezón de color rosa oscuro.

Gritó al sentir el contacto y arqueó la espalda, empujando sus pechos hacia mí.

Así levantada, me dio la oportunidad de alcanzar su espalda y desabrocharle el sujetador. Ese último paso significaba que le había quitado toda la ropa. Yacía desnuda en la cama, para que yo me diera un festín. Toda mía para tomarla.

No tuve paciencia para quedarme de pie e inclinarme sobre ella por mucho tiempo. Inclinándome hacia ella, lamí el champán de sus pechos y su estómago. El líquido pegajoso le había cubierto la piel por la bebida que se le había derramado encima.

Forcejeó con mis pantalones, intentando bajarlos mientras me besaba. Pero estaba tan abrumada por la necesidad de correrse, tan desesperada, que era torpe.

Le cogí las manos y se las apreté contra el colchón por encima de su cabeza. Con la otra mano, terminé de quitarme los pantalones. Mi camisa colgaba medio desabrochada, totalmente abierta. Mis pantalones y mis calzoncillos se amontonaban en mis tobillos. Quitármelos a patadas me pareció una pérdida de tiempo cuando la tenía aquí mismo, retorciéndose y jadeando por mí.

—¿Así? —Alineé mi polla con la suya y metí la cabeza en su coño rosado.

Gimió con un sonido tan necesitado que no pude esperar. Ya iríamos despacio la próxima vez.

—¿O así? —La embestí hasta el fondo, estirándola. Estaba apretada. Caliente. Tan húmeda y lista para mí.

—Fóllame. Por favor, solo fóllame, Gray.

No tuvo que suplicar.

Me retiré, observando las emociones cruzar su rostro. Estaba exquisita, acogiéndome tan profundo. Preciosa y necesitada. Me robó el aliento de nuevo, igual que cuando la vi por primera vez esta

noche. Pero mientras la embestía y soportaba el apretado ajuste con el que me enfundaba, me dejó sin palabras una vez más.

Podía confiar en ella para follarla.

Podía confiarle mi polla así.

Dejar que se me acercara cuando ninguna otra mujer podía.

bombeé dentro de ella hasta que se corrió, temblando y gritando de forma tan sexi. Mientras se deshacía, me pregunté si estaba cometiendo un error al confiar en ella. Porque una vez que derramé mi semen en lo más profundo de su interior y me dejé caer sobre ella para recuperar el aliento, supe que era solo cuestión de tiempo que volviera a necesitarla.

Ya dependiente.

Voraz por más, ahora que sabía cómo podía ser con ella.

Apoyó sus delicadas manos en mi espalda, acariciándome suavemente. Casi me instó a rendirme y dormir, pero mi mente seguía en marcha.

Así no era como había planeado que terminara esta noche. Había previsto que volvería a casa, a mi apartamento solitario, atrapado en el aislamiento de no poder confiar nunca en una mujer lo suficiente como para dejarla acercarse.

Pero ella lo había hecho.

Estábamos tan cerca como dos personas pueden estar.

Me retiré lentamente de ella, besándola suavemente antes de levantarme para limpiarme y limpiarla a ella.

Sin embargo, me siguió al baño, sorprendiéndome mientras caminaba hacia la ducha. Me detuve mientras me lavaba las manos en el lavabo, observando el reflejo de su cuerpo desnudo en el espejo.

Enarqué las cejas, preguntándome cuál de los dos rompería el hielo y hablaría después del error prohibido que habíamos cometido.

Abrió la ducha y me dedicó otra de esas sonrisas entrañables, a la vez tímidas y traviesas. De las que me estaba volviendo adicto a ver.

—¿Quieres acompañarme? —preguntó.

Asentí, poniéndome frente a ella y dejando que me mirara bien y durante un buen rato. —Te lo he dicho, Lila. Hasta que llegue el día de San Valentín.

Miró el reloj, dándose cuenta, como yo, de que era casi medianoche. Aún nos quedaba más lujuria por quemar.

Respondiendo del mismo modo con una sonrisa, me acerqué a la ducha para reunirme con ella.

Se suponía que esta noche no iba a terminar con el error de ceder a unas necesidades tan primarias con ella. Pero no sería el fin del mundo.

Los errores ocurren.

Como cuando derramó esa copa en el salón de recepciones.

Confiar en ella por una noche para que aceptara mi polla sería nuestro secreto.

Mi pecaminosa y dulce Valentina.

Le acaricié la cara y la besé con ternura, prometiéndole hacer de esta noche un error del que esperaba que no se arrepintiera por la mañana. Porque sin saber qué había sido de ella y qué había pasado en su vida durante los últimos diez años, sabía que se merecía mucho más que liarse con uno de los amigos antisociales y gilipollas de su padre con problemas de confianza.

13

LILA

Me desperté lentamente con un dolor entre las piernas. Otras partes de mi cuerpo me sacudieron hasta despertarme del todo mientras el sueño se desvanecía de mi mente. Adormilada pero cómoda, me quedé tumbada en la cama y suspiré.

Fui consciente de las marcas en mi cuello y mis pechos, lo que me hizo sonreír. Los leves moratones en mis caderas y mi culo hicieron que me mordiera el labio para no sonreír de oreja a oreja.

Sin embargo, era la sensación de haber tenido a Gray tan dentro de mí lo que me hacía sentir tan satisfecha. Parecía que solo habían pasado unas horas desde que nos habíamos quedado dormidos, pero la luz del sol de la mañana ya estaba alta en el cielo tras las cortinas. Estaba más descansada de lo que lo había estado en mucho tiempo, a pesar de las pocas horas que había dormido en realidad.

Sin necesidad de abrir más los ojos, supe que estaba sola en su cama. Porque cuando habíamos parado antes, finalmente agotados, me había abrazado en cucharita. El calor de su cuerpo me había marcado a fuego mientras me sujetaba con fuerza, quedándose

dormido conmigo. Era un recuerdo que nunca olvidaría. La seguridad que me transmitía de esa manera ya no estaba allí.

Por estúpido que sonara, *sentía* su ausencia.

Aunque él no estaba aquí conmigo, solté otro profundo suspiro y supe que aquí estaba a salvo. A salvo para dormir.

Ninguna compañera de piso irrumpiría en la habitación como hacían cuando intentaba descansar en el sofá de la casa con las demás. No tenía la obligación de ir a clase, ya que era fin de semana. Si quería, podía volver a cerrar los ojos y revivir los dulces y picantes recuerdos de la noche de pasión prohibida que Gray y yo compartimos anoche.

Demasiado relajada para moverme, suspiré profundamente y me hundí en el mullido colchón.

Parecía un sueño.

Parecía que todo había sido producto de mi imaginación.

Pero había ocurrido.

Todo era real, y lo sentía en cada parte de mi cuerpo, con esta satisfacción plena que se apoderaba de mí y me relajaba. Si quisiera ponerme cursi y sentimental, podría admitir que también lo sentía en mi corazón.

Sí, claro.

Puse los ojos en blanco. No iba a confundir la euforia de una buena noche de sexo y sueño con la interpretación de que era *amor*.

El amor era un chiste.

Adam me lo había demostrado al ser tan infiel como para acostarse con Beatrice.

Uf.

Abrí más los ojos al pensar en mi ex. Él ya no tenía cabida en mis pensamientos. Para nada. Negando con la cabeza, me prometí no malgastar más energía pensando en el tiempo que pasé con él.

Estar en la cama de Gray y saber lo minucioso y atento que era como amante debía borrar cualquier vestigio de la deslucida experiencia de estar con Adam.

Una lenta sonrisa curvó mis labios mientras me abrazaba las rodillas contra el pecho.

Gray sabe cómo hacerme correr.

Anoche me había demostrado varias veces lo hábil que era haciéndome correr. Así, en el transcurso de una noche, me había demostrado que era el amo de mi cuerpo.

Me estiré lentamente, bostecé y me pregunté dónde estaría.

No habíamos dormido mucho, y estaba segura de que él necesitaría descansar más para poder afrontar lo que fuera que tuviera planeado para el día. Sin embargo, los planes fueron lo único que no mencionamos anoche.

Como ambos estuvimos de acuerdo en que desearnos era un error, y que rendirnos a nuestro deseo mutuo era un pecado prohibido, sabía que no debía pensar que podíamos empezar algo duradero.

No hicimos más planes que ocuparnos con el sexo.

Y, aun así, quería aferrarme a la fantasía de que podíamos mantener viva esta pasión.

Sé realista.

No te hagas ilusiones.

Fue una aventura. Porque cualquier cosa más implicaría que uno de los dos tendría que contárselo a él*.*

Me estremecí al pensar en lo decepcionado y enfadado que se pondría mi padre al saber que me había acostado con Gray y negué con la cabeza.

No me llegaba ningún sonido a través de la enorme suite. Sentada allí, esforzándome por captar algún ruido de algún lugar de la casa, me encontré con el silencio.

¿En serio se ha largado y me ha dejado aquí tirada?

Con el ceño fruncido, miré alrededor de la habitación, con la que no me había familiarizado anoche, e intenté desechar esa desagradable sensación de rechazo.

Para. Son tonterías.

No me había rechazado. Durante toda la noche anterior, cada vez que nos uníamos, había hecho todo lo contrario a rechazarme.

Aun así, dolía que me hubiera dejado aquí para despertarme sola.

Porque estás *sola, Lila.*

Una noche de sexo con él no iba a significar nada.

No era justo lo mucho que dolía. Que siguiera sola, sin nadie que quisiera mantenerme en su vida fielmente. Que se preocupara por mí de verdad.

Por el amor de Dios. Basta ya de esta mierda negativa. No se saca nada bueno de ser una dependiente.

No seas una lapa.

Giré la cabeza hacia la mesita de noche y vi un trozo de papel.

Anoche había estado demasiado ocupada con él para fijarme en muchos detalles de esta habitación, pero dudaba mucho que ese papel estuviera allí entonces, doblado por la mitad y apoyado con mi nombre escrito en el lado que daba hacia mí.

Alargué la mano para cogerlo.

Desdoblé la hoja y leí su mensaje de despedida. Un mensaje que no quiso decirme en persona, sino en papel. Casi como si se hubiera acordado en el último momento.

Lila:

Te mereces más que el error de acostarte con alguien como yo.

-Grayson.

Fruncí el ceño mientras lo releía.

Y otra vez.

Una vez más.

Las palabras no cambiaban. Su mensaje seguía siendo el mismo.

Para él solo había sido una noche de sexo sin importancia. Así lo había interpretado. Pero ¿qué se suponía que debía pensar yo ahora, después de que me hubiera dejado una nota como esa en la mesita de noche para que la encontrara por la mañana, sola?

¿Un error?

Asumir lo incorrecto que era que nos deseáramos era una cosa. Pero llamarlo un error a la mañana siguiente era cruel.

Negué lentamente con la cabeza, dejando que la decepción y el dolor me impulsaran a despertar de verdad a la realidad. No pude evitar ponerme a la defensiva al llamarlo un error.

No fue un error, Gray. Sabíamos lo que hacíamos y decidimos que el pecado merecía la pena.

Aparté las sábanas de un empujón, sintiendo que ya no tenía permiso para estar aquí, que solo era el error que había dejado atrás para que encontrara la salida de su casa. Apresurándome a pasar las

piernas por el borde de la cama, me levanté para largarme de allí y alejarme de todos los recuerdos.

Llamar un error a haber estado conmigo anoche infligió una dosis extra de dolor a mi alma. No quería permitir más golpes a mi corazón, más problemas en mi mente.

Era un error, pero solo porque él era alguien prohibido para mí, ya que primero era amigo de mi padre. Se suponía que no debía estar en el mercado de hombres disponibles para mí por eso mismo.

Mientras cogía mis pantalones para ponérmelos, admití lo tabú que era estar con él cuando era mucho mayor que yo. Pero no había nada de malo en ello. La edad era solo un número. Ambos éramos adultos que consentíamos y sabíamos exactamente lo que hacíamos.

No actúes como si no me desearas, Gray.

Había hecho algo malo al aceptar rendirme al deseo que nos mantuvo ocupados en su cama toda la noche. Cogí una sudadera que estaba colgada en una silla para tomarla prestada y miré el colchón deshecho.

Llamar a todas esas tórridas horas un error era otra cosa muy distinta.

Me puse la sudadera, ignorando la blusa manchada de champán que yacía en un montón en el suelo.

Ahí la tienes. Puedes quedártela como recuerdo de nuestro «error».

Apreté los dientes mientras metía mis doloridos pies en los incómodos zapatos que tanto había odiado anoche. Haciendo todo lo posible para que su nota no me afectara, me di la vuelta para irme.

Me niego a arrepentirme.

Aunque él claramente se arrepintiera a la mañana siguiente, yo no lo haría.

¿Cómo te atreves a decidir lo que me merezco?

¿Cómo puedes actuar como si supieras lo que es mejor para mí?

Estos instintivos sentimientos de autodefensa surgieron dentro de mí. Una vez más, sentí que nunca podría decir que mi vida era *mía*.

Solo porque se hubiera acostado conmigo no significaba que pudiera decidir si yo lo merecía o no.

Como si él no fuera lo suficientemente bueno para mí. Como si debiera esperar algo mejor.

Eso era una tontería.

Salí de su dormitorio sin mirar atrás, decidida a ser madura al respecto. A ser tan frívola e indiferente como él.

Saqué el móvil del bolsillo para pedir un Uber.

Mirando el móvil mientras me apresuraba a atravesar la casa desconocida, me choqué con alguien en cuanto llegué al pasillo.

Grité, sin esperar a nadie con lo silenciosa que estaba la casa.

Un hombre retrocedió de un salto, tan sorprendido de verme como yo a él. Abrió mucho los ojos y levantó las manos como para calmarme, como se trataría a un animal asustado.

Poniéndome una mano en el pecho, tragué saliva y recuperé el aliento. —Perdón —solté con un suspiro tembloroso—. Me ha asustado.

—No. Lo siento mucho, señorita —hizo una leve reverencia, demostrando que mi primera suposición de que era un mayordomo o un miembro del personal de la casa era correcta—. Siento mucho haberla asustado.

Fruncí el ceño y negué con la cabeza. Podía tratarme como a una invitada si quería, pero no lo era. Yo no era nadie que perteneciera a este lugar. Gray lo había dejado claro al dejarme sin una despedida, solo con una nota a modo de ocurrencia tardía.

—El señor Hale me informó de que se despertaría pronto para desayunar.

¿Desayunar?

Solté una risa ahogada. No necesitaba ofrecerme comida por compasión a la mañana siguiente. Negué con la cabeza. —No. Es muy amable por su parte, pero no —cogí el móvil de nuevo y busqué la aplicación para pedir un coche—. Ya me iba.

Levantó la mano. —Le diré al chófer…

—No. No —volví a negar con la cabeza—. No es necesario. Pediré un coche.

El mayordomo protestó, pero me mantuve amable y educada. Tenía sus órdenes, por supuesto. Sus expectativas de parte de Gray. Mi padre nunca había tenido mucho personal doméstico cuando mi madre vivía, pero cuando se casó con Vanessa, ella no quiso mover ni un dedo. Por eso, estaba acostumbrada a cómo funcionaba esto, a cómo los empleados del hogar debían hacerme la vida lo más fácil posible.

Pero ahora yo era independiente. Era dueña de mis actos. Yo era el *error* de Gray, no una invitada.

Siendo dulce y amable con el hombre que solo hacía su trabajo, pedí el coche y me dirigí a la puerta principal. Como el hombre parecía tan disgustado al verme marchar sin dejar que me diera de comer, acepté una taza de café para llevar.

Sentada en el asiento trasero del Uber, suspiré y sorbí el café caliente.

Lo siento, Gray. Te lo devolveré.

Ahora le debía una sudadera muy suave y cómoda y una taza térmica.

Si es que quisieras volver a verme.

Puse los ojos en blanco y volví a la ciudad en silencio, muy agradecida de que el conductor pareciera darse cuenta de que este era un largo y exagerado paseo —o viaje— de la vergüenza para mí.

Después de que me dejara en la dirección de la casa de Darcy, pagué con tarjeta. Con la esperanza de que Vanessa no rastreara que había usado una tarjeta para un Uber desde fuera de la ciudad, entré en la casa de Darcy. Sin embargo, no debería haberme dejado allí si no quería que nadie supiera dónde vivía. Ella no necesitaba saber dónde me alojaba.

Ni tampoco Gray.

Mientras subía los escalones hacia la puerta principal, volví a pensar en el momento de pánico de anoche cuando me di cuenta de que Gray asumía que yo vivía en la enorme casa con Vanessa, el lugar que mi padre siempre había llamado su residencia cuando estaba aquí.

Me había avergonzado demasiado como para dejarle ver este sitio. Me preocupaba demasiado que sospechara de dónde me alojaba y se lo contara a mi padre antes de que yo pudiera ensayar cómo explicarle mi crisis del cuarto de vida.

Qué más da.

La puerta crujió al abrirla. No había otras chicas en el salón. Parecía tranquilo. Silencioso, por una vez.

Sin esperar, caminé hacia el sofá y me dejé caer en él con un gemido, deseando estar de vuelta en la lujosa cama de Gray con sus brazos rodeándome de nuevo.

Olvídalo.

Fue solo una noche.

Me pareció irónico que, mientras la realidad volvía a golpearme, con los muelles de los cojines clavándoseme en la espalda, esa única

noche con Gray brillara más que todo el año que había estado con Adam.

Porque cuando me acurruqué en el abrazo de Gray, había sido demasiado fácil creer la ilusión de que de verdad se preocupaba por mí.

De que alguien *se preocupaba.*

14

GRAY

Se suponía que los fines de semana eran mis días libres, y por lo general no pisaba la oficina.

Este San Valentín, me habría venido bien una buena carga de trabajo. Un día largo, ajetreado y agotador en el despacho, ocupado con llamadas, habría sido preferible a esta ociosidad que llenó las horas después de que dejara a Lila en mi casa del lago.

En cuanto me desperté y la vi descansando tan plácidamente, supe que tenía que irme. Anoche, la sorpresa de verla y la conmoción de que alguien hubiera intentado echarme algo en la copa me habían nublado el juicio. Inmerso en las extraordinarias circunstancias de la subasta de solteros, todo parecía distinto. Tan distinto que llevar a Lila a casa y pasar la noche con ella no parecía tan incorrecto. No fue una anomalía tan grande como para no seguir adelante.

Eso fue anoche.

A la luz de la mañana, con su cálido cuerpo pegado al mío, quedó meridianamente claro que se suponía que esa no era nuestra realidad. No se suponía que yo debiera despertarme en la cama con la hija de Marcus. Y para mí no era lo normal tener que lidiar con la logística y la diplomacia de cómo sacar a una mujer de mi casa.

Habría sido perfecto quedarme con ella. Al despertarme del todo, no me invadió ninguna sensación de soledad. Sin embargo, tuve el buen juicio de no quedarme más tiempo y desear algo más.

Porque había sido un error acostarme con ella la noche anterior. No era una decisión sabia quedarse a la luz del día, donde las ramificaciones de lo que nos habíamos atrevido a hacer no podían descartarse ni negarse.

Simplemente vete. Sal de aquí antes de que no puedas.

Mientras me levantaba y me vestía, mirándola dormir todavía en la cama, luchaba contra esa urgencia de salir de allí. De dejar que se despertara sin mí y encontrara el camino de vuelta a la vida que había estado disfrutando, una existencia sin mi presencia.

Frustrado por este estúpido deseo que no podía apagar por ella, cogí ropa limpia y le preparé una sudadera con capucha por si quería tomarla prestada.

Pero ¿qué le diría? «¿Qué alegría verte. Dale recuerdos a tu padre de mi parte»?

No hay nada que pueda decir que excuse lo de anoche.

Así que me marché. Alguien del personal de limpieza la ayudaría a conseguir transporte. Los chóferes podían llevarla de vuelta a la ciudad. No era como si no supiera cómo pedir ayuda. Se había criado con personal doméstico y no necesitaría instrucciones.

Antes de salir de la habitación, escribí la única conclusión que podía defender.

Que fue un error hacer algo prohibido como lo de anoche.

Y que ella se merecía algo mejor. Sin tener ni idea de lo que había estado haciendo desde la última vez que la vi hacía tantos años, eso era cierto por el simple hecho de ser la hija de Marcus. La había educado bien y ahora era una mujer excelente. Una a la que le iría mejor olvidarse de mí tan rápido como pudiera.

En la ciudad, nada captaba mi interés. Dar vueltas en mi ático me ponía más inquieto. Leer las noticias no me intrigaba. Revisar correos electrónicos apenas lograba captar mi atención.

—Que le den a esto.

Me di por vencido y me dirigí a la oficina solo para coger un dosier de papeles que Emerson no había escaneado sobre un proyecto que ni siquiera era inminente.

En el garaje, después de haber cogido el dosier, mi móvil vibró con una notificación.

Marcus: **¡Cuánto tiempo sin verte! El negocio va bien. ¿Qué hay de nuevo en tu vida?**

Me pasé la mano por la cara y gemí en voz baja.

Vaya ironía.

Me estás matando.

¿Qué había de nuevo en mi vida? Su hija, eso era lo que había. Habían pasado horas y todavía no había dejado de pensar en ella. Si no estaba rememorando los recuerdos de anoche, me preguntaba qué estaría haciendo en ese momento. Cuando no podía dejar de imaginarla tan tranquila en la cama esta mañana, cuando dejé esa nota en la mesilla de noche, caía en un nuevo hábito de imaginar que volvía a verla sin momentos incómodos entre nosotros, solo con esa camaradería fácil y natural que habíamos encontrado.

La culpa me invadió con el mensaje de Marcus. Dudando sobre qué contestarle, me guardé el móvil en el bolsillo y volví a mi apartamento. No me quedé mucho tiempo, demasiado nervioso por cómo había sucumbido a desear —y tener— a la única mujer a la que no debería haber mirado de esa manera.

Irritado y molesto por echar de menos a Lila tan poco después de dejarla —y plenamente consciente de que lo de anoche era todo lo que podíamos tener—, me cambié y bajé a mi gimnasio. Emerson

era la única otra persona que podía usarlo. De hecho, ya estaba allí, corriendo en una cinta. Era su calentamiento habitual para sus entrenamientos, y le dejé su tiempo y su espacio para ello.

Los fines de semana también eran sus días libres. Rara vez le pedía algo, pero mientras comenzaba mi entrenamiento y compartíamos el espacio sin hablar, me pregunté si desahogarme ayudaría a aplacar mi culpa. A contarle por qué me había ido del evento benéfico la noche anterior.

Le había enviado un mensaje diciéndole que me iba antes de pedirle al chófer que trajera el coche para Lila y para mí. Sabía que me había marchado, pero no por qué.

A mitad de mi entrenamiento, como no dejaba de mirarme, supe que tenía curiosidad. Esperaría respuestas. Nunca le daba explicaciones, pero también éramos amigos. Era solo cuestión de tiempo que me preguntara adónde fui y por qué, después de haber organizado que la señora Keaten fuera la mayor postora.

Se me acercó una vez que terminó su rutina de pesas y lo que parecía ser un programa de HIIT en la bicicleta.

—¿Qué pasó?

Dejé la mancuerna y me volví hacia él. Hasta ahora, el ejercicio no estaba sirviendo de maldita sea la cosa para ayudarme a quemar o desahogar mi frustración.

—Decidí irme antes —le dije.

—Vale. —Frunció el ceño y bebió un sorbo de agua—. Porque…

Él era mi asistente, no al revés, pero contaba con su curiosidad. No era ningún secreto que no había querido ir a ese evento benéfico para que pujaran por mí, pero me había presentado dispuesto a soportarlo; hasta que vi a Lila.

—Porque uno de los camareros derramó una copa —dije. No era mentira, pero distaba mucho de ser toda la verdad.

Frunció el ceño, esperando más. —¿Te derramaron una copa encima?

—Fue un desastre —dije, sin responder con más claridad. Contarle que Lila había visto cómo drogaban mi bebida abriría otra caja de Pandora. Era un drama que no necesitaba que se difundiera sobre mí. Aunque era grave, no había forma de saber quién lo había hecho, si iba dirigido a mí directamente, o si quien lo hizo sabía qué copa pertenecía a qué soltero.

Emerson no cotillearía sobre ello. Era más listo que todo eso. Pero me resistía a que se supiera, a que algo así pudiera haber ocurrido en ese evento en concreto. Los organizadores del evento no se merecían esa mala fama. La organización benéfica hacía mucho bien y no necesitaba la repercusión de rumores dañinos como ese, nada que sugiriera que estaban asociados con quienes se rebajarían a drogar a otros.

—Y simplemente quería largarme de allí. —Me encogí de hombros—. Aunque me habías conseguido a alguien… Estaba harto de todo.

Asintió lentamente, observándome mientras reanudaba mis repeticiones. Aunque no parecía del todo convencido, me di cuenta de que no iba a interrogarme más.

La corazonada de que podía desahogarme con él sobre lo de haber llevado a Lila a casa se disipó. No necesitaba que lo supiera. Si le decía que había llevado a una mujer a casa, haría más preguntas. Sentiría más curiosidad por lo que no le estaba contando.

Marcus conocía a mi asistente, pero dudaba que tuviera que preocuparme de que Emerson se pusiera en contacto con él. No a corto plazo, con Marcus en el extranjero. Aun así, parecía prudente guardarme la información para mí.

Además, no es como si fuera a suceder de nuevo.

Fue solo un error de una noche.

Nada por lo que merezca la pena agobiarse.

Convencerme de eso —de dejarla ir— no era sencillo. Ella seguía en mi mente. Sentía las caricias fantasma que me había dado. Su dulzura persistía como el regusto de un recuerdo.

Sería mi miseria personal que tendría que superar. Tarde o temprano, la noche se desvanecería en el pasado.

O eso espero.

—Me alegro de que no pasara nada complicado —dijo Emerson un momento después—. Hubo algo de confusión y comentarios sobre que ya no estabas en la lista.

Arqueé una ceja. —Seguro que dio mucho que hablar.

Se encogió de hombros. —La gente se lo preguntó, pero nadie difundió nada escandaloso.

Bien.

Eso era todo lo que importaba. La gente podía conjeturar y cotillear todo lo que quisiera sobre por qué no me quedé para la subasta. Siempre y cuando nadie, especialmente Marcus, se enterara de la verdad sobre mi partida anticipada.

Llevar a Lila a casa era la posibilidad más escandalosa que existía. Pero ya había terminado, y simplemente tenía que dejar la noche prohibida en el pasado.

15

LILA

Darcy no me hizo muchas preguntas sobre cómo me había ido en el turno. Se encontró mejor un par de días después y no me vino con malas noticias. No había hecho que perdiera el trabajo por cómo había terminado aquella noche en el salón de recepciones. El anciano al que le había tirado la bebida de Gray encima no debió de ponerse en contacto con el supervisor o el gerente para quejarse. Aunque lo hubieran hecho, yo era la sustituta, no Darcy, y a ella no debería haberle afectado de todos modos.

Se le pasó el resfriado rápido, y los primeros días después de la noche con Gray pasaron más deprisa de lo que pensaba. Mantenerme ocupada con los estudios ayudó, pero con cada día y cada noche que pasaba, me preguntaba si de verdad aquel era el final de todo.

Claro que se había acabado.

Fue un error y no va a repetirlo. Ni a mí.

Sin embargo, la conmoción de haberme acostado con él no se me pasaba. Daba igual cuántos días pasaran. Recordaba cómo había hecho lo impensable aquella noche.

Sin embargo, una noche, mientras intentaba avanzar con un trabajo de biología que tenía unas instrucciones incompletas y no pensar en que Gray lo había llamado «error» cuando había sido tan maravilloso, sonó el teléfono.

Como había bloqueado a Vanessa y a Adam, y como Beatrice nunca me llamaba, me sentí segura al suponer que la llamada entrante sería de mi padre.

Todavía no había sabido nada de él. La primera noche, cuando me planté aquí en casa con Darcy y los demás compañeros de piso, solo hablé con él menos de un minuto. Aunque estaba acostumbrada a que estuviera fuera tan a menudo y lo había aceptado como un estilo de vida, siempre me hacía ilusión saber de él.

Al descolgar demasiado rápido con el manos libres, retrocedí ante el saludo inesperado y desagradable que oí en lugar de su voz.

—Ho…—

—¿Cómo ha podido?

Fruncí el ceño mirando la pantalla, confundida. El número era desconocido, sin identificar, pero de la ciudad.

—¿Cómo ha podido? —repitió Vanessa, más alto y con más veneno en su voz estridente.

Sin habla por la sorpresa, me quedé sentada rígidamente, mirando el aparato.

No era una treta. Era ella de verdad. A pesar de haber bloqueado su número, estaba intentando localizarme con alguna otra línea.

—¿Qué tiene que decir en su defensa?

Abrí la boca, pero no me salieron las palabras. Ni siquiera podía ordenar mis pensamientos y procesarlos de lo atacada y asustada que me sentía. No solo por el tono de su voz y la exigencia de su pregunta, sino porque se había lanzado a por mí de esa manera.

Así no hablaba una «madre».

Así actuaba una persona cruel y odiosa.

Darcy se detuvo en la cocina, a la vista del sofá al que yo llamaba hogar. Enarcó las cejas ante la voz chillona de mi madrastra. Dejó de hacerse un sándwich, me dirigió una mirada preocupada y articuló sin sonido: «¿Qué coño?».

Negué con la cabeza, demasiado atónita para dar explicaciones.

Pero mientras el corazón me martilleaba por la adrenalina que me recorría al oír su voz, a la simple idea de que esa mujer me exigiera algo, fruncí el entrecejo.

No.

No puede hacer esto.

No puede seguir actuando como si controlara mi vida.

—¿Cómo ha podido hacer esto? —chilló ella.

—¿Cómo he podido hacer *el qué*? —repliqué, invocando mi necesidad de defenderme. Siempre que le respondía lo más razonable y educadamente posible, le decía a mi padre que me estaba poniendo difícil sin motivo. Cada vez que me negaba a seguir ingenuamente sus órdenes porque no me parecían correctas o justas, se quejaba a mi padre de que era una mocosa malcriada.

Desde que la conoció, se había convertido en un terrible juego en el que lo que decía una se enfrentaba a lo que decía la otra. Aunque mi padre nunca se creyó del todo nada de lo que ella le contaba, tampoco la paró nunca. Lo único que hacía para mediar en las diferencias entre nosotras era pedirme que tuviera paciencia con ella mientras aprendía su papel de madrastra.

Había tenido más de diez años para aprender a ser una madrastra, y este era su estilo.

Gruñó, maldiciendo en voz baja.

La paz y la libertad que había intentado abrazar se habían hecho añicos al contactar conmigo.

—Ya sabe lo que ha hecho, mocosa insolente.

Un pavor se acumuló en mi estómago y me dio náuseas.

Pero ¿cómo lo sabe?

No quería pensar en cómo se podría haber enterado de que me había acostado con Gray. Tenía que ser eso. Era lo más escandaloso que había hecho y que la enfurecería.

Si Gray pensaba que fue un error y reconoció que mi padre nunca podría saberlo, *él* no habría dicho nada.

¿Verdad?

Yo era su sucio secretito.

Pero Vanessa se había enterado de alguna manera.

Joder. El Uber.

Seguro que había rastreado desde dónde había pedido el coche y había deducido que había estado con Gray, en su propiedad, a primera hora de la mañana.

—Tenía un trabajo, Lila. ¡Un trabajo!

Volví a fruncir el ceño, mirando la pantalla.

Vale. Quizá no se trate de Gray, entonces.

Debía de haberse dado cuenta de que había ido dejando pasivamente mis asignaturas de Empresariales. Dudaba que alguna vez le hubiera importado lo bien que me fuera en la carrera. Eso supondría que ella viera el valor de que yo tuviera el título y luego un trabajo. Lo único que le importaba era que yo entrara en la carrera que ella había elegido para luego utilizar mi diploma como un trofeo y nada más.

—¿Cómo ha podido romper con Adam? —exigió—. ¿Acaso le he dicho que podía hacer una idiotez como esa? ¿Se lo he dicho?

Darcy rodeó la isla de la cocina, interesada en escuchar esa extraña conversación que nunca esperé tener.

—¿Cuándo ha pensado usted que necesitaba su permiso para algo relacionado con él? —resoplé con incredulidad. Tenía que ser una broma retorcida de su mente demente.

—Escúcheme…—

—No. La última vez que hablamos le dije que no me gusta que intente dictar mi vida.

—Usted hablaba de sus estudios —argumentó—. Eso es diferente.

En realidad, no, no lo era. Tenía la impresión de que podía obligarme a hacer una carrera que no me interesaba *y* decidir con quién podía salir.

¡Da igual!

—No me importa —le dije con firmeza—. No me importa que no esté contenta de que haya roto con él. No es su decisión. No es su vida y… —gruñí, tan frustrada que hasta tuve que defenderme así—. No, Vanessa. Esto es una locura. Sé que le gustaba y que nos presentó y todo eso, pero yo…—

—Va a volver con él. Inmediatamente —ordenó.

—¡Y un cuerno! Me puso los cuernos. Con Beatrice. ¿Lo sabía?

—Eso apenas importa —replicó—. Tiene que volver con él.

—¿Porque es mi «trabajo»? —grité, tan indignada que temblaba de rabia—. ¿Es mi trabajo estar con él y, sin embargo, está bien que su hija también se acueste con él? Ni de coña.

—Lila, escúcheme —me regañó acaloradamente—. Cuando digo que tenía un puto trabajo, quiero decir que tenía un trabajo. Su

compromiso con él es necesario. Tiene que volver con él y tiene que casarse con él.

Me reí. Salió de mi boca como una respuesta brusca que no tenía nada de humor. Esto era ridículo, y de nuevo me quedé sin palabras.

—¿De qué demonios está hablando? —hizo que pareciera que me había vendido a él. Adam ni siquiera me lo había pedido… todavía. Estaba implícito por el tiempo que llevábamos juntos y porque vivía con él, pero no había ningún compromiso oficial que me atara a él.

Gracias a Dios.

Sin embargo, parecía creer que yo tenía que estar con él.

—No tiene ningún sentido.

—Tiene que casarse con él —afirmó, como si no la hubiera oído la primera vez.

—No, no lo haré. No *me casaré* con ese cabrón infiel. Si lo quiere como yerno, pregúntele a Beatrice. Ella ya ha empezado el proceso de pasar a tomarlo como le place.

No tenía ningún interés en ver a ninguno de los dos en mucho, mucho tiempo. Si es que volvía a verlos.

—Ella no es una Bennett.

Resoplé.

—¿Cómo que no? —cuando se casó con mi padre, tanto Vanessa como Beatrice adoptaron el apellido de la familia.

—No de sangre —gruñó—. *Usted* tiene que estar con Adam y casarse con él para salvar a *nuestra* familia.

Parpadeando rápidamente, ignoré a Darcy, que estaba sentada a mi lado con cara de preocupación.

—¿Salvar*nos*? —Se había apresurado a aclarar que en realidad no nos veía a Beatrice y a mí como hermanas de verdad, pero, aun así, yo tenía que rescatar a *nuestra* familia—. ¿Salvar*nos* de qué?

—No importa. Lo único que necesita saber es que espero que se le pase el berrinche y vuelva con Adam. No se lo presenté porque sí. Espero que se quede con él y se case. O si no…

Tosí de la sorpresa, incapaz de respirar por lo inesperado de eso último.

¿O si no…?

¿Me estaba amenazando?

—No.

Quería gritárselo a la cara. Quería abofetearla y plantarle cara.

Había intentado acoger a esta mujer en mi familia y en mi mundo durante la mitad de mi vida, pero esto era la gota que colmaba el vaso.

—No puede amenazarme para que esté con él. No soy su maldito peón ni un objeto que pueda mangonear a su antojo. Y desde luego no puede pedirme que…

—No se lo estoy *pidiendo*. Se lo estoy *ordenando*. O puede ir despidiéndose de todo. De todo el dinero. De todos los privilegios. De todo el respeto y el honor que conlleva ser una Bennett.

Entrecerré los ojos, todavía confundida por cómo se creía con el poder de decidir nada de eso. —Se le olvida que soy la hija de mi padre —dije, echando chispas—. Siempre se ha reducido a mi palabra contra la suya, pero es imposible que él vaya a respaldar *su* orden de que me case con un cabrón infiel al que no quiero volver a ver en mi vida.

—No se enterará. No sabe nada. Su padre se creerá cualquier cosa que le diga —rio una vez. El sonido agudo de su regocijo se me

clavó en el alma.

—Le revocará toda su financiación. Todos sus privilegios. No tendrá *nada* y no será *nadie* —gritó.

Darcy me quitó el teléfono de la mano. —Que te jodan, zorra. —Luego pulsó el botón para colgar.

—Yo… yo… —tartamudeé, incapaz de procesar lo que acababa de pasar.

—Lo siento. —Darcy frunció el ceño—. No lo siento. —Tiró mi móvil a la mesa de centro y se giró hacia mí—. Esa mujer es…

Gruñí, terminando su frase sin palabras. El sentimiento era el mismo. —Es… Dios mío. Está loca.

—Y está intentando utilizarte, Lila. —Se humedeció los labios e hizo una mueca, como si no estuviera segura de si debía continuar—. Cuando apareciste y necesitabas un sitio donde quedarte, me entró la curiosidad. O sea, sí, llevabas un tiempo mencionando cosas de vez en cuando que me hacían pensar que no todo era de color de rosa entre tú y Adam. Pero no dejaba de preguntarme por qué me pedías a mí un sitio para quedarte. No a ella.

Tragué saliva con dificultad, dejando que mi pulso se calmara ahora que la voz de Vanessa no me asaltaba los oídos.

Me puso la mano en el hombro. —Y sé que has mencionado lo mal que os lleváis tu madrastra y tú.

—Nunca nos hemos llevado bien —repliqué con sequedad—. Pero nunca se había comportado así.

—Seguro que sé por qué.

Fruncí el ceño, sin tener ni idea de cómo iba a saber *ella* algo que yo no sabía.

De nuevo, hizo una mueca. —Como decía, tenía curiosidad. No es que este sitio sea la leche y, si tienes una mansión enorme a la que

volver, ¿por qué no elegir eso? Busqué información sobre tu familia y me puse a cotillear. Vanessa ha llevado a tu familia casi a la bancarrota.

Me quedé con la boca abierta. —¿*Qué*?

Asintió. —Siento haber invadido tu intimidad, pero una vez que empecé a tirar del hilo, no pude parar. Mi hermano es detective privado y he aprendido un poco sobre cómo fisgonear y buscar cosas de la gente. Además, se dicen tantas cosas en internet que nunca es difícil seguir un cotilleo. Pero sí. Vanessa está despilfarrando vuestro dinero, Lila. Por cómo ha sonado en esa llamada, es obvio que está intentando montar una especie de matrimonio concertado entre tu familia y la de Adam.

Me eché hacia atrás, sintiéndome como si me hubieran golpeado. —Siempre me ha empujado hacia él.

—No creo que fuera por hacer de casamentera sin más. Ha arruinado las finanzas de tu familia y está intentando usarte para arreglarlo.

Ahora empezaba a tener más sentido. Por qué siempre me había animado a estar con Adam. Cómo se había comportado como si mi habitación en la casa donde había crecido estuviera en «reformas» y que debería simplemente mudarme con él. Cómo me había preguntado si me había pedido matrimonio o si creía que lo haría pronto.

También «justificaba» que hubiera pasado por alto que me engañara con Beatrice. Ni siquiera le importó, restándole importancia como si fuera algo que simplemente pasa en la vida.

—Dudo que mi padre lo sepa. —Nunca entendería su relación con Vanessa. Jamás habían parecido estar enamorados y tampoco habían demostrado haberse casado por ningún motivo romántico.

Pero él no era tonto.

Si sospechara que ella estaba usando su dinero y llevándolos al borde de la bancarrota, espabilaría y la mandaría a paseo. No toleraría que lo utilizara así.

Pero si se fía de lo que ella le dice…

Negué con la cabeza.

No, no es un ingenuo. Es precavido y no se le pasaría algo tan gordo como esta mala noticia.

—Tengo que llamarlo. Tengo que… —Cogí el móvil, ignorando el temblor de mis dedos por los nervios. *Ahora* sentía que tenía que «salvar» a la familia. Es decir, llamarlo y contarle lo que su mujer estaba tramando: tanto el intento de obligarme a casarme con un infiel como que solo me quería por el dinero para cubrir la mala gestión de la que ella era culpable.

El tono de llamada sonó muy alto. El móvil me pesaba una enormidad en la mano. Todos mis sentidos estaban agudizados bajo esta amenaza, pero me tragué el pánico e intenté respirar lo más tranquilamente posible para mantener la cabeza fría y localizar a mi padre.

La primera llamada saltó al buzón de voz.

—No. Por favor. Por favor, cógelo —susurré mientras volvía a llamar. Esto no era algo que se pudiera dejar en un buzón de voz. Siempre quería ahorrarle preocupaciones y esta no era la forma correcta de hacerlo. Pero tenía que saberlo. Tenía que estar informado.

Llamé tres veces más, deseando que cada llamada lo incitara a oírla y a coger el teléfono. Probé con sus ayudantes. Probé con un colega que se suponía que estaba allí con él en ese proyecto.

Ninguna vía para contactar con él funcionó.

—Maldita sea —mascullé mientras volvía a llamar, resignada a dejarle un mensaje.

—¿Papá? —Tragué saliva otra vez y me humedecí los labios. Tenía la boca muy seca, pero me negué a retrasarlo para ir a beber algo antes de dar el duro paso de informarle de todo lo que se estaba perdiendo por estar lejos de casa.

—Creo que tienes que volver a casa —empecé, haciendo todo lo posible por no sonar asustada.

Con Darcy a mi lado, ofreciéndome su apoyo silencioso, aun así me sentía muy sola mientras le contaba todo lo que acababa de descubrir. La noticia sobre las finanzas solo era un rumor por el momento, pero confiaba en Darcy. No tenía ningún motivo para mentir sobre lo que había averiguado. La amenaza de la bancarrota encajaba con la forma en que Vanessa había declarado que era mi «trabajo» estar con Adam para «salvar» a la familia.

Dejando el mensaje de voz más breve y conciso que pude, le transmití todo lo que necesitaba saber. Mi confesión fue un tanto inconexa, pero esperaba que recibiera el mensaje y me ayudara a salir de este lío.

Se lo conté casi todo.

Cómo había dejado a Adam y por qué. Dónde me alojaba, porque sabía que Vanessa no me recibiría en casa. Que había discutido con ella por mis clases, lo que parecía tan mezquino y trivial en comparación con el resto. Y por último, lo de su llamada: que intentaba obligarme a casarme por dinero; un dinero que no deberíamos necesitar, porque él siempre había ganado más que suficiente para nosotros.

Al terminar el mensaje, concluí la llamada con una última súplica.

—Ayúdame, papá. De verdad que necesito tu ayuda con esto.

Esa era la pura verdad. Me abrumaba, deprimiéndome mientras miraba a la pared sin verla. Con la mente en blanco, atrapada en esa reacción de conmoción, apenas escuché las palabras de consuelo de

Darcy. Me insistió en que podía quedarme allí con ella y estar a salvo todo el tiempo que necesitara.

—Todo se arreglará. De una forma u otra, todo saldrá bien.

No estaba convencida. Hacía demasiado tiempo que no podía creerme esa teoría en particular sobre la vida.

La última vez que había experimentado una calma optimista y segura fue cuando estuve con Gray, absorta en lo bien que me hacía sentir.

Pero, según él, eso no fue más que un «error».

—Todo *saldrá* bien —dijo ella con firmeza, como si quisiera que así fuera.

Cerré los ojos e hice una mueca, dudando de que la afirmación de Darcy pudiera llegar a ser cierta.

Suspiré profundamente y me abracé a la oscuridad de mis párpados cerrados. —Quizá sí, quizá no.

Estar en esta situación hacía que pareciera el fin del mundo. Porque así de mal me sentía ante la idea de acabar con alguien como Adam. A la luz de lo bien que Gray me había hecho sentir y lo rápido que había dominado mi cuerpo, tenía el presentimiento de que ese hombre rudo y mayor me había arruinado para cualquier otro hombre.

Abrí los ojos y giré la cabeza sobre el cojín del sofá para mirarla. —Pero ahora mismo no puedo hacer nada más que esperar a que mi padre me responda.

16

GRAY

Por un buen motivo, no respondí al mensaje de Marcus. Ese hilo de mensajes podía permanecer inactivo durante mucho tiempo. A veces pasaban rachas en las que a ambos se nos olvidaba responder o estábamos demasiado ocupados para contestar.

Así era la amistad entre dos adictos al trabajo.

Esta vez, sin embargo, estaba evitando ponerme en contacto con él después de haberme acostado con su hija. La idea de mentirle me molestaba. La posibilidad de que se me escapara la verdad y le pusiera al día de que había pasado la noche con Lila me ponía nervioso.

Mi alternativa era dejar su mensaje en leído.

Tarde o temprano, inventaría una respuesta para él que no comprometiera mi conciencia.

Pero se me adelantó. Me llamó.

Sentado en mi despacho tras una larga reunión de negociación sobre una propiedad en Miami, fruncí el ceño al ver la notificación en la pantalla de mi móvil.

Marcus había intensificado la comunicación entre nosotros llamándome. Los mensajes eran lo más fácil. También nos mandábamos correos. Una llamada implicaba la expectativa de que ambos tendríamos la oportunidad de prestarnos atención mutuamente en ese mismo momento.

Yo estaba libre.

Podía contestarle ahora.

Pero el hecho de que me llamara me preocupaba.

No puede saberlo…

No había forma posible de que supiera que me había follado a su hija, esa mujer exquisita que todavía no podía quitarme de la cabeza después de varios días sin verla ni saber nada de ella, lo cual era mi plan. Apartarla como un error de una noche que nunca se repetiría.

Tiene que ser otra cosa.

Los mensajes no implicaban urgencia. Una llamada inesperada parecía una escalada, sobre todo porque la pelota estaba en mi tejado, ya que él esperaba que le devolviera el mensaje tras el último que me había enviado.

Cogí el móvil, pero, mientras lo levantaba, la llamada se cortó. Se silenció y dejó de vibrar.

—¿Va…le? —fruncí el ceño mirando el aparato.

Quizá sea la mala cobertura.

Antes de que pudiera devolverle la llamada, sonó de nuevo.

Pulsé el botón verde para aceptar la llamada, pero se cortó.

—¿Pero qué coño? —murmuré, negando con la cabeza. La cobertura con él era malísima y no había mucho que pudiera hacer al respecto.

—Oye, ¿Gray? —dijo Emerson, asomándose por la puerta—. Tengo aquí a alguien del bufete Franklin. Dicen que les dijiste que podían pasar cuando les viniera bien…

—Mierda. —Me levanté de un salto y rodeé mi escritorio—. Sí. Estaban esperando el borrador de esa propuesta. —Dejando el móvil en mi despacho, me apresuré con Emerson a buscar al diseñador que había preparado los documentos necesarios para este cliente.

Para cuando terminé de hablar con el representante de Franklin y regresé a mi despacho, Marcus se había vuelto a poner en contacto conmigo.

Esta vez, tenía un mensaje de voz que abrir, pero era entrecortado y poco claro, lo que demostraba una vez más la pésima cobertura que tenía con él.

—Lila ha llamado. Está… algo sobre problemas con… no he tenido tiempo de mirar los problemas de la universidad sobre… sonaba asustada. Eso no me gusta ni un pelo. Necesita… que alguien esté ahí. ¿Puedes por favor… ir a ver cómo está? Hasta que… vuelva a la ciudad. Se está quedando… amiga… pero te agradecería que… fueras a ver cómo está y… problemas.

Me senté y lo escuché tres veces más, entrecerrando los ojos como si modificar mi visión pudiera agudizar mi oído. Seguía siendo ininteligible.

—¿Qué pasa? —preguntó Emerson mientras traía algo a mi despacho.

—No lo sé. —Le hice un gesto para que se acercara.

—¿*Hay* algún problema? —Se acercó y dejó su tableta y una pequeña pila de papeles sobre mi escritorio.

—Marcus me ha dejado este mensaje y creo que quiere que vaya a ver a su hija. —Eso era lo máximo que podía concluir de todo aquello. Me estaba pidiendo que me asegurara de que no estaba en

problemas. Podría tener algo que ver con la universidad, pero dudaba que fuera nada serio. Lila era una chica tan obediente y emprendedora cuando era más joven, al menos por cómo presumía Marcus de ella. No es que hubiera hablado de los logros que había conseguido cuando me reencontré con ella. Habíamos estado ocupados.

—¿Tú qué crees? —le pregunté a Emerson después de hacerle escuchar el críptico y entrecortado mensaje un par de veces.

—Suena como si te estuviera pidiendo que fueras a ver cómo está. —Asintió y frunció el ceño—. ¿Pero por qué te lo pediría a ti y no a su mujer?

Puse los ojos en blanco al mencionar a Vanessa. —Quizá porque por fin se está dando cuenta de que Vanessa no es precisamente el modelo de apoyo maternal.

—¿Sabes dónde vive? —preguntó Emerson—. La hija, quiero decir. ¿Cómo se llama? ¿Lila?

Asentí. Luego negué con la cabeza. —Sí, es ella. Pero no sé dónde vive.

Puedo averiguarlo.

Solo tendría que preguntarle al chófer dónde la llevaron. O si había contratado un servicio de transporte, la localizaría de esa manera.

—¿Puedo ayudar? —se ofreció.

—No. —Fruncí el ceño mirando mi escritorio, pensando rápido. Él conocía a la familia Bennett y, hasta que no supiera más de lo que estaba pasando, probablemente sería mejor no revelar que había estado con Lila hacía poco. O que ella había estado en mi casa recientemente. No debía de haberse fijado en ella en el acto benéfico la noche antes de San Valentín, o no la había reconocido desde la última vez que la vio.

—Tengo una idea de dónde puedo encontrarla —dije.

Tenía el principio de una idea de cómo localizarla, y me encargaría yo mismo.

Por ahora.

Si estaba en algún tipo de problema serio, Emerson sería mi mano derecha para ayudar con lo que fuera.

¿Pero qué problema?

¿Qué está pasando?

Mientras esperaba la llamada del conductor de Uber que había localizado gracias al personal de mi casa del lago, recordé cómo se había comportado en el acto benéfico. Me había sorprendido que estuviera trabajando allí, pero había dicho que era para ayudar.

No podía estar trabajando allí por dinero con un padre capaz de permitirse cualquier cosa que ella necesitara o quisiera.

A menos que… algo hubiera cambiado. Marcus había dicho más o menos en su mensaje entrecortado que no conocía todos los detalles.

Al menos no le había hablado de nosotros. De nuestra noche de enorme y ardiente error de acostarnos juntos.

Negué con la cabeza, molesto conmigo mismo por suponer que ella revelaría nuestro secreto. A ella le interesaba evitar que su padre supiera lo que habíamos hecho.

¿Por qué demonios iba a contárselo?

Y si lo hubiera hecho, ¿no sería yo *la fuente de los «problemas» en su vida?*

Desde luego, no me habría pedido que fuera a ver cómo estaba si estuviera informado de cómo me había comportado con ella antes.

Mi móvil sonó y me apresuré a contestar. —¿Sí?

—He localizado al conductor y tengo la dirección donde la dejó.

—Bien. —La anoté.

Armado con una dirección a la que ir a buscarla, me preparé para salir. Un mensaje a Emerson resolvería todo lo demás en mi agenda del día. Dependiendo de lo que estuviera pasando, podría tener sentido cancelar también todo lo del día siguiente.

¿En qué clase de lío estás metida para que tu padre me llame a mí?

¿Qué está pasando, Lila?

Esa era la pregunta que me atormentaba mientras salía, rechazando un chófer y cogiendo yo mismo un coche para investigar.

¿Investigar?

Solté una risa irónica.

Una mierda.

Esa no era la única razón por la que corría a buscarla. Aparte de que Marcus me pidiera que la ayudara, yo *quería* verla. Su mensaje era la excusa perfecta para ir a buscarla.

Desde el momento en que le dejé aquella nota mientras aún dormía, quise volver a verla. Quería disfrutar de la música de su risa. La dulzura de su buen corazón. Independientemente de que Marcus me hubiera llamado o no, simplemente no podía quitármela de la cabeza.

Mientras introducía la dirección en el navegador, la comprobé de nuevo y fruncí el ceño.

—Esto no cuadra —dije en voz alta.

Se suponía que compartía piso con un niño de papá, un verdadero gilipollas mimado y engreído que no soportaba.

Entonces, ya no puede vivir con él, no si estaba tan dispuesta y ansiosa por follarme.

Según mis cálculos, había pasado mucho tiempo desde la última vez que tuvo sexo, por lo estrecha que estaba y la resistencia que tenía, como si hubiera estado reprimiendo toda su tensión sexual durante demasiado tiempo.

¿Pero aquí? ¿Aquí es donde querías que te dejaran?

La dirección que me habían dado conducía a un barrio más bien cutre. No eran los suburbios ni nada por el estilo, pero para alguien que tenía a Marcus Bennett como padre, no cuadraba.

—¿Qué está pasando? —pregunté en voz alta, deseando tener la más mínima corazonada sobre qué problema la estaba afectando.

La ansiedad se apoderó de mi estómago ante la posibilidad de que necesitara a alguien que la ayudara, no que se la follara. Un dolor palpitaba en mi cabeza por la preocupación de haberla descartado demasiado pronto, de haberla llamado fríamente un error y haberme alejado.

Casi como si la hubiera desechado.

—Esa no era mi intención —murmuré mientras conducía hacia su dirección.

Cuando se trataba de ella, no tenía nada claro cómo definir mis intenciones.

La deseaba. Sentía lujuria por ella. Echaba de menos abrazarla y hacer que se corriera.

Más allá de eso… *¿qué?*

Ir a ver cómo estaba hacía que esto pareciera más el comienzo de nuestra amistad. Amigos que ya se habían follado una vez.

Las penas y el estrés pasados por confiar en las mujeres me habían preparado para ser así de cauteloso con mi futuro, así de receloso

con quién dejaba acercarse a mí.

Pero aquí estaba, pasando ya días imaginándola en mi futuro, no fuera de él. Aquí estaba, corriendo a ayudarla porque necesitaba esa excusa para estar cerca de ella.

No solo porque Marcus me pidiera este favor, sino más bien porque yo quería verla. Ayudarla.

Si eso significaba que algo más se desarrollaría entre nosotros, entonces supongo que así sería.

Y valdrá la pena.

—Vales la pena, Lila —susurré mientras aceleraba hacia la peor zona de esta parte de la ciudad.

No necesitaba haberla visto en los últimos diez años para saberlo. No necesitaba estar ya en una relación seria con ella para afirmar que valía *mis* problemas.

Lo sentía. Había percibido su bondad cuando estuvimos juntos, y fue esa pura alegría y felicidad que experimenté con ella lo que me impulsó a ser firme en el hecho de que siempre valdría cualquier dificultad que pudiera presentárseme.

17

LILA

Mi ansiedad se duplicó y se prolongó durante el día siguiente. Cada minuto que pasé esperando noticias de mi padre fue un lento y tenso suplicio.

Lo único que podía hacer era esperar y confiar en que hubiera recibido mi mensaje.

Enfrentarme a Vanessa por mi cuenta no iba a cambiar nada. Desafiarla y no hacer lo que me exigía eran mis únicas formas de contraatacar. Pero necesitaba que mi padre me contactara para que pudiéramos resolver este asunto juntos.

Dormir era una quimera.

Si en los últimos días me había costado dormir bien por echar de menos a Gray y desear poder volver a sentir esa dicha con él, ahora no pegaba ojo por la preocupación de la bancarrota de mi familia. Y por tener que casarme con alguien a quien no quería volver a ver en mi vida.

Por la mañana, cuando todas mis compañeras de piso estaban fuera de casa, intenté echarme una siesta y dormitar todo lo que pude. Pero fue inútil. Adicta a mirar el móvil, no dejaba de cogerlo y

actualizar el registro de llamadas. Estaba constantemente pendiente de si entraba algún mensaje.

Nada.

Nada de mi padre.

A este paso, ya no estaba ni segura de que mi mensaje de voz le hubiera llegado. O de cuánto habría podido escuchar.

Ir a clase era impensable. Allí era donde se habían ido todos los demás. Ya había dejado todas las asignaturas de empresariales y solo seguía como podía con las troncales.

Sí, claro.

Como si pudiera pensar en un examen o en un trabajo ahora.

Aunque tenía unas horas de soledad en la casa, la gente del tercer piso me desconcentraba. La casa de Darcy incluía el primer y segundo piso para las seis o siete que vivíamos aquí, pero los pisos superiores del edificio también estaban alquilados. Los inquilinos del piso de arriba estaban de fiesta o peleándose..., o ambas cosas. No paraban de sonar gritos y música a todo volumen, lo que me impedía descansar en absoluto.

Por favor, papá. Por favor, devuélveme la llamada.

Desear que me contactara no era el objetivo final. Quería que volviera en persona. Que se enfrentara a la mujer con la que se había casado. Que se encargara él mismo de ella.

Cogí el móvil y lo revisé todo de nuevo en busca de alguna novedad.

Nada. Seguía sin haber nada. Silencio absoluto por su parte.

Mientras tenía el dispositivo en la mano, me detuve a revisar mis correos electrónicos. Y tenía un montón acumulados cuya revisión había ido posponiendo.

Notificaciones de faltas a clase.

Recordatorios de trabajos pendientes de las asignaturas que había dejado.

Advertencias sobre la pérdida de créditos en el programa de empresariales.

Detenerme a leer un par de correos del departamento de enfermería me distrajo un poco durante unos minutos. Me había puesto en contacto con ellos con la esperanza de cambiarme de carrera, pero, por ahora, parecía que nunca haría ese cambio.

A menos que lo haga todo sola. Que consiga un trabajo y pida préstamos para la matrícula como hace tanta gente.

Lo haría. Pero además tenía que ayudar a mi padre. Si Vanessa le había hecho tanto daño como para que él estuviera estresado y en una mala situación, entonces lo ayudaría en todo lo que pudiera antes de centrarme en mi propia vida.

Mientras revisaba los correos, también vi los repetidos mensajes de Adam. Debió de darse cuenta enseguida de que lo había bloqueado. No me llegaban ni llamadas, ni mensajes de texto, ni mensajes de voz suyos.

Pero seguía escribiéndome correos.

Entre acusarme de exagerar las cosas y decirme que dejara de comportarme como una niña pequeña, daba por hecho que todavía era «suya». Que el hecho de que se hubiera follado a mi hermanastra había sido un desliz. Nada que justificara que estuviera tan enfadada y que me hubiera largado de esa manera.

—Vete al infierno —gruñí mientras seguía leyendo. Se había vuelto cada vez más iracundo y exigente a medida que los había ido enviando durante la última semana. Más beligerante, como si él fuera la víctima en todo esto y no el que me había traicionado engañándome.

Sus advertencias de que me buscaría y me *permitiría* la oportunidad de volver con él habrían sido de risa en otras circunstancias.

Pero, de todos modos, me preocupé aún más. Adam era el tipo de persona que creía que siempre tenía derecho a tener lo que quería, a conseguir lo que creía que se le debía con ese tipo de privilegio elitista que solo tendría un niño rico con un fondo fiduciario.

Inténtalo, Adam. Intenta obligarme a volver contigo. No va a pasar.

Me merezco algo mejor que tú.

La nota de Gray estaba equivocada. Ojalá pudiera merecer a alguien como él. Compasivo y fuerte.

No un quejica desleal como Adam.

Él era el error que no merecía. Y no volvería a cometerlo.

Sentada aquí, en el sofá, tiritando por lo baja que mantenían la calefacción, intenté perdonarme el error que había cometido durante tanto tiempo con respecto a mi madrastra. Cuando mi padre se casó con ella y yo empezaba a acostumbrarme a tener dos nuevos miembros en la familia, aparecieron las primeras señales de alarma.

Beatrice era cruel y distante conmigo.

Vanessa era exigente y muy autoritaria con sus opiniones sobre cómo debía comportarme.

Yo lo había pasado por alto como si no fuera más que una simple adaptación. Así de entusiasmada estaba con la idea de hacer feliz a mi padre. Si ellas lo hacían más feliz tras la desdicha y la tristeza de perder a mi madre, entonces yo lo aceptaría. Si casarse con Vanessa podía hacer a mi padre más feliz, aguantarla era un pequeño precio que pagar. Si dejar que Beatrice se mudara y me echara de la casa en la que había crecido era un sufrimiento que venía asociado, pues qué se le iba a hacer.

Esos fueron mis primeros errores con ellas. Mientras seguían siendo tan malas y abusivas conmigo, fueron consolidando su posición con mi padre.

—Nunca más —prometí en voz alta en el gélido apartamento—. No volverá a pasar nunca más.

Enterrando la cara entre las manos, exhalé un largo y cansado suspiro.

Tenía que haber sido un error de mi padre dejar que Vanessa se le acercara en primer lugar. Estaba claro que se había fijado en él y que se había esforzado mucho en convencerlo para que se casara con ella porque quería su dinero. Era imposible no pensar eso ahora, con las acciones que le habían hecho perder gran parte de su fortuna.

—Debería habérselo dicho antes —mascullé con la cara entre las manos. Antes de que pudiera saber realmente lo que estaba pasando, sospeché que Vanessa solo veía a mi padre como una hucha. Que Beatrice asumía que ser parte de esta familia significaba la oportunidad de conseguir todo lo que siempre había soñado con fondos ilimitados.

¿Pero cómo podría haberle advertido de que no parecían querer otra cosa que su dinero?

Eran solo pequeñas cosas que se iban sumando, cosas que decían o que compraban sin pensárselo dos veces. Si se lo hubiera dicho a mi padre, lo habría sacado de esa euforia que sentía por casarse con ella.

Aunque tampoco es que estén enamorados.

Las lágrimas amenazaron con brotar al recordar lo esperanzado que parecía mi padre cuando conoció a Vanessa, lo ilusionado que estaba por volver a darme una madre.

—Vaya *madre* que ha sido para mí —dije en voz alta—. No es más que una cazafortunas.

Y esas eran las peores. Cualquiera que intentara utilizar a alguien por dinero se merecía todo el mal karma posible.

Solo me quedaba un profundo odio por mi madrastra. Me estaba arruinando la vida, y no iba a permitir que intentara arruinar a mi padre...

Unos fuertes golpes sonaron en la puerta. Salté, sin esperarlos. Volviendo la cabeza bruscamente hacia la puerta, fruncí el ceño y me pregunté si lo había oído bien. La música del piso de arriba había estado sonando fuerte todo el día. Ese ritmo grave de los bajos podía imitar unos golpes.

Frunciendo el ceño, me quedé mirando la puerta cerrada con llave.

—¿Lila? —gritó alguien antes de volver a aporrear la puerta—. Lila, déjame entrar.

Entrecerré los ojos mientras me ponía de pie. Era la voz de un hombre. La voz de un hombre impaciente.

Solo un hombre podía aparecer y ser tan insistente.

—Tiene que ser una broma —gruñí en voz baja para mis adentros.

—Lila. Abre esta puerta.

Negué con la cabeza, asumiendo que no podía ser otro que Adam. No quería saber cómo me había encontrado y rastreado hasta aquí. No lo había contactado en absoluto. No conocía a Darcy. Pero siempre existía la posibilidad de que me hubiera visto en el campus y me hubiera seguido hasta aquí.

—Vete a la mierda —contesté furiosa—. No pienso abrirte la puerta.

—¿Qué? —Más golpes—. Lila, vamos.

No me escucharía. Nunca lo hacía, como el gilipollas elitista que era. Caminé hasta la puerta y quité la llave, dispuesta a abrirla de par en par y decirle a ese desgraciado infiel una última vez que no volviera a aparecer por mi vida nunca más.

—¿Qué tal si te vas a la mierda y me dejas en paz? —dije mientras giraba la cerradura—. Porque puedes olvidarte de volver a ganarte un solo segundo de mi tiempo...

Al abrir la puerta de golpe, me quedé boquiabierta.

No le estaba gritando a Adam.

Gray estaba allí, con las cejas arqueadas y una expresión pétrea. No se movió, observándome mientras yo ahogaba un grito de sorpresa.

¿Gray?

¿Qué haces tú *aquí?*

18

GRAY

La brusca inspiración de Lila demostró su sorpresa al verme. La furiosa perorata que cortó en seco al abrir la puerta delataba que esperaba que otra persona se presentara aporreando la puerta. Alguien a quien, por lo visto, no quería volver a ver en su vida.

No contaba con volver a verla tan pronto. La petición de Marcus de que me asegurara de que estaba bien era la excusa que estaba usando para seguirle la pista.

—¿Gray? —Parpadeó, como si no pudiera dar crédito a lo que veía. Su expresión de pura sorpresa con los ojos como platos desapareció —. ¿Qué haces aquí? —Frunció el ceño y me estudió, lanzándome una mirada escéptica que sugería que, fuera cual fuera mi motivo, yo no sería bienvenido.

La nota que le había dejado no era precisamente dulce, pero no creía merecer su ira por ella. Simplemente había dicho las cosas como eran. Igual que tendría que hacer ahora mismo.

—Estoy aquí porque no puedo sacarte de mi cabeza, Lila. —Esa era la verdad. Se había adueñado de todo el espacio en mi cerebro y me había abarrotado la cabeza. Echándola de menos. Preguntándome

por ella. Fantaseando con ella. Recordando lo increíblemente bien que me había hecho sentir. Todo. Estaba obsesionado con pensamientos sobre ella desde el momento en que la vi en aquel salón de recepciones.

Aunque no era *toda* la verdad.

No era una persona supersticiosa, pero tenía el presentimiento de que si le decía que su padre me había pedido que viniera a ver cómo estaba y que la había localizado en esta casa de mierda, se pondría a la defensiva.

—Ah. Claro. —Lo dijo con un tono tan inexpresivo e irónico que hasta yo podría haberme reído. Mientras apoyaba el hombro en el marco de la puerta, sonrió con suficiencia. No estaba convencida en absoluto.

Asentí.

—Eso no es verdad. —Sacudió la cabeza ligeramente—. No puede ser verdad.

No me esperaba que me echara en cara esa explicación. Pero me negaba a creer que se opusiera tanto a aceptar mi palabra porque no valorase el tiempo que habíamos compartido. La insinuación de que ella no había estado pensando en mí me dolió.

—Es verdad —insistí mientras un griterío subía de volumen en el piso de arriba.

—No me trago eso ni de coña —dijo tras una mirada de desdén al techo, haciéndome preguntar si tenía que soportar eso todo el tiempo—. Porque ni de broma dejaste una nota llamándome error para luego dar un giro de ciento ochenta grados y, como por arte de magia, necesitar volver a verme.

Entonces sí que esbocé una pequeña sonrisa. No estaba menospreciándose. Simplemente me devolvía mis propias palabras.

Tenía que admitir que no era ninguna ingenua, que tenía una sana dosis de escepticismo y duda. Muy poca gente la tenía ya.

Me había pillado mintiendo… más o menos. Tenía que reconocérselo. Pero *no era* mentira. La tenía en mente, incluso antes de que Marcus contactara conmigo. Decírselo aquí y ahora, de pie en este pasillo mugriento, no me pareció ni el momento ni el lugar para esa conversación. Revelarle a cualquier mujer que tenía influencia y poder sobre mí era una forma de comunicación difícil para mí, por lo poco que quería confiar en una.

—¿Podemos hablar en privado? —pregunté en su lugar. No iba a perder el tiempo en corregirla y decirle que pensaba en ella sin parar. En vez de eso, podía demostrarle ese sentimiento—. ¿O estás en medio de algo con alguien de aquí?

—No. Las demás chicas están fuera o en clase. Solo estoy yo. —Volvió a fruncir el ceño, como si no pudiera decidir si invitarme a pasar era una buena idea. A regañadientes, al cabo de un momento, me dedicó esa misma expresión recelosa y retrocedió un paso—. Vale. Entra y habla. Pero ¿cómo sabías dónde encontrarme?

Entré en un salón abarrotado y frío. Chucherías y decoración femeninas saltaban a la vista, y me costó saber qué mirar primero. No estaba sucio, en sí, pero sí desordenado. Y hacía mucho frío. ¿No estaba puesta la calefacción?

—Rastreé dónde te dejaron cuando te llevaron desde mi casa —expliqué, contento de que no hubiera nadie más allí.

—Qué irónico. No quise que tu chófer me trajera a casa porque era una forma de que supieras dónde encontrarme. —Se abrazó a sí misma, entró en la habitación y se quedó de pie junto a un sofá viejo. La tela estaba desvaída y los cojines conservaban una hendidura, una señal de que había estado sentada allí hacía poco. Pero el montón de mantas y plaids en un extremo me hizo detenerme.

¿Estás durmiendo aquí? ¿Así?

La necesidad de saber qué estaba pasando se hizo más candente dentro de mí, como una carga de preocupación y curiosidad mezcladas en una.

—No pretendía violar tu intimidad y, bueno, acosarte de esa manera.

Se giró, arqueando una ceja. —Pero lo has hecho. Y estás aquí. Aunque *tú* tuviste la última palabra al decirme que lo nuestro fue un error que no valía la pena repetir.

Mierda. Se había tomado aquella nota a pecho. Sensible y herida, por mi culpa. Aunque dudaba que ese fuera el quid de sus problemas, ni la razón por la que Marcus quería que viniera a verla.

Mirándola fijamente, tomé nota de todas las pistas que indicaban que, en efecto, algo iba mal. Unas ojeras oscuras sugerían que no estaba descansando bien. Una cualidad vacía y ausente en su mirada me hizo pensar que estaba tan estresada que se encontraba atrapada en modo supervivencia. Y su tono defensivo y sarcástico implicaba que no estaba de humor para más quebraderos de cabeza de ningún tipo.

Una música estridente sonó en el piso de arriba. Me contuve para no respingar ante el ruido repentino, pero ella se encogió.

¿Cómo coño puedes vivir aquí?

¿Por qué estás aquí?

No la culparía por no querer vivir con Vanessa, pero Marcus se quedaría horrorizado al saber que residía en un lugar tan cutre y problemático como este.

A la mierda.

Tú no perteneces a este lugar.

Le diría la verdad que me había hecho venir corriendo a buscarla.

—Tu padre me ha dejado un mensaje esta mañana. Me ha pedido que viniera a ver cómo estabas.

Entornó los ojos y sus cejas se juntaron. —¿Qué?

Asentí. —Tenía la impresión de que estabas en problemas y necesitabas ayuda de algún tipo. O algo así. —Un encogimiento de hombros se sumó a mi desconocimiento sobre la situación, fuera cual fuera.

Ver lo agotada y estresada que parecía me urgió a sacarla de allí. A mantenerla y protegerla. Una necesidad instintiva de protegerla que no se aplacaría hasta que la viera descansada y relajada de nuevo.

Porque *eso* era algo que sabía que se merecía en la vida.

—Me pidió que viera cómo estabas, así que rastreé lo que pude y aquí estoy. —Metí las manos en los bolsillos para evitar mejor el impulso de alargar los brazos y abrazarla.

Ella suspiró y negó con la cabeza, bajando la mirada. —Gracias. —Alzó su mirada azul hacia la mía—. Pero no, gracias.

Joder. Estaba diciendo la verdad.

—Este es mi problema, no el tuyo.

De nuevo, me vi obligado a admirar su tenacidad. Su terquedad no era un truco fastidioso, sino una fortaleza. No pedía ayuda y quería salir adelante sin ella. —No estoy buscando una limosna ni nada por el estilo. No soy un caso de caridad.

—Sé que no lo eres.

—Y… —Negó con la cabeza, interrumpiéndose antes de poder encontrar las palabras que decir o el valor para compartirlas.

—No eres un caso de caridad y esto no es una limosna. Considéralo un favor.

Sonrió con suficiencia. —Pura semántica.

—Vale. Entonces míralo como una forma de pagarte. —Asentí una vez, contento de que se me hubiera ocurrido la idea—. Esto es para pagarte el favor por cómo me ayudaste en aquel evento benéfico de San Valentín. La subasta de solteros, cuando evitaste que me drogaran y probablemente se aprovecharan de mí.

Frunció el ceño, haciendo que sus labios se apretaran casi en un puchero sexi. Aunque su reacción era de derrota, no pude evitar ver lo guapísima que estaba, incluso así, en una conversación seria.

—No voy a curiosear ni a preguntar qué está pasando. —Levanté las manos, sintiendo que estaba recelosa y que tendría que andarme con cuidado—. Tu padre me ha pedido que venga a ver cómo estás, pero veo que estás agotada. Estresada por algo. No voy a interrogarte, Lila. Pero, por favor, déjame ayudarte. Déjame llevarte a casa, donde puedas descansar sin ese ruido. —La música *y* la discusión estaban alcanzando niveles ensordecedores—. Déjame darte un lugar seguro para que estés preparada para afrontar lo que sea que haga pensar a tu padre que estás abrumada y necesitas ayuda.

Pasó un largo momento. Dudaba en aceptar mi ayuda, pero me negaba a darle la espalda y dejar que se quedara en un sitio como este.

—Tú me ayudaste. Ahora es mi turno de ayudarte a ti.

Inclinó la cabeza y soltó un profundo suspiro.

—Ven a casa conmigo, Lila. Donde puedas estar cómoda. Y te juro que te ayudaré con lo que necesites.

Contuve el aliento mientras ella levantaba la cara y me miraba fijamente. —Vale —dijo en voz baja, como si incluso esa respuesta vocal requiriera demasiada energía.

19

LILA

Gray cumplió su palabra y no me acosó a preguntas después de que aceptara su inesperada y vaga oferta de ayuda. Su idea para que eso sucediera fue llevarme a su casa, donde podría estar cómoda y descansar. Todo aquello me decía que debía de tener una pinta horrible para que él diera por sentado que estaba cansada y agotada físicamente.

Y lo estaba. Agotada física *y* mentalmente por todo este estrés, tanto por la parte aguda como por la crónica.

Mientras recogía mis cosas para meterlas en la bolsa de viaje, ignoré lo nómada que se había vuelto mi vida. Dejé de vivir con Adam. Y ahora me mudaba de…

No. No voy a mudarme con Gray.

Esto es temporal.

Hasta que mi padre vuelva y los dos podamos pensar qué hacer juntos contra el daño de Vanessa.

Cuando cogí la bolsa de viaje y miré hacia el viejo sofá que había sido mi refugio, dejé escapar un largo suspiro. Estaba muy

agradecida por haberme quedado allí, pero tenía que reconocer que con Gray estaría más cómoda.

—Puedo llevarte eso —dijo él mientras se acercaba para coger mi bolsa. Así, a mi lado, me llegó de lleno su colonia especiada y su olor masculino.

Asentí y dejé que la cogiera. La independencia me importaba, pero no iba a negarme a que otra persona cargara con aquello. Además, no era como si él no pudiera con ella mejor que yo, con lo alto y en forma que estaba.

Sin volver a mirar atrás, salí de la casa. Le escribí un mensaje a Darcy mientras me iba con Gray y le di la explicación más sencilla que se me ocurrió.

Lila: **Me voy a quedar con un amigo de la familia durante un tiempo. Gracias por tu ayuda.**

Lila: **Hablamos luego.**

Me contestaría cuando pudiera y, cuando lo hiciera, me aseguraría de que entendiera que no me iba como si me estuviera quejando de algo.

En cuanto vuelva mi padre, te devolveré el favor por tu generosidad. Y con creces.

Gray metió mi bolsa en la parte de atrás del coche después de guiarme hasta el asiento del copiloto y abrirme la puerta. Tan caballeroso. Adam nunca se molestaba, demasiado engreído.

Me senté y cerré los ojos un segundo, deseando poder echarme una siesta durante el trayecto. Pero en cuanto se unió a mí, ocupando el asiento del conductor, su calor corporal y su aroma me alcanzaron y no quise perderme ni un segundo de su compañía.

—Si te parece bien, te llevaré a la casa del lago.

Asentí, aturdida. —¿Cómo voy a poner pegas o quejarme si eres tú el que me ofrece la hospitalidad? —En cuanto las palabras salieron de mi boca, lamenté lo borde que había sonado—. Lo siento. *Estoy* cansada, pero eso no es excusa para ser seca contigo.

—¿Por qué lo estás? —preguntó mientras conducía y hablaba a la vez—. ¿Qué te tiene tan estresada?

—La pregunta más bien sería qué no me tiene tan estresada.

Me miró y frunció el ceño. —Vale. Bueno, ¿qué ha pasado desde que nos vimos? Porque si lo que te estresa ahora es algo que ya estaba pasando, la otra noche no dabas esta sensación de «mi vida es una mierda».

Me froté la cara, sin saber por dónde empezar. Ni cómo. No quería traicionar la confianza entre él y mi padre. No quería airear ningún trapo sucio que mi padre no hubiera querido que él supiera. Sí, eran amigos, pero no estaba segura de si mi padre le confiaba a Gray *todo*.

—¿Algo de la universidad? —aventuró.

Asentí. —Eso es parte. O es parte de lo que ha desencadenado lo peor de todo esto… —hice un gesto vago con la mano en el aire—. Toda esta mierda.

—Vale. Pero eso es manejable, ¿no? ¿Estás en demasiadas clases? ¿No estudias bien?

Quise gemir por lo amable que intentaba ser. Pero también sonaba casi como un padre. —No. No es eso. Es el propósito que hay detrás.

Frunció el ceño. —¿Qué, la estipulación que tu madre puso en su testamento de que solo podrías tener tu fideicomiso después de graduarte en la universidad?

Me quedé mirando por la ventanilla, atónita. Siempre había sabido lo de ese fondo fiduciario. Pero nunca me había importado ni había

pensado en ello. Sin querer sonar consentida, o como Adam, nunca había tenido que preocuparme por el dinero. Para mí era de sobra conocido que mi padre tenía más de lo que los dos podríamos gastar en toda una vida.

—Yo… —resoplé—. Se me había olvidado.

¿Lo sabrá Vanessa?

¿Podría ser a eso a lo que se refería cuando me recordó que Beatrice solo es una Bennett por matrimonio?

Negué con la cabeza.

No. No tiene sentido. Dijo que tengo que salvar a la familia casándome con Adam. Nada que ver con la universidad.

Sin embargo, me hizo pensar. Porque si quería utilizarme como un peón —especialmente por dinero—, eso explicaría por qué quería que fuera a la universidad para sacarme esa carrera de empresariales que no me interesaba nada.

—Lo de los estudios es la menor de mis preocupaciones —admití, volviéndome para mirar el paisaje mientras empezábamos a alejarnos de la ciudad de camino a su finca del lago.

—¿Entonces qué es? ¿Qué más has estado haciendo? —preguntó. De nuevo, no fue insistente. Su tono era conversacional, no de regañina ni exigente.

Aunque estaba claro que intentaba sacarme información. Sonreí con suficiencia, observando el reflejo de mi expresión en el espejo.

¿Por qué no iba a estar intentando sacarme información? Está claro que intenta averiguar en qué necesito ayuda para aparecer como un caballero de brillante armadura a salvar el día, y todo porque mi padre se lo ha pedido.

No porque él *quisiera*.

—Cosas de la vida —respondí vagamente, deseando poder preguntarle a *él* lo que sabía.

Mi padre tenía que haber recibido mi mensaje —o partes de él— para estar tan preocupado como para pedirle a Gray que me buscara.

¿Pero qué escuchó?

¿Escuchó mi mensaje entero?

—Dijiste que mi padre te pidió que me buscaras.

Asintió. —Sí. —Con un gesto de la barbilla, me indicó que cogiera su teléfono—. Lee la transcripción del mensaje si quieres. —Me dijo la contraseña para desbloquear el móvil, sorprendiéndome que confiara en mí tan libremente con su número personal—. No pude entender mucho, pero era obvio que él tenía la impresión de que necesitabas ayuda.

Después de leer la transcripción del mensaje, tuve que estar de acuerdo. Estaba entrecortado y fragmentado, sin duda debido a los problemas de cobertura que seguían siendo constantes entre nosotros.

—Sinceramente, no sé gran cosa. Siento que estoy a oscuras —comentó.

—Lo siento. Es que estoy… —solté otro profundo suspiro, deseando poder dormir una siesta, no hablar.

Él también se dio cuenta de eso, cogió el teléfono y lo dejó en la consola. En el mensaje de mi padre no había nada claro, y no se sabía qué había entendido él de mi mensaje de voz. Parecía que tanto mi padre como Gray estaban operando con fragmentos de información. Y eso jugaba a mi favor, porque sentía que mi padre necesitaba todos los detalles antes que Gray.

Me humedecí los labios, buscando las menos palabras posibles para darle una respuesta evasiva.

—Estoy…

—Cansada. Agobiada —terminó por mí—. Lo entiendo. Todo el mundo pasa por una racha así en su vida.

¿Incluso tú?

Un rato después, aparcó frente a su finca del lago, y era difícil no quedarse maravillada con su riqueza. Yo había nacido en una familia rica. Mi padre era su igual y estaba en la misma liga de poseer miles de millones. Pero había algo en ver la casa del lago de Gray a la luz del día —como invitada y no como un rollo de una noche que él había metido a escondidas— que me impresionó.

Después de enseñarme lo básico, como dónde estaban la cocina y otras zonas comunes de la enorme casa, me llevó a la habitación de invitados más cercana a la suya.

Su primera afirmación había sido mentira, esa declaración sobre aparecer de la nada porque me echaba de menos y no podía dejar de pensar en mí.

Si esa hubiera sido su única y principal motivación para localizarme, no sería tan amable de darme una habitación de invitados. Me habría estado empotrando contra la pared y silenciándome a besos con la expectativa de que acabaría en su cama otra vez.

Pero eso no va a pasar.

Sabía que no, porque me había dicho la verdad con esa nota. Que había sido un error estar conmigo.

Aunque estaba demasiado agotada, confusa y ansiosa para permitirme pensamientos lascivos sobre volver a acostarme con él, me dolía a un nivel fundamental que ni siquiera intentara insinuar la idea de algo que habíamos compartido antes.

Ningún abrazo.

Ninguna sonrisa dulce.

Ninguna oferta de acurrucarme contra él en ningún lugar de la casa.

Esta vez las líneas estaban trazadas, y estaba clarísimo que yo *solo* era una invitada. Solo estaba aquí por su amistad con mi padre.

—Por favor, siéntete como en casa, Lila —dijo, paseando por el pasillo con las manos en los bolsillos—. Lo digo en serio. Este es tu sitio para quedarte y relajarte.

—Gracias, Gray —dije en voz baja. No es que hubiera estado sufriendo en casa de Darcy, pero tenía que admitir que aquí me sentiría más a gusto. Sin compañeros de piso entrando y saliendo. Sin vecinos ruidosos y molestos. Sin la calefacción tan baja que juraría que podía ver mi propio aliento.

Tampoco tendría que preocuparme por el dinero. Vanessa no tendría que vigilar en qué usaba mis tarjetas de crédito porque aquí no necesitaría nada. No estaría contando céntimos para ver qué podía permitirme comer o cuántas veces me quedaban para usar el transporte público para ir y volver del campus.

Gray tenía todo lo que necesitaba aquí.

—Si necesitas algo, díselo a alguien del personal de la casa. —Se detuvo y frunció el ceño—. En realidad, olvídalo. —Sacó la cartera y me dio una tarjeta—. Usa esta.

—Gray… —Negué con la cabeza—. Te lo he dicho. No soy un caso de caridad.

—Ya te oí la primera vez. —Me puso la tarjeta en la mano y suspiró —. Pero está claro que tú no me oíste a *mí* la primera vez. Quiero ayudarte con cualquier cosa que necesites, Lila.

Tragué saliva, deseando poder ceder y derrumbarme contra él para recibir un abrazo que me hiciera sentir segura.

¿Cualquier cosa?

Porque en este momento, más que cualquier cosa que pudiera comprar con dinero, lo deseaba a *él*. La dicha perfecta y la dulce rendición que había experimentado cuando me corrí con él.

¿Lo dices en serio, Gray?

Estaba tan ansiosa y cansada que quería un recordatorio de lo bien que me hacía sentir, solo un momento de ese maravilloso alivio y libertad para poder tomarme un respiro del infierno y la miseria de lo que Vanessa estaba haciendo para arruinar mi vida.

20

GRAY

Lila no parecía querer tenerme cerca. Tampoco parecía necesitarme.

Durante la primera semana que estuvo como invitada en la casa del lago, durmió. Y durmió un poco más. Recuperar horas de sueño era imposible, pero lo que fuera que la tenía estresada la había dejado tan desequilibrada y falta de sueño que parecía estar haciendo precisamente eso.

Descansar. Relajarse. Y perder esa expresión atormentada y abrumada de frustración de su cara.

Como no tenía la intención de traerla a mi casa para dejarla allí sin más y abandonarla, me aseguraba de que estuviera bien a menudo. El personal de la casa me informaba de su estado y me decía que descansaba bien y no necesitaba nada. También la contactaba directamente. Enviar mensajes era mejor opción que llamar, ya que era menos invasivo. Si necesitaba dormir, perfecto. No quería complicarlo ni molestarla despertándola constantemente.

Sin embargo, me fui a trabajar a la ciudad. No solo porque ese era mi trabajo, sino también porque parecía sensato darle espacio. Le di la oportunidad de aclimatarse a un entorno tranquilo con la

esperanza de que quisiera abrirse a mí y contarme por qué su padre estaba tan preocupado por ella.

Tiempo y espacio era lo que necesitaba para descansar y volver a sentirse ella misma. Ese era el objetivo.

Mi capacidad para mantenerme alejado de ella no fue tan fácil. No cuando recibía sus respuestas a mis mensajes preguntándole cómo estaba y me enviaba un selfi recién levantada, con cara de sueño en la cama mientras me dedicaba un pulgar hacia arriba con los ojos legañosos. Me hacía desear estar en la cama con ella. Luego, cuando le preguntaba qué estaba haciendo, me enviaba un selfi de ella leyendo o viendo la tele. O preparando comida en la cocina. Cada una de esas respuestas fotográficas hacía que quisiera estar allí con ella. Verla vivir y simplemente ser me incitaba a querer hacer lo mismo a su lado.

Después de esa primera semana, acabé conduciendo hasta la casa para trabajar desde allí. El gran despacho se convirtió en mi centro de operaciones y Emerson también se instaló en una de las suites de invitados. Estar presente me dio la oportunidad de ver con mis propios ojos lo relajada que estaba Lila en mi casa.

Lo mucho que parecía encajar allí, si me ponía poético.

Saber que estaba a mi alcance mientras desarrollábamos esta amistad tentativa y distante era importante para mí.

También jugaba con mi cordura.

Verla con esos pantalones tan cortos y esas sudaderas anchas demostraba lo desenfadada que era sin perder ni un ápice de su sensualidad.

Pillarla bailando al son de la música de sus auriculares ponía de manifiesto lo mucho que echaba de menos su cuerpo moviéndose tan sensualmente como cuando se restregaba contra mí.

Chocarme con ella de pasada o rozarla cuando comíamos juntos dejaba claro lo mucho que ansiaba volver a tocarla.

Este estatus de compañeros de piso era un infierno para mis nervios. No podía estar seguro de si ella pensaba o sentía lo mismo, pero la tensión sexual que yo experimentaba no hacía más que aumentar e intensificarse. Si sus miradas pícaras y sonrisas tímidas eran una indicación, ella era tan consciente de mí como yo de ella.

Pero dar un paso en falso seguro que sería contraproducente.

Tenía que saber qué pasaba antes de poder iniciar una maldita cosa.

—¿Ha dicho algo sobre por qué Marcus estaba tan preocupado por ella? —me preguntó Emerson una tarde en mi despacho, durante la segunda semana en que Lila iluminaba mi casa y me hacía olvidar el concepto de la soledad.

—No. —Negué con la cabeza y cogí el teléfono de la mesa para comprobar si Marcus había dicho algo más—. La última vez que le pregunté qué pasaba, solo dijo que le había dejado a su padre un mensaje de voz incoherente sobre un asunto familiar. —Me encogí de hombros. Aunque ese comentario fue ambiguo de narices, tenía el presentimiento de que incluía a Vanessa. Aunque eso era por mis prejuicios contra esa mujer.

Emerson asintió lentamente, pensativo, como si buscara las palabras. —¿Y estás dispuesto a dejarla entrar en tu casa y en tu vida porque estás en deuda con Marcus, como amigo?

Lo miré a los ojos y pensé que no pasaba nada por decirle la verdad. —Estoy en deuda con *ella*.

—¿Cómo es eso?

—Era camarera en el salón de recepciones cuando estuve en ese evento de la subasta benéfica. Vio a alguien echarme algo en la bebida y evitó que me la bebiera.

Enarcó ambas cejas. —¿Por eso te fuiste?

—Sí. También le tiraron una bebida encima a alguien, y a ella, y quería largarme de allí. Si alguien estaba jugando con drogas, paso.

Emerson frunció el ceño. —Tuvo que ser Camille.

Mi ex era exactamente el tipo de sospechosa principal para algo así. —Pero no estaba allí.

—Quizá le pagó a alguien para que lo hiciera y luego tenía un plan para llevarte a casa.

—Quizá —convine—. Pero, sea lo que sea que planearan para esa mierda de San Valentín, sus planes se frustraron. Porque traje a Lila a casa.

Se me quedó mirando, sin necesidad de pedirme que lo aclarara. —Interesante.

—¿El qué? —ladeé la cabeza.

—Me parece interesante que la trajeras aquí antes y que, ahora que es tu invitada y está bajo tu protección, aún no hayas actuado como si quisieras volver a intentar algo con ella.

—Es complicado.

Resopló. —¿Porque es la hija de Marcus?

—Porque es la hija de Marcus y su familia parece tener un problema ambiguo que necesita resolverse. —Antes de que pudiera decir nada y preguntar algo más, me apresuré a añadir—. No suelta prenda sobre nada. No voy a entrometerme ni a interferir en la confianza que hay entre ella y Marcus. —Me levanté, ansioso por ir a cenar con ella—. Ya me informarán cuando sea necesario.

—¿Y a Marcus también se lo dirás?

Me volví y fruncí el ceño. —¿Que la traje a casa una noche?

Marcus ya sabía que la había localizado y que la estaba cuidando. Le había enviado un mensaje el primer día que la tuve aquí,

simplemente confirmándole que la estaba cuidando. Sorprendentemente, me había contestado rápidamente dándome las gracias por mi ayuda y diciendo que, si estaba bajo mi cuidado, no necesitaría volver tan deprisa, sobre todo porque su proyecto estaba pasando por una fase difícil y era una situación delicada de la que ausentarse en ese momento.

No le había dicho que estaba viviendo aquí conmigo por el momento.

Y, desde luego, no iba a decirle que me había acostado con ella, como Emerson estaba insinuando que debería hacer.

—Sobre lo comprometido que estás con ella —dijo en su lugar.

¿Comprometido?

Hacía demasiado tiempo que no sentía ningún compromiso con una mujer, pero en lo que respectaba a Lila, lo estaba. Emerson tenía razón. Estaba comprometido con Lila: con proporcionarle un lugar seguro donde quedarse y relajarse.

—No lo niegues —advirtió Emerson—. Durante dos semanas, casi tres, has cambiado tu rutina diaria para estar aquí y estar presente con ella. Se te ha visto más ligero, como si tuvieras una motivación en la vida que no se basa en un trato o una venta. Y has invertido en ella como nunca lo has hecho con ninguna otra mujer. Ni siquiera con Camille.

De nuevo, tenía razón. Camille era la única otra mujer que se había quedado como invitada aquí, pero solo una o dos noches. Odiaba estar lejos de la ciudad.

Me encogí de hombros. —No puedo negarlo. —Muchas cosas seguían sin estar claras entre Lila y yo. Sin embargo, no podía evitar sentirme posesivo y protector con ella, a la vez que deseaba con todas mis fuerzas poder confiar plenamente en ella y saber que no daría por sentado mi afecto o mi compasión.

21

LILA

La primera vez que Gray me trajo a casa, sus motivos estaban claros. No fue más que el error de un lío de una noche para dar paso a un día de San Valentín que pasaría sola.

Esta vez, en estas vacaciones prolongadas en su enorme casa, sus motivos no estaban tan definidos. Estaba aquí como invitada, no como su pupila ni su cautiva. Estaba aquí para relajarme, pero sin ser tan perezosa como para no levantarme de la cama.

No sabía muy bien qué hacer ahora.

Si le tomaba la palabra, creería que simplemente quería que estuviera bien cuidada.

Y lo estaba.

El primer par de semanas dormí mucho. Y me relajé. Ningún plan ni expectativa me preocupaba, aparte de seguir con las asignaturas generales que aún no había dejado. Como invitada aquí, tuve la libertad de dejarme llevar por completo y relajarme hasta que ese instinto de supervivencia se apagara.

Vanessa seguía siendo una preocupación, pero el correo de mi padre me convenció para que no me agobiara tanto. Lo había recibido la primera mañana aquí y me había tranquilizado.

Mi querida pequeña Lila:

Sea lo que sea, yo me encargo. No te preocupes.

—Papá

Él tendría que encargarse porque Vanessa era su mujer. Asunto suyo. Todo lo que yo podía hacer por ahora era mantenerme alejada de ella y de Adam, y de cualquier plan que tuvieran para mí. Y eso fue exactamente lo que hice aquí, en casa de Gray. Quedarme con él fue el reinicio que mi vida necesitaba. Una oportunidad para dar un giro.

Una tarde en el gimnasio, mientras terminaba mi entrenamiento, Emerson entró y me sacó de mis pensamientos sobre de qué otras formas podría dar un giro a mi vida. Este limbo no duraría para siempre. La generosidad de Gray tampoco.

—¿Has probado ese HIIT que te sugerí? —preguntó el hombre mayor.

Gruñí mientras me bajaba de la elíptica. Mi andar lento y desigual demostraba que tenía las piernas como dos flanes.

Él se rio entre dientes y me dio una palmada en la espalda al pasar a mi lado de camino a la cinta de correr. Este gimnasio en la casa era algo que me había estado perdiendo. El edificio de Adam tenía un gimnasio decente, pero lo había dejado a él y a aquel lugar atrás.

—Hasta luego —le dije al hombre mientras me iba.

Él asintió con la cabeza en señal de reconocimiento, y me alegré de que actuáramos como personas «normales» capaces de mirarse a la cara, no con esa absurda distancia que la mayoría de las familias imponían entre la familia y el servicio.

De todos modos, Emerson y Gray no tenían una relación convencional de jefe y asistente. Parecían más amigos que otra cosa, aunque seguía siendo obvio que Gray era el que mandaba.

No recordaba mucho de Emerson de hacía diez años, pero había estado trabajando para Gray desde entonces. En cualquier caso, intuía que era un hombre tranquilo e irónico con el que me llevaría bien. Como si fuéramos viejos amigos.

Al salir del gimnasio, volví a pensar en cómo Emerson nunca me preguntaba por qué estaba aquí. O cómo había llegado. Gray le habría dicho algo, pero me preguntaba si el hombre me veía como un caso de caridad o… como algo más. Este juego de la espera a que mi padre regresara se alargaba, pero nadie aquí lo cuestionaría.

Salvo yo.

Preguntándome una vez más por qué Gray me invitaría a quedarme, me convencí más de que no era algo que estuviera haciendo por mi padre. Si ese fuera el caso, no sería como la situación de compañeros de piso que teníamos. Gray no trabajaría tanto desde casa. No estaría viviendo aquí en lugar de en la ciudad si yo fuera una simple conocida.

Tampoco me observaría como si tuviera que maravillarse por el hecho de que yo estuviera aquí, en su vida.

No me miraría con esas miradas ardientes cada vez que nos rozábamos al pasar, como si el contacto de mi cuerpo contra el suyo le recordara de algún modo cómo nos habíamos tocado antes.

Desde luego, no soltaría esos suspiros angustiados cuando estábamos juntos en la cocina, preparando la comida, como si necesitara otra dosis de mi olor.

Si tuviera que apostar, diría que todavía me quería. Me deseaba.

¿Qué sentido tiene eso?

Fue él quien me dejó esa nota. El mensaje que había escrito tenía la intención de cortar de raíz cualquiera de mis esperanzas de algo más.

Fue él quien me había alojado en una habitación de invitados, no con él. Esa distinción de alejarme no era algo que pudiera malinterpretar.

A no ser que solo esté intentando ser amable. A no ser que esté intentando no imponerme ninguna expectativa ni nada porque no está seguro de qué demonios pasa ahora mismo.

Si fuera una chica lista, también renunciaría a esta lujuria que todavía sentía por él.

De camino a mi habitación para ducharme antes de preparar la cena, pasé por delante de la puerta cerrada de su dormitorio. El recuerdo de haber estado allí con él no se había desvanecido. A este ritmo, estaba segura de que me llevaría el recuerdo de esa noche a la tumba. Habían pasado semanas y todavía sentía la excitación fantasma de él tocándome, besándome y llenándome.

Céntrate en otra cosa, Lila. No en eso*. No en* él*.*

Sin embargo, mi móvil vibró con un mensaje suyo, demostrando lo difícil que era simplemente borrarlo de mis pensamientos.

Gray: **Llegaré un poco tarde de la ciudad.**

Una sonrisa se dibujó en mi rostro. Siempre estaba tan ansioso por volver, lo cual era sorprendente. Era un cambio reciente, según Emerson, quien afirmaba que Gray vivía casi exclusivamente en su ático en lugar de conducir hasta aquí.

¿Será por mí?

Se había mantenido alejado la primera semana más o menos, pero una vez que caímos en esta rutina de actuar como compañeros de piso, siempre estaba aquí.

Puse los ojos en blanco.

Vaya forma de no pensar en él.

Lila: **No pasa nada. Gracias por avisar.**

No es que me lo debiera.

Gray: **Claro que pasa. Tenía muchas ganas de probar esa nueva receta de pollo al limón que encontraste y me enseñaste.**

Ahora una amplia sonrisa se apoderó de mí. No pude evitarlo. La idea de que un hombre sexi y poderoso como Gray quisiera hacer algo tan simple y corriente conmigo me alucinaba. A veces, eran de verdad las pequeñas cosas las que tenían mayor impacto. Que Gray quisiera pasar tiempo conmigo, cocinando, me hacía feliz de una manera que Adam nunca lo había hecho. Él nunca había querido hacer nada doméstico como eso. Joder, ni siquiera había intentado aprender a cocinar, ya que le parecía demasiado mundano o una tarea pesada.

Lila: **No te preocupes. Te esperaré.**

No necesitaba darme explicaciones a *mí*. Yo era su invitada. Pero había empezado a desarrollar la costumbre de no querer perderme ni un solo segundo que pudiera pasar con él.

Para cuando me hube duchado y vestido con unos cómodos pantalones cortos y una sudadera corta con cremallera y capucha, sentía las piernas algo menos acorchadas por ese entrenamiento que Emerson me había sugerido. Gray también había llegado a casa para entonces, todo sonrisas al encontrarse conmigo en la cocina. Todavía con su traje, se quitó la chaqueta y se remangó, mostrando unos brazos de músculos esbeltos que deseé que me rodearan de nuevo.

—Justo a tiempo —dije sobre su llegada y cómo estaba sacando los ingredientes en la encimera—. Me muero de hambre. —Levanté los

brazos para recogerme el pelo en una coleta y no se me escapó cómo su intensa mirada se deslizó hasta mi abdomen, donde mi camiseta levantada dejaba ver un par de centímetros de piel.

¿Te gusta lo que ves, eh?

Esas pequeñas miradas y vistazos eran los que me hacían preguntarme si él estaba luchando con el mismo deseo que yo.

—Yo también tengo hambre —respondió. El timbre ronco de su voz me provocó escalofríos. La forma en que lo dijo insinuaba que no hablaba de comida, sino de mí.

—Ah, deja que quite eso de en medio. —Me apresuré a apartar los papeles de la encimera. Normalmente hacía los deberes de la universidad en mi habitación, pero antes me había preparado un café y lo había bajado todo. No me había dado cuenta del desorden que había.

—No estarás cogiendo demasiadas asignaturas, ¿verdad? —Enarcó las cejas y me miró—. Son muchos papeles. No tiene sentido pasar la experiencia universitaria a toda prisa. —Se rio entre dientes mientras sacaba más cosas para preparar la cena conmigo—. Créeme. Yo lo hice.

Lo observé, intentando imaginarlo en la universidad y más cerca de mi edad. Aunque nos llevábamos muchos años, no podía verlo como alguien fuera de mi alcance. Actuaba como si fuéramos de la misma edad, y me maravillaba cómo conectábamos de esa manera.

A sus espaldas, el cielo parecía muy oscuro a través de los numerosos ventanales. Llovía a cántaros y esperaba que la tormenta no empeorara con esas nubes lúgubres y pesadas. Siempre he odiado las tormentas, pero aquí dentro, con él, se estaba a gusto.

Respondiéndole con retraso, negué con la cabeza, aunque no me estaba mirando. —No. De hecho, he dejado algunas asignaturas.

—¿Demasiado para un semestre? —adivinó.

Sin mirarlo, sentí que era más fácil hablar con él. No tenía miedo de que me juzgara, pero me preocupaba que le contara a mi padre sobre el cambio en mis estudios antes de que yo misma pudiera hacerlo.

—No, no exactamente. Yo… eh, todavía no he tenido la oportunidad de decírselo a mi padre, pero de verdad quiero cambiar de carrera a algo que me interese más.

—¿Hay algún problema con eso? —Volvió a mirarme—. ¿Un problema con que quieras hacer algo diferente?

—Por mi parte, no. —Seguro que mi padre también apoyaría lo que yo quisiera—. Pero, por ahora, Vanessa piensa que es un problema enorme.

Él puso los ojos en blanco, haciéndome saber que su opinión sobre ella seguía siendo pésima. A mi padre le había molestado que a Gray no le gustara Vanessa cuando se conocieron, pero parecía ser uno de esos asuntos en los que estaban de acuerdo en no estar de acuerdo.

—La verdad es que quiero estudiar enfermería.

Él sonrió, acercándose a mí frente a los fogones para que pudiéramos preparar la cena juntos. La proximidad se sumó a la tensión sexual que saltaba entre nosotros. Era imposible no ser superconsciente de él y de lo cerca que estaba. Pero lo mejor era la intimidad de hablar con él sobre por qué quería estudiar enfermería. Le conté que podía entrar en el otro programa y los pasos que tendría que seguir. Él también me preguntó por qué me interesaba.

Durante todo el proceso de cocinar y luego sentarnos juntos a comer, mantuvimos una larga conversación. Escuchaba con tanta atención que casi me sentí vista y no sola. Me animé a pedirle su opinión también.

Ni una sola vez insinué que necesitaría pedir préstamos para esta carrera. Sabía que no lo entendería.

—No estoy seguro de entenderte. ¿Por qué quieres entrar en un programa de trabajo y estudio?

Porque lo necesitaré. Apreciaba este modo vacacional que estaba experimentando aquí, pero pronto necesitaría trabajar y ganarme la vida mientras ayudaba a mi padre con el lío que Vanessa estaba montando.

Me encogí de hombros, intimidada por su pregunta. —Para tener una ventaja inicial y conseguir algo de experiencia laboral.

Ojalá esa pudiera ser la verdad.

Tendría que conseguir un sueldo y abrirme camino en la vida, pero eso no era realmente nada nuevo. Venía de una familia adinerada, pero no tenía mucho. Cuando mi padre se casó con Vanessa y ella se hizo cargo de la gestión directa de los fondos para mí y Beatrice, me dejaron de lado y no dije nada al respecto. Nunca me habían importado las *cosas*, como a Beatrice. Ella se llevaba lo mejor de lo mejor, la princesa, mientras que Vanessa me decía que me las arreglara con lo que tenía.

Después de este tiempo con Gray, viviendo en la proverbial abundancia, sería un shock entrar en un modo de vida más corriente. Me aclimataría a tener menos. Pero sí me entristecía que mi derecho a estar en esta enorme casa con todas las cosas buenas que el dinero podía comprar quedara fuera de mi alcance.

Gray también estaría aún más fuera de mi alcance, con mi horario lleno de trabajo, estudios y la ayuda a mi padre.

Echar de menos a Gray sería la parte más difícil a la que adaptarse.

Me vería relegada a una vida de ir tirando, ahorrando y ayudando a mi padre con el inevitable destino de la bancarrota. Gray seguiría aquí, podrido de dinero y libre de cualquier drama como el que mi madrastra orquestaba.

A medida que nos acercábamos al final de la comida, perdí la energía para fingir que era feliz, que todo estaba bien o que podría volver a estarlo.

Porque cuando pensaba en todo este tiempo que estaba pasando con este hombre generoso, como estos momentos de felicidad doméstica en los que cocinábamos y comíamos juntos, o pasábamos el rato viendo la tele, una pequeña y tonta esperanza echaba raíces en mi mente de que podría durar. De que esta fantasía no tenía por qué terminar.

De que esto podríamos ser *nosotros*.

De que podría quedarme y no tener que preocuparme nunca por ir tirando y apañármelas.

De que él pudiera quererme, no como una compañera de piso o un lío de una noche, sino como algo más.

En contra de mi buen juicio, cedí al ridículo deseo de que un hombre como él pudiera quererme para siempre. De pertenecerle para que estos tiempos idílicos que compartíamos pudieran ser la nueva normalidad.

22

GRAY

Nuestros platos estaban vacíos y la cena había terminado con un silencio incómodo que no me hacía ninguna gracia.

—¿Qué te ha parecido? —le pregunté a Lila.

Cada nueva receta que probábamos, la criticábamos. Ella era una jueza mucho más benévola de lo que yo había sido hasta ahora.

Yo creía que la habíamos fastidiado con la salsa, pero no le había hecho esa pregunta solo por su opinión sobre la comida de esa noche.

Era para romper el hielo. Algo para distraerla de lo que fuera que, de repente, había empezado a molestarla hacia el final de la cena. Estaba claro que algo la había puesto nerviosa después de hablar de que se iba a dedicar a la enfermería en lugar de a los negocios.

Mantenía la vista baja. Había renunciado bruscamente a continuar la conversación conmigo sobre sus planes universitarios. Cuando le pregunté por qué querría estresarse con un programa de trabajo y estudio, algo desencadenó su silencio.

Pero ¿qué?

No era como si necesitara trabajar todavía. No para cubrir el coste de los estudios. Marcus no escatimaría en gastos por ella.

Sin embargo, ese fue el punto de inflexión en el que empezó a mostrarse molesta y apagada.

¿Qué pasa?

¿Qué está pasando?

Hasta ese momento, habría pensado que estaba relajada y a gusto aquí. Había estado esperando que se fuera acostumbrando a estar aquí y que llegara al punto de querer iniciar algo más que una tibia amistad conmigo.

Me estaba matando contenerme para no preguntarle qué había pasado para que Marcus me contactara. Todas estas preguntas sobre qué había ido tan mal como para que él quisiera que viera cómo estaba.

Algo la tenía más callada y decaída de lo habitual. Había ocurrido tan deprisa, en el transcurso de una sola comida, que no podía entender qué había cambiado. Esta cena era solo una de las muchas que habíamos preparado y compartido juntos. Las comidas eran una necesidad, pero también eran ocasiones que podían unirnos.

—Creo que hemos metido la pata con la salsa —respondió ella sin emoción mientras se levantaba para encargarse de los platos.

Ningún cocinero nos molestaría. Ningún empleado de la casa se haría cargo. Lila prefería que no la sirvieran y eso la hacía aún más adorable. No era una niña mimada que quisiera que la atendieran.

Me levanté para ayudarla a limpiar. Todo esto formaba parte de ello, otra fase en la que intentaba absorber todo el tiempo que podía con ella. Y no cambiaría ni un segundo por nada del mundo.

—¿Qué pasa? —le pregunté mientras nos dirigíamos a la cocina, llevando nuestros platos hacia el fregadero.

—No pasa...

Un agudo estruendo de un trueno rasgó la calma. El fuerte estallido sonó con dureza. El retumbar del gruñido del cielo reverberó desde mis pies mientras un brillante destello de luz atravesaba la oscuridad tras las ventanas.

Lila se sobresaltó, sus hombros se tensaron por el repentino sonido. Al dar un respingo, tan bruscamente asustada, perdió el agarre de los platos que llevaba en las manos. Uno de ellos se deslizó de la pequeña pila. Se tambaleó antes de que pudiera cogerlo y cayó al suelo.

Otro estruendo sonó cuando el plato chocó contra las baldosas y se hizo añicos. Trozos de la cerámica blanca rebotaron y salieron disparados desde el epicentro.

Lila ahogó un grito de nuevo, pero yo fui más rápido en reaccionar y moverme. Estaba descalza, en peligro con los trozos dentados y rotos volando por los aires.

Sin pensármelo dos veces, dejé mi pila de platos en la encimera y volví sobre mis pasos para cogerla en brazos.

Se aferró a mí, rodeándome el cuello con los brazos mientras la levantaba. Pasando por encima del desastre, ya que yo todavía llevaba zapatos, la llevé hasta la isla de la cocina.

—Lo siento —exclamó, sin aliento y sin soltarme mientras la dejaba en el borde de la encimera de mármol—. Lo siento mucho.

—Es solo un plato.

—Pero... —temblaba, frenética, mientras permanecía en mi abrazo —. Es que...

Estaba temblando, claramente más que un poco asustada por ese relámpago y el retumbar vibrante del trueno que le siguió. A mí también me había sorprendido, pero cuando llegó otro dúo de relámpago y trueno, volvió a temblar.

—No pasa nada —le dije, frotándole la espalda y abrazándola con fuerza. Sentada en el borde de la encimera con el plato roto en el suelo, soltó una exhalación entrecortada. Apoyó la cabeza en mí, casi hundiendo la cara en mi cuello.

—No pasa nada. Es solo una tormenta.

Asintió sin levantar la cabeza. —Lo siento.

—No tienes nada por lo que disculparte. Es solo un plato, y se puede reemplazar fácilmente. —Acariciarle la espalda de arriba abajo pareció consolarla. Me quedaría aquí todo el tiempo que me necesitara.

—Lo sé —admitió tras un largo momento para recuperar el aliento—. Siempre me han asustado las tormentas y me pongo nerviosa.

No respondí. Abrazarla con fuerza parecía ser lo que ella quería y necesitaba. Mientras yo estaba de pie entre sus piernas, ella se apoyó en mí.

Por fin, levantó la cara. La vulnerabilidad en sus ojos persistía, haciendo que quisiera calmarla toda la noche. Distraerla y sacarla de lo que fuera que todavía le preocupaba desde antes del trueno y el relámpago.

—Yo lo limpio —se ofreció.

Le respondí bajando la mano a su costado. —No te preocupes. No quiero que te cortes los pies.

—Yo lo he ensuciado y yo me encargo.

—Lila. —Le sujeté la barbilla, asegurándome de que me mirara cuando intentó bajar la vista de nuevo—. No te preocupes. Haré que alguien se ocupe.

No volvió a protestar, todavía visiblemente alterada.

—¿Qué te pasa? —le pregunté con sinceridad. No podía estar tan disgustada por el plato. O asustada por la tormenta—. Te quedaste

muy callada al final de la cena.

Se encogió de hombros, sin soltarme. —Solo que tengo muchas cosas en la cabeza.

¿Por lo del trabajo y los estudios? ¿Por Vanessa? ¿Otra cosa?

—Si puedo ayudar en algo, solo tienes que pedirlo.

Sus labios se curvaron en una media sonrisa irónica. —¿Y qué tengo que pedir?

Mi corazón se aceleró ante la idea de que estuviera casi flirteando conmigo.

—Nunca tendrás que suplicarme nada. —Inclinándome más cerca, le acaricié la suave mejilla con el pulgar. Hipnotizado por la profundidad de su dulce mirada azul, inhalé profundamente y traté de no dejar que este deseo se apoderara de mí. Si ella pudiera leer mi mente, vería el deseo escrito en toda mi cara.

—¿Y si algo que quiero no es algo que a ti te interese?

Esta química entre nosotros no podía estar mal. No podía ser el único que sintiera esta atracción por ella. Se inclinó hacia mí, buscándome, mientras yo levantaba la otra mano para apartarle sus suaves mechones dorados de la cara.

—¿Y si quiero ayuda con algo que consideras un error?

Sus palabras tranquilas me golpearon como un puñetazo en el estómago. Había estado dolida todo este tiempo, bajo la suposición de que la veía como un error. Que quería rechazarla por la nota que le había dejado.

Aquella noche *fue* un error. Solo porque sabía que no debía permitirme una mujer como ella. Una mujer que merecía mucho más que un hombre hastiado como yo.

El miedo a que Marcus se enterara de lo nuestro tampoco era suficiente para recordarme que debía ser lógico ahora. Con ella tan

cerca, a mi alcance, y mirándome a los ojos con tanto anhelo que no podía resistirme, tragué saliva y me atreví a dejarme tentar demasiado otra vez.

—¿Qué quieres, Lila?

No dudó. Elevándose para acercar mi cabeza a la suya, se incorporó y susurró: —A ti. Te quiero a ti, Gray.

Antes de que pudiera responder, cerró la distancia entre nosotros. Sus labios rozaron los míos, codiciosos y hambrientos, como si hubiera estado luchando contra el anhelo por mí todo este tiempo. Gruñí ante la presión de su boca sobre la mía. Ese primer contacto encendió un fuego dentro de mí. El deseo bombeó por mis venas, y me vi arrastrado por un subidón de adrenalina y lujuria de cero a cien.

—Joder, menos mal —mascullé en un susurro ronco cuando nos separamos para respirar.

Me miró fijamente, parpadeando con sus ojos de gacela como si no pudiera creerlo. —¿Qué?

—He estado intentando mantenerme alejado —admití.

Me agarró de la corbata y tiró de mí para darme otro beso embriagador. Mientras nos enrollábamos, le agarré el culo y la deslicé por la encimera hasta que quedó en el borde. Sus muslos me enmarcaron, apretándose alrededor de mi cintura mientras ella enroscaba sus brazos más fuerte a mi alrededor.

La devoré, con más entusiasmo del que le había dedicado a nuestra cena. Ella respondió de la misma manera, saboreando mi boca mientras se batía en duelo con mi lengua. Insistió en más, apretando sus tetas contra mi pecho y ciñendo sus piernas a mi alrededor para frotarse contra mi erección que se marcaba en mis pantalones.

—A eso lo llamo yo un error —gruñí mientras la levantaba de la encimera. Pasando por encima de los fragmentos rotos, hice crujir los trozos en pedazos más pequeños mientras la llevaba fuera de la habitación—. Ese es el error que admitiré. Mantenerme alejado de ti fue un error. —Gemí cuando me besó con más fuerza, chupando mi lengua. La necesidad lasciva que me mostraba solo me ponía más duro—. Intentar decirme a mí mismo que no volviera a por ti fue mi puto error.

Una vez que llegué a mi habitación, me dejé caer en la cama con ella, sin soltarla ni un momento. Me manoseó, con prisa por quitarme la ropa. Mantener este sello entre nuestros labios no era imposible mientras ella me desabrochaba la camisa y yo le bajaba la cremallera de su top. Pero una vez que le quité la camiseta y vi que no llevaba sujetador, gruñí al ver sus pezones oscuros, tan turgentes y erectos. Aparté mi boca de la suya, empujándola más hacia arriba en la cama mientras me inclinaba para rodear su pezón con mis labios, y luego el otro. Una y otra vez, lamí y chupé su piel deliciosa y dulce, sus generosos senos de los que no podía tener suficiente.

—Perderme esto fue un puto error —dije una vez que ella se bajó sus pantalones cortos y abrió las piernas. Llevando mis dedos a su coño, no perdí ni un segundo en acariciarla y esparcir su humedad sobre su entrada.

—Oh, joder —respiró, arqueando la espalda y empujando sus pechos hacia mi boca de nuevo. Me agarró la nuca, sosteniendo mi boca donde ella quería. Mientras deslizaba mis dedos en su coño apretado y húmedo, ella comenzó a frotarse contra mi mano.

—Mírate. —Aparté la cabeza, famélico por ella, pero adicto a la visión de ella tan ansiosa y sin miedo de buscar su orgasmo conmigo. Podía ser tímida, incluso apocada, pero así, era tan libre y sexi.

—Quiero mirarte *a ti* —replicó con descaro, jadeando por lo cerca que estaba ya de correrse—. Quiero mirarte a ti jodiéndome y haciéndome sentir tan bien otra vez.

—Te dije que no tienes que suplicar —bromeé.

—Entonces quítate esto —se quejó ligeramente, tirando de mis pantalones.

Entre besarla y tocarla con los dedos, no aflojé el ritmo para dejarla empapada y desesperada por mí. Al mismo tiempo, sin embargo, me quité la ropa hasta que mi polla saltó libre y se irguió hacia ella.

—Te quiero, Gray. Ahora. —Me cogió la polla, masturbándola un par de veces mientras abría más las piernas. Inclinándose, con una mano en la cama detrás de ella, observó cómo me agachaba. Bajo su guía, mientras llevaba mi punta a su entrada, yo también miré. La visión de mi miembro desapareciendo en su coño apretado era una vista demasiado obscenamente buena como para perdérsela.

Pero el placer de hundirme en ella hasta el fondo era aún mejor.

Lo mejor.

—Oh, fóllame —gimió en voz alta, dejando caer la cabeza hacia atrás.

—Pienso hacerlo —repliqué sarcásticamente—. Hasta que no puedas caminar.

—Hasta que no pueda pensar con claridad —dijo ella.

Casi fruncí el ceño, odiando que pudiera estar «usándome» para quedarse en blanco. Por otra parte, si este era el tipo de ayuda que quería, se la daría.

—Hasta que no puedas pensar en absoluto —argumenté juguetonamente.

Ninguno de los dos volvió a hablar después de eso. Tenía la boca llena de sus pechos, chupando y volviéndola loca. Ella mantenía sus labios sobre mí, besando mi cuello, mi cara, cualquier cosa que pudiera alcanzar. Una y otra vez, embestí en su dulce coño, sintiendo como si estuviera volviendo a casa.

Como si pudiera estar entero y completo con ella.

Como si pudiera confiarle cualquier cosa.

Encajamos, nos compenetramos y nos acoplamos tan condenadamente bien, que no podía creer que hubiéramos estado separados tanto tiempo hasta que explotamos en la cocina.

—Me voy a correr, Gray —logró decir entre respiraciones agitadas.

—Ahora. Córrete para mí, Lila. Córrete y déjame seco —le dije, jadeando por el esfuerzo de contenerme y esperar a que ella perdiera el control primero.

La primera contracción de su coño en mi polla casi me empujó a correrme dentro de ella demasiado pronto. A correrme con ella. Gritó, agarrándose a mí y temblando con la liberación.

Joder.

Esto es el paraíso.

Me enfundó, empujándome a perder el control. No pude combatirlo. No quería combatir nada. Sentirla era demasiado bueno, y confiaba en ella lo suficiente como para dejarme llevar así e inundarla con mi semen.

Rugí, apretando los dientes e intentando prolongarlo para ella, pero cuando tiró de mí hacia abajo y apretó sus labios contra los míos, besándome casi con reverencia, me rendí y me corrí con fuerza.

23

LILA

A diferencia de la última vez, me desperté antes que Gray. Todavía no se había marchado. No estaba sola en esta cama enorme. Tampoco había ninguna nota esperándome en la mesilla de noche.

Todo estaba tranquilo y en silencio en la casa, como de costumbre, pero no había nada de habitual en estar en su cama. Al menos, esta no era mi rutina. Había soñado con estar en su cama con él y despertarme así, pero era la primera vez que ocurría desde que me trajo aquí.

Exhalé un largo suspiro e intenté no moverme.

¿Y ahora qué?

No tenía ni idea de qué esperar cuando se diera cuenta de que ambos habíamos cedido la noche anterior. Podía pedirme que me fuera. Podía querer que me quedara. Lo único que podía hacer era esperar y preguntármelo todo mientras disfrutaba de la suntuosa comodidad de su cama. La sedosa suavidad de sus sábanas y sus gruesas almohadas. El duro calor de su cuerpo pegado al mío.

Pausar la vida aquí y ahora sería perfecto. La comodidad y la seguridad que sentía en este momento eran cosas que atesoraría para siempre.

Pero no puede durar.

Sabía que no.

Irónicamente, no era factible. Nada duraba para siempre, ni lo bueno ni lo malo. Así era la vida.

Nos levantaremos y probablemente me dirá que ha sido otro error, a pesar de lo mucho que él también ha disfrutado.

Como si mis pensamientos pudieran despertarlo, se movió. Despertándose lentamente, se estiró y me rodeó la cintura con el brazo. Con su extremidad ceñida sobre mi estómago, dejó escapar un gemido bajo de placer, un sonido ronco, áspero y somnoliento que me hizo querer sonreír.

Pero no lo hice.

Estaba demasiado tensa, esperando su rechazo.

Se giró sobre un costado sin soltarme. El peso de su brazo sobre mi estómago era una presión constante. Recostado en su almohada mientras me miraba, abrió los ojos y se encontró con mi mirada.

Y entonces frunció el ceño.

—¿Qué pasa?

Simplemente le devolví la mirada, asombrada de que este hombre tan guapo me hubiera deseado la noche anterior. De que me hubiera permitido volver a su cama.

—Pareces confundida.

—Lo estoy. —Me aclaré la garganta—. Porque no estoy segura de si me dirás que me largue de aquí y que he sido un error que no deberías haber repetido.

Gimió, no con un sonido somnoliento, sino con uno exasperado de fastidio. Abrazándome con más fuerza, me confundió aún más al enmarcarme la cara antes de besarme profundamente.

—Tú no eres un error.

—Entonces, ¿qué significaba esa nota la última vez?

Era la primera vez que podía mencionarlo y preguntárselo. Me alegré de aclarar esto de una vez por todas.

—Significaba que pensaba que te mereces a alguien mejor que yo.

—¿Por qué? —Se me escapó una risa antes de que pudiera evitarlo —. Eso es lo que me pregunto yo. Qué ve alguien como tú en alguien como yo.

—Veo a una mujer dulce y compasiva que me hace feliz. —Una vez más, me besó—. Lo de anoche no fue un error. Me he estado volviendo loco dejándote descansar y dándote espacio desde que estás aquí. Y lo de la otra noche tampoco fue un error. Ahora lo veo.

Fiándome de su palabra, sonreí y me acurruqué a su lado.

—Hay algo en ti que es demasiado irresistible.

—Sé a lo que te refieres. —Lo besé, tan contenta de que no estuviera de mal humor y con dudas como la última vez. Sí, me hacía sentir bien. Pero era algo más profundo. No me sentía sola, despreciada o invisible.

—Me preocupaba que al despertar te arrepintieras.

—No. Tampoco me arrepentí la última vez, y te eché de menos en el instante en que salí de casa esa mañana. —Me besó de nuevo.

—Yo tampoco me arrepiento. Y no necesito el estrés de un error del que arrepentirme ahora mismo. No además de todo lo demás que está pasando. —Temiendo que al decir eso me preguntara qué estaba pasando, suspiré y decidí callarme.

Sin embargo, no insistió. Tumbado aquí, acariciándome el brazo con las yemas de sus dedos, parecía demasiado relajado para preguntar nada, para darle importancia a nada.

—El único error del que me arrepiento es de haber confiado en la mujer equivocada —confesó.

Contenta de que se estuviera sincerando conmigo sin que se lo pidiera, me giré hacia él y presté atención a los serios rasgos de su rostro enjuto. —¿No te refieres a mí?

Me dedicó una sonrisa lenta y pícara. —A ti no. Definitivamente a ti no. Una mujer de mi pasado. Camille. De hecho, cuando me dijiste que me habían drogado la bebida en aquel acto benéfico, fue la primera persona que me vino a la mente.

Fruncí el ceño, pensando en aquella fatídica víspera de San Valentín. —Estoy bastante segura de que fue la mano de una mujer la que se acercó y echó la pastilla en la bebida. Pero ahora no puedo estar cien por cien segura.

—No fue ella —respondió—. No estaba allí. No habría asistido si Emerson se hubiera enterado de que era probable que ella fuera. —Sonrió con suficiencia—. Habría pujado por mí, y nunca le dejaré pensar que tiene otra oportunidad conmigo.

—¿Quiere que vuelvas con ella?

Asintió. —Hace años que quiere que vuelva con ella, pero nunca cambiaré de opinión. Me mintió, solo otra cazafortunas sin clase a la que evitar.

¿Como mi madrastra? Me abstuve de soltar una carcajada ante ese pensamiento.

—Calumnió mi nombre, acusándome de dejarla embarazada y abandonarla por el bebé. Un bebé que se inventó porque nunca estuvo embarazada.

—Joder. Cayó muy bajo.

—Sí. Y sigue haciéndolo. —Me abrazó con más fuerza y suspiró—. No salimos mucho tiempo, pero esos meses con ella me sirvieron de advertencia para no volver a querer tener a una mujer en mi vida.

No pude evitar encogerme.

Él se rio entre dientes antes de besarme de nuevo. —Hasta que llegaste tú.

—El error del que yo me arrepiento es pensar que mi ex, Adam, me quiso alguna vez —admití, no queriendo que pensara que él era el único que se estaba sincerando. Yo también quería confiar en él, pero de forma selectiva. No podía contarle nada que mi padre no quisiera que se hiciera público todavía.

—Él se lo pierde. —Me besó—. Yo salgo ganando.

Sonreí y no me importó que sintiera cómo se elevaba mi mejilla con el gesto. Quería albergar la pequeña esperanza de que él supiera que yo nunca intentaría atraparlo con un bebé como intentó hacer esa tal Camille. Una esperanza más grande y estúpida llenó mi mente: que Gray pudiera quererme algún día, como Adam nunca pudo.

Para. Te estás adelantando demasiado.

Descartando el giro serio del tema, intenté cambiar de conversación, mantener esto informal y disfrutarlo todo el tiempo que pudiera.

—También me arrepiento del error de que me dijeran lo que tenía que hacer.

—Hablas como una verdadera rebelde —bromeó.

—Me refiero a querer estudiar enfermería —aclaré—. Vanessa cree que está por debajo de nuestro nivel.

Él sonrió con suficiencia. —La opinión de Vanessa es una mierda. Creo que el que estudies enfermería es noble.

—Su opinión es una mierda, pero como mi padre está demasiado ocupado para encargarse de los detalles y Vanessa siempre ha estado a cargo de Beatrice y de mí en su ausencia, ella tiene la última palabra sobre lo que hago.

Se encogió de hombros. —A la mierda con eso. ¿Qué tal si empiezas con algunas clases de enfermería por internet? Habla con tu padre cuando vuelva y él pondrá a Vanessa en su sitio. Te quiere demasiado como para no querer que seas feliz.

¿Como… quizás tú?

Tenía que dejar de meter estas ideas de amor en el cuadro entre Gray y yo.

Suspiré ante la desesperanza de algo largo y duradero entre nosotros.

—O simplemente redirige los fondos del semestre que ya se han usado —sugirió—. Úsalos para lo que quieres hacer.

—Eso sí que suena a rebelde —bromeé. Lo besé por atreverse a desafiar los deseos de Vanessa. Me alegré de que no se ofreciera a mediar y a decir que él hablaría con mi padre por mí. O que se ofreciera a pagarme él mismo los cursos. No me gustaba la idea de que fuera mi benefactor ni nada por el estilo. Nada que le hiciera meterme en la misma categoría en la que había metido a Camille.

Gray era demasiado bueno conmigo. Lo sabía. Pero mientras estuviera aquí esperando a que mi padre volviera, pretendía disfrutar cada segundo de lo buenos que éramos el uno para el otro. En la cama y fuera de ella.

Lo besé de nuevo, demorándome hasta que me hizo girar sobre la espalda y me inmovilizó contra el colchón.

—No tienes prisa por desayunar, ¿verdad? —preguntó.

Lo empujé hasta que quedó boca arriba. Gateando sobre él, me dejé llevar por la emoción de ser traviesa y libre de desearlo. —Creo que

primero tomaré esto —dije en tono burlón, envolviendo mis dedos alrededor de su pene cada vez más duro mientras me preparaba para saborearlo.

Gimió, deslizando sus dedos por mi pelo, observándome mientras me lo llevaba a la boca para empezar el día con buen pie.

No. En absoluto ha sido un error.

El subidón de hacerle sonreír y correrse era demasiado bueno como para que algo de esta aventura prohibida pudiera ser realmente malo o lamentable.

24

GRAY

Durante las tres semanas siguientes, tuve una perspectiva diferente de la vida.

Lila no volvió a su cuarto de invitados. Se mudó conmigo y trajo su ropa cómoda para mezclarla con mis cosas en el armario.

Lila no se enfurruñó ni volvió a ese estado hosco y deprimido en el que a veces caía. Estaba más feliz que nunca haciendo los cursos por internet que le facilitarían el acceso a la carrera de enfermería.

La vida era más luminosa así. Más plena. Más divertida.

Aquella desolación y soledad no volvieron para atormentarme. No podían, teniendo a Lila para llenar mis días y mis noches.

—¿Quieres un poco? —Apareció en la puerta de mi despacho casi un mes después de aquella noche de tormenta en la que todo saltó por los aires, cuando admitió que me deseaba, pero pensaba que yo la veía como un error.

En la mano llevaba un plato con una especie de sándwich de queso a la plancha. El queso derretido y cremoso se salía por la juntura del pan.

Me había saltado la comida por estar cerrando tratos y, sobre todo, metido en llamadas todo el día. Hacía una hora que me habían dejado de sonar las tripas pero, al oler la comida que me había preparado, me sentí hambriento.

Mi hambre por ella, sin embargo, era más poderosa.

La llamé con un gesto del dedo para que entrara del todo en mi despacho. Con una camisa mía ancha y las piernas esbeltas y desnudas, salvo por unos calcetines de felpa en los pies, parecía demasiado tentadora como para resistirse.

Gracias a Dios que Emerson está hoy en la ciudad.

Sentado en mi escritorio, contuve un gruñido de deseo al ver la sonrisa pícara que me dedicaba. Hizo una pausa para cerrar la puerta a su espalda y reanudó su avance hacia mí.

Levanté un dedo para detenerla.

Sonrió de lado y retrocedió para echar el pestillo a la puerta; había aprendido que algunas cosas en esta casa debían ser privadas.

Una vez más, avanzó hacia mí, rodeando el escritorio hasta que quedó frente a mí. Eché la silla hacia atrás, dejando espacio para que se pusiera justo delante. —¿Qué me has preguntado?

Ya me dolía la polla solo con verla.

Su pelo dorado suelto y ondulado. Su rostro fresco, despejado y libre de agotamiento. Su sonrisa traviesa que me excitaba.

—Te he preguntado si querías un poco. —Apoyó el culo en el borde de mi escritorio y dejó el plato a un lado.

Arqueé una ceja, reclinándome en la silla y manteniendo las piernas bien abiertas para que pudiera ver la erección que abultaba en mis pantalones. —¿Un poco de qué? A lo mejor deberías enseñarme qué más hay en el menú —respondí.

Mordisqueándose el labio inferior, se desabrochó lentamente la camisa…, *mi* camisa. Debía de haberla cogido después de una ducha tras hacer ejercicio y estaría de humor para ponerse juguetona.

La tela azul claro cayó al suelo. Se quedó de pie ante mí completamente desnuda. Se pasó un dedo por el pecho mientras respiraba más deprisa y se aclaró la garganta. —¿Qué tal un poco de esto?

Joder. Era preciosa. Una visión de belleza sensual, en su punto.

Negué con la cabeza. —¿Qué más tienes para mí? —repetí.

Frunció el ceño. Luego abrió más los ojos, con una ligera sorpresa, al darse cuenta. Retrocediendo, se subió a mi escritorio y abrió las piernas. —¿Qué tal esto?

Adoro mi vida. Acerqué la silla rodando y aspiré su dulce aroma. —Sí. Quiero un poco de eso. —Mientras bajaba la cabeza hacia ella para darme un festín, juré que no volvería a mi despacho de la ciudad nunca más si podía evitarlo.

Unos días después, mientras estaba en una llamada con un bróker de California, trabajando hasta más tarde de lo que quería, pero acomodándome a la diferencia horaria, vino a darme las buenas noches de camino a la cama.

La cogí de la mano y la insté a sentarse en mi regazo, escribiendo en un bloc de notas que esperara, que ya casi había terminado con la aburrida llamada.

Ella sonrió con suficiencia y se arrodilló mientras escribía que me la haría menos aburrida. Y así lo hizo, haciéndome una mamada y obligándome a morderme la lengua para no dejar que el bróker supiera que no estaba del todo centrado en la conversación con él.

Aparte de todo el sexo, era una gozada verla tan satisfecha con otros aspectos de su vida. El programa de enfermería que había empezado la llenaba, y me llegó al corazón cuando me explicó que

había querido estudiar enfermería por el personal que había hecho que el final de la vida de su madre fuera mejor.

Incluso las pequeñas cosas contribuían a mantener una sonrisa en mi cara. Poner la colada y hacer las tareas del hogar. Cocinar. Hacer la compra. Darnos atracones de series y películas chorras. Pasear por la finca mientras el tiempo se iba caldeando con la llegada de la primavera.

Pasar tiempo con Lila me llenaba hasta el punto de que la mayoría de las noches, cuando la sentía dormirse pegada a mí, me preocupaba cómo podría terminar o verse amenazado todo esto cuando Marcus volviera a casa.

Superaría el shock*, ¿verdad?*

Acabará por aceptarlo y verá que tenemos sentido a pesar de la diferencia de edad.

Por ahora, acomodarme a la emoción de saber que Lila siempre estaría en casa esperándome era más que suficiente para excitarme, para comprometerme y para hacer que me alegrara de salir de la ciudad.

Una noche, sin embargo, mientras volvía a toda prisa de la oficina para llegar a tiempo de que hiciéramos la cena juntos, me extrañó ver otro coche en la entrada.

—¿Qué demonios es esto? —murmuré para mí mientras salía y me dirigía al interior.

No esperaba ninguna visita. Lila tenía un coche a su disposición, pero rara vez iba a ninguna parte desde que había cambiado todas sus clases al formato en línea.

Joder. Espero que no sea Marcus.

Él prefería las berlinas, no los todoterrenos altos como ese, equipado hasta los topes y con toda la parafernalia.

¿Quizá sea una amiga de Lila?

No nos controlábamos mutuamente de esa manera. Si quería que viniera una amiga, no había problema. Confiaba en ella en mi casa. Pero nunca quedaba nada por saber entre nosotros con la frecuencia con que hablábamos y lo compartíamos todo con total libertad.

—¿Lila? —la llamé al entrar en casa.

Si una visita había venido por mí, alguien del personal de la casa podría haberme avisado. Sin embargo, Emerson todavía estaba resolviendo un par de cosas para mí en la ciudad, así que dudaba que él supiera tampoco lo que estaba pasando.

—¿Lila?

Atravesé el vestíbulo y me dirigí a la cocina, pero alguien carraspeó cerca del salón. Deteniéndome en seco, me giré en esa dirección.

Y casi retrocedí de la rabia.

—Bienvenido a casa, Grayson —dijo Camille. Ladeó la cabeza y sonrió con picardía. Con un vestido ceñido que no dejaba nada a la imaginación, parecía una estríper o una bailarina en comparación con Lila, que estaba de pie detrás de ella. Lila, con su habitual sudadera con capucha y sus pantalones cortos cómodos, con un aspecto relajado y agradable, me dedicó una mueca.

—¿Qué coño hace usted aquí? —Apreté los dientes y caminé hacia Lila.

—Darte la bienvenida a casa, Grayson. —Intentó cogerme la mano cuando pasé a su lado para llegar hasta Lila, pero la aparté de un manotazo.

—Usted no es bienvenida aquí —le espeté, acercándome a Lila e inspeccionándola. Sentí como si la estuviera examinando y evaluando en busca de daños. Así de grande era la amenaza que Camille parecía suponer en mi vida.

—Claro que lo soy. Si es aquí donde te has estado escondiendo todo este último mes, entonces es aquí donde yo también debería estar.

Frunciendo el ceño y encarándome con ella mientras rodeaba a Lila con un brazo, negué con la cabeza. —¿Qué coño hace falta para que se le meta en la cabeza? No es bienvenida aquí. No es bienvenida en mi vida ni en mi casa. No tiene ninguna razón para estar cerca de mí.

Ella sonrió y negó con la cabeza como si yo estuviera diciendo tonterías.

—¿Cómo demonios ha entrado? —La eché de mi edificio en la ciudad. Ordené a todos los guardias de seguridad que se deshicieran de ella. ¿Y ahora también estaba *aquí,* interrumpiendo esta paz que había encontrado con Lila?

—Tu invitada me ha dejado entrar. —Se encogió de hombros y señaló a Lila.

—Lo siento, Gray. No sabía quién era y se ha colado. —Lila me cogió la mano y yo se la apreté.

—No pasa nada —le dije, no quería que se sintiera mal. No tenía por qué saber que debía impedir la entrada a Camille, ya que nunca la había visto antes.

—Claro que no pasa nada. —Camille juntó las manos delante de ella y sonrió. Luego bajó la mirada a la forma en que yo sostenía la mano de Lila y sonrió con suficiencia—. Faltaría más que yo no pudiera estar aquí cuando hemos retrasado nuestro reencuentro.

—No habrá ningún reencuentro —gruñí—. *¿Qué hará falta para que me deje en paz?*

—Grayson…

Apreté la mandíbula, odiando esa versión formal de mi nombre. Lo que detestaba aún más era a esta mujer tratando de manipularme.

—Cállese. Y lárguese.

Ella negó con la cabeza. —Grayson, deja de poner las cosas difíciles. Estoy aquí para hacer las paces.

—No parece que él quiera —dijo Lila.

Le apreté la mano, muy agradecido de que se preocupara lo suficiente como para defenderme. Camille era mi dolor de cabeza, pero lo apreciaba. La intención era lo que contaba. Demostraba lo mucho que le importaba.

—Nadie le ha pedido su opinión —espetó Camille. De nuevo, miró nuestras manos entrelazadas. Soltó una risa amarga y negó con la cabeza—. A nadie le va a importar lo que piense una simple invitada sobre algo que no es de su incumbencia.

Su despectivo comentario sobre Lila me cabreó. Su rapidez para insinuar que ella era insignificante me irritó aún más.

Posesivo y protector, me acerqué un paso. Rodeándola con el brazo mientras la abrazaba contra mi costado, entorné los ojos hacia Camille y la reté a que volviera a menospreciar a Lila.

—Siempre me importará lo que esta mujer piense —dije, categórico.

Lila puso la mano en mi pecho. —Y *yo* creo que debería hacerle caso a lo que ha dicho. Lárguese.

Camille apretó tanto los labios que sus labios, retocados estéticamente, se contrajeron en una desagradable y fina línea de rabia. —¿Qué está pasando aquí? —Agitó una mano en el aire, señalándonos—. ¿Es su nuevo juguete de la semana?

Más bien del mes. Mantendría a Lila aquí todo el tiempo que pudiera, pero eso no era algo que Camille mereciera saber.

—Lárguese de aquí y manténgase fuera de mi vida —le advertí—. No se lo volveré a repetir.

—¿Quiere que me vaya para poder jugar a las casitas con esta…? —Hizo una mueca de asco—. ¿Con *ella*? —Se cruzó de brazos—. ¿Me está reemplazando a *mí* por alguien como *ella*?

Apreté mi brazo alrededor de Lila, lamentando que mi ex tuviera que intentar oscurecer mi vida de nuevo. Lamentaba aún más que hubiera intentado menospreciarla y sembrar la duda de que Lila pudiera encajar en mi vida como mi pareja. Porque eso era en lo que se había convertido para mí. No en mi invitada, sino más bien en alguien que podría reclamar el título de ser mi otra mitad.

Camille se rio, un sonido estridente y malicioso. —Tiene que ser una broma. ¿Renunciarías a esto —se señaló a sí misma— por un desastre de maruja hortera como esa? —Le dedicó a Lila una sonrisa malévola.

—Ya lo he hecho —le dije—. Renunciaría a usted un millón de veces porque mi interés en usted es inexistente.

La mueca de desdén de Camille se acentuó, contorsionando su rostro de esa alegría grosera a una ira teñida de envidia.

—Renunciaría a la oportunidad de estar con cualquier otra mujer en el mundo con tal de que esta se quede conmigo. —Bajé la mirada hacia Lila, rezando para que supiera que no iba de farol.

Incapaz de confesar nada más mientras Camille estuviera allí, le di un rápido beso en la coronilla. —Discúlpame un minuto, Lila, mientras me encargo de esta interrupción.

Ella asintió una vez, recatada y silenciosa, mientras yo me acercaba a grandes zancadas a Camille y señalaba la puerta. —Piérdase y no vuelva nunca.

Con un bufido furioso, cogió su bolso de la mesita auxiliar y pivotó sobre su tacón de aguja.

Mientras salía, Emerson apareció en la puerta principal y frunció el ceño al verla marcharse furiosa.

Parpadeó, paseando la mirada entre Lila, yo y el coche en la entrada al que Camille se apresuraba a subir. Me reuní con él en la puerta para verla marcharse.

Fiel a su naturaleza grosera, pisó el acelerador y se marchó derrapando, dejando marcas en el pavimento.

—¿Qué me he perdido? —preguntó Emerson con ironía, a toro pasado.

—Nada —mascullé, deseando que eso fuera todo lo que Camille era. Nada para mí, nada en mi vida.

Porque ni de coña iba a permitir que se interpusiera en mi camino para empezar todo lo que había estado esperando con una mujer en la que *sí* podía confiar.

25

LILA

Después de que Gray echara a Camille de su casa, no sabía muy bien cómo reaccionar.

Me sentí mal por haberla dejado entrar sin querer. Si tanto dolor y enfado le causaba, entonces quería hacer todo lo posible por mantenerla alejada de él. Ver a Gray feliz y contento era la mayor recompensa, pero no era como si lo hubiera saboteado a propósito.

Había mentido, diciendo que era una vieja amiga a la que él le había pedido que viniera a esperarlo. Solo eso ya me había hecho sospechar, puesto que Gray había admitido en numerosas ocasiones que tenía problemas para confiar en las mujeres. Después de todas las cazafortunas y las mujeres rastreras que habían intentado atraparlo con un bebé para asegurarse un acceso permanente a su dinero o a su atención, no podía culparlo.

—Lo siento —le dije de nuevo.

Se volvió hacia mí mientras Emerson cerraba la puerta principal. —No pasa nada, Lila. No sabías quién era. Seguro que te mintió y evitó darte su nombre.

Asentí. —Siento que hayas tenido que pasar por el mal trago de verla —dije, reformulando mi disculpa.

Con un profundo suspiro, se acercó para abrazarme de nuevo. —Algún día captará el mensaje de que ya no tiene cabida en mi vida. —Me rodeó con sus brazos y le dediqué una pequeña sonrisa a Emerson.

—Hola.

Él asintió. —Hola, Lila. Siento que hayas tenido que lidiar con ella.

Solté un largo suspiro, disfrutando del abrazo de Gray. Estar entre sus brazos y sentir el calor de su fuerte cuerpo me tranquilizaba. Recé para que mi abrazo le transmitiera algo de calma a él también.

La cena no fue tan animada ni tan conversadora como de costumbre. Emerson se nos unió, reforzando la idea de que su relación de jefe y asistente se parecía más a una amistad. Mientras los escuchaba hablar de tratos y ventas de diferentes propiedades, empezó a parecer que estaban al mismo nivel. Casi socios, aunque Emerson siempre se supeditaba a Gray.

Aquella noche, Gray se durmió rápidamente después de descargar sus frustraciones físicamente conmigo. Después de lo fuerte que me había hecho correr, debería haber estado tan relajada, lacia y cansada como para quedarme frita, pero no fue así.

Preocupada por el poder que Camille tenía para disgustar a Gray, empecé a ver la situación como si él fuera la víctima. El desvalido. Aquel a quien yo quería proteger.

¿Pero qué puedo hacer yo?

Parecía que lo único que podía hacer era estar ahí para él y ayudarlo a que el enfado se le pasara.

Mi móvil vibró con una llamada entrante, impidiéndome aún más relajarme para dormir.

Fruncí el ceño al verlo, puesto sobre un cargador al otro lado del dormitorio.

Quizá sea él.

Aparte de un par de correos electrónicos, no había sabido nada de mi padre en semanas. Los días y las semanas pasaban deprisa con lo bien que me iba la vida con Gray, pero no podía olvidarme de los problemas acuciantes que tendría que afrontar cuando mi padre volviera a casa.

Con cuidado de no despertar a Gray, me deslicé fuera de la cama y cogí el móvil para atender la llamada en el pasillo.

—¿Diga? —respondí a la llamada aunque no reconocí el número. Mi número no era público, así que muy poca gente podía contactar conmigo. No sería la primera vez que mi padre usaba otro dispositivo para llamarme cuando el suyo no tenía cobertura en el lugar remoto en el que se encontrara en ese momento.

—Estás arruinando mis planes, zorra.

Apreté los dientes con un chasquido al oír la voz de mi madrastra. Vanessa nunca me había insultado directamente, pero supuse que no le hacía ninguna gracia mi intención de apartarla de mi vida. —Ahórratelo —repliqué acaloradamente, sin ganas de reprimir el odio que sentía por ella—. Guarda tus planes para otra persona y otra cosa. Me niego a tener nada que ver contigo nunca más.

—Somos familia. No puedes elegir, Lila —me recriminó—. Yo *soy* tu madre…

—Tú *nunca* serás mi madre. No te pareces en nada a mi madre.

Puede que mi padre se hubiera engañado al casarse con ella, pero no lo había hecho para reemplazar a la dulce mujer que me había dado a luz. La mujer trabajadora, de clase media, que nunca había cambiado su ética ni su personalidad tras darse cuenta de la riqueza de mi padre.

—Estoy actuando en su lugar, y no estás haciendo lo que esperaba.

—Pues te aguantas —repliqué.

El sonido de una puerta abriéndose y cerrándose a mi espalda hizo que me tensara. Había tenido cuidado de no despertar a Gray, pero quizá se había removido y, al darse cuenta de que estaba solo en la cama, se había preguntado dónde estaba. Tal vez solo había ido al baño y eso era lo que había oído, pero deseé haber cerrado la puerta de su dormitorio antes de coger esta llamada en el pasillo. Me alejé de su puerta por el corredor, aterrada de que pudiera oír algo de esta conversación. Con todos los problemas de confianza que Gray tenía con las mujeres que habían intentado estafarlo antes, no podía soportar la idea de que me viera como una más de ellas.

Si Gray llegara a pensar que yo tenía la misma falsedad que ellas, si me considerara una participante activa en cualquier plan, me apartaría de su vida. Me vería como alguien no mejor que Camille, y no podía soportar pensar en que me echara de esa manera.

No puedo perderlo.

Lo perdería. Cuando mi padre volviera, tendríamos que abordar lo realista que sería continuar con este acuerdo parecido a una relación que habíamos forjado juntos. Tenía el fuerte presentimiento de que mi padre se enfurecería tanto al descubrir que nos habíamos liado que no nos daría su bendición. Era la niña de papá y era muy protector conmigo. Gray era su amigo, y eso lo empeoraría todo.

Perdería a Gray con el tiempo, pero no podía soportar la posibilidad de que no volviera a desearme si asumía que yo era una astuta cazafortunas.

No puedo dejar que se entere.

Permitir que Gray se enterara de que Vanessa quería venderme en matrimonio a Adam ya era bastante vergonzoso.

—Ya te lo dije antes —le advertí a Vanessa, cortándola en mitad de su diatriba. Negándome a permitir que sus palabras crueles y manipuladoras se hundieran en mi mente, hablé rápida pero silenciosamente para no hacer que Gray saliera si estaba despierto —. No soy tu peón. Nunca lo he sido y nunca lo seré. Hasta nunca, Vanessa.

Terminé la llamada, deseando de nuevo que fuera tan satisfactorio pulsar un botón en una pantalla como lo era dar un portazo con el teléfono. Mirando la alfombra del pasillo durante otro largo momento, dudé antes de volver a la cama con Gray.

Cada vez que oía su voz, me enfurecía. Esta ira no se disipaba fácilmente. Guardármela dentro era un efecto secundario horrible, pero así era como había reestructurado mi lógica sobre ella durante demasiado tiempo. No mencionar cómo me trataba Vanessa era mi intento de ahorrarle a mi padre más estrés.

Pero esto era otra cosa. Estaba llevando todo esto demasiado lejos.

Que te jodan a ti y a tus planes.

Bloqueé el número.

Quizá pueda simplemente conseguir un número nuevo.

La idea me atraía, pero tenía un inconveniente: mi padre no sabría cómo contactar conmigo. Los correos electrónicos funcionaban, pero también eran muy esporádicos. Mantener una línea de comunicación directa con él era algo a lo que no podía renunciar.

Volví a la cama e hice lo que pude por descansar.

Por la mañana, me desperté con Gray besándome para despedirse de camino a la oficina. Bostezando y apenas abriendo los ojos, deseé que no tuviera que ir a la ciudad.

—Buena suerte en tu reunión —me dijo en voz baja.

Asentí, todavía aletargada por el mal sueño que me había atormentado tras la llamada de Vanessa y la aparición de Camille. Aunque hice todo lo posible por ignorar su risa al verme con Gray en lugar de con ella, como si yo no fuera lo suficientemente buena para él, todavía me dolía.

—Mmm —respondí con un beso más con los ojos cerrados. Mis labios chocaron con su barbilla y él se rio entre dientes.

Horas después, cuando sonó la alarma, salí de la cama para ducharme y vestirme. En mi opinión, la reunión con mi tutora no era más que una visita de cortesía. Necesitaba mi firma en un formulario para enviar los expedientes a la escuela de enfermería, y no era algo que pudiera hacerse digitalmente.

Era la única razón por la que iría al campus. Una vez allí, mientras caminaba por la plaza, admirando los indicios de la primavera que asomaban por la hierba y a través del mantillo de los arriates, me di cuenta de que hacía tiempo que no veía a Darcy.

Podría intentar quedar con ella ya que estoy por la zona.

No era como si tuviera muchas otras cosas que hacer. Gray no volvería a casa en un buen rato. Estaba al día con mis clases en línea. Y el chico de mantenimiento de la casa, Juan, un oso bonachón y canoso de setenta años que trabajaba tanto en el jardín como en el garaje, como un manitas, no estaría allí. Tenía una cita con el médico, así que no podríamos jugar una partida de Scrabble en el patio trasero como hacíamos a veces.

Toda la casa de Gray me estaba cogiendo cariño, viéndome más como una residente que como una invitada temporal.

Sonreí al salir del despacho del orientador, dándome cuenta de que habían pasado años desde la última vez que sentí que encajaba en una familia. Vanessa no era una madre para mí. Beatrice era una excusa cruel y distante de hermana. Y mi padre siempre estaba fuera por trabajo.

—Cuánto tiempo sin verte —me dijo alguien mientras caminaba por el sendero hacia el aparcamiento para volver al coche que Gray me había prestado.

Me giré, casi me provoco una contractura en el cuello de lo rápido que lo hice. El pelo se me echó hacia atrás, despejándome la vista de una de las últimas personas que querría volver a ver.

Adam.

No estaba segura de si me había estado acosando desde que llegué al campus. Estaría por la zona, como Darcy, ya que era un estudiante vago de aquí. Pero tenía el presentimiento de que me había visto y quería seguirme. Sus gestos parecían demasiado calculados y decididos. La expresión de cabreo en su cara sugería que estaba disfrutando de la persecución, ansioso por acosarme.

—Déjame en paz, Adam. —Miré al frente y aceleré el paso.

—¿Por qué? ¿Para que puedas volver corriendo a ser una puta zorra y acostarte con viejos ricachones?

Le lancé una mirada por encima del hombro, caminando lo más rápido que pude para evitarlo.

Sus palabras eran demasiado específicas como para que se las hubiera inventado sobre la marcha.

¿Alguien sabe lo de Gray y yo?

No es mi sugar daddy.

Pero era mayor que yo.

Y me estaba acostando con él.

Dejar que las crueles palabras de Adam sobre que era una zorra o una puta me afectaran sería una estupidez. Solo estaba diciendo gilipolleces y me negaba a que su comentario me hiciera daño.

—¡Déjame en paz! —le grité, acelerando el paso.

No lo hizo. Al contrario, corrió tras de mí y casi me corta el paso antes de llegar al coche. —Sabes que tengo razón. Me dejaste y no eres más que una guarra que busca un rollo de una noche para pasar el rato.

Alcancé el tirador de la puerta, viendo rojo por la rabia que despertaba en mí. Cuando él me dio un manotazo en la mano, impidiendo que tirara de la manilla, lo fulminé con la mirada y me preparé para gritar o para darle una patada en los huevos. O ambas cosas.

No podía salirse con la suya acosándome. Así no.

Pero, en el fondo, me entró el pánico al pensar en cómo podía saber él que yo había pasado página.

—Seguro que te tirabas a otros todo el tiempo que estuvimos juntos —se burló con malicia.

—¡Mira quién fue a hablar! —repliqué acaloradamente—. Fui yo la que *te* pilló tirándote a mi hermanastra a mis espaldas. —Con un pequeño empujón conseguí que retrocediera, y eso fue todo lo que necesité para abrir la puerta de un tirón y meterme dentro.

No intentó detenerme. Alejándose del coche con una sonrisa siniestra, negó con la cabeza y murmuró algo para sí mismo.

—Déjame en paz de una puta vez —dije en voz alta. Con la puerta cerrada, las ventanillas subidas y el coche en marcha, no me oiría, pero quería desearlo. Provocarlo.

No podía aparecer y decir ese tipo de cosas sobre mí, maldita sea.

Di marcha atrás, desesperada por volver a la seguridad de la casa de Gray. Mientras retrocedía, vi con inquietud cómo se subía a un coche con chófer, ordenándole claramente que me siguiera.

No importó lo que hiciera, ni que intentara conducir por una enrevesada serie de calles para perderlos, su conductor me siguió por toda la ciudad.

Cuando entré en la autopista de vuelta a casa de Gray, el pánico se apoderó de mí.

¿Debería llamar a la policía?

Eso podría llegar a oídos de mi padre y preocuparlo aún más.

¿Debería llamar a Gray?

No podría ayudarme, metido en esas llamadas todo el día con gente del ejército por un proyecto de alto secreto para el que querían su ayuda.

¿Estarían Emerson o alguien de la casa para ayudarme?

Me asusté cuando el coche entró en el largo camino de entrada a la propiedad del lago. Por mucho que odiara que Adam supiera dónde encontrarme, o meter a Gray en mi lío, sabía que las cámaras de la propiedad captarían la cara de Adam. La próxima vez que se atreviera a venir sin ser invitado, los guardias de seguridad sabrían que debían expulsarlo o ni siquiera dejarlo pasar por la puerta.

Esta vez, se coló justo después de que yo pasara a toda velocidad por las puertas. Me seguía demasiado de cerca y no podía reducir la velocidad para pensar. Un instinto de lucha o huida ardía con tanta fuerza en mí que no podía ni empezar a racionalizar qué hacer con esta amenaza.

La rabia corría ardiente por mis venas. Temblaba, vibrando de frustración. Apreté los dientes, dolorida por cómo me preparaba para el impacto. Pero fue el nauseabundo nudo en mi estómago lo que amenazó con hacerme llorar. Me estaba poniendo enferma con toda esta mierda, con todo este estrés y este drama que no me merecía.

—¡No te atrevas a darme la espalda! —gritó cuando su coche aparcó detrás del mío.

Salió y se dirigió hacia mí mientras yo bajaba del coche. Corrí hacia la puerta principal, buscando la seguridad que sabía que tenía aquí.

—¡Déjame en paz! —No miré hacia atrás, temiendo el escozor de las lágrimas en mis ojos.

—No. Me debes una respuesta por tu comportamiento. Vanessa intenta decirme que me echas mucho de menos y quieres volver conmigo, que estás jugando a hacerte la difícil. —No se detuvo, siguiéndome hasta la casa.

Estaba justo ahí, cerniéndose sobre mí e intimidándome mientras yo buscaba a tientas la llave para entrar. Gray tenía tan poco personal aquí que tenía que usar una llave y entrar por mi cuenta, no contar con que un mayordomo o alguien me abriera.

—No te debo nada —gruñí, intentando usar mi espalda para impedirle la entrada—. Y no quiero volver contigo.

Decirle eso me dio la impresión de que era un déjà vu. Gray había estado aquí ayer, diciéndole a *su* ex que ya no estaba interesado en ella. Como a Adam, a Camille no le había gustado nada el mensaje.

Adam fue un paso más allá, golpeando la puerta con la mano para abrirla de golpe en cuanto la llave funcionó.

Me encogí, hecha un ovillo mientras él me seguía al interior. Mi objetivo de colarme y cerrarle la puerta en las narices se había ido al garete, pero no iba a dejar que me acorralara aquí.

Las lágrimas corrían por mis mejillas. Las emociones me alcanzaron, sometida a sus horribles acusaciones y a su acoso prepotente e intimidatorio.

Abrumada por la aguda dosis de estrés, odié lo débil que debía parecer. Llorando e indefensa. Sensible y nada fuerte.

¿Qué demonios es esto?

Ya había estado estresada antes. Pero esto era otra cosa. Mi humor y mis emociones estaban de repente descontrolados. No solía ser una llorona. Me sentía tan rara que la presión de Adam era demasiado para soportarla.

—Dime, zorra. ¿Te acostabas con otros todo el tiempo que estuviste conmigo?

Me detuve en seco y me giré. Levantando la mano, le di una bofetada con todas mis fuerzas. Su cabeza se echó hacia atrás. Levantó la mano para presionar la palma sobre la marca que le había dejado.

Soltando respiraciones fuertes y rápidas por el subidón de adrenalina, apreté los puños y bloqueé los brazos mientras observaba su reacción.

Frunciendo el ceño y mirándome furioso como si no pudiera creer lo que acababa de hacer, se enderezó y clavó sus ojos en mí.

—¡Déjame en paz! —repetí, preocupada por que se vengara.

Antes de que pudiera pensar en devolverme el golpe o en soltar cualquier otra palabra de odio, Roberta, una de las cocineras —que ahora se limitaba a pedir comida, ya que yo me encargaba de la mayor parte de las actividades de la cocina—, salió en mi defensa. La mujer, alta y maciza, no se anduvo con chiquitas al salir corriendo, con una sartén en la mano y soltándole una perorata. No pude entenderla de lo rápido que hablaba en español, pero su expresión furiosa y la sartén que levantó en el aire surtieron efecto.

Adam negó con la cabeza, retrocediendo hacia la puerta.

—Déjame en paz y no intentes hablarme nunca más —le grité mientras se retiraba.

Roberta cerró la puerta de un portazo y echó el cerrojo, negando con la cabeza mientras murmuraba en español, pareciendo maldecirlo. —Señorita Lila. —Me miró con el ceño fruncido, bajando la sartén—. ¿Estás bien? ¿Llamo al señor Grayson?

Solté el aire que había inspirado y contenido antes de abofetear a Adam. Salió de mí a toda prisa y no me mantuvo firme. Me temblaron las rodillas y más lágrimas cayeron.

—Ay, señorita Lila… —Su expresión se arrugó mientras me rodeaba con sus brazos rollizos, actuando menos como una cocinera temible con la que no se podía jugar y más maternal, abrazándome mientras yo lloraba suavemente y superaba el shock del incidente.

—Desahógate —arrulló, frotándome la espalda y meciéndome como si fuera una niña—. Ayuda. Llora, que ayuda.

¿Ayuda a qué?, quise preguntarle, pero sabía que lo decía de forma retórica para hacerme sentir mejor después de ese susto.

Todo lo que necesitaba para sentirme tranquila y segura de nuevo era Gray. El único hombre que quería en mi vida para siempre, pero también el único hombre con el que se suponía que nadie debía saber que estaba.

Sorbi por la nariz, aceptando el consuelo de Roberta mientras parpadeaba y me preguntaba cómo Adam podía haberse enterado de que me estaba enrollando con Gray mientras empezaba este nuevo comienzo en el camino que quería tomar en la vida con los estudios.

Se supone que nadie debe saberlo.

Me encogí, odiando cómo este maravilloso sentimiento de algo parecido al amor que compartíamos podía ser un secreto tan sucio y oscuro que ocultar al mundo.

26

GRAY

La semana después de la visita de Camille, Lila volvió al estado en el que se encontraba cuando la traje aquí por primera vez para que se relajara. Dormía mucho. Parecía cansada y deprimida.

Mi primera preocupación fue que estuviera enferma. Quizá fuera un virus primaveral o alguna otra dolencia que pudiera hacer que cualquiera se sintiera mal.

Cuando negó estar enferma, sospeché que todavía le molestaba la visita sorpresa de mi ex. Camille no había sido amable, y había despreciado a Lila como si fuese alguien a quien yo no querría. Nada más lejos de la realidad. Lila era exactamente el tipo de persona que quería en mi vida; el tipo de persona en la que podía confiar. Se preocupaba por mi comodidad y seguridad, por mi bienestar. Era compasiva и empática, y carecía de un solo rastro de codicia.

Emerson parecía tener otra teoría, pero no la soltaba mientras terminábamos de entrenar en el gimnasio de casa. A Lila también parecía gustarle mucho hacer ejercicio, y yo aplaudía lo entregada que estaba a su rutina de autocuidado. Pero no había venido al gimnasio ni una sola vez en toda la semana.

—Lo único que digo es que parece que se esfuerza por evitarte en casa —dijo mi asistente y amigo con neutralidad.

—Lo ha estado haciendo —asentí.

—Si estuviera enferma, tendría sentido que no quisiera contagiarte.

Asentí. —Pero no está enferma.

—Y si estaba molesta por lo de Camille, ya has hablado con ella sobre ese tema —dijo a continuación.

—Correcto. No parece que le afecte.

Redujo la velocidad de la cinta de correr que estaba a mi izquierda.

—Bueno, ¿y si… es otra cosa? —Enarcó las cejas.

—¿Cómo qué?

No sabía qué pensar. Estaba de mal humor. Triste. Estresada. Y actuaba de forma extraña.

—No una enfermedad, sino… —Subió las cejas todavía más.

Negué con la cabeza. —No. —La idea de que Lila pudiera estar embarazada también se me había ocurrido—. Toma anticonceptivos.

Emerson todavía no había bajado las cejas, demostrando lo escéptico que estaba.

—Sí que los toma. —Confiaba en su palabra. La noche antes de San Valentín no habíamos usado nada ni la primera ni la segunda vez, en la ducha, pero antes de que me corriera dentro de ella por tercera vez esa noche, soltó que estaba limpia. Y que tomaba la píldora. Me arrepentí de no haber pensado más rápido, de desearla demasiado. Sin embargo, ella quería asegurarse de que yo supiera que estaba limpia, ya que se había hecho pruebas después de pillar a su ex engañándola. A mí también me habían hecho pruebas hacía poco en mi chequeo anual, así que no había problema.

Sin embargo, mi amigo probablemente iba por buen camino. —Diablos, a lo mejor es el síndrome premenstrual o algo así. ¿Sabes? —Me encogí de hombros.

Él también se encogió de hombros, habiendo terminado su entrenamiento. —Simplemente me he puesto a pensar que quizá se ha dado cuenta de que podría estar embarazada. Y supongo que le has contado cómo Camille intentó tenderte una trampa con un bebé que no era tuyo.

—Un bebé que ni siquiera existía —le recordé con sequedad.

—Cierto. Así que a lo mejor se asustó mucho porque sabe que no quieres tener hijos.

Fruncí el ceño ante la elección de sus palabras. —Eso no es verdad. —Sí que quería tener hijos algún día—. Solo quiero tener hijos con una mujer a la que ame. Una mujer a la que quiera en mi vida como mi esposa, mi compañera. —Lo que *no* quería era que me engañaran para tenerlos.

De hecho, cuando por un instante me pregunté si el comportamiento de Lila podría indicar un desajuste hormonal debido a un embarazo, me sentí…

Ilusionado.

Esperanzado.

Feliz.

Imaginar un futuro sólido y duradero con Lila estaba echando raíces en mi mente. Encajaba aquí. Tenía sentido conmigo. El mayor obstáculo para fantasear plenamente con sentar la cabeza con ella y hacer oficial lo nuestro era su padre. Marcus no estaría muy contento con *cómo* decidí comprobar qué tal estaba Lila. Hasta que no volviera y pudiéramos determinar si nos perdonaría por lanzarnos a algo tan prohibido, era un gran juego de espera y un suspense demasiado incómodo de soportar.

—Probablemente sea eso —le dije mientras salíamos del gimnasio—. Probablemente sea el síndrome premenstrual o algo así. —No era algo en lo que fuera un experto, pero aprendería y me adaptaría para darle lo que necesitara. Ahora mismo, parecía necesitar descanso, y eso era lo que le daría.

Al menos aquí no me evitas.

Más tarde esa noche, me metí en la cama y la abracé en cucharita, contento de que siguiera en mi cama. Aquí no me rechazaba, pero no iba a insistir en tener sexo si no estaba de humor.

En mitad de la noche, cuando me levanté para ir al baño, volví al dormitorio. Bostezando y con curiosidad por ver que mi teléfono se iluminaba en la mesilla de noche, me acerqué a él.

Rara vez contestaba llamadas o mensajes en mitad de la noche, pero quizá era Marcus con noticias sobre su regreso. Además, estaría en una zona horaria diferente.

No era mi viejo amigo. Era Emerson.

Emerson: **Ven a tu despacho ahora.**

Había enviado varios mensajes similares en los últimos diez minutos, y me pregunté si me habría movido y despertado inusualmente para ir al baño debido a su llamada.

¿Qué está pasando?

Emerson no tenía la costumbre de molestarme tan tarde. Cualquier asunto de negocios podía esperar, y solo por eso supe que esto tenía que ser otra cosa.

Comprobé que Lila estaba dormida y cogí mi bata para ir a mi despacho, donde supuse que todavía me estaba esperando.

Estaba allí, en mi escritorio. No me alarmó que se tomara esa libertad en mi espacio.

—Creo que ya sé por qué Lila está disgustada. —Me miró con una expresión sombría y preocupada.

—¿Eh? —Me froté la cara y parpadeé rápidamente mientras me reunía con él detrás de mi escritorio.

—Uno de los guardias de seguridad estaba revisando las grabaciones de las cámaras antes de almacenarlas —dijo, haciendo clic en una ventana para abrir otra pestaña en mi ordenador—. Y parece que el día después de que apareciera Camille, este tipo siguió a Lila a casa.

No se me escapó que Emerson llamó a este lugar el hogar de Lila. Sonaba bien. Este lugar *se sentía* como un hogar con ella aquí.

Apoyando la mano en el borde del escritorio, me incliné para ver la grabación.

Lila llegó en coche, con aspecto estresado. Las lágrimas le surcaban las mejillas mientras se apresuraba hacia la puerta principal. Detrás de ella, otro coche se detuvo. El conductor pisó el freno a fondo y un joven salió del asiento trasero, gritándole a Lila mientras corría tras ella. Emerson abrió otra ventana para mostrar la cámara desde otro ángulo que enfocaba la zona de la puerta principal.

No pagaba por sistemas de vigilancia de última generación para nada. Solo estaba cabreado por haber tardado una semana en enterarme de esto.

—Parece que la está acosando —afirmó Emerson mientras se movía para abrir otra ventana.

Me hirvió la sangre al ver al hombre empujar la puerta y entrar a la casa detrás de ella. Discutieron, y a Lila se le acabó la paciencia. Se giró para abofetear al hombre, con fuerza, y asentí una vez, satisfecho de que tuviera las agallas de defenderse así. Me cabreaba que siquiera estuviera aquí, allanando la propiedad. Que pensara que podía salirse con la suya molestándola.

Sin embargo, al girarse, el hombre dejó algo en la mesa auxiliar junto a la que estaba.

-—¿Qué es eso? —señalé.

Emerson se me adelantó, haciendo ya zoom. —Una microcámara espía. —Parecía un punto diminuto en el borde de un marco de fotos. No me había dado cuenta. Nadie lo hizo, porque mientras Emerson avanzaba rápidamente por la semana de grabaciones de las cámaras de esa habitación, nos mostraba a todos pasando justo por delante. Sin darnos cuenta.

Emerson. Roberta. Un par de empleados de la casa. Todos pasaron por delante de esa cámara espía.

Luego, Lila y yo. Aunque había estado deprimida y distante toda la semana, no me había evitado por completo. Nos mostraba cogidos de la mano. Besándonos. Abrazándonos.

Emerson terminó con una grabación de hacía ni media hora, cuando fue a ese lugar y quitó la cámara espía. La levantó, el pequeño punto en la punta de su dedo. —Hice que seguridad la desactivara.

—Ese hijo de puta. ¿Quién era?

—Adam Foreman. El exnovio de Lila.

—¿Foreman? —arrugué la frente—. ¿Te refieres al hijo de Elliot Foreman?

Emerson asintió.

—¿Pero qué coño? —Me dejé caer en mi silla, ya que Emerson se había levantado.

—No me topé con esto por casualidad —dijo Emerson—. Primero encontré las fotos que se filtraron. —Me entregó su teléfono para que pudiera ver el daño que estaba hecho.

Publicaciones, tuits e innumerables comentarios se compartían en línea sobre las fotos mías besando a Lila y teniéndola en mi casa. El

escándalo había estallado. Numerosas personas cotilleaban sobre cómo estaba teniendo una aventura secreta con la hija de mi mejor amigo. Cómo el solitario y antisocial multimillonario soltero de la ciudad se estaba enrollando con una mujer de la mitad de su edad.

—Joder —susurré, incapaz de hablar más alto o de respirar a través de esta conmoción y rabia para articular algo más significativo.

Ese gilipollas había seguido a Lila hasta aquí y había dejado esa cámara, todo con el propósito de revelar nuestra relación. Se había colado solo para destaparlo todo.

Estaba todo a la vista. Demasiados compartidos y comentarios estaban haciendo la «noticia» de este escándalo tan viral que no sería un problema menor.

El mundo entero quería opinar sobre lo que era un asunto personal entre yo y la maravillosa mujer que estaba en mi cama.

—Probablemente estaba disgustada por enfrentarse a su ex —dijo Emerson.

Asentí, aturdido y actuando solo con esta necesidad de matar a ese gilipollas por intentar sabotear la felicidad que Lila y yo nos atrevíamos a reclamar.

¿Por qué no me lo dijo?

No nos guardábamos secretos. Yo se lo había contado todo sobre Camille. Aunque ella había mencionado a Adam y por qué rompieron, no había dicho mucho más. En su momento, lo tomé como una buena señal, que lo había superado y que el capullo no ocupaba su mente, dejándola libre para mí. Para nosotros.

—No creo que ella sepa nada de esto todavía —dijo Emerson—. Solo ha empezado a compartirse y repetirse en la última hora.

—Y ha estado dormida toda la noche. —Asentí vagamente, sabiendo que este no era el tipo de noticia desagradable con la que querría que se despertara.

Estábamos jugando con fuego al mantener esta aventura secreta durante todo el tiempo que lo hicimos. Se sentía demasiado bien como para evitar la realidad que nos esperaría con el regreso de Marcus.

Y ahora, con esto a la luz, su regreso era más inminente.

Se enteraría de esto, y vendría a enfrentarse a nosotros dos por nuestra pasión prohibida, que ninguno de los dos podía apagar o frenar.

—Joder —susurré de nuevo mientras me frotaba la frente y temía tener que decirle a Lila que nuestra maravillosa paz estaba a punto de sufrir un duro revés. Un obstáculo, pero uno que superaríamos porque, si la desgarradora preocupación que sentía ahora era una señal, no podía alejarme. Era incapaz de renunciar a ella.

Tendríamos que afrontar esto juntos y seguir adelante para poder continuar luchando por esta compañía que nos completaba.

27

LILA

El móvil no dejaba de vibrar y me sacaba del sueño. No era normal estar tan cansada todo el tiempo, pero había aprendido que, cuando estaba tan estresada que me quedaba atrapada en una espiral de pánico, me consumía toda la energía. Me preocupaba estar incubando algún tipo de gripe, pero no era el caso.

Era todo por el estrés.

Por la aparición de Adam y su acoso.

Por que alguien quisiera humillarme y hacerme sentir como si fuera una cualquiera.

Por cómo me estaba implicando tanto con Gray.

Por cómo… lo amaba. A ese amante generoso y protector al que se suponía que nunca debía desear.

Todo este tiempo que habíamos estado juntos había sido un riesgo. Un desafío y un reto para ver cuánto podíamos aguantar con la gratificación instantánea de nuestra relación antes de que mi padre volviera a casa para desaprobarla.

Un momento. A lo mejor es él.

Me incorporé en la cama, extrañada de que Gray no estuviera aquí. No había sido demasiado cariñosa desde que Adam me siguió aquel día, pero había intentado no poner demasiada distancia entre nosotros.

Ahora estaba sola en la gran cama, pero las sábanas conservaban algo de calor, lo que sugería que se había levantado hacía poco y me había dejado aquí.

Parpadeando rápidamente para ver mejor, cogí el móvil y entrecerré los ojos para leer las notificaciones.

No era mi padre quien me escribía.

Algunos días, parecía que siempre iba a estar fuera.

Era Darcy, que me estaba acribillando el móvil a llamadas y mensajes.

Algo pasaba. Me froté los ojos y desbloqueé la pantalla.

Darcy: **Llámame.**

Darcy: **¿Qué está pasando?**

Darcy: **Tu madrastra está intentando decir que estás con él solo por su dinero.**

Darcy: **Por favor, devuélveme la llamada.**

Darcy: **¡¡¡¡Es urgente!!!!**

Darcy: **¡MIRA!**

Me envió múltiples enlaces a publicaciones de varias redes sociales y no dudé en mirar por qué estaba tan alterada.

En cuanto abrí el primero y vi una imagen granulada de Gray abrazándome y besándome en el salón, me quedé sin aliento. Me erguí mientras agarraba el móvil y me quedé mirando la foto que había sido tomada sin que lo supiéramos.

Era en su casa. ¡Aquí! Un lugar privado donde nadie podría haber estado espiando.

El corazón se me aceleró y me costó tragar, con la boca de repente tan seca.

Oh, mierda.

Oh, por favor, no.

Retrocedí e hice clic en todos los enlaces que Darcy me había enviado. Vi más de lo mismo. Y más aún. La cosa empeoraba, con más imágenes filtradas de Gray y yo en su casa. No se mostraba nada demasiado indecente, pero la insinuación de que estábamos juntos era abundantemente clara. Los titulares y el texto que acompañaban a todas las publicaciones eran más condenatorios y catalogaban el escándalo que Gray y yo habíamos querido evitar.

—Está por todas partes. —Esas fotos se habían compartido y comentado demasiado como para que la noticia quedara en nada.

Me invadió el horror al pensar que el mundo entero sabía que ya no estaba con Adam, sino que ahora me acostaba con el amigo de mi padre. Un hombre mayor, rico, que me doblaba la edad. Alguien que normalmente debería haber estado tan fuera de mi alcance que era ridículo si quiera imaginarlo.

Se me encogió el corazón y se me hizo un nudo en el estómago. Incapaz de hacer otra cosa que no fuera quedarme sentada ahí, pasando frenéticamente de una fuente de «noticias» condenatorias a otra, temía lo grave que era todo esto. Cómo mi padre se enteraría de la peor manera posible.

En un mundo ideal, Gray y yo podríamos haber tenido la oportunidad de sentarnos con mi padre y explicarle que habíamos conectado y nos habíamos enamorado.

Bueno, yo sí.

Estaba demasiado nerviosa para asumir que él pudiera corresponder a ese sentimiento. Ni ahora ni nunca.

De esta manera, mi padre se enteraría de nuestra aventura al ser publicada a los cuatro vientos por internet.

—Oh, no. No, no, no…

La cosa empeoró.

Vanessa y Beatrice no habían esperado para subirse al carro de la noticia y compartir sus comentarios al respecto. No podía estar segura, pero casi parecía que ellas fueron las primeras en empezar a difundir las publicaciones originales con las fotos robadas de Gray y yo en el salón.

A continuación, sentí rabia por que alguien nos hubiera podido espiar en la intimidad de esta casa.

Pero una ira pura bullía en mi interior al ver cómo mi madrastra y mi hermanastra le estaban dando su propio toque personal al asunto.

¡Se acuesta con él solo por su dinero!

La única razón por la que la querría en su cama es si se está vendiendo como una especie de premio pervertido.

No puedo creer que se entregue por algo de dinero.

¡Qué deplorable!

Sus comentarios se repetían, todos despectivos e insinuando lo peor que se les podía ocurrir.

Paralizada mientras miraba la pantalla, no lograba procesarlo todo y asimilarlo.

No había hecho nada con Gray esperando ni una sola cosa a cambio. Ni la invitación a quedarme en su casa… o en su cama. Ni un céntimo de su dinero. No era una mujer mantenida y nunca lo sería.

Pero me estaban despellejando, llamándome una prostituta horrible que se acostaba con ese multimillonario por sus riquezas.

No soy una cazafortunas.

No soy como esas mujeres con las que ha tratado antes.

Lágrimas ardientes me surcaron las mejillas ante el temor de que él se creyera esas mentiras ni por un segundo.

Me horrorizaba la simple idea de que alguna vez me machacaran o pusieran a parir en internet. Mi aversión a ser el centro de atención se intensificó al darme cuenta de que eso era precisamente lo que estaba sucediendo.

El secreto había salido a la luz.

Mi vida personal estaba siendo juzgada y criticada.

Desconocidos daban opiniones groseras sobre la clase de escoria que tenía que ser para acostarme con alguien como Gray por su dinero.

Mis supuestos «familiares» también alzaban sus horcas, lanzando sus comentarios al respecto y pintándome como una patética cualquiera y una cazafortunas.

—No puedo… —Temblando mientras la conmoción se apoderaba de mí, me quité las sábanas de encima.

No podía enfrentarme a él ahora. Me rompería el corazón tener que mirar a Gray a la cara y explicarle que todo eran mentiras. Rumores. No podía soportar la agonía y la desdicha de ver la decepción y la ira en sus ojos al pensar que yo pudiera haber intentado usarlo como otras mujeres lo habían intentado.

Solo ver un destello de dolor en sus ojos sería suficiente para destrozarme.

No podía quedarme. No podía verlo y tener que abordar estos ataques mientras él me aborrecía. Porque lo haría. Ya tenía

problemas de confianza y, dijera lo que dijera, se aferraría a su creencia de que ninguna mujer era digna de confianza.

Darcy llamó, y yo estaba tan alterada y aturdida con este escándalo y los ataques personales lanzados contra mí que me sobresalté y casi se me cayó el móvil.

Me agaché para cogerlo, ya en medio de una carrera loca por la habitación para recoger algo de mi ropa y largarme de allí.

Guardar las apariencias era lo único en lo que podía concentrarme. Podría ser una estupidez preocuparme por mi orgullo, pero no podía imaginarme enfrentarme a él después de que nuestro secreto hubiera salido a la luz.

Tenía que irme, pero contesté a Darcy mientras me apresuraba a escapar.

—¿Lo has visto? —preguntó en cuanto contesté a la llamada.

—Sí. Lo he visto todo. —Tragué saliva, odiando el escozor de más lágrimas que amenazaban con caer.

—¿Y él? —preguntó nerviosa.

—No. No lo sé. No quiero saberlo. —Se me escapó un sollozo y me tapé la boca con la mano mientras cerraba los ojos con fuerza—. Solo necesito salir de aquí. No puedo enfrentarme a él con todas esas cosas que se dicen de mí. De nosotros. De… nada de esto.

—¿Cómo puedo ayudar? —Su ofrecimiento de apoyarme casi me hizo llorar de nuevo. Era demasiado buena conmigo, demasiado atenta. No tuve que explicarle ni una sola cosa. Me conocía lo suficientemente bien como para no dar por sentado que había estado con Gray todo este tiempo solo por su dinero.

—Necesito salir de aquí —repetí mientras metía ropa en mi bolso.

Mi padre volvería a casa para pedirme explicaciones sobre esta aventura.

Estaría furioso, y mi preocupación por ahorrarle estrés era ya un pensamiento fallido.

Gray estaría enfadado conmigo por cómo parecía que solo estaba con él para tener una vida fácil, aprovechándome de su generosidad.

—Tengo que salir de aquí y mantener un perfil bajo durante un tiempo —le dije.

Esconderme no arreglaría nada, pero quedarme y ser sometida a todo esto tampoco iba a ayudar.

—Puedo ir a buscarte —dijo—. Haré que una de las chicas conduzca hasta allí y te recogeremos.

Asentí, aunque ella no podía verme. Aquella parálisis volvía a invadirme, amenazando con insensibilizarme ante la conmoción.

No seré otro error del que te arrepientas, Gray.

Sorbiendo por la nariz para frenar las lágrimas, negué con la cabeza y fui al pequeño escritorio para dejarle una nota. Se merecía al menos eso, una despedida final para explicar mi huida. Porque eso era exactamente lo que estaba haciendo, escapar como una cobarde atrapada en una situación terrible que no merecía.

28

GRAY

Menos mal que me he enterado de esto antes de que pudiera hacerlo ella.

Lo único que me salvaba era que Lila aún estaba dormida. Que ya estaba en mi cama y no se enteraría de aquello antes de que yo pudiera contárselo.

Mi prioridad era tratar de evitar el dolor que iba a sentir. En lugar de volver a la cama para despertarla y darle el inevitable aviso de que nuestra aventura ya era pública, me quedé en mi despacho con Emerson, empezando la jodida tarea de control de daños.

Nadie se iba a salir con la suya por allanar mi propiedad y violar mi intimidad para conseguir imágenes del interior de mi casa.

Ningún gilipollas se iba a salir con la suya por increpar a Lila e intimidarla, siguiéndola hasta casa.

Y nadie se iba a salir con la suya por comentar el jugoso escándalo sobre mi relación con la hija de mi amigo sin que se le interpusiera una demanda por difamación y calumnias. Aunque no podía demandar a cada persona por lo que decía, tenía muy claro que iba a ir a por los que conocía. Como Vanessa y su hija. Como Camille y

sus amigas. Como otros conocidos en común que tenía. Todos en los círculos en los que me movía querrían opinar sobre este cotilleo, pero si se subían al carro para avivar aún más las llamas de este desastre, experimentarían el golpe de toda mi ira.

Cuando se trataba de Lila, no me detendría ante nada para hacerla feliz. Si mis acciones podían influir en su felicidad, haría todo lo posible por manejar este incidente.

Incluido él.

Volví a mirar el móvil, contando los minutos que faltaban para que llamara. Marcus se iba a enterar de esto. No era un usuario ávido de las redes sociales más allá de las exigencias de su carrera, pero Vanessa no dudaría en contarle esta noticia de última hora.

—Quiero que alguien lo encuentre ahora —le ordené a uno de los guardias de seguridad que había contratado antes. En cuanto terminé de dar esa orden, me giré hacia Emerson, que me tendía su móvil—. Lo tengo.

Asentí una vez y cogí el teléfono.

—¿Ben? —saludé al abogado en el que más confiaba—. Me gustaría estar llamándole en mejores circunstancias, pero no es así.

—Lo acabo de ver —contestó—. De hecho, mi prometida me ha enseñado una publicación. Le reconoció a usted y ahora estoy intentando aclararme con todo esto. ¿Qué está pasando?

—Lo que está pasando es que el ex de mi novia colocó una cámara aquí y estaba obteniendo imágenes para filtrarlas públicamente.

Emerson enarcó una ceja. No podía asegurarlo, pero me pareció que estaba conteniendo una sonrisa.

¿Ahora? ¿Tenía algo de lo que sonreír justo ahora?

—Un momento —le dije a mi principal abogado. Silencié la llamada y le fruncí el ceño a mi asistente—. ¿A qué viene esa sonrisita?

—Has dicho que es tu novia —respondió él, con toda naturalidad.

Puse los ojos en blanco.

—Porque lo es.

—¿Y ella lo sabe? —preguntó.

—¿Qué pasa, estamos otra vez en el puto instituto? —espeté.

—No sabía que hubieras decidido con ella que esto es oficial hasta ese punto.

Nosotros no lo habíamos decidido. Lo había decidido yo. Justo ahora. Llamar a Lila mi novia tenía sentido. Sonaba bien. No tardaría en sentarme con ella para jugar a ponerle etiquetas a lo nuestro.

El quid de la cuestión seguía siendo el mismo. Estaba comprometido con ella. Y seguiría estándolo. Contra viento y marea, con su padre volviendo a casa y con este escándalo a la luz del día, no iba a renunciar a mantener a Lila en mi vida.

Reanudé la llamada con Ben.

—¿Sigues ahí?

—Sí.

—Según la vigilancia de la casa, Adam Foreman siguió a Lila hasta aquí y la acosó. —Omití la parte en la que presencié cómo ella le abofeteaba. No necesitaba añadir ningún elemento de agresión o defensa ni nada por el estilo. Sinceramente, no importaba si ella le había abofeteado, le había dado una patada en los huevos o un puñetazo en las tripas. Se lo habría merecido todo por haberla molestado hasta el punto de hacerla llorar.

Solo de pensar en su cara surcada de lágrimas, volví a enfurecerme.

—Dejó la cámara aquí. Los ángulos coinciden. Esas fotos filtradas de Lila conmigo en la casa tuvieron que salir de esa pequeña cámara espía.

—¿Ella le dejó entrar en la casa? —preguntó él, probablemente ya tomando notas sobre el caso.

—No. Abrió la puerta y él la golpeó con la mano para forzarla. Luego la siguió adentro. Roberta lo asustó, sosteniendo una sartén y gritándole, probablemente diciéndole que se largara de allí.

—Bien —respondió Ben.

—No voy a andarme con rodeos, Ben. Todos tendrán que rendir cuentas por difamación, pero este gilipollas que la siguió y colocó la cámara, va a *caer*.

Él no discutió, recibiendo mis instrucciones básicas. No era la primera vez que lo enviaba a una misión. Y dudaba que fuera la última. Con la cantidad de fama, poder y riqueza que yo representaba, la gente siempre querría atacarme por una cosa u otra.

Una vez que estuve satisfecho con haberlo lanzado contra Adam para presentar cargos y empezar a tomar represalias, colgué y solté un profundo suspiro.

Le devolví el teléfono a Emerson, dándole las gracias por contactar con Ben mientras yo dirigía las llamadas desde mi lado.

En el segundo en que le devolví su dispositivo, sonó el mío.

Esta vez, no había dudas ni suspense.

Llamaba Marcus.

Por fin era él, contactándome al fin.

Y no me cabía la menor duda de que se había decidido a contactarme *ahora* por esta mierda de las fotos filtradas que nos vinculaban a Lila y a mí en una relación.

Respiré hondo y contesté.

—Marcus…

—¿Qué *coño* está pasando? —gritó—. Te pedí que la vigilaras. ¿Y de alguna manera lo interpretaste como traerla a tu casa para follártela?

—Eso no es…

—¡No me jodas diciéndome que no es eso lo que está pasando!

Me encogí, apartando un poco el teléfono de la oreja. Emerson hizo una mueca, observándome desde el otro lado de la habitación. Llevábamos encerrados aquí la mayor parte de un par de horas, hasta altas horas de la noche, mientras intentábamos iniciar el control de daños. Pero no tenía ni idea de cómo aplicar ningún método de control de daños a la furia de Marcus.

—Lo acabo de ver. Lo acabo de ver todo, joder, Gray. Todas estas fotos y comentarios sobre ella liándose contigo. ¡Mi hija, Gray! ¡Es mi *hija*!

Lo sabía de sobra. Y no podía negarlo.

—Casi no podía creer lo que veían mis ojos cuando Vanessa le reenvió la noticia a uno de los ejecutivos de este acuerdo, uno de mis colegas que participaba activamente en las reuniones de aquí.

Entrecerré los ojos ante esa conexión. Vanessa nunca me había caído bien, y sospechaba mucho que le estuviera pasando el dato a Marcus de esa manera, casi como si se alegrara de que Lila la hubiera cagado al acostarse conmigo.

—Te pedí que cuidaras de mi hija solo para enterarme de que te has estado acostando con ella.

—La he estado cuidando. Y nosotros…

—No —replicó él, tan lívido e indignado—. Has estado teniendo una aventura con ella.

—Es más que eso.

—Sí, es mucho más que eso, joder. Eres tú destruyendo la confianza que tenía en ti. Eres tú arruinando nuestra amistad con solo mirarla de esa manera. —Gruñó, sonando como si estuviera a punto de explotar de ira—. Pero se acabó. ¿Me oyes? Se acabó, joder. Mi amistad contigo. Tu aventura con ella. A la mierda con esto, Gray. Que te jodan por siquiera pensar en acostarte con ella. ¡Voy a acortar este viaje de negocios porque tengo que volver a casa y patearte el culo por aprovecharte de mi hija!

Terminó la llamada, tan furioso que, de alguna manera, el clic de la línea al desconectarse me sacó del estupor del *shock* y el pavor. De la culpa.

Porque tenía razón.

Me había preguntado y preocupado si rendirme a mi deseo por Lila acabaría con mi amistad con Marcus. Esa era la parte que lamentaba. Pero como le dije a ella aquella noche antes de San Valentín, valía la pena. Ella lo valía. Siempre lo valdría.

Si tenía que luchar para mantenerla en mi vida, lo haría. Estaba preparado para perder a Marcus por estar con ella. Pero dolía, no obstante. Escocía que me viera como un villano por desear a su hija, una mujer adulta que cualquier hombre tendría suerte de tener.

Solté un profundo suspiro y miré a Emerson.

Volvió a hacer una mueca.

—¿Y bien?

—Está cabreadísimo.

Asintió.

—Como esperabas.

Había esperado que Marcus se pusiera furioso. Por eso había empezado a planear e imaginar una forma tranquila, madura y cuidadosa de decirle que Lila era ahora mi novia. Quizá durante una

cena, donde pudiera ver por sí mismo cuánto nos importábamos el uno al otro. Una reunión racional y una conversación civilizada.

No nosotros siendo bombardeados en internet con rumores y cotilleos.

¿Acostarse conmigo por mi dinero?

Bufé una risa irónica mientras me levantaba.

Lila no quería ni un céntimo de mí. No necesitaba más tiempo para entender que no era materialista y superficial como para querer cosas y riquezas. De todos modos, ya las tenía, a través de su familia. La mujer quería ser enfermera, por el amor de Dios. No buscaba mi dinero ni ascender con mi influencia y mi nombre.

—Tengo que advertirle de que él lo sabe.

Bostezó, recordándome que aunque la adrenalina estaba por las nubes con esta noticia, era plena noche.

—Tampoco es que no esperara tener que hablar con él tarde o temprano.

—Cierto.

Pero no así.

Nunca así.

Mi visión de una conversación tranquila era ahora un punto discutible.

Salí del despacho mientras Emerson se dirigía a su habitación al otro lado de la casa. Mientras caminaba hacia mi dormitorio, temía ver el miedo y la consternación en la cara de Lila cuando se lo explicara todo. No le gustaba ser el centro de atención. Me había dado cuenta cuando era más joven, todos esos años atrás, y una vez, durante una cena, me dijo que seguía siendo así, que detestaba que la pusieran en evidencia. Eso hacía aún más gratificante que estuviera

tan dispuesta a abrirse a mí y a estar bajo mi atención. Me demostraba cuánto quería arriesgarse por mí, por nosotros.

Todo saldrá bien.

Yo me ocuparé de todo, Lila.

Yo cuidaré de ti mientras tengamos la oportunidad de estar juntos.

Cuando entré en el dormitorio y encontré la cama vacía, se me encogió el corazón.

Entré lentamente, soltando una profunda bocanada de aire.

—¿Lila?

No respondió.

No lo haría, porque no estaba aquí.

Aunque mi instinto me decía que se había ido en mitad de la noche mientras yo estaba en mi despacho iniciando el control de daños, miré en el vestidor y luego en el baño de mi suite.

Se había ido.

¿Se ha enterado?

¿Ha mirado su teléfono y lo ha visto todo?

Fruncí el ceño al ver un trozo de papel en la mesita de noche, la que estaba en «mi» lado de la cama.

Si lo ha visto todo, ¿por qué huiría? ¿Por qué no habría hablado conmigo? ¿Por qué no querría luchar a mi lado y apoyarme como lo ha estado haciendo?

Cogí la hoja que había arrancado del bloc de notas del pequeño escritorio.

Gray,

No seré un fracaso para mi padre cuando se entere de lo nuestro. Y tampoco seré un error del que te arrepientas.

Con cariño, Lila

Dejé caer la mano. Agaché la cabeza, odiando que pensara tan poco de sí misma. Que pensara que *ella* era un fracaso a los ojos de su padre por tener una aventura conmigo. No era correcto. No estaba aprobado. Pero que me deseara no significaba que le hubiera fallado a su padre.

—No eres un error —susurré a la habitación vacía—. Y nunca me arrepentiría de nada contigo.

Pero ella no estaba aquí para oírme.

Ya se había ido, lo que significaba que era *yo* quien le había fallado a su padre. Por partida doble. Le había fallado a Marcus al acostarme con ella cuando sabía que no debía, y ahora la había perdido a ella. Se había marchado, y me era imposible saber si estaba segura y estable ahora que no estaba.

Le fallé a *ella* cuando todo lo que había querido era ser avaricioso y egoísta para amarla.

29

LILA

Una semana después…

Tenía quince minutos para llegar al trabajo en la residencia de ancianos que había al final de la calle. Quince vueltas del minutero y se suponía que debía estar allí, lista para dar lo mejor de mí con esta nueva oportunidad.

Darcy había venido con Annie a recogerme a casa de Gray en mitad de la noche. Me escabullí sin que él lo supiera y escapé en la oscuridad de aquel crepúsculo primaveral.

No había forma de escapar de las consecuencias del escándalo y de la noticia de que Gray mantenía una relación sentimental conmigo. El juicio persistente me seguiría durante mucho más tiempo que una semana. Las burlas y los cotilleos me acompañarían mientras Gray y yo no abordáramos los rumores de una forma u otra.

De momento, según las redes sociales que seguía para estar al tanto de la situación, Gray no había dicho ni una palabra al respecto. Yo tampoco, pues no estaba en posición alguna de insistir en que solo estábamos enamorados y no hacíamos daño a nadie.

En lugar de enfrentarme a las críticas del escándalo y tener que defenderme frente a ellas, me vine a toda prisa a este pequeño pueblo a un par de horas de la ciudad. La prima de Darcy tenía un pequeño apartamento disponible en una casa adosada. Como el alquiler ya estaba pagado, también era gratis. Y lo que es mejor, la prima, que estaba de viaje en el extranjero —de ahí que su piso estuviera libre temporalmente—, me consiguió un puesto de sustituta en esta residencia de ancianos. No tenía licencia ni mucha formación. Mis cursos online para el grado de Enfermería que esperaba sacarme todavía no me acreditaban como una verdadera empleada sanitaria. Aun así, era importante meter la cabeza en algún sitio, de alguna manera. Conseguir algún tipo de experiencia en algún lugar sería un comienzo para mi currículum.

Rebajarme a este diminuto apartamento y empezar con un sueldo bajo como auxiliar en esta residencia de ancianos no tenía nada que ver con la comodidad de la que disfrutaba con Gray en su casa frente al lago.

Sin embargo, era un paso adelante en la dirección correcta. Podía esperar aquí hasta que mi padre me localizara. Quizá para entonces se le habría pasado el enfado por la aventura que había tenido con Gray.

Ese era el plan.

Esconderme aquí y empezar de cero en mi vida *otra vez*.

Mientras estaba sentada en la tapa cerrada del inodoro del diminuto baño, mirando fijamente la delgada varilla de plástico que tenía en la mano, me quedé absorta ante la posibilidad de que mi vida necesitara empezar de cero mucho más que antes.

Unas líneas rosas se veían claramente en la punta, demostrando que tendría que estar preparada para dar un giro más drástico que nunca en toda mi vida.

¿Embarazada?

Tragué saliva con dificultad para deshacer el nudo que tenía en la garganta. Estaba anegado de emociones mientras la enormidad de esta revelación me golpeaba de lleno.

Aquellos episodios de tristeza y mal humor no se debían al estrés.

Eran por mis hormonas, que fluctuaban y estaban desequilibradas.

Aquellos episodios de cansancio y agotamiento que me daban ganas de echarme la siesta no eran porque estuviera abrumada.

Eran porque mi cuerpo ya estaba experimentando cambios mientras se preparaba para convertirme en madre.

—¿Cómo es posible?

Aferré la varilla de plástico e intenté no entrar en pánico. El aire no me llegaba a los pulmones mientras mi mente iba a mil por hora. Mientras miraba fijamente el test, el pulso se me disparó. Mareada por el torrente de sorpresa, no podía comprender cómo estaba pasando esto. ¿Por qué?

¿Cómo?

Gray y yo no nos molestábamos en usar preservativos porque ambos estábamos sanos y nos habíamos hecho pruebas. Yo también tomaba anticonceptivos, sin saltarme ni un solo día. Lo único que me llamaba la atención era que había cambiado de medicación un par de semanas antes de ver a Gray en aquella subasta benéfica de San Valentín. Las marcas eran propensas a intercambiarse y nunca cuestioné la precisión de una marca genérica sobre otra.

¿Podría ser eso?

¿Cambiar de una forma del mismo medicamento provocó un fallo en la protección?

—No tiene sentido —murmuré, negando con la cabeza, atrapada en aquel estado de pura incredulidad.

Era exactamente el mismo medicamento, solo que envasado en recipientes diferentes. Se suponía que tenía que funcionar, siempre.

Pero no lo había hecho. Estaba claro que algo había fallado para que ahora estuviera embarazada.

Apoyando la mano en mi vientre mientras aceptaba que pronto sería madre, me humedecí los labios y me obligué a calmarme. Por lo menos, tenía que serenarme y no hiperventilar.

Una nueva vida se estaba formando en mi útero.

Mi bebé iba a venir al mundo.

¿Voy a ser madre?

Lo formulara como lo formulara, la conmoción abrumadora me dejaba aturdida y entumecida una y otra vez. Era un hecho demasiado grande para aceptarlo. Era una responsabilidad demasiado grande y pesada de imaginar.

Madre.

Yo, madre.

El concepto no arraigaba por lo increíblemente atascada que estaba en la negación.

Pero no era momento de tambalearse por la noticia. Tenía que ir a mi turno y pensar en todo más tarde. Los pacientes y residentes de la residencia de ancianos merecían toda mi concentración y atención ahora, pero era más fácil decirlo que hacerlo.

De camino hacia allí, estaba obsesionada con la idea de que mi vida nunca volvería a ser la misma. Iba a tener un bebé. Criaría a un hijo, no solo mío, sino de Gray. El deseo de llamarlo y contárselo me tentaba, pero me daba demasiado miedo compartir esta noticia.

¿Y si me odia?

¿Y si asume que intento usarlo para que me mantenga?

No tenía ni idea de cómo estaba llevando los ataques que Vanessa y Beatrice estaban lanzando, diciendo que me acostaba con Gray no por amor, sino porque quería usarlo para conseguir algo mejor.

Después de cómo habló de que Camille lo había calumniado con la mentira de que la había dejado embarazada, las otras historias sobre cómo las mujeres manipulaban los preservativos, y después de cómo presencié a una mujer intentar drogarlo, tenía que creer que estaba muy escarmentado. Su referencia a las mujeres que lo estafaban, mentían y engañaban era totalmente plausible, y no lo culpaba por tener sentimientos tan fuertes en contra del compromiso.

Miles de preocupaciones y pensamientos rebotaban en mi cabeza mientras fichaba y pasaba a mi primera tarea: ayudar a los pacientes con demencia a limpiarse después de comer y llevarlos de vuelta a sus habitaciones.

No era justo trabajar sin darlo todo, pero era imposible desconectar de esta conmoción. Aparcar las preocupaciones y las preguntas.

—¿Estás preocupada, Margaret? —me preguntó una anciana, confundiéndome con su tía, que había fallecido hacía unos cuarenta años.

Sonreí con tristeza, conmovida como siempre que interactuaba con ellos de esta manera. El alzhéimer era una enfermedad tan cruel que me partía el corazón ver sufrir incluso a estos desconocidos.

Entrenada para no corregirlos, sino para evadir y seguirles la corriente, asentí. —Supongo que sí estoy preocupada.

—¿Qué le preocupa, Margaret? —preguntó mientras yo le limpiaba la compota de manzana de la barbilla.

Miré a mi alrededor, aunque era ridículo que me pusiera nerviosa por si alguien me oía. Nadie de allí conocía a Gray. No serían el tipo de personas que estuvieran al día de las últimas novedades en las redes sociales. Las enfermeras y los empleados quizá sí, así que bajé la voz. —Me acabo de enterar esta mañana de que estoy embarazada.

Contárselo a esta mujer, que no me conocía y que no recordaría esta conversación, parecía casi un truco cruel. Pero me sentó bien simplemente decirlo. Admitírselo a alguien.

—¡Oh, Margie, qué noticia tan maravillosa! —Juntó las manos—. Recuerdo cuando me enteré de que estaba embarazada de Theodore. ¿Te acuerdas? —Suspiró con nostalgia—. Y mi marido estaba tan orgulloso y contento. —Una mueca de tristeza asomó a sus labios—. Pero no vivió para verlo nacer, la guerra me lo arrebató.

Le di una palmadita en la mano. —Lo siento mucho.

—¿Qué ha dicho el tío Fred? —preguntó, todavía pensando que yo era su tía fallecida, recordando momentos de hacía décadas.

—Esto… todavía no se lo he dicho —admití.

—Oh, se pondrá muy contento —dijo efusivamente, sonriendo con la mirada perdida en la pared.

—¿Usted cree?

—Lo sé. Un bebé siempre es una noticia maravillosa y bienvenida.

Ojalá fuera cierto. Habían pasado horas y todavía estaba asimilando el hecho de que iba a ser madre, pero ya me invadía una felicidad posesiva y protectora.

Nunca volveré a estar sola.

—¿Y qué pasará con lo que diga mi padre? —pregunté.

—Oh, se le pasará —dijo la mujer con un gesto de la mano—. Nunca aprobó lo tuyo con el tío Fred, pero el abuelo estará encantado de tener otro bebé sano en la familia.

Asentí lentamente, levantándome para apartar su silla de ruedas de la mesa. —Es verdad —dije, encontrando una similitud con lo que la mujer compartía sobre su familia, o los que solían formar parte de ella hacía mucho tiempo—. Nunca lo aprobó.

—Al principio —dijo la mujer, levantando un dedo como para recalcar la idea—. Pero acabó aceptándolo. Porque tú y el tío Fred os queréis, tía Margie. Siempre vale la pena apostar por el amor.

Casi me detuve en seco, sorprendida por sus palabras.

¿Vale la pena apostar por el amor?

Sonaba inquietantemente parecido al lema de aquella gala benéfica de San Valentín donde vi a Gray: *Un amor por el que vale la pena pujar*. Aquella noche no pujé por quedarme embarazada, pero lo había hecho.

—Vale la pena amar —asentí simplemente mientras la empujaba de vuelta a su habitación.

Porque amaría a este bebé con todo mi corazón. Criarlo no sería fácil. Mi padre bien podría repudiarme por tener un hijo de Gray. Aún tenía que descubrir cómo de furioso estaba al enterarse de la aventura, porque tenía que saberlo con la que se había liado.

Adelante, papá.

Apuesta en mi contra.

Intenta impedir que ame a esta nueva vida.

Podía interponerse en mi amor por Gray, el mundo entero podía conspirar contra mí con esas fotos filtradas y la revelación de nuestra relación secreta, pero nada me impediría amar a este bebé que habíamos creado.

Adelante, Gray.

Mírame como otro error del que arrepentirte.

Nunca me convencerás de que este bebé es un error.

Negué ligeramente con la cabeza, decidida a tomarme esta noticia con calma.

—¿Cuándo es la comida? —preguntó la paciente, que ya se había olvidado de que acababa de comer. Eso demostraba que también se olvidaría de toda esta conversación, pero no importaba. Aun así, me había sentado bien desahogarme, contárselo a *alguien*. Hizo maravillas para reconfirmar que, en efecto, estaba embarazada. Al llegar a la determinación de manejarlo por mi cuenta, lejos del drama de la ciudad, hice todo lo posible por no revolcarme en la culpa por ocultárselo a Gray.

—La comida se sirve a las doce todos los días —le dije a la mujer con paciencia, dejándola digerir ese dato tanto como pudiera.

A mí también me vendría bien ser paciente con el hecho de que sería madre soltera, algo demasiado grande para asimilarlo en pequeñas dosis y no sentirme abrumada por su peso.

No soy un fracaso.

No soy un error.

Y haría todo lo que estuviera en mi mano para asegurarme de que este nuevo bebé, niño o niña, que crecía dentro de mí, nunca pensara esas cosas de sí mismo.

30

GRAY

Ocho días.

Eso fue lo que tardó Marcus en volver a casa.

No iba de farol con lo de tener que acortar su viaje de negocios. No dudaba de que estuviera enfadado. Pero no estaba preparado para lo angustiado que podría estar también.

Emerson anunció que estaba llegando a la casa, y no intenté esconderme ni aplazar el enfrentamiento. Sabía que era inevitable.

—Está aquí.

Asentí, levantándome de mi escritorio, el escritorio sobre el que una vez le había comido el coño a su hija. Y luego follado… varias veces. Demasiados recuerdos de Lila persistían en esta casa, y recé para tener la oportunidad de añadir más a la lista.

Cuando sea el momento adecuado.

Me dejó. Huyó. Me dio esa nota en la que me devolvía mis propias palabras y se largó cuando la noticia destapó nuestra aventura.

Caminé con paso decidido hacia la puerta principal para recibir allí a Marcus, sin dejar de pensar en ella.

Estaba siempre en mi mente. Lo estaría hasta el día de mi muerte. Pero tenía que hacer esto bien.

No podía culparla por querer esconderse y distanciarse de los problemas que se habían levantado a nuestro alrededor. Lo único que me molestaba era que pensara que ese sería el final.

Lo nuestro está lejos de acabar, Lila.

Me lo juré.

Creía hasta lo más profundo de mi alma que la recuperaría.

Pero primero, tenía que capear este temporal por ella. Por nosotros.

Alargué la mano hacia la puerta para abrírsela a mi viejo amigo.

Mi viejo amigo furioso y con el ceño fruncido, que avanzaba hacia mí como si quisiera patearme el culo.

Este era el primer paso para despejar los obstáculos hacia el futuro que Lila y yo queríamos, el futuro que nos merecíamos el uno con el otro.

—¿Dónde está? —gruñó, empezando con esa exigencia furiosa nada más entrar en mi casa—. ¿Lila? ¿Dónde estás?

Negué con la cabeza—. No está aquí.

—Ah, ¿no? —resopló—. ¿Demasiado asustada para reconocer lo que ha hecho? ¿O pensabas que podías deshacerte de ella y mandarla a paseo para salvar el pellejo?

—No. Se fue por su cuenta.

Aquello lo detuvo en seco. Entrecerró los ojos, estudiándome—. ¿Qué?

—Se fue la noche en que se publicó el escándalo, la noche en que se filtraron las fotos.

Las arrugas de su rostro enfurecido se acentuaron—. ¿La dejaste tirada solo para ahorrarte la mala prensa?

—No. —Joder, tenía que pensar lo peor de mí. Nunca lo había hecho. Habíamos sido amigos. Aliados. Pero ahora estaba decidido a verme como el enemigo—. Nunca la dejaría tirada. —Casi parecía una mentira, porque aquella mañana de San Valentín lo había hecho. Me había marchado—. No he renunciado a ella, pero si siente que necesita tiempo y espacio lejos de mí, de estos cotilleos y de las calumnias, entonces le concederé ese tiempo y ese espacio. Siempre le proporcionaré lo que quiera y necesite.

Con la cabeza bien alta, lo reté a que se molestara por mi generosidad y preocupación por el lugar que Lila ocupaba en mi vida.

Sonrió con desdén, en una expresión crispada y furiosa—. ¿Así es como quieres jugar? ¿Vas a *escondérmela*?

—No. Emerson ya la ha localizado. Pero no me acercaré a ella hasta que pueda proporcionarle lo que necesita, lo que lleva necesitando desde hace un tiempo. Algo iba mal cuando te contactó. Algo pasaba cuando me pediste que la encontrara. Y ya es hora de obtener algunas malditas respuestas sobre lo que la tenía tan estresada. El momento es ahora. Ahora que estás aquí, no me conformaré con preguntarme qué problema la preocupaba antes.

Frunció el ceño, observándome. Si aún se le daba medio bien leer a la gente, vería que iba en serio.

—A ver si lo entiendo. Te acuestas con mi *hija* y actúas como si no fuera a ser un problema. Como si no fuera algo sobre lo que dar explicaciones.

—Porque no hay nada que explicar. Lila es tu hija, pero es una mujer. Una adulta que puede elegir por sí misma lo que quiere en su

vida.

Apretó los labios y me fulminó with la mirada.

—No hay nada inapropiado en que dos adultos consientan tener una relación. Una inesperada —admití—. Una que me pilló por sorpresa. Pero no una que se hubiera considerado antes de que me topara con ella en una gala benéfica antes de San Valentín.

No contestó, solo me observaba.

—¿Me he explicado con claridad? No pasó nada entre nosotros antes de eso. Por el amor de Dios, Marcus, no la había visto en más de diez años.

Con el ceño fruncido, asintió lentamente—. Lo sé. Y sé que nunca la engatusaste ni nada por el estilo cuando era más joven. Ni siquiera te hablaba entonces y… —Neguó con la cabeza y se frotó la frente—. Pero aun así… —Encontró mi mirada—. Sigue siendo un puto *shock*. Es mucho para asimilar. Tiene la mitad de tu edad.

—Es una adulta capaz, dispuesta y decidida a elegir lo que quiere en la vida —repetí—. No estoy de humor para defender un caso como este, pero podría irle peor, Marcus. No maltrato a las mujeres. No coqueteo con cosas como las drogas o las actividades ilegales.

—No es eso —dijo, exasperado—. Es que eres tú. Y es ella. Y… — Volvió a bajar la cabeza, negando ligeramente—. Te pedí que vieras cómo estaba. No que acabaras en la cama con ella.

—Pero lo hicimos, y su sitio está aquí, de vuelta a mi lado. —No vacilé ni tartamudeé, plenamente convencido de que era verdad—. Le daré tiempo y espacio suficiente para que yo pueda gestionar los daños de esos rumores y ese escándalo. Y eso incluye entender por qué necesitaba a alguien como yo de su parte en primer lugar. —Me crucé de brazos, inflexible en este punto.

Cuando frunció el ceño y se limitó a observarme, como si estuviera relajando poco a poco su ira preconcebida contra mí, continué—.

¿Qué coño está pasando, Marcus? ¿Por qué me pediste que viera cómo estaba?

La confusión volvió a dibujarse en su rostro—. ¿Nunca le preguntaste por qué llamó y me dejó ese mensaje entrecortado? Diciendo incoherencias y que algo iba mal.

Negué con la cabeza—. Estaba esperando a que ella *quisiera* contármelo. Pero tuve la corazonada de que quería discutir sus preocupaciones *contigo* primero, ya que parecía ser un asunto familiar. —Y eso lo respeté.

Levantó los brazos y luego los dejó caer—. No lo sé. No sé qué pasaba. Recibí ese mensaje confuso suyo sobre romper con Adam. —Puso una mueca, casi de reparo—. Nunca me gustó, pero pensé que estaba muy ilusionada con él, así que me esforcé por apoyarlos como pareja. —Frunció el ceño de nuevo—. Dijo incoherencias sobre la ruptura y algo de la universidad. Algo sobre dinero. No pude seguir el hilo.

—Pues es hora de averiguar qué pasaba. Ese gilipollas con el que rompió la acosó y la siguió hasta aquí un día. Esas fotos filtradas mías con Lila se deben a que él plantó una cámara aquí.

p>

Entrecerró los ojos, volviendo a enfadarse—. Dime que ya has puesto a Ben a encargarse de eso.

Asentí—. Estaré a tu lado y te ayudaré a investigar todo esto —dije —. Porque si lo que Emerson ha estado insinuando sobre Vanessa es cierto, sus sospechas por lo que ha descubierto sobre ella, estarás en posición de necesitar a un amigo.

Puso los ojos en blanco—. Gray, nunca te ha gustado Vanessa. Lo sabía entonces y sé que no va a cambiar pronto.

—Esto es más que el hecho de que no me guste, Marcus. —Bajé los brazos y me metí las manos en los bolsillos, contento de que nuestra

conversación fuera mejor de lo que esperaba. De que pudiera pasar al segundo paso para reparar los agravios entre Lila y yo.

—Preveo que podrías necesitar ayuda.

Todavía susceptible conmigo, y cabreado en general, negó con la cabeza y se apartó solo para volverse y fulminarme con la mirada—. ¿Por qué coño crees que somos amigos ahora, después de que te hayas acostado con mi hija?

—Porque si la quieres, respetarás sus deseos de elegir a quién quiere en su vida.

Sonrió con sarcasmo—. ¿Y ese eres tú?

Asentí una vez—. Joder, eso espero.

Observándome con recelo, dudó en responder. Emerson, que nunca estaba lejos, entró en la habitación y se aclaró la garganta—. No es solo una cuestión de que hayan tenido una aventura, Marcus.

Él se giró y lo miró con más rabia—. Ah. ¿Hay más en esta bienvenida a casa tan genial?

—Ya que teníamos pruebas de que Adam Foreman allanó la propiedad y plantó esa cámara aquí, la policía ha descubierto que se ha estado acostando con Camille.

—Espera. ¿Qué? —Marcus alternó la mirada entre Emerson y yo—. ¿Vuestras dos ex haciendo equipo?

Asentí y dejé que Emerson lo pusiera al corriente del descubrimiento que habíamos desenterrado la semana pasada.

—Confesó haberle pagado a Adam para que plantara esa cámara, todo para poder exponer a Lila y a Gray juntos. Lo hizo para que él rompiera con ella y…

—Por el amor de Dios. —Marcus se frotó la cara—. ¿Camille *todavía* está intentando volver contigo?

—No se detendrá ante nada —respondí con seriedad—. Ni siquiera ante la posibilidad de pagarle a alguien para que me drogara la bebida, un delito que Lila presenció justo a tiempo, impidiendo que me la bebiera.

Ese fue el giro sorprendente en la confesión de Camille cuando la interrogaron, reconociendo haber pagado a alguém para drogarme en aquella gala benéfica. Lila me había salvado literalmente de mi peor pesadilla.

—Camille y Adam se aliaron para abrir una brecha entre ellos y que Lila estuviera disponible para Adam de nuevo —añadió Emerson—. Eso quedó claro por lo que la policía averiguó en el interrogatorio.

—¿Por qué, Marcus? —pregunté con severidad—. ¿Por qué era tan imperativo que Lila estuviera disponible para volver con Adam?

Él negó con la cabeza, con el ceño fruncido—. No tengo ni puta idea. Esto es nuevo para mí. No sabía que *fuera* imperativo que ella y Adam siguieran juntos. Si quería romper con él, es su decisión.

—¿Igual que fue su decisión empezar una relación conmigo después? —pregunté, poniéndolo en un aprieto.

Gruñó de frustración, levantando una mano—. Una cosa a la vez. No va a ser fácil para mí saber que vosotros dos estáis… —Neguó con la cabeza—. ¿Qué te hace pensar que Adam quería que Lila volviera con él?

—Porque dijo que debería hacerlo. Porque parecía demasiado ansioso y motivado para recuperarla. —Volví a cruzarme de brazos—. Y quiero saber por qué.

—No tengo ni idea. —Se encogió de hombros, pareciendo más confuso que enfadado de nuevo—. Vanessa se lo presentó y nunca interferí porque Lila parecía feliz. Pero si no es el caso… —Enderezó la espalda y volvió a entrecerrar los ojos. No hacia mí, no con furia, sino con una mirada más aguda de determinación—. Voy a averiguarlo ahora.

Por fin, algunas respuestas.

—Voy contigo —declaré.

—No te he invitado. Esto es un asunto familiar.

—Tengo la intención de que sea de *mi* familia, Marcus. No pienses en impedirme que averigüe cómo puedo pagarle por haberme salvado.

Se quedó con la boca abierta mientras me veía caminar hacia la puerta. Quizás fuera un poco prematuro anunciar *esa* parte, que veía a Lila como la mujer con la que quería pasar el resto de mi vida. Pero si necesitaba el factor sorpresa de oírlo, de acuerdo.

Lo decía en serio.

Igual que lo decía en serio cuando le dije que nunca sería un error del que pudiera arrepentirme.

31

LILA

La ecógrafa me sonrió radiante mientras me acomodaba en el sillón.

—Bueno…, ¿está emocionada?

Sonreí lo mejor que pude.

—Estoy un poco nerviosa —admití—. Presentarme a mi primera cita me ponía de los nervios. Cuando llamé ayer al centro de salud público de este pequeño pueblo, me preguntaron la fecha de mi última regla. Empecé a explicarles que había manchado hacía unas semanas y que supuse que era la regla. Según me dijeron, como mis ciclos eran predeciblemente regulares, podía tratarse de un manchado de implantación, no de una regla de verdad. Basándose en la fecha de mi última regla normal, predijeron que podía estar de más tiempo de lo que yo creía y que debía pedir cita lo antes posible.

Y aquí estaba.

Sola, nerviosa e intentando dejar que la emoción por este bebé se apoderara de mí. *Tenía* ganas de ser madre, pero era un cambio enorme al que adaptarse.

—Todo el mundo que se sienta en ese sillón lo está —dijo la técnica con alegría—. Da igual que sea primeriza o vaya por el décimo, estar en ese sillón y esperar a saber más de su pequeño es una emoción que a veces puede ser tensa.

—Cabría esperar que tener un hijo la prepare a una para los siguientes —dije mientras me echaba gel en la barriga.

—Mmm, apuesto a que eso no pasa nunca. Yo, por ejemplo, cada vez que tuve a uno de mis cuatro, actué como si fuera la primera vez. Son todos tan diferentes. Los niños y los embarazos. —De cara a la pantalla mientras movía el transductor por mi barriga, esbozó una sonrisita—. Y los partos. Pero no le voy a contar mi historia de terror. —Se giró para guiñarme un ojo en broma.

El parto.

Sentí que se me disparaba la tensión con solo pensarlo. También estaría en el hospital pasando por el parto así: sola. Por mi cuenta. Por lo que yo sabía, mi padre podía no perdonarme en todos esos meses. Además, él estaría lidiando con las consecuencias de que Vanessa lo estuviera llevando a la bancarrota.

Debería estar ahí para él.

Aunque era probable que se enfureciera y me juzgara por tener un hijo de Gray, podía tragarme el orgullo y estar a su lado. Si de verdad quería evitar estresarlo, quizá estaba siendo egoísta al huir y esconderme así.

—Saluda a tu pequeño garbancito —dijo con efusividad, con ese tono alegre que seguro que tenía siempre.

Giré la cabeza sobre el reposacabezas y suspiré al ver la imagen en blanco y negro. Gran parte de ella era confusa, pero mientras seguía moviendo el transductor sobre mí y pulsando botones en el pequeño teclado de su monitor, me explicó qué era cada cosa y cómo estaba midiendo todo lo que podía. La cabeza, la longitud, una estimación del peso.

—Con estas medidas, y contando hacia atrás… —No apartó el transductor de mi barriga mientras se inclinaba un poco para mirar mi historial, que estaba abierto en la tableta sobre el mostrador—. Parece que este pequeñín fue concebido el día de San Valentín. —Me sonrió radiante un segundo y se rio entre dientes—. Debió de ser un día muy romántico con su hombre especial.

Intenté sonreír, pero seguro que fue un fracaso.

—Fue algo diferente, desde luego —fue lo máximo que pude admitir sobre aquella noche prohibida que pasé con Gray.

Aquel único intento de ser egoísta y sentirme bien en lugar de preocuparme por mis problemas.

La ecógrafa no solo era buena leyendo la pantalla para tomar medidas. También supo leer el ambiente y pareció entender que no estaba de humor para hablar de mi pareja. Gray *no era* mi pareja. Si lo fuera, estaría aquí conmigo. Si lo fuera, no estaría a oscuras e ignorante de que iba a tener un hijo suyo.

En su lugar, se puso a hablar de las semanas y de lo grande que se hace el bebé en cada etapa. El médico hablaría de todo conmigo largo y tendido cuando terminara la parte de la ecografía, pero agradecí el intento de esta mujer de aligerar el ambiente.

Los tamaños de las frutas se me escapaban. Sabía la diferencia entre una uva y una manzana. Y entre un plátano y una sandía, pero gran parte de lo que decía se desvaneció en un reconfortante ruido de fondo. En lo que me fijé y me concentré fue en la imagen de mi bebé en mi vientre.

Fue un momento precioso, *ver* cómo iba a traer una nueva vida al mundo.

Maravillarme con el hecho de que pronto sería madre me llevó finalmente por el camino de desear que Gray pudiera estar aquí para vivir esto conmigo. Para ser feliz y asombrarse ante el hecho de que pronto sería padre.

Pero no lo hará.

No estaría feliz si estuviera aquí.

Más que ninguna otra cosa, había dejado claro ese punto. Con todas las mujeres que habían intentado engañarlo para dejarles embarazadas, o que simplemente mentían sobre estar esperando un hijo suyo, él se oponía firmemente a la idea de tener una familia.

Y no pasa nada.

Él puede decidir cómo quiere vivir su vida, y yo decidiré cómo quiero vivir la mía.

Hacía menos de dos semanas, tenía la tonta impresión de que queríamos lo mismo en la vida: el uno al otro. Pero ya me las apañaría como madre soltera.

No es que haya nada malo en ello.

Los padres solteros eran tan buenos como una pareja. Mientras esperaba a que la ecógrafa terminara su evaluación, reflexioné sobre cómo creía que mi padre era más feliz *antes* de conocer a Vanessa. Perder a mi madre lo había cambiado. Estuvo de luto durante mucho tiempo y sabía que todavía la echaba de menos a día de hoy. Sin embargo, una vez que el duelo había cambiado, había sido feliz conmigo. Como padre soltero, un padre solo conmigo, parecía contento.

Cuando éramos solo los dos, parecía que éramos una familia completa, todo lo que podíamos ser sin mi madre viva y con nosotros.

Pero Vanessa lo cambió todo.

Mi padre admitió una vez que parte de su motivo para casarse con Vanessa fue para que yo volviera a tener una figura materna en mi vida. No solo a él. Me quedé muy confundida cuando dijo eso, porque siempre había sido suficiente con él y conmigo. Nunca me

había quejado ni había pedido que nadie sustituyera a mi madre, como si alguien pudiera hacerlo de verdad.

Sin embargo, para complacerlo y porque pensé que casarse con Vanessa lo haría feliz *a él*, lo acepté.

Para bien o para mal. Sonreí con ironía al pensar que claramente había sido para mal.

Mi padre nunca había necesitado darme una figura materna. Su amor era todo lo que siempre quise o necesité.

Y por eso sabía que me las apañaría para criar a este bebé yo sola. Todo mi amor por él o ella sería más que suficiente, porque ya quería a este pequeñín con todo mi corazón.

—Aquí tiene —dijo la ecógrafa mientras me entregaba las fotos del bebé.

La tira de la ecografía, brillante y estrecha, colgaba de mis dedos mientras me incorporaba y le sonreía.

—Gracias.

—De nada, mamá. Y recuerda, no pasa nada por estar nerviosa siempre que dejes que la emoción también entre. —Volvió a guiñarme un ojo antes de que saliera de la sala.

Estaba emocionada, más ahora que podía ver a mi bebé. En cuanto mi barriga empezara a mostrar un bultito, sabía que esa emoción no haría más que aumentar.

—Te querré pase lo que pase —le susurré al bebé mientras me sentaba en la sala de espera hasta que el médico me llamara a una consulta.

Solo deseaba que mi amor por Gray fuera suficiente para que el resto de este lío tuviera sentido.

Al final, puede que me vea como un error.

Pero yo nunca te veré como uno. Apoyé la mano en mi vientre plano e intenté con todas mis fuerzas que mi hijo supiera que era deseado y que nunca debería sentirse solo como yo.

32

GRAY

Marcus parecía demasiado estresado para conducir hasta la casa que se suponía que era su hogar.

—Puedo conducir yo.

Me lanzó una mirada recelosa y me pregunté cuánto tardaría en superarlo. Con el tiempo, tendría que hacerlo. Yo no me había aprovechado de Lila. No era como si alguna vez hubiera pensado en ella de forma inapropiada cuando era más joven. Y ni siquiera había formado parte de su vida desde que tenía probablemente diez u once años hasta ahora, que era evidente que ya era una mujer.

Si no podía aceptar que nos habíamos enamorado, tendría que enfrentarse a ese problema él solo. Si Lila podía quererme tanto como yo a ella, entonces nada se interpondría entre nosotros.

—Me sorprende que te acuerdes del camino —dijo Marcus después de subir al asiento del copiloto y de que yo empezara a conducir hacia su casa.

—Somos amigos desde hace mucho tiempo —le recordé, ignorando la insinuación de que quizá ya no quisiera ser mi amigo.

—Hasta que decidiste alejarte de mí —replicó.

—De *ti* no. —Fruncí el ceño—. Decidí alejarme de Vanessa.

Él suspiró y miró por la ventanilla. —Nunca entenderé por qué tuvo que interponerse entre nosotros.

—Porque era despreciable. Mezquina y manipuladora cuando no estabas delante. Y tú nunca te creías nada malo que se dijera de ella.

Echó la cabeza hacia atrás hasta que golpeó el reposacabezas, con un aire tan cansado y derrotado. —Porque siempre parecía que todo el mundo quería pensar lo peor de ella. Como si el mundo entero la estuviera atacando.

—Probablemente porque se quejaba con esas mismas palabras, diciendo que el mundo era injusto con ella.

Me frunció el ceño antes de volver a mirar por la ventanilla.

—Déjalo estar. —*Por ahora.* Estaba seguro de que, cuando llegáramos a su casa y él le preguntara por qué Lila creía que tenía que estar disponible para Adam, a Marcus le resultaría imposible negar o ignorar la verdadera naturaleza de Vanessa.

Quince minutos después, entré en el largo camino de entrada. No había otros coches frente a la rotonda, pero eso no significaba mucho. Había otra amplia zona de aparcamiento en un lateral de la propiedad. Y yo lo sabía. Le había ayudado a cerrar el trato de esta casa, una de las primeras que había supervisado en mi carrera inmobiliaria.

Ninguno de los dos habló mientras salíamos del coche y subíamos los escalones de la entrada.

—No le he dicho que venía a casa ahora —admitió en voz baja antes de que llegáramos a la puerta.

—Bien. —El factor sorpresa solo podía ser una ventaja en esta situación.

Marcus introdujo un código y abrió la puerta. Lo seguí y supuse que habíamos pillado a Vanessa durmiendo con alguien por los gritos de alarma de un hombre y una mujer.

—¡Joder!

—¡Creía que habías dicho que no había nadie en casa!

—¡Oh, Dios mío! ¡Dame la camisa!

—¡Puta mierda!

Los amantes se apresuraron a taparse, teniendo el descaro de estar montándoselo en el primer sofá del salón, justo al lado del vestíbulo.

Sosteniendo una camisa contra su pecho, la hijastra de Marcus, Beatrice, nos miró conmocionada.

A su lado, cubriéndose el regazo con los pantalones, estaba el gilipollas que se había atrevido a acosar a la mujer de la que me estaba enamorando.

—Adam Foreman —gruñí, acercándome a él—. Creo que usted y yo tenemos que hablar.

Marcus extendió un brazo para bloquearme. —¿Qué coño está pasando aquí? —exigió.

—Eh… Papá… Uh… —tartamudeó Beatrice, con la cara cada vez más roja.

—No me llames *papá* —le advirtió—. ¿Te acuestas con él cuando se suponía que debía estar con Lila?

Ella hizo una mueca, pero parecía más bien una mala tapadera para una sonrisa. Si pensaba que esto tenía gracia, se iba a llevar una buena sorpresa. —Bueno, no es que no se haya fijado en mí mientras fingía que le importaba ella…

—¡Fuera! —Marcus lo rugió, harto de que Beatrice hablara mal de Lila. Levantó el brazo y señaló la puerta—. ¡Largo de mi vista! ¡Los dos!

Mientras Beatrice y Adam se esforzaban por taparse y vestirse, ella se quejó. —Pero si yo vivo aquí. ¿Adónde se supone que voy a ir?

—Fuera —repitió Marcus justo cuando la puerta principal se abría y se cerraba. Vanessa entró, alarmándose al instante. Abrió los ojos de par en par al ver a Marcus en el vestíbulo, con el rostro airado. Pero frunció el ceño al ver a su hija con Adam.

—Mamá, me ha dicho que me vaya —se quejó Beatrice.

—¡Fuera! —rugió Marcus—. No tienes derecho a vivir aquí si hablas así de Lila.

—¿Marcus? —Los tacones de Vanessa resonaron rápida y bruscamente sobre las baldosas mientras corría hacia nosotros—. ¿Qué haces aquí?

—¿Qué demonios de pregunta es esa? Vivo aquí. —Señaló el suelo —. Soy el dueño de esta casa.

Ella esbozó una rápida sonrisa, demasiado falsa para ser real. —Bueno, sí. Y como Beatrice es tu hija, ella también vive aquí.

—Puede irse a acostar con él a otro sitio —gruñó.

Pasando su mirada preocupada de Beatrice a Marcus, parecía acorralada y en un aprieto, sin saber cómo reaccionar. O qué decir.

Sí, no avisarla de que volvías fue inteligente.

Parecía un ciervo deslumbrado por los faros de un coche, atrapada y sin saber qué hacer. —Me alegro mucho de que estés en casa, Marcus. Pero no entiendo…

—No. —Avancé, esperando que, al hablar como un tercero, esta mierda se resolviera—. Esa es mi frase. *Yo* no entiendo qué demonios ha estado pasando para que Lila esté tan disgustada.

—¿Para disgustar a Lila? —Soltó una risa—. ¿En serio? ¿De qué tiene que estar disgustada?

—¿Qué tal del hecho de que tu hija le ha robado el novio? —gritó Marcus.

—Corrección. —Levantó un dedo—. Parece que *tu* preciosa hija se está prostituyendo para acostarse con *él*. —Entornó los ojos hacia mí mientras sonreía con malicia—. ¿Cuánto le pagaste por un polvo rápido, eh?

Me acerqué más, plantándome frente a ella hasta que se encogió. —No le he pagado ni un céntimo a Lila. Ella nunca pediría algo así. —Antes de que pudiera sonreír con suficiencia y decir más gilipolleces, me incliné más hasta que hizo una mueca de miedo—. Y si vuelve a insinuar algo despectivo sobre ella, la demandaré por cada céntimo que pueda reclamar.

—¿Qué coño está pasando? —exigió Marcus. Supe por su tono que había perdido los estribos. La cordura. La paciencia. El temperamento—. ¿Por qué cojones hablas así de Lila? ¡Confié en que la cuidarías como lo haría una madre, no que la menospreciarías! —Se acercó, señalándome—. Estoy tan sorprendido como el resto del mundo de que tenga una aventura con ella, ¡pero, joder, no se está vendiendo! ¿Y por qué iba a hacerlo? —Se agarró el pelo—. Por el amor de Dios, Vanessa. ¿Por qué demonios querría ganar dinero así?

El labio de Vanessa tembló. Fue la primera señal de que se estaba quebrando bajo la presión. Retrocedió y tragó saliva con dificultad. —No es lo que crees, Marcus…

—No me digas lo que tengo que pensar. Ni se te ocurra intentar adivinar lo que estoy pensando. Porque todo lo que hay aquí arriba —se golpeó la sien con rabia— son un montón de preguntas. Ni siquiera te molesta que Beatrice esté con él, cuando antes estaba con Lila. —Señaló a Adam.

—Con este gilipollas que acosó a Lila y colocó una cámara en mi casa. —Entorné los ojos, listo para pegarle si pudiera—. Que allanó mi puta propiedad porque mi ex le pagó para que lo hiciera.

Vanessa negó con la cabeza. —Camille solo le sugirió que…

—Camille se lo folló y le pagó para que se interpusiera entre Lila y yo —gruñí—. ¿Y cómo es que siquiera la conoce, eh?

Vanessa se encogió y negó con la cabeza, retrocediendo.

—¿Te estabas acostando con otra? —chilló Beatrice mientras le daba un manotazo en el brazo a Adam.

No me jodas. A ella le parecía bien que él engañara a Lila con ella, ¿pero no podía volver a engañarla a ella en otro sitio? *Qué irónico.*

Mantuve mi atención en la mujer que nunca creí que fuera lo suficientemente buena para mi amigo. Era extraño cómo ahora él insinuaba lo mismo para mí. Que yo no era lo suficientemente bueno para su hija. Pero ese era otro asunto.

Ladeando la cabeza, miré fijamente a Vanessa. —Porque la única conexión que se me ocurre para vincularla a usted y a Camille es que ambas parecéis haber sido aficionadas al mismo club de juego del centro en el pasado.

Marcus se centró en ella, lanzándole una mirada aguda como un láser.

—Yo… yo… —Vanessa buscó una forma de escapar.

—¿Tú qué? —exigió Marcus.

—Me metí en un lío más gordo de lo que pensaba —confesó con voz temblorosa.

—¿Has vuelto a jugar? —rugió él—. Me dijiste que lo habías dejado hacía años.

Ella negó con la cabeza. —No es que no tuvieras suficiente con lo que jugar.

—Sí, claro, mamá —añadió Beatrice con sorna—. Me dijiste que lo habías perdido todo.

Marcus se quedó con la boca abierta. Yo no estaba sorprendido, sin embargo. Todo esto cuadraba tal y como podría haber predicho.

—¿Cuánto has perdido? —preguntó con firmeza.

—Todo. Todo a lo que tengo acceso —admitió.

—¿Todo el dinero de Lila y Beatrice? —gritó Marcus.

—Y la cuenta de la casa —añadió Vanessa.

—Joder. —Se me escapó en un susurro. Se había jugado todo el dinero de los Bennett.

—Por eso usted quería que se casara conmigo —acusó Adam—. Quería que Lila se casara conmigo para que mis padres le pagaran. —Se unió a nosotros para mirar a Vanessa con furia.

Ella negó con la cabeza. —No. Para cuando estuvierais casados, ella tendría una carrera y su fondo fiduciario. Lo que significaba que tú te llevarías parte de eso *y* me devolverías una comisión.

—¡*Comisión*! ¡Estás hablando de mi *hija*! —Marcus apretó los puños, con aspecto de estar a punto de estrangularla.

—Pero tiene su propio dinero…

Marcus gruñó, interrumpiéndola. —*Su* dinero —enfatizó—. No tuyo. —Se alejó unos pasos y luego se enfrentó a ella una vez más—. Gracias a Dios que fui lo suficientemente listo como para proteger la mayor parte de todo lo que tengo de ti.

Ella lo miró boquiabierta. —¿Me has estado ocultando dinero? ¿Tienes cuentas de las que no sé nada?

—No me hables en ese tono —le advirtió.

—Estamos casados. Somos iguales. Lo que es tuyo es mío y…

—No —replicó él—. Firmamos ese acuerdo prematrimonial por una razón. Y en cuanto llame a mi abogado, comenzará el proceso para que nunca más puedas volver a decir que eres mi esposa.

—¡Marcus! —Bajó los brazos—. No puedes hacerme esto. Soy tu esposa.

—¡No por mucho tiempo! —Negó con la cabeza y me miró con una expresión de incredulidad en su rostro que implicaba que quería preguntarme si podía creerme aquello. Enfrentándose a ella de nuevo, resopló una vez con ironía—. Y no vas a volver a ver ni un céntimo mío nunca más.

Exhalé aliviado al ver que había sido lo suficientemente sabio como para no dejar que Vanessa fuera realmente su igual. Lo había vaticinado hacía años. Era solo otra cazafortunas que había puesto sus ojos en Marcus como viudo y lo había engañado para que la dejara entrar en su vida.

Verlos desmoronarse así hacía mucho más obvio que esto nunca nos pasaría a Lila y a mí. Porque estaba convencido de que entre nosotros había amor de verdad. Una amistad. Compañerismo. No este matrimonio pasivo que tenían Vanessa y Marcus, una conexión por conveniencia.

Retrocediendo mientras Vanessa discutía con Marcus para que se retractara de lo que había dicho, dejé que una sensación de paz me invadiera. No había nada de pacífico en esa escena. Pero me sentía aliviado de tener toda la verdad ahora. Todos los trapos sucios estaban al descubierto y yo era libre de ir a buscar a Lila y poder explicarle que esa mujer no la volvería a molestar nunca más.

Antes de que pudiera irme, Marcus se giró y me miró.

Vanessa lloraba a lágrima viva, aferrada a Beatrice mientras Adam les gritaba a ambas por haberle tomado el pelo y haberlo engatusado con falsas promesas.

—Gray. —Marcus negó con la cabeza y soltó un profundo suspiro—. Gracias.

Enarqué las cejas, ligeramente divertido. —Pensé que pasaría mucho tiempo antes de que oyera eso de ti, dadas las circunstancias.

Él frunció el ceño. —Cállate. Quería decirte gracias por apoyarme en todo esto. Por estar a mi lado para ayudar y… Simplemente, gracias. —Mientras un par de guardias de seguridad entraban, probablemente por la llamada de Marcus pidiendo ayuda, volvió a agachar la cabeza—. Me llevará un tiempo acostumbrarme a lo vuestro y… —Hizo una mueca—. Pero, sinceramente, gracias por haberme cubierto las espaldas ahora mismo y por apoyarme para descubrir la verdad.

Le di una palmada en la espalda y me aparté. —De nada, Marcus. ¿Quieres que me quede un rato?

Negó con la cabeza, mirando a la mujer con la que se había casado. —No. Ahora no. No si tienes otra cosa que hacer.

La tenía. Tenía algo muy importante que hacer. Tenía que ir a buscar a Lila y convencerla de que nunca fue y nunca sería un error del que arrepentirse.

Sin embargo, al ver la derrota y la tristeza en sus ojos, tuve el presentimiento de que podría ser necesario un paso más antes de reunirme con Lila.

—Acabo de darme cuenta de algo.

Enarcó las cejas. —Por favor, no más secretos por hoy.

—Lila probablemente se enteró de todo esto. Sus apuestas y su casi bancarrota. Y con Adam y el…

—¿El matrimonio concertado? —terminó por mí—. Joder. Quería *venderla* en matrimonio.

Asentí. —Creo que Lila lo sabía todo y por eso te llamó. Para advertirte y ayudarte a salir de este lío.

—Estaré bien —admitió—. No estoy en bancarrota. —Soltó una risa irónica—. Aprendí de ti a no confiar nunca plenamente en una mujer. Nunca habría dejado que Vanessa tuviera acceso a todas mis cuentas. Pero apuesto a que Lila no lo sabía.

—Estaba hablando de hacer un programa de trabajo y estudio, como si contara con tener que ganarse la vida y pagarse la matrícula. De conseguir un trabajo para ayudarte.

Se le llenaron los ojos de lágrimas. —Es un alma de lo más dulce.

—Y nunca me lo dijo. Creo que quería hablar contigo *primero* y no compartir asuntos familiares conmigo.

Asintió, secándose los ojos. —Seguro que sí.

—Cuando estés listo para hablar con ella, te diré dónde encontrarla. —Era lo menos que podía hacer. Ahora que Marcus tenía todas las respuestas y sabía perfectamente qué atormentaba a Lila, él debería ser el primero en hablar con ella. Para aclarar las cosas entre ellos.

Entonces, y solo entonces, estaría libre de cualquier otro obstáculo que se interpusiera en mi camino para recuperarla.

33

LILA

Otra mañana sin ganas de vomitar.

Punto para mí.

Me había sorprendido lo rápido que habían empezado las náuseas matutinas. Aunque, pensándolo bien, me di cuenta de que las ligeras náuseas que había estado sintiendo probablemente fueron el comienzo de todo.

Gracias a Dios que encontré esa publicación sobre cómo sobrellevarlo.

Comer unas galletas saladas y dar un sorbo de agua antes de levantarme de la cama ayudaba mucho. Era lo único útil que había sacado de las redes sociales, de un grupo de futuras mamás. Por lo demás, me mantenía completamente al margen; no quería saber nada de ver el escándalo por ahí.

Cuando me levanté y me puse una sudadera ancha y unos pantalones cortos para ordenar y limpiar un poco, me sentí estable. Me sentí con energía y lista para comerme el día. Por fin había alcanzado mi independencia: vivía por mi cuenta, tomaba mis

propias decisiones y no tenía que obedecer las expectativas de nadie.

Pero te sigo echando de menos.

Ansiaba volver a ver a Gray.

Pensé en mi padre y en sus problemas con Vanessa.

Sin embargo, en el fondo, estaba orgullosa de mí misma por haber llegado tan lejos por mi cuenta.

Llamaron a la puerta, interrumpiéndome cuando iba a coger la escoba para barrer. El apartamento era diminuto, pero me gustaba tenerlo todo impecable.

—¡Ya voy! —grité, suponiendo que era la vecina del adosado de al lado, que necesitaba que le prestara otra taza de leche o algo así para hacer macarrones con queso.

Abrí la puerta y parpadeé, sorprendida.

—¿Papá?

Volví a parpadear sin fiarme de lo que veían mis ojos.

Estaba aquí. No en la otra punta del mundo. Ni siquiera estaba trabajando u ocupado; llevaba unos vaqueros y una camiseta, con un aspecto relajado.

—Papá, ¿qué…? —resoplé, muy sorprendida—. Estás aquí.

Él asintió. —Estoy aquí.

¿Cómo me has encontrado?

Esperaba que me preguntara dónde estaba.

¿Por qué no te has puesto en contacto conmigo desde el escándalo?

Ni siquiera me había llamado.

¿Qué haces aquí?

Aunque no parecía enfadado, yo estaba demasiado tensa y nerviosa como para preguntárselo.

—Eh… —No sabía qué decir. Si no iba a empezar regañándome y diciéndome lo decepcionado que estaba conmigo por haber estado con Gray o por haber causado un escándalo, no estaba segura de cómo se suponía que iba a ir la conversación.

Pero estaba aquí, y ese sentimiento innato de echarlo siempre de menos salió a la superficie. —Pasa —dije al fin, con torpeza, mientras lo invitaba a entrar.

—Claro —dijo, metiéndose las manos en los bolsillos al entrar.

Aunque en la puerta había mantenido una expresión casi neutra y cautelosa, confundiéndome sobre si estaba enfadado o no, ahora sí reaccionó.

Cerré la puerta tras él, dolorosamente consciente del aspecto del lugar. Estaba limpio, pero era diminuto. Y agobiante. Y no se parecía en nada a lo que estaba acostumbrada.

—¿Este es tu apartamento? —preguntó, con evidente sorpresa.

—Sí. De momento. —Tenía mucho que explicar—. Tuve un desacuerdo con Vanessa sobre mi futuro y quise cambiar de carrera. He empezado un trabajo aquí que compaginaré con el cambio a enfermería.

Él asintió, caminando y observando el pequeño apartamento como si estuviera en un lugar extraño.

—Es que es muy pequeño —comentó sobre el minúsculo estudio.

Me encogí de hombros. —Me viene bien y es lo que necesito por ahora. —Intenté sonreír, pero era muy violento. No había mordido el anzuelo de comentar mi mención a Vanessa, lo que parecía una trampa. Tenía que saber que ella había malgastado todo nuestro dinero antes de que fuera demasiado tarde para solucionarlo.

Se quedó de pie en la cocina y yo me debatí entre el impulso de correr a abrazarlo o actuar como si la idea de que no estuviéramos unidos fuera una tontería sin sentido.

Pero no lo estábamos.

—Seguro que viste las… noticias —dije, aclarándome la garganta—. Sobre Gray y yo.

Se me acaloraron las mejillas y luché contra la agonía de sentirme entre la espada y la pared.

—Sí, las vi —respondió, con calma y como si nada.

¿Y…?

Esperaba una explosión. Él no era propenso a gritar y enfadarse así; era más bien un pacifista, como yo. Pero cuanto más tiempo pasaba sin que ni siquiera preguntara o comentara algo al respecto, más nerviosa me sentía.

—No es verdad. No me acosté con él, ni con nadie, por dinero. No me vendí, ni engañé a nadie, ni… —Me interrumpí y respiré hondo al inicio de un parloteo—. Lo que sea que dijeran todas esas publicaciones y cosas. No es verdad. Llevo un tiempo alejada de las redes sociales para evitarlo todo. Pero, eh… sí. Soy consciente del escándalo y espero que todo se calme pronto. No quiero que te preocupes por ello y rezo para que no te moleste durante mucho tiempo.

—Lo sé. —Soltó un profundo suspiro y me estudió.

¿Lo sabía porque ya había hablado con Gray y este le había explicado que no era como decían los rumores? ¿O lo sabía porque me conocía a *mí*?

Maldita sea. Di algo. Inspiré para prepararme para otra explicación atropellada de lo que Vanessa había planeado para mí, para obligarme a casarme con Adam.

Antes de que pudiera hablar, agachó ligeramente la cabeza y se echó a llorar. —Oh, mi querida Lila.

El corazón se me partió, desmoronándose ante el dolor de verlo tan triste y desdichado. —Papá. —Alargué la mano hacia él, pero sorbió por la nariz y la levantó, apartándome como si necesitara un momento para serenarse.

—Lo siento. No puedes ni imaginarte cuánto lo siento.

¿Que él lo sentía? Me lo quedé mirando, atónita. No era así como esperaba que fuera esta conversación.

Levantó sus ojos húmedos para mirarme de nuevo. —Odio haberte hecho daño al seguir con Vanessa todos estos años. Por haber estado con ella, sin más.

Tragué saliva y sentí cómo una roca de estrés se desprendía de mis hombros. No sabía que necesitaba oírle decir eso. Porque lo había hecho. Me había hecho daño al estar con ella y someterme a su idea de la paternidad.

—Solo me casé con ella porque quería que tuvieras otra madre, pero nunca abrí los ojos lo suficiente para ver lo falsa que era. Me ha engañado todo este tiempo, haciéndome creer que se preocupaba por ti, cuando en realidad te estaba tratando fatal.

—Yo…

Levantó la mano. —Sé que nunca te quejaste. Hablaste y no te hice caso, pensando que solo necesitabas darle una oportunidad y adaptarte.

—Nunca quise quejarme porque no quería estresarte.

Su expresión decayó de nuevo. —Pero eso no es justo. Desde que volví a casa y me di cuenta de todo lo que tramaba, ha salido a la luz más verdad. Años en los que ha puesto a Beatrice por encima de ti. Años negándote el cariño o cualquier cosa que necesitaras o quisieras. —Apretó los dientes y miró al techo como si necesitara

recuperar el control para continuar—. El verte a ti y a tu fondo fiduciario como algo con lo que negociar cuando intentó obligarte a quedarte con Adam.

Dejé que mis hombros se relajaran. Se había acabado. Tenía que saberlo todo, ver de verdad lo que pasaba. No tendría que pasar por el duro trance de explicárselo todo y preocuparme de que fuera otro caso de mi palabra contra la suya.

No sabía cómo lo había descubierto todo. Probablemente, fue a casa a hablar con ella primero. Supongo que, en ese sentido, las escandalosas noticias sobre Gray y yo fueron el detonante para que volviera a casa y se enterara de lo que ocurría. Y valió la pena para que viniera aquí y afrontara la amenaza de la bancarrota.

—¿Así que sabes que lo ha estado malgastando todo en el juego? —pregunté, encogiéndome.

—No todo. Nunca le habría permitido tener acceso a más de una pequeña parte. —Negó con la cabeza—. Un… amigo mío ya había tratado antes con cazafortunas y mujeres intrigantes.

Gray. Tenía que estar hablando de Gray.

—Y aprendí de él lo que no debía hacer. Nunca dejé que Vanessa tuviera acceso a todo nuestro dinero. No vamos a ir a la bancarrota por su culpa. Tendré que hacer una reorganización financiera, pero como ella ya no forma parte de nuestras vidas, nunca más se aprovecharán de mí.

—¿Ya no está… con nosotros? —pregunté.

—He solicitado el divorcio. Ella y Beatrice ya no están en casa.

Solté el aire con un silbido. —Oh, gracias a Dios. —Ahora no pude resistirme. Alargué los brazos hacia él y lo abracé, con cuidado de ocultarle mi pequeña barriga. Aún no se me notaba, pero no quería correr riesgos.

No quería abrumarlo todavía con *esa* noticia.

—Siento cómo te trató —dijo una vez que nos separamos—. Y que alguna vez intentara usarte como un peón para casarte con Adam.

—No lo habría hecho, papá. No podría haberme casado con él. —No ahora que sabía que lo que había sentido por él al principio no era amor, no un amor como el que sentía por Gray.

—No tendrás que volver a ver a ese imbécil nunca más.

Sonreí, ya consciente de ello porque yo misma lo había decidido.

Sin embargo, con sus palabras, no pude evitar sentir esa tristeza por Gray. Lo único que me importaba era que parecía que no volvería a verlo jamás.

Mi padre estaba aquí y haciendo las paces; sabía cómo encontrarme. Eso significaba que Gray probablemente también podría encontrarme, pero ni siquiera me había llamado.

Se acabó.

Está demasiado enfadado de que yo pudiera haber sido como Camille y haberlo manipulado.

Pensaba que me conocía, que sabría que yo nunca haría algo como engañarlo o estar con él por su dinero, pero sus acciones hablaban por sí solas. No se había puesto en contacto conmigo y temía que nunca lo hiciera.

Ya no importaba lo que él intentara insistir. Yo sabía la verdad.

Sí que me veía como un error y, obviamente, se arrepentía del tiempo que pasamos juntos.

34

GRAY

Marcus: **Se ha tomado bien la noticia.**

Gray: **¿Le has dicho que te vas a divorciar de Vanessa?**

Marcus: **Sí.**

Gray: **Claro que se ha tomado bien la noticia.**

Gray: **No le gustaba que la obligaran a estar con alguien a quien no quería, alguien que la traicionó.**

Gray: **No le gustaba que le dijeran qué hacer con su vida cuando ya sentía una noble y sólida pasión por una profesión.**

Los tres puntos permanecieron en la pantalla durante un buen rato antes de que llegara su respuesta. No me gustaba hablar de Lila a sus espaldas. En realidad, no lo estábamos haciendo. Pero agradecía que me estuviera contando su visita de ayer. Quería asegurarme de que todos sus problemas estuvieran resueltos antes de poder pedirle que empezara de nuevo el resto de su vida conmigo.

Marcus: **Como le rompas el corazón igual que él, te patearé el culo.**

Sonreí con suficiencia, esperando a que el semáforo se pusiera en verde. Para empezar, Adam nunca tuvo su corazón. No como yo.

Gray: **¿Significa eso que tengo tu «aprobación» para estar con ella?**

Marcus: **Ah, vete a la mierda con esas comillas.**

Marcus: **Querrías estar con ella dijera yo lo que dijera.**

Sonreí.

Gray: **Cierto. Porque la quiero.**

Gray: **Pero también te equivocas. Depende de lo que ELLA diga.**

Tenía que entender que sería su elección, y de nadie más, a quién quería en su vida.

Marcus: **Ve a sacarla de ese cuchitril y tráela a casa de una vez.**

—¿Cuchitril? —fruncí el ceño, curioso por saber a qué se refería. Emerson se encargó de localizarla. Lo único que tuvo que hacer fue pedirle los detalles a una amiga suya, Darcy. Ella se mostró protectora y no soltó prenda, pero en cuanto Emerson le explicó que yo iba en serio con Lila, le dio la ubicación de un apartamento que tenía su primo, o algo así. Los detalles no me importaban. Lo único que me interesaba era llegar allí y traerla de vuelta a casa.

Una hora más tarde, con el corazón acelerado por la emoción de volver a verla, aparqué en un pequeño solar. La casa adosada era estrecha y de pocos metros cuadrados. Sin embargo, mientras recorría el camino hacia la puerta principal, el agente inmobiliario que había en mí se avergonzaba ante la posibilidad de que esta propiedad se hubiera vendido probablemente con descripciones como «pintoresca» y «acogedora». No era ni lo uno ni lo otro. Yo no lo habría llamado cuchitril, *per se*, pero estaba de acuerdo con

Marcus. Lila se merecía algo mejor que aquel cuartucho cerca de una ruidosa obra.

—Allá vamos. —Me pasé una mano por el pelo, nervioso, y me acerqué a la puerta principal.

Llamé y sonreí al oír sus pasos ligeros. —¡Voy! —gritó.

Oh, estoy deseando que te vengas. Que te vengas a casa conmigo. Que te corras en mi polla…

Abrió la puerta y retrocedió un poco, sorprendida. —¿Gray? —Se lamió los labios y me miró con los ojos muy abiertos—. Gray. —Primero lo dijo como una pregunta y ahora era una afirmación, como si confirmara que de verdad era yo.

—Lila. —Sonreí, increíblemente feliz de volver a verla, aunque pareciera algo nerviosa.

—Hola. —Sonrió, pero parecía tensa.

—Hola. —Negué con la cabeza y me reí de lo incómodo que estaba resultando todo—. ¿Lila?

Frunció el ceño. —Ya hemos pasado la parte de decir nuestros nombres.

Asentí. —Sí. Ahora viene la parte en la que te pido que vuelvas a casa conmigo.

Parpadeando rápidamente, demostró que no estaba preparada para que yo soltara *eso* sin más. Con el aire nervioso y casi intimidado que me transmitía, no estaba seguro de qué esperaba de mi, la verdad, inesperada aparición.

Pero eso también era una estupidez. ¿Cómo podía no saber que la buscaría y que querría ir a por ella?

—Quizás ahora podría ser la parte en la que respondes. Con lo que sea. —Fruncí el ceño al ver que parecía a punto de desmayarse—. Di algo. Por favor.

—Yo…, eh…, estoy… —Retrocedió, pareciendo captar que yo quería entrar—. Estoy confusa.

—¿Sobre qué?

—Sobre por qué… —Se abrazó a sí misma, luego bajó los brazos y volvió a cruzarlos sobre el pecho—. Estoy confusa sobre por qué recorrerías todo este camino para encontrarme y pedirme que vuelva a casa contigo cuando no soy más que un error.

—No eres un error, Lila. Nunca has sido un error y nunca serás un… Nunca serás un… Serás una…

Me callé, y mis palabras se apagaron al ver algo en la nevera. —¿Serás una… madre?

Una tira brillante de fotos de una ecografía estaba pegada en la pequeña nevera. Un pequeño imán mantenía el papel en su sitio, sirviendo de faro para mi atención.

—Estás… —Tragué saliva mientras se me disparaba la tensión. Una cosa era la sorpresa. Pero esto tenía que ser a lo que la gente se refería cuando decía que se había quedado de piedra por una noticia bomba.

Se dio la vuelta, con los ojos aún más abiertos por la alarma al establecer la conexión.

Me dejé caer en la silla que acompañaba a la pequeña mesa. Sin peso, mientras la noticia de su embarazo me sacudía por dentro, dejé escapar el aire como si me hubieran dado un puñetazo.

—Lila.

Dejó escapar un gemido mientras se giraba para arrancar el papel de la nevera. Fui más rápido y lo cogí yo primero.

—Gray, puedo explicarlo.

—Por eso parecías tan nerviosa. —Miré fijamente el papel, dejando que una sensación de euforia me invadiera al pensar en lo mucho

más plena que sería mi vida. Había estado moviendo los brazos sobre su cuerpo, cruzándolos y luego descruzándolos. No era porque no supiera qué hacer, sino porque quería ocultar su vientre.

—Puedo explicarlo.

Sonreí, riendo ligeramente. —Creo que esto se explica por sí solo. —Al levantar la mirada hacia ella, supe que ese era el momento en el que nada volvería a ser igual—. ¿Es mío? —pregunté, dándome cuenta de que era una pregunta estúpidamente tonta. Aun así, tenía que saberlo. Oírla decirlo.

A punto de llorar, con los ojos anegados en lágrimas, asintió. Le temblaba el labio inferior. —Puedo explicarlo.

—No hay nada *que* explicar. —Una ligera curiosidad me asaltó en el fondo de la mente sobre cómo había ocurrido si estaba tomando anticonceptivos. Sabía que lo hacía. La había visto tomarse las pastillas. Pero no importaba. Lo único en lo que podía concentrarme con júbilo era en que íbamos a tener un bebé juntos.

—No intentaba tenderte una trampa ni manipularte. —Las lágrimas cayeron libres y sorbió por la nariz—. No estaba intentando engañarte ni engatusarte con nada y no estaba…—

La hice callar, odiando verla tan disgustada. No quería verla llorar nunca. Alargué la mano para cogerle la suya y tiré de ella hacia mí hasta que aterrizó en mi regazo. —Lila. No lo hagas. Por favor, no llores.

Sorbió por la nariz mientras le secaba la humedad de la mejilla con el pulgar. —A mí también me sorprendió. Estaba tomando la píldora y creía que tenía la regla y no sabía que podía quedarme embarazada y…—

—Shhh. —Le enmarqué la cara, mirando fijamente el azul brillante de sus ojos.

—No intentaba engañarte para nada.

—Lo sé. —Asentí y la vi relajarse—. Sé que no lo harías, Lila. Porque te conozco. Te quiero.

Jadeó, mirándome asombrada.

Oh, la recompensa de conseguir esa mirada en su rostro. —Te quiero —repetí antes de cerrar la distancia entre nosotros y besarla rotundamente.

—Yo… —Sonrió y parpadeó rápidamente—. Gray. —Levantó la mano hasta mi mejilla y me besó—. Yo también te quiero.

Este era oficialmente el mejor día de mi vida.

—Estaba nerviosa por si te enfadabas y pensabas o asumías…—

Me reí y la interrumpí con otro beso profundo. —No tengo que pensar ni asumir nada porque sé que no eres el tipo de persona que me engañaría.

Apoyando la cabeza en la mía, suspiró y luego sonrió. —No lo haré. Me preocupo demasiado por tu felicidad como para querer arruinarla.

—Entonces eso significa que volverás a casa conmigo. —Me puse de pie, sosteniéndola—. Ahora mismo. —La besé de nuevo, adicto a recuperar el tiempo perdido de las dos últimas semanas separados —. Porque nada me haría más feliz que tenerte de nuevo en mi casa, en mi vida.

Ella se rio, aferrándose a mí.

—Retiro lo dicho. Nada me haría más feliz que traerte a casa y saber que siempre querrás estar allí para que podamos pasar nuestras vidas juntos.

Me besó lentamente.

—Para que estés ahí cuando quiera besarte.

Presioné mis labios contra los suyos de nuevo, deleitándome con el dulce calor de su boca mientras deslizaba mi lengua en ella.

—Para que estés ahí cuando quiera abrazarte.

Apreté mis brazos a su alrededor mientras ella se deslizaba por mi cuerpo para volver a ponerse de pie, mirándome con amor.

—Para que estemos ahí juntos para traer a este bebé al mundo.

Bajé la mano hasta su vientre y no pude borrar esta sonrisa de mi cara.

Presionó su mano sobre la mía y suspiró. —¿Estás seguro de que no estás enfadado?

Negué con la cabeza. —Estoy tan jodidamente feliz, emocionado y sorprendido que no estoy seguro de si esto es real o un sueño.

—Es real.

—Y lo que siento por ti es real y verdadero, Lila. —La besé una vez más, ni de lejos había tenido suficiente de sus labios en los míos todavía—. Porque no importan los altibajos que vengan en nuestras vidas, tú vales la pena. No como un error. No como una pecaminosa Valentina que ocultar. No como una amante secreta o una aventura. Lo que siento por ti es tan real y fuerte, y eso nunca va a desaparecer.

—¿Cómo se te da tan bien decir las cosas adecuadas? —murmuró mientras me atraía para darme otro beso.

—Porque haces que quiera ser la mejor versión de mí mismo. Haces que quiera ser lo suficientemente bueno para ti.

Soltó una carcajada. —Lo eres. Eres más que suficiente.

—Entonces, ¿qué me dices? —Le cogí la mano, enamorado de esta mujer y del hecho de que me fuera a dar el regalo de un hijo—. ¿Quieres que te lleve a casa?

Sonrió con timidez. —¿Que te lleve a *tu* casa? —bromeó, recordándome cómo se había equivocado con esa pregunta la noche antes de San Valentín.

—A casa. —Asentí—. A *nuestra* casa.

—He estado deseando que aparecieras y me lo pidieras —respondió, apretando mi mano con una hermosa sonrisa iluminando su rostro —. Porque mi respuesta siempre será un *sí*.

35

LILA

Gray me ayudó a hacer la maleta y nos pusimos en camino.

Tantas preguntas y comentarios llenaban mi mente, pero estaba demasiado emocionada, inmensamente feliz y aliviada como para expresarlos de forma coherente.

—Me quieres.

Levantó la mano que me sostenía mientras conducía y me besó los nudillos. —¿Me lo estás preguntando o lo estás afirmando?

—¡Me quieres!

Se rio entre dientes. —Y tú me quieres a mí.

—Sí —respondí, inclinándome sobre la consola para besarlo—. Me *quieres*.

—Y confío en ti.

Le sonreí, sabiendo que para él también era un gran hito haber llegado a ese punto. —Puedes hacerlo.

—Ya lo hago.

Antes de que avanzara mucho más por la autopista, mi entusiasmo volvió a desbordarse. —Me quieres *tú* a mí.

Se rio entre dientes.

—Tú me quieres a *mí*.

—Creo que ya has probado todas las variaciones de énfasis posibles.

Sonreí y puse mi otra mano sobre la suya, atrapándola entre las mías.

—Vamos a tener un bebé —dijo él, siguiendo con el tema de los comentarios simplistas.

—Así es.

—¿Cómo? —preguntó.

—Pensaba que habías dicho que no necesitaba explicación.

—Lo es. Pero me refiero a *cómo*. Tendremos que elegir nombres. Y preparar el cuarto del bebé. Tendrás que elegir un médico y vitaminas. ¿No tienes que tomar vitaminas y esas cosas?

—Fui a una clínica y me recomendaron con qué vitaminas empezar.

—¿Y todo va bien por ahora? ¿El bebé, tú y todo lo demás?

Asentí, disfrutando de que estuviera así, totalmente entregado e interesado. —¿De verdad estás contento con esto?

—Estoy como loco, joder, Lila. —Sonrió—. Sé que di a entender que no podía estarlo, pero eso era solo porque las mujeres intentaban usar un bebé o la idea de un embarazo para atraparme en algo que no quería. Como Vanessa intentando forzarte a casarte con Adam.

Hice una mueca. —Sí.

—Tu padre habló contigo, ¿verdad? —preguntó.

—Sí. ¿Habló contigo?

—Sí. Y yo hablé con él. —Durante el resto del trayecto de vuelta a la casa del lago, me puso al día de todo lo que había sucedido desde aquella noche en que Emerson lo despertó con la alerta de que el escándalo se había extendido.

Sin omitir nada, me dio todos los detalles. Lo enfadado que estaba mi padre al principio. Cómo lo acompañó a la casa. Oír que Adam estaba de nuevo con Beatrice no me afectó. Y no me sorprendió en absoluto que Vanessa hubiera confesado.

—Me sabe muy mal por él —admití—. Siempre me ha preocupado el estrés de mi padre.

—Eliminar a Vanessa y a Beatrice de su vida supondrá una reducción significativa del estrés —vaticinó mientras aparcaba.

—Y con el tiempo, quizá no se estrese tanto por ti y por mí. —Sonreí mientras rodeaba el coche para cogerme en brazos—. Puedo andar, ¿sabes?

—Y yo no puedo quitarte las manos de encima, ¿sabes?

Dejando que me llevara adentro, le acaricié la mejilla y adoré su devoción por mí, sus ganas de complacerme.

—Creo que, con el tiempo, se dará cuenta de que no hay nada lo bastante fuerte como para separarnos —respondió mientras se dirigía a su dormitorio.

—Yo también lo creo. Aún no sabe lo del bebé. —Me aferré a él mientras me bajaba al suelo. Se había pasado el asa de mi bolsa de lona por el antebrazo y, ahora que yo estaba de pie, la dejó caer al suelo también.

—Entonces quizá podamos celebrarlo solo nosotros dos esta noche antes de compartir la buena noticia —sugirió.

Tiré de su camiseta, deleitándome con la tentación de sus abdominales duros como una roca mientras deslizaba los nudillos

por su piel desnuda. —Siempre querré celebrarnos a *nosotros* —dije antes de ponerme de puntillas para besarlo.

—Nosotros —convino él mientras me quitaba la sudadera. No llevaba sujetador y no tardó en gruñir en señal de aprobación, ahuecándome los pechos y acariciándome los pezones con los pulgares.

—¡Ah! Están sensibles.

Él sonrió y suavizó el tacto mientras llevaba su boca a mis pezones, uno a uno. Lamiéndolos y succionándolos suavemente, me provocó aún más. —Siguen sensibles —susurré sin aliento.

—¿Qué más está sensible, mmm? —Bajó la mano por debajo de mis pantalones cortos y, una vez más, emitió un sonido de aprobación al comprobar que no llevaba bragas.

—Eso. —Arqueé la espalda al sentir sus dedos en mi coño y me sostuve para la nueva experiencia de tener sexo embarazada. Era diferente. Mi piel estaba más en sintonía con sus caricias provocadoras. Y me sentía tan necesitada y húmeda, tan excitada de inmediato con unos preliminares mínimos.

—Espero que podamos celebrarlo también con esto —dije mientras él besaba un camino ascendente por mi cuello, recorriéndome con los dedos sin parar. Le bajé la mano hasta la polla, el grueso bulto de su erección atrapado bajo la ropa. Sin moverme tanto como para que él no pudiera seguir bombeando su dedo en mi coño mojado, me esforcé por bajarle la cremallera de los vaqueros y quitárselos.

—Como desees —se burló, retrocediendo para deshacerse rápidamente de su ropa. Se plantó frente a mí completamente desnudo, dejando que su polla sobresaliera y me apuntara.

Tarareé mi apreciación, observando su verga y sabiendo lo bien que me la pasaría. —No quiero volver a echarte de menos nunca más. —Acercándome a él, lo besé hasta que se sentó en el borde de la cama.

—No tendrás que hacerlo —dijo mientras me sentaba a horcajadas sobre él—. Puedes tenerme. Entero.

—Te quiero. —Me hundí, recibiendo lentamente su cabeza bulbosa hasta que él gruñó y yo gemí.

—Te quiero, Lila. —Me dio un beso salvaje mientras me dejaba marcar el ritmo.

—Y me encanta esto —dije—. *Nosotros*. Solo nosotros dos. —Ni un secreto. Ni un rumor. Ni algo sujeto a comentario público.

Sus labios se curvaron en una sonrisa contra los míos cuando me hundí del todo en él. El estiramiento me quemó y se convirtió en placer. El roce de mis pechos contra su torso me proporcionó la fricción perfecta que hizo que mis pezones anhelaran más.

—Solo nosotros dos hasta…

—El veinte de noviembre —terminé por él, jadeando por la velocidad a la que cabalgaba sobre su larga y gruesa verga. Una y otra vez, me levantaba solo para deslizarme de nuevo sobre él. El roce de su polla dentro de mis paredes internas era demasiado bueno. El empuje de él contra mi clítoris era demasiado tormentoso para soportarlo.

Apoyé las manos en sus rodillas para poder arquearme hacia atrás y disfruté de la mirada hambrienta que me dedicó mientras observaba cómo mis pechos botaban y se agitaban por las ganas con las que lo montaba.

—Oh, joder. Te quiero, Lila. Me encanta que me cabalgues y que me hagas querer llenarte una y otra vez.

Grité, demasiado cerca de perder el control como para escuchar más de su cruda confesión. Apretándome alrededor de su polla, di la bienvenida a las olas de éxtasis que siempre llegaban con un orgasmo suyo. Me rompí, sintiendo esa doble sensación de elevarme y ahogarme al mismo tiempo.

—Gray. ¡Oh, Dios mío, Gray! —Siguió y siguió mientras yo temblaba y dejaba que la tensión se rompiera y diera paso a la euforia de las endorfinas que inundaron mi cuerpo.

—Así, Lila. Sí. Justo así.

Mientras me estremecía de placer, él se levantó y me sostuvo, aún empalada en él. Luego, con un giro, me bajó a la cama. El movimiento lo empujó más adentro de mí, estirándome más. El peso de él sobre mí me inmovilizó y me aseguró que nunca más sufriría ni estaría sola.

Una, dos y tres veces más, embistió contra mí antes de correrse con fuerza. Clavó su polla en mí y gruñó, sujetándome con fuerza y hundiendo los dedos en mi piel.

Su verga se sacudió y se crispó mientras se descargaba dentro de mí. Llenándome con su semen. Demostrándonos a ambos que esta química siempre chisporrotearía así de caliente.

Exhaló un profundo suspiro que me hizo reír. Pero antes de desplomarse sobre mí y cubrirme con su cuerpo, nos giró para que quedáramos de lado.

Abriendo lentamente los ojos, me apartó el pelo de la cara y me deslumbró con una sonrisa encantadora y presuntuosa. —Te quiero, Lila.

—Y yo a ti también —prometí con un beso, contenta de que el sexo de reconciliación fuera tan brutal y agotador que ambos pudiéramos quedarnos profundamente dormidos en los brazos del otro.

36

GRAY

Me desperté y Lila no estaba.

Entrecerré los ojos por la luz que se colaba por una rendija de las cortinas, estiré el brazo y la busqué en la cama. Tenía que estar aquí. La había traído de vuelta.

No fue un sueño, ¿verdad?

Iba a tener un bebé, *mi* hijo, y nos queríamos.

Parpadeando más rápido y despertándome del todo ante la ligera preocupación de que ya pudiera haber cambiado de opinión, me apoyé en el codo y giré la cabeza para examinar la habitación.

Había una nota esperándome en su almohada. Era del mismo papel que la otra, doblada por la mitad una vez para que pudiera sostenerse en pie.

La cogí y la abrí.

Guapo dormilón:

He descubierto que picar unas galletas saladas a primera hora de la mañana ayuda a contener las náuseas matutinas. Búscame en la

cocina, si es que el olor del desayuno no te da una pista antes.

Lila

P.D.: Te quiero

Sonreí, aunque me molestaba la idea de que pudiera haber estado lidiando todo este tiempo con las náuseas matutinas.

Sin demora, me di prisa en levantarme, buscar un pantalón de chándal y bajar.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunté al entrar en la cocina, donde la encontré atareada en los fogones.

Ella sonrió, pero no dejó de lado la sartén de beicon y la otra de huevos. Me incliné para besarla, de pie detrás de ella, y ladeó la cabeza para ofrecerme la mejilla. —Bien. Mientras no haya nada excesivamente dulce que me dé arcadas, esta mañana será buena.

—Me alegro de oír eso. —Le di un suave empujoncito con la cadera para poder encargarme yo de la comida y le pregunté algo más sobre cómo había estado lidiando con los síntomas hasta ahora.

—No es para tanto —admitió, sentándose en la isla de la cocina.

—¿Hay algo que pueda hacer para ayudar?

Se encogió de hombros y luego negó con la cabeza. —Dejaré unas galletas saladas en la mesita de noche por si acaso, pero, con suerte, seré una de las afortunadas. —Me dedicó una sonrisa pícara y me recorrió lentamente con la mirada—. Ya *sé* que soy una afortunada por ser tu…

—¿Novia? —sugerí—. *Por ahora.* —¿La madre de mi hijo?

Se rio. —Mientras sea tuya, me vale.

—Lo eres. —Terminé con la comida, apagué los fuegos y me acerqué a ella. La rodeé, apoyando las manos a cada lado de su cuerpo, y la besé una vez—. Eres mía, Lila. Y a partir de ahora será diferente.

Apoyó las manos en mis abdominales, recorriéndolos ligeramente con las yemas de los dedos. —¿En qué sentido? —Un rubor le tiñó las mejillas—. Aparte de lo obvio: que tendremos un bebé con nosotros este año.

—No eres una invitada —dije, dándole un beso en la mejilla—. Eres mi pareja. —Le besé la otra mejilla.

—Me gusta cómo suena eso.

—Eres mi igual. —Le besé la nariz—. Mi novia. —Ahora, un beso en la frente—. Y la madre de mi hijo. —Le besé los labios.

Y en cuanto pueda adivinar si quieres casarte antes o después de que nazca nuestro bebé, con suerte, también serás mi esposa.

—Eres… —dije mientras le ahuecaba el rostro y le levantaba la barbilla hasta que me devolvió la mirada, hipnotizándome con el impacto de sus ojos azules llenos de confianza— el amor de mi vida. Y eso nunca cambiará.

Tiró de mí para darme otro beso, suspirando ante el tierno roce de nuestros labios.

Le rugió el estómago y ambos nos reímos. —Alguien tiene hambre —bromeé—. Ahora comes por dos.

Emerson entró en la cocina bostezando. —¿Quién come por dos?

Ella levantó una mano y sonrió. —Yo. Buenos días.

—Tú… —Me miró y vio mi sonrisa—. ¡Enhorabuena! —dijo, yendo a abrazarla y luego a mí.

Nos sentamos a comer juntos, hablando de que pronto un bebé se uniría a nuestras vidas. Emerson se alegraba por nosotros y, si lo interpretaba correctamente, ya estaba emocionado por convertirse en abuelo «de facto». Ya estaba insinuando con bastante insistencia que quería ser el padrino.

Después del desayuno, Lila admitió que se sentía mal por haber dejado su puesto en la residencia de ancianos. No solía ir tirando el dinero por ahí, pero me sentí aliviado de que pareciera agradecida cuando sugerí hacer una generosa donación para que el centro pudiera mejorar algunas de las cosas que necesitaban reparación o sustitución, como un gesto de buena voluntad por haberla sacado de aquel pequeño pueblo de forma tan inesperada.

Lila estaba totalmente dispuesta a volver a instalarse conmigo, y yo no pensaba impedir que cogiera una de las habitaciones de invitados como despacho oficial y zona de estudio para continuar con sus cursos *online*.

—Dependiendo de cuándo nazca el bebé, tendré que ajustar mis objetivos para terminar el próximo semestre.

Justo cuando pensaba que no podía quererla más. No iba a renunciar a su sueño de ser enfermera y devolvérselo al mundo solo porque estuviera embarazada. Era una mujer demasiado emprendedora y con un corazón demasiado compasivo como para no seguir sus sueños y trabajar por sus metas.

Emerson regresó a la cocina justo cuando estábamos a punto de irnos. —Mirad esto. —Cogió el mando a distancia para hacer que la televisión saliera de su escondite en el techo.

Esperé a que la encendiera y Lila se apoyó en mí. Yo tenía las piernas abiertas para que ella cupiera entre ellas, con la espalda pegada a mi pecho.

—¿Las noticias? —pregunté cuando encontró el canal que quería. Rara vez las veía; prefería leerlas en pequeñas dosis cuando me apetecía.

—Hoy quieres ver las noticias —dijo él.

En la pantalla, los reporteros mostraban a Vanessa y a Beatrice, a las que les estaban haciendo la foto policial por robo.

—Parece que estaban tan desesperadas que se volvieron descuidadas —bromeó Emerson.

Lila sonrió y asintió una vez. —Bien. Eso es el karma en acción.

Más tarde, tuvimos más noticias en forma de una publicación en internet.

—Camille ha sido arrestada por sobornar a un policía —nos leyó Emerson.

—¡Vaya! —Lila enarcó las cejas—. Es una trifecta de buenas noticias.

Asentí, sabiendo que la cosa no había terminado.

Después de cenar, Emerson me enseñó un informe sobre la detención de Adam. Ya estaba en problemas por plantar aquella cámara en mi casa. Pero ahora se le buscaba por sospechas de estar con chicas menores de edad en una discoteca famosa.

Lila frunció el ceño. —¿Cómo ha pasado todo tan rápido? —preguntó.

Emerson sonrió y yo me encogí de hombros.

—¿Has hecho tú eso? —preguntó ella con los ojos como platos.

—No, eso se lo han hecho *ellos* a sí mismos —repliqué—. Pero el equipo legal que tengo contratado cuenta con el mejor detective privado del mercado para trabajos puntuales.

—Joder —dijo, levantándose para coger la panera que nos habíamos olvidado en la cocina—. Recuérdame que nunca te busque las cosquillas.

La agarré por la cintura antes de que pasara y tiré de ella para darle un beso rápido. —Eso es imposible.

Se rio y fue a coger el pan.

Aunque pudiera pensar que estaba bromeando, me satisfacía el hecho de que no. En absoluto. Esta mujer solo recibiría mi amor, no mi ira.

Y no era ninguna broma que haría todo lo que estuviera en mi mano para hacerla feliz y mantenerla a salvo.

Si alguien quería acosarla o molestarla, tendría que pensárselo dos veces antes de volver a meterse conmigo y con mi futuro.

37

LILA

Dos meses después…

Saqué la bandeja del horno e hice una mueca. —Vale, puede que se hayan pasado un poco de cocción.

—Lila —llamó Gray desde el patio. Ahora que el verano había llegado oficialmente y las noches eran perfectas para cenar fuera, ya casi nunca usábamos el comedor—. ¿Qué es ese olor?

—¿Cebollas ligeramente quemadas? —respondí.

Se rio, pero no entró a ayudarme, ocupado con la tarea que le había encomendado. Poner la mesa para cenar con mi padre no era una labor ardua, pero este hombre a veces podía ser un perfeccionista. Se tomaba su tiempo para asegurarse de que todo estuviera perfecto. Y cuanto más tardara en encargarse de eso mientras yo terminaba con la comida, más tiempo estaría sin estorbar y sin darme la lata.

No lo des por sentado, Lila. Sonreí mientras ponía la bandeja en la rejilla para enfriar. Jamás lo haría. Gray era el hombre perfecto. Un amante atento. Un compañero considerado. Un amigo de confianza. Un cómplice bobalicón. Pero últimamente, estaba sacando a relucir

su verdadera naturaleza. Había empezado a dar señales de ser un padre primerizo excesivamente preocupado.

De repente, todo era demasiado pesado para que yo lo cogiera. Cualquier cosa un poco afilada era ahora demasiado peligrosa. Y si me atrevía a hacer ejercicio como de costumbre y me quedaba sin aliento, me estaba pasando de la raya.

Está aprendiendo sobre la marcha.

No era frágil por estar embarazada, pero era una clara coincidencia que, a medida que mi tripa crecía y se hacía por fin más pronunciada, de modo que parecía que estaba esperando un bebé y no simplemente hinchada, su instinto protector aumentaba. Su preocupación por cada pequeña cosa surgía constantemente.

Es porque me quiere.

No porque intente controlarme.

Aun así, con lo mucho que había luchado por conseguir y luego mantener mi independencia, era un desafío.

Mi padre llegó justo cuando Gray y yo sacábamos todos los platos fuera.

—¿Cuál es la ocasión especial? —preguntó mientras me abrazaba.

Las cosas estaban mejor ahora, pero no fue un milagro de la noche a la mañana. Supongo que si Gray y yo nos hubiéramos reconciliado y empezado a estar juntos sin todo el drama y el infierno de Vanessa y Adam, habría sido aún más difícil de convencer. Por desgracia, la saga con mi exmadrastra no tuvo un final limpio. Lo combatió en los tribunales. Protestó por la vía legal, contratando a los abogados más corruptos que pudo encontrar. Aunque la detuvieron por robo, y aunque había innumerables pruebas en su contra, aun así intentó librarse de admitir cualquier fechoría. Durante meses, intentó joder a mi padre. Usó la excusa de una crisis nerviosa, luego se inventó mentiras sobre que él la maltrataba, sobre que *yo* la maltrataba.

Daba la sensación de que estaba improvisando con la esperanza de que algo colara, lo que fuera con tal de no pagar por sus crímenes.

Tuve que soportar largos interrogatorios, testificando sobre cómo me ocultaba dinero. Entregué mensajes de voz, correos electrónicos y mensajes de texto suyos, todo pruebas que mostraban un patrón de cómo intentaba utilizarme.

Adam también se rindió, enfrentándose a sus propios problemas, concretamente a acostarse con menores y emborracharlas. Probablemente no le preocupaba salir airoso, con los señores Foreman deseosos de pagar a todo el mundo, acallar las habladurías sobre el escándalo de su familia y dispuestos a hacer borrón y cuenta nueva con todo lo que había hecho. Quizá por eso, no tardó en confesarlo todo: cómo Vanessa lo presionaba para que se casara conmigo y, después, cómo Camille lo sedujo y le pagó para que intentara separarnos a Gray y a mí.

Beatrice tampoco estaba ya en nuestras vidas; se había largado con un viejo con dinero y ahora vivía en Las Vegas, por lo que nos habían contado.

Mi padre lo había pasado fatal con todo aquello, y yo estaba segura de que no querría volver a tener una relación nunca más.

Al estar distraído y preocupado por todo ese quebradero de cabeza, empezó a reducir su ritmo de trabajo. Encontró un nuevo psicólogo que lo estaba ayudando con todo lo que había sucedido. Y aunque a veces albergaba una persistente molestia por el hecho de que yo hubiera elegido a su amigo para que fuera mi hombre, nada podía impedir que le entusiasmara la idea de tener un nieto.

Ya no tenía que preocuparme de que estuviera solo otra vez. Estaría más en casa, listo para ser un abuelo muy implicado.

Siempre y cuando no pienses mimarlo demasiado.

—¿Necesitamos una ocasión especial para cenar en familia? —pregunté mientras me sentaba.

—No —sonrió y miró a Gray—. Pero empezaba a preguntarme si va a hacer lo correcto. —Alzó las cejas y clavó en Gray una mirada expectante.

Levanté mi mano libre mientras pasaba un plato de comida. —No empieces con eso. No hay nada *correcto* cuando se trata de relaciones.

—Tú deberías saberlo —bromeó Gray—. Pensar que casarse con Vanessa era lo *correcto* solo porque estabas ciego al hecho de que Lila tenía todo lo que necesitaba en un padre contigo, no con una mala sustituta de madre.

Mi padre hizo una mueca, todavía incapaz de digerir el recuerdo del que fue, indiscutiblemente, su mayor error y del que siempre se arrepentiría.

—Ya te lo he dicho. No quiero planear una boda ni siquiera pensar en la idea de una antes de que nazca este bebé. —Le sonreí a Gray. Habíamos hablado de nuestro futuro a menudo. A diario. Cada noche. Era imposible no sentir que un gran lienzo en blanco se extendía ante nosotros. Estábamos haciendo planes para el bebé. Planeando que él redujera su carga de trabajo para estar en casa más de lo que ya estaba. Yo planeaba ajustar mis clases de la carrera de enfermería para compaginarlas con la maternidad. Planeábamos traer a Emerson no como asistente, sino como socio en los negocios de Gray.

Añadir una boda a todo eso era demasiado estresante.

El matrimonio estaba implícito. Pero ahora mismo, me alegraba tomarme la vida día a día, un día radiante y hermoso cada vez.

—Solo intento prepararme para el día en que vaya a llamarlo «yerno» —bromeó mi padre con ironía.

Todos nos reímos, pero Gray bromeó diciendo que él tampoco estaba seguro de poder llamar «suegro» a su mejor amigo. Era en

momentos como estos cuando su amistad parecía capaz de sobrevivir al camino pedregoso que siguió a aquellas fotos filtradas.

Y eran momentos como estos los que atesoraría para siempre.

Cuando terminamos de comer y nos quedamos sentados disfrutando de la puesta de sol, cogí un sobre que tenía esperando bajo la servilleta. —Preguntaste cuál era la ocasión especial —le recordé a mi padre.

Se encogió de hombros. —Tienes razón. No necesitamos ocasiones especiales para estar juntos. —Sonrió rápidamente—. Pero la próxima vez, será en la casa nueva e intentaré recrear ese plato de pasta que tanto te gustaba cuando eras más joven.

Uf. Las especias italianas eran una de las cosas que no podía soportar ahora mismo. Las náuseas matutinas eran una molestia del pasado, pero mi paladar y mi apetito eran impredecibles.

Gray abrió la boca para hablar, pero le cogí la mano y se la apreté. Iba a sugerir algo diferente, pero no era necesario. Él podía comer lo que yo no podía y así no heriríamos los sentimientos de mi padre.

Siempre dispuesto a protegerme y a satisfacer mis deseos.

Realmente había tenido suerte al encontrarlo para completar mi vida.

—Sin embargo, sí que hay una ocasión especial para esta noche — dije mientras le entregaba el sobre.

—¿Qué es esto? —Nos miró a mí y luego a Gray—. Joder. Ya os lo he dicho. No quiero ningún trato especial ni que me devuelvan el favor por esa casa.

Se había mudado de la casa que había compartido con Vanessa y Beatrice, la casa que una vez fue donde vivimos juntos cuando mi madre vivía. Vanessa y Beatrice habían mancillado la residencia, y mi padre la había vendido para vivir en un lugar más cercano a nosotros. Gray, por supuesto, había ayudado a encontrar el lugar

adecuado, pero habían discutido un poco porque Gray fue demasiado generoso al no cobrar comisión.

—Ábrelo y ya está —le dijo él.

Mi padre no lo hizo y nos miró con el ceño fruncido. —¿Qué es esto?

—El sexo del bebé —le dije, apoyando la mano en mi vientre—. Queríamos que fueras el primero en saberlo.

Su expresión se suavizó mientras sonreía. —¿Yo?

Asentí.

—Así podrás empezar a perfeccionar tus planes para tu nieto o nieta —dijo Gray en tono de broma. Era casi como una competición, si a Gray le hacía más ilusión ser padre o a mi padre ser abuelo.

—¿Queréis que lo abra? —preguntó de nuevo, sosteniendo el sobre.

Ambos asentimos y solté una risita. —¡Date prisa! ¡Llevo preguntándomelo todo el día desde la cita!

—Quiero saber si daremos la bienvenida a Stella o a Thomas en Acción de Gracias —dijo Gray.

Fruncí el ceño. —¿No habíamos cambiado Stella por Daphne?

Se encogió de hombros. —Stella suena más clásico.

—A mí sí me gusta Daphne —dijo mi padre.

—Y ya no estoy tan segura con Thomas. —Hice una mueca—. Le pondrán el apodo de Tommy y es tan… —Puse una cara de asco.

—Vale. Daphne o… —Gray frunció el ceño—. ¿Cuál era la segunda opción para un niño?

—Louis —respondí.

—No. Ese era el nombre que querías *tú*. Yo lo veté.

—Oh. —Me mordí el labio—. Um, no me acuerdo. Hemos hecho tantas listas.

Mi padre se rio entre dientes y abrió el papel para mirar dentro. —Bueno, tendréis que revisar vuestras listas y tomar una decisión final antes de Acción de Gracias para que este niño tenga un nombre u otro.

—¿Un niño? —Sonreí, inclinándome para abrazar a Gray. Me subió a su regazo, besándome lo mejor que pudo con esa enorme sonrisa en los labios.

—¿Un niño? —le preguntó a mi padre.

Él también sonreía de oreja a oreja. —Mi primer nieto.

Me atraganté con una risa. —¿*Primer*?

Asintió, dejando el sobre y el papel sobre la mesa. —Oh, estoy seguro de que será el primero de unos cuantos nietos. —Al vernos juntos, soltó un profundo suspiro y pareció que se le esfumaban todos los problemas que tenía con cómo Gray y yo habíamos llegado a este punto como pareja: enamorados y esperando un hijo.

—Porque cuanto más os veo juntos, más sé que me equivoqué al dudar de tus intenciones. Es obvio que estáis enamorados. Y sois amigos además de pareja.

Apoyé la cabeza en Gray, satisfecha de que mi padre estuviera por fin aceptándonos por completo. Celebrando nuestra unión.

—Tengo que admitir que no hay mejor hombre para ti, mi querida Lila. —Asintió una vez hacia Gray—. Veo cómo la cuidas, y siempre confiaré en ti para mantenerla segura y feliz.

—Siempre —convino Gray, levantando su bebida para brindar por ello. Una vez que él y mi padre chocaron sus vasos, Gray me besó profundamente.

Siempre.

Realmente parecía el comienzo de una aventura que nunca querría que terminara.

Más tarde, en la cama, después de que Gray me demostrara cómo planeaba adorar mi cuerpo cada vez que pudiera, me abrazó con fuerza mientras veíamos la luna brillar, grande y baja en el cielo oscuro. Al dejar las ventanas entreabiertas para disfrutar de la brisa, nos deleitamos con la etérea danza de las cortinas mientras flotaban con la corriente.

—No puedo creer cómo todo está encajando por fin en mi vida — admitió en un susurro somnoliento.

Me acurruqué más cerca y exhalé satisfecha, lista para quedarme dormida mientras él me acariciaba el brazo con la yema del dedo.

—Yo sí puedo —repliqué dulcemente—. Porque tú y yo juntos nunca fuimos un pecado. Estábamos destinados a estar juntos.

Me besó y cerró los ojos con una sonrisa en los labios.

38

GRAY

Cinco meses después…

—Vale, vale, vale —dijo Darcy, levantando una mano mientras ella y Annie terminaban de comer pizza conmigo y con Lila—. ¿Qué tal este?

Lila gimió, arqueando la espalda. —Cualquier cosa. Me plantearé lo que sea para que este niño salga de mí de una vez.

Annie se rio y le frotó la espalda al pasar a su lado para apilar los platos en la encimera.

Desde que Lila se mudó conmigo y se resolvieron todos los problemas de su vida, se había asegurado de reavivar su amistad con estas dos mujeres. Eran comprensivas y demasiado dulces como para no seguir en su vida. Venían de visita a menudo y yo estaba seguro de que, un día, se darían cuenta de que fui yo quien compró su edificio y lo reformó. O quizá ya lo sabían y, simplemente, eran demasiado dulces para reconocer el acto de caridad.

Era simplemente una forma de devolver el favor. O de adelantarlo.

Una noche, Lila me contó que Darcy la había salvado después de que descubriera a Adam engañándola con Beatrice, ofreciéndole su sofá. Y luego, cuando me explicó que había estado cubriendo el turno de Darcy en el salón de eventos cuando me vio, sentí que era cosa del destino.

La contraté para que ayudara a Emerson, y Lila estaba increíblemente agradecida por mi generosidad y compasión.

Yo no lo veía más que como una forma de pagarle por haber traído a Lila de vuelta a mi vida.

—Este es un post viral de TikTok —dijo Darcy.

Lila y yo la miramos, dispuestos a escucharla mientras buscaba trucos y consejos para bebés que se retrasaban. Dentro de lo razonable, Lila haría lo que fuera para inducir el parto y animar a mi hijo a hacer su entrada. Llevaba dos días de retraso y, aunque el médico no estaba preocupado y decía que todo iba bien, ella se quejaba de que quería poder agacharse y atarse los zapatos otra vez —aunque yo lo hacía por ella—, o respirar con normalidad —en eso no podía ayudarla—, y no tener que hacer pis constantemente. También sería un paraíso librarse de ese dolor de ciática. Escuchaba todas sus quejas y deseaba que ella también pudiera librarse de todo, pero mis ganas se unían al deseo de conocer a nuestro hijo.

—Te escucho —le dijo Lila. No usaba mucho las redes sociales. Aunque el escándalo sobre nosotros era agua pasada, afirmaba que no veía ninguna razón para estar en las plataformas que difundían tantos cotilleos. Iba en contra de su naturaleza, esa sensación de no querer ser nunca el centro de atención. Por eso manteníamos las cosas privadas y sencillas con nuestros planes familiares. Como la cena en la que hicimos que Marcus nos revelara el sexo del bebé al final de una comida de verano cualquiera en el patio.

—Te bebes una lata de agua con gas y luego te comes una bolsa de patatas fritas cajún —dijo Darcy con una mueca.

—Oh, Dios —dije yo, haciendo una mueca también.

—Eso suena a un infierno de acidez —dijo Annie.

Lila se estremeció. —*Todo* me da ardor de estómago.

—La idea de los fideos picantes la llevaste bien —dijo Darcy.

Esa fue la primera idea: comida picante.

—Sí, pero eran fideos. Los fideos siempre son mis amigos.

Me pregunté si su manía por los carbohidratos en este embarazo continuaría después de dar a luz.

Si es así, la ayudaré a quemar esa energía extra en la cama.

Lo había intentado todo.

Botar en una pelota de equilibrio. Subir y bajar escaleras. Dar un paseo en coche por encima de baches. Comer extrañas combinaciones de aperitivos o bebidas supuestamente infalibles que se suponía que provocaban el parto.

Todavía no estaba seguro de qué valor científico tenía darse un baño en agua a exactamente diecinueve grados, pero también lo había intentado.

—Lo tengo —anunció Emerson, entrando en la cocina con una bolsa de papel en la mano. Venía a menudo, era casi de la familia, pero desde que terminamos la habitación del bebé y esto parecía más un hogar familiar que el piso de dos solteros, se mudó a la casa de invitados de al lado.

Puso la bolsa en la encimera y sacó un recipiente de cristal con incienso. Luego, un bote grande de…

Entrecerré los ojos para leer la etiqueta. —¿Pompas?

—No estoy segura de si quiero saberlo —bromeó Annie.

—Se supone que el incienso activa una conexión neuronal entre el sentido del olfato y otra parte del cerebro que interviene en el parto —explicó.

Enarqué las cejas, mirándolo sin palabras.

—Y si eso falla, soplar pompas supuestamente imita los ciclos de respiración profunda que le permitirán a tu cuerpo saber que está listo para soportar el estrés del parto —se encogió de hombros.

Darcy se rio, ordenando la cocina. —¿Dónde has oído eso?

—Una mujer en el barrio chino —dijo él, encogiéndose de hombros de nuevo.

—Gracias, pero… —suspiró Lila—. No, gracias. Creo que mejor me voy a echar una siesta. Quizá sueñe que conozco a este pequeñín y eso desbloquee un bloqueo subconsciente o lo que sea.

Mis amigas se despidieron de mí con un abrazo y se marcharon. Emerson comprobó si necesitábamos algo antes de ir a su casa de invitados a trabajar.

Por desgracia, yo tenía que irme un rato. —Pero estaré en casa antes de la cena —la seguí al dormitorio para arroparla.

Bostezó y asintió. —Lo sé.

Casi había querido no ir a la reunión con Marcus y los abogados, pero Lila insistió. Su lógica era que su padre también necesitaba a su amigo. Además, parecía que Lila veía a Marcus como a mí, que los dos estábamos rozando la sobreprotección y obsesionados con preocuparnos por ella, también con lo mucho que se pasaba de la fecha.

Nos avisarían en cuanto sospechara que estaba cerca del parto, pero de momento, nada.

Esta reunión sobre los detalles finales de las contrademandas de Vanessa sería la última, o eso esperaba. Porque una vez que naciera

este bebé, seríamos una familia muy ocupada, adaptándonos.

Lila se echó la siesta, pero se despertó cuando me metí en la cama con ella.

—Mmm —dijo a modo de saludo adormilado.

—¿Cómo te encuentras?

—Embarazada —respondió mientras la abrazaba en cucharita, acariciándole la barriga.

—Estaba seguro de que hoy sería el día —murmuré mientras empezaba a besarle el cuello.

Sonrió, sin abrir los ojos todavía. —Nosotros también. Lo he intentado todo. No quiero que me lo tengan que inducir con medicación, pero creo que a eso vamos a llegar.

Deslicé la mano hacia abajo hasta tener los dedos entre sus piernas. —No lo hemos intentado *todo*.

Se rio mientras la apremiaba a mover la pierna para poder meterle los dedos. —Sí, lo hemos hecho. Follamos todas las noches.

—Pero hoy no.

Se rio mientras me incorporaba y la besaba. Me enmarcó la cara mientras respondía a mis caricias. —Sí, lo hemos hecho. ¿O te has olvidado de esta mañana?

Fruncí el ceño. —Eso fue diferente.

Parecía que se habría reído si no la estuviera excitando tan rápido. La presión de mi dedo alrededor de su clítoris pareció hacer que dejara de pensar. —Da igual. Se supone que los orgasmos inducen el parto. No importa si es un orgasmo de esa polla tuya tan grande o de tu boca…

Me incliné para besarla, apretando mi mano para darle más fricción.

Su cara se relajó mientras respiraba más deprisa. Saber que podía hacerla sentir así de bien era la mayor recompensa.

Pero esta vez, un agudo jadeo escapó de ella. —Oh —se encogió y me quedé quieto—. Ay.

Solté una risa ahogada. —¿En serio?

—En serio, *ay* —dijo, haciendo una mueca y respirando para soportar el dolor repentino.

—Soy la hostia —bromeé, levantándome para ayudarla a sobrellevar lo que parecía ser, por fin, una contracción.

—¡No voy a estar bien hasta que me pongan la epidural, joder!

Sucedió muy rápido. La espera y la falta de sensaciones, y ahora ella en plena agonía.

En un torbellino de actividad, íbamos de camino al hospital. Llamé a Emerson. Un conductor estaba esperando y listo para salir; lo había estado toda la semana. Marcus también apareció después de que Emerson lo llamara, y todo fue una ráfaga de prisas mientras las contracciones de Lila se hacían cada vez más seguidas.

Rompió aguas en cuanto la ayudé a entrar en el hospital.

Y en menos de una hora, aguantó el parto de forma natural y me dio el mayor regalo: nuestro hijo.

Mi hijo.

Mi primogénito.

Conteniendo las lágrimas de alegría mientras sostenía a Ethan Marcus Hale, me di cuenta de que mi vida estaba completa. La soledad nunca volvería a atormentarme. La sensación de no volver a confiar mi corazón a nadie no volvería a torturarme.

Lo tenía todo. A mi hijo sano en brazos. A mi preciosa y agotada futura prometida sonriéndonos.

—Es perfecto —dijo Marcus, viéndome sostenerlo. Contuvo las lágrimas, muy orgulloso de ver a su nieto con nosotros.

—Se ha hecho de rogar —bromeó Lila, haciéndonos reír a todos.

—Oh, solo un par de días —dijo la enfermera con una risa—. Eso no es tan malo.

—No. No hay nada malo —dijo Lila con una mirada de asombro y amor mientras me veía sostener a nuestro hijo—. A partir de ahora, solo vendrán cosas buenas.

—¿Quieres cogerlo? —le pregunté a Marcus, contento de que ahora nos lleváramos mejor. Y más feliz aún de que él y Lila también hubieran resuelto sus problemas. Aunque Lila siempre sería la prioridad número uno en mi vida, ella y nuestro hijo, nunca abandonaría a mi amigo.

Nos había llevado tiempo, pero no quedaban rencores entre nosotros.

Marcus extendió los brazos y observó con puro amor cómo le entregaba a Ethan, envuelto en la manta azul y blanca.

Sonriéndole, no pude evitar bromear: —Felicidades, abuelete.

Me dedicó una sonrisa de satisfacción, demasiado eufórico por la alegría como para molestarse.

—Tú y yo vamos a vivir muchas aventuras —le dijo al bebé mientras caminaba hacia una silla para sentarse y mecerlo—. Te voy a enseñar a jugar a la pelota. Te voy a llevar a pasear por el parque.

Ignorando la lista de cosas que Marcus anhelaba hacer, volví junto a Lila y le besé la frente.

—Te quiero, Lila —le dije en voz baja.

Tiró de mí para darme otro beso. —Y yo a ti.

—Gracias por completarme.

Con una sonrisa grande pero cansada, me cogió la mano y la apretó. —Nos completamos el uno al otro —respondió, y estuve totalmente de acuerdo con ese sentimiento.

39

LILA

Tres meses después…

—Es que no entiendo por qué has querido volver —le dije a Gray mientras me daba prisa para ponerme los pendientes en los lóbulos.

Él suspiró, esperándome en la puerta con mi abrigo en la mano. —Te lo he dicho.

Teníamos prisa por salir de casa para asistir a aquel evento benéfico en el que me lo encontré el año pasado. El mismo evento, para la misma organización benéfica para personas sin hogar, en el mismo salón de recepciones. Darcy ya no trabajaba allí; estaba demasiado metida en su carrera como asistente ejecutiva para Emerson.

—Dímelo otra vez —dije.

—Porque quiero cuidar de mi nieto —dijo mi padre mientras cruzaba el vestíbulo.

—Que no me vea —dije, encogiendo los hombros y apartándome de mi hijo. Ethan era un bebé feliz, sano y a menudo hambriento.

Juraría que tenía un radar para detectarme. O para detectar mis tetas.

Gray se rio entre dientes mientras mi padre sostenía a Ethan con fuerza. El niño, que babeaba con el mordedor que mi padre le había ofrecido, lo masticaba con las encías.

—No hace falta que te vea —dijo Gray—. Puede oírte. Olerte.

—Como empiece a llorar, se me va a salir la leche y voy a manchar este vestido como el primero que pensaba ponerme esta noche. —Le lancé una mirada irónica.

La lactancia materna estaba bien, pero no era justo que, con un solo llanto, me convirtiera en un surtidor de leche.

—Entonces me lo llevo de la habitación —dijo mi padre—. Esta va a ser una noche del abuelo y Ethan.

—Sí —dijo Marcus—. ¿Por qué te cuesta tanto dejarlo una noche?

Él sabía que yo era hogareña y que odiaba ser el centro de atención. Estaba trabajando en ello, con su ayuda, pero no era mi aversión a salir lo que me tenía tan intrigada sobre por qué Gray insistía en que fuéramos a esta gala benéfica esta noche, la víspera de San Valentín.

—No me cuesta —respondí. Miré a mi padre, feliz y sonriente con mi hijo—. Me encanta que vayas a tener tiempo para cuidarlo. Pero ¿por qué esta gala? ¿Por qué este evento?

Gray se encogió de hombros. —¿Por los viejos tiempos?

Le sonreí de lado, ya con los pendientes puestos. Me volví hacia él para ponerme el abrigo, suspiré e intenté quitarme de la cabeza esta curiosidad.

—Pero era un evento para subastar a solteros.

Se rio entre dientes y se inclinó sobre mi hombro para besarme. —Y eso me excluye. Yo ya tengo dueña.

Una lenta sonrisa apareció en mis labios. —Y tanto que la tienes.

Era mío. Mi Valentín para el resto de nuestras vidas.

Nos fuimos y Gray me sonrió mientras el coche nos llevaba a la ciudad. —Ya no es una subasta —explicó.

—¿No?

Negó con la cabeza. —No le conté a nadie que casi me drogaron esa noche. Pero parece que alguien más lo vio. O lo sabía.

—Es verdad. —Asentí, recordando cómo a Camille le habían caído más cargos por contratar a alguien para drogar a Gray—. Me alegro de que alguien diera un paso al frente y lo contara.

—El director de la organización benéfica tuvo mala prensa por ello, de hecho. Su mujer decidió encargarse de los eventos de recaudación de fondos y ha planeado que este sea una simple cena. Sin subastas. Creo que están perdiendo las grandes donaciones por ello, pero eliminar la parte de la subasta fue una decisión inteligente con lo que casi ocurrió el año pasado.

Desde luego, parecía una elección inteligente. —Solo espero no volver a ver a aquella supervisora. —Me reí, pensando en el miedo que pasé a que despidieran a Darcy cuando la sustituí aquella noche que estaba enferma.

Y míranos ahora.

Avanzaba en mis estudios de enfermería, haciéndolo lo mejor que podía como estudiante a tiempo parcial y madre. Ese era el trabajo que nunca había esperado tener tan pronto, pero era, con diferencia, el más importante que haría jamás.

Darcy tampoco trabajaba ya allí, totalmente inmersa como mujer de negocios bajo la dirección de Emerson.

E incluso Gray había experimentado un cambio de carrera, dejando su puesto para centrarse en mí y en nuestro hijo.

Llegamos al salón de recepciones y, sorprendentemente, no fue tan difícil integrarse entre la multitud. Esta vez no estaba aquí como camarera, sino como invitada.

Darcy estaba allí con su pareja, lo que me sorprendió.

—No sabía que ibas a venir —le dije.

—Es por una buena causa —respondió con una sonrisa tontorrona.

Emerson también estaba allí, sin pareja, pero dándome la misma respuesta. —¿Cómo no iba a querer estar aquí en una noche tan importante como esta?

Fruncí el ceño y miré a Gray.

Él entornó los ojos, con una mirada casi glacial mientras fulminaba a su amigo.

—¿Qué? —Miré de uno a otro; Gray estaba mosqueado y Emerson sonreía—. ¿Qué me estoy perdiendo?

—Es una gran noche —dijo Emerson—. La organización benéfica cree que esta será una de las mejores recaudaciones de fondos hasta la fecha.

—¿Ah, sí? —Miré a mi alrededor a toda la gente rica que se relacionaba y firmaba cheques en la subasta silenciosa. Era una actividad mucho más sensata que subastar «citas» con solteros.

—¿Hay algo especial por lo que pujar? —pregunté.

—Yo pujaría por ti —dijo Gray.

Puse los ojos en blanco y sonreí. —Tú ya me tienes.

Me abrazó con fuerza. —Y no pienso soltarte nunca.

Lo besé, eufórica al saber que la emoción y la alegría de que fuera mío nunca se desvanecerían. Cada beso era mejor que el anterior. Cada caricia, más excitante que la precedente.

Mientras me guiaba hacia las mesas de la subasta silenciosa, examiné las ofertas sobre los manteles de lino. Muchas eran regalos y artilugios de diseño. Algunas eran paquetes de servicios. Al final de un pasillo se mostraba un vídeo promocional de un coche, el cual el ganador se llevaría a casa esa misma noche.

—¿Qué tal este? —preguntó Gray, llevándome de la mano hacia un hombre que estaba de pie detrás de la mesa. Algunos de los artículos de la puja tenían a un asociado allí para explicar en qué consistía la oferta.

Sin embargo, no estaba segura de qué representaba este hombre. No lo reconocí y no tenía muchas cosas sobre la mesa como muestra.

Le dirigí una sonrisa educada. —¿Por qué se puja aquí?

—Por mí. —Gray se arrodilló, todavía sujetando mi mano.

Sonreí lentamente, dándome cuenta al instante de que por fin iba a resolver el misterio de la pedida de mano. Le había dicho que no quería el estrés de planificar una boda hasta después de que naciera nuestro hijo, y él se había comprometido a esperar esta oportunidad.

—Puja por mí, Lila. Puja por ser mi mujer y hacerme el hombre más feliz del mundo.

Me reí ligeramente, divertida y emocionada de que se hubiera molestado en organizar esto. Cuando el hombre de detrás de la mesa sacó una bandeja con anillos, me di cuenta de que estaba allí como representante de una joyería. Había algunas piezas de anillos y collares finos en otras mesas, pero aquí, se esperaba que nos ofreciera los servicios directamente a nosotros.

—Me alegro *muchísimo* de que no te hayas subido al escenario para pedírmelo —dije con una sonrisa.

—No. No quiero compartir este momento con todo el mundo. Solo somos tú y yo, Lila. —Sonrió, mirándome con amor en los ojos.

Eso no era del todo cierto. Ahora tenía sentido por qué Darcy y Emerson estaban aquí y cómo habían formulado sus respuestas. Cómo Darcy había dicho que estar aquí era por una buena causa, como si tuviera una buena razón. Y luego cómo Emerson había dicho que sería una gran noche.

Los encontré mirándonos. Darcy sonrió aún más mientras lo grababa. —Lo sabíais —los acusé en broma.

—Tú también lo sabías —bromeó Emerson.

Respiré hondo y tiré de la mano de Gray para instarlo a que se levantara. Mientras se ponía en pie, tiré de él hasta que me rodeó con su brazo. Sin necesidad de decir una palabra, le di mi respuesta: con un beso. Suspirando contra la calidez de sus suaves labios, abracé esta nueva etapa de mi vida con él.

—Sí, Gray. Me encantaría ser tu mujer.

Me levantó la barbilla para besarme de nuevo, esta vez de una forma más posesiva y hambrienta que la primera.

Los aplausos se alzaron a nuestro alrededor, y el estruendo de las felicitaciones llegó a mis oídos. Pero mientras me separaba de mi prometido y le sonreía, me concentré en el amor que él me daba.

Era todo lo que necesitaba y todo lo que querría jamás.

—Te quiero, Gray.

—Y yo a ti, mi prometida. —Sonrió con aire de suficiencia y me pidió que eligiera mi anillo.

40

GRAY

Sostuve en alto la mano de Lila y admiré el anillo que había elegido en las mesas de la subasta silenciosa.

—¿Te gusta? —le pregunté mientras esperábamos que trajeran mi coche para llevarnos a casa.

—Me encanta. Y te quiero —dijo, y tiró de mi corbata para que la besara.

—¿Cuánto tardaremos en casarnos? —pregunté.

—¿Impaciente? —bromeó ella con una sonrisa.

—Estoy impaciente por el coche —mascullé, rodeándola con mis brazos para protegerla del viento frío.

—Esto parece un déjà vu —admitió, acurrucándose contra mí.

—¿Quieres mi abrigo? —le pregunté.

—Ahí está —dijo ella en su lugar, señalando el coche.

Costaba creer que hacía solo un año, justo en esta fecha, había estado de pie delante de este edificio con ella, hablando sobre cómo llevarla a casa. O traerla a la mía. Ahora, mientras subíamos al

asiento trasero del coche, me alegraba de que el destino fuera siempre el mismo. A *nuestro* hogar.

—¿Recuerdas cómo fue la última vez? —bromeó con una sonrisa pícara mientras yo cerraba la puerta y la animaba a sentarse a mi lado.

—¿Así? —repliqué, contento de que el conductor llevara auriculares y el panel de privacidad estuviese subido. Inclinándome hacia ella, le sujeté la cara con las manos y la besé. Separó los labios al instante y gimió en mi boca.

Un calor me recorrió por dentro ante el adictivo sabor de sus dulces labios. La polla se me endureció aún más rápido mientras ella gemía y me chupaba la lengua.

—Así mismo —asintió contra mis labios.

Se acercó a mí gateando y se sentó a horcajadas en mi regazo, volviendo justo a donde lo había dejado la última vez que salimos de ese salón.

Restregándose contra mí y besándome sin pausa, demostró que pretendía convertir esto en una tradición. Una repetición. Y yo estaba totalmente a favor, sujetándole el culo mientras se frotaba contra mí, engullendo sus gemidos necesitados mientras me rodeaba el cuello con los brazos.

—Joder, eres perfecta —gruñí mientras ella bajaba la mano para desabrocharme los pantalones.

—E impaciente —bromeó, jadeando mientras usaba la otra mano para bajarse el cuello del vestido. Antes de que pudiera responder, me agarró la nuca y me lanzó su pecho.

Sonreí, pasando la lengua lentamente alrededor de su pezón erecto. Estaba muy sensible, sobre todo por amamantar a nuestro hijo, pero en ese momento respondía a mis succiones y besos; era toda mía.

—Oh, Dios. Gray. Te quiero, pero si no te das prisa…

Riéndome por lo bajo, me di cuenta de lo rápido que quería que ocurriera.

—No hay prisa.

Tenemos el resto de nuestras vidas para amarnos.

—Sí que la *hay* —argumentó mientras yo le subía el vestido y le agarraba el tanga. El fino trozo de tela no aguantó un tirón firme de mis dedos. Se quedó desnuda, y no perdí ni un segundo antes de frotarle el coño.

—¿Cuál es la prisa? —me burlé entre besos en sus tetas y su cuello —. Te llevo a casa, ¿recuerdas?

—Mmm-mmm. —Bajó la mano para liberar mi polla de los pantalones, besándome con una codicia que no podía intentar ignorar.

—A casa, donde estará nuestro bebé. Nuestro hijo que se despierta toda la noche y tiene la costumbre de interrumpirnos cada vez que intentamos tener un segundo a solas.

—Quizá sea su forma de decir que quiere ser hijo único por un tiempo.

Me sujetó la nuca y me miró fijamente. La picardía y la adoración se mezclaban en su rostro, pero fue el amor que brillaba en sus ojos azules lo que me dejó atónito, como cada vez que me perdía mirándola y sabiendo que me había elegido a mí para ser suyo.

—Pues qué pena —susurró mientras alineaba la cabeza de mi polla con su coño mojado. Aparté los dedos, acariciando el dulce globo de su culo para apretar su firme carne.

Gimiendo de placer mientras se hundía en mí, dejó caer la cabeza hacia delante hasta que apoyó la frente en mi hombro.

—Oh, joder.

Gruñí, hincando los dedos en su culo mientras saboreaba el apretado guante que me envolvía la polla.

—Qué pena —dijo entre respiraciones entrecortadas mientras se levantaba—. Porque quiero más.

Sonreí, tratando de no dejarme llevar demasiado rápido por el tormento de su cabalgata. Se levantaba y volvía a restregarse contra mí, una y otra vez, mientras nos llevaban a casa.

—Más, Gray. También quiero una hija. Otro hijo. Quiero una familia contigo.

—La tendremos —le prometí.

—Lo quiero todo contigo —susurró.

—Puedes tenerlo. Lo tendrás todo —le prometí, respirando a través de la oleada de deseo que hacía que mi corazón bombeara tan rápido y la intensidad de ella llenándose con mi polla.

—Porque te quiero —le prometí antes de besarla, devorando sus labios con los míos mientras ella me follaba. Sus pechos se frotaban contra mí, y el contraste de su piel desnuda sobre mi esmoquin le daba a esto una emoción más traviesa. La velocidad con la que botaba sobre mi polla en el asiento trasero añadía un elemento más de peligro.

—Córrete, Lila. Córrete para mí —le dije antes de sujetarla por la espalda e inclinarla hacia atrás. El ángulo me dio la oportunidad de añadir mi dedo a su clítoris, para estimularla más. Mientras se inclinaba hacia atrás, todavía moviendo las caderas sobre mí para aumentar el ritmo de su follada, cerré la boca sobre la delicada y suave curva de su pecho.

Se tensó, se puso rígida antes de empezar a temblar. Aunque soltó un pequeño grito, el resto del mundo no lo oiría.

Solo estábamos ella y yo aquí dentro. Juntos, como siempre estaríamos. Mientras se corría, apretándose alrededor de mi polla,

perdí el control y disparé mi semen en lo más profundo de su vientre. Temblé con la intensidad de la corrida, pero mientras ella se estremecía y recuperaba el aliento, la estreché contra mí. Arropándola en mi abrazo, apoyé la barbilla en su cabeza e intenté que mi corazón se calmara, que volviera a la tierra después de ese polvo rápido.

Sintiendo cómo se le levantaban las mejillas mientras sonreía y suspiraba, relajándose tras la descarga de habernos corrido juntos tan deprisa, le acaricié la espalda.

—Siempre lo tendrás todo, Lila. Porque eres mi primer y último San Valentín.

Me miró con una sonrisita.

—¿Tu pecaminoso San Valentín?

Negué con la cabeza, divertido de que, justo un año atrás, la hubiera llamado así cuando decidimos que el riesgo de rendirnos al deseo que había entre nosotros merecía la pena.

—Mi San Valentín para siempre.

La besé, sabiendo que solo estábamos empezando nuestra aventura y construyendo nuestra familia y nuestro futuro.

No por habernos atrevido a abrazar un error prohibido, sino por un amor predestinado que nada podría romper.

TAMBIÉN POR LYDIA HALL

Navidad Unida por Sangre

Juramento de Sangre de Navidad || Una Navidad de sangre y deseo

Corazones Lastimados

Bestia Despiadada || Monstruo Despiadado || Príncipe Diabólico

Doctores Prohibidos

La Sorpresa Doble del Zorro Plateado || Dilema laboral: El jefe atractivo || Monstruo Despiadado || Bajo sus órdenes

Los Diabólicos Hermanos Braddock

Amor Abrasador || Dime Que Me Amas || Una Segunda Oportunidad para Amar || Embarazada: ¿Quién es el padre? || Embarazada del Chico Malo

Secretos de Oficina

Nuevos Comienzos || Conexión corporativa || Atrapado en el medio || Fingiéndolo para el Jefe || Bebé nos hace tres || El Secreto del Jefe || Doble sorpresa || El Papá de mi Mejor Amiga

Atracción prohibida

El Novio de Mi Madre || El Mejor Amigo de Mi Padre || Papá Encubierto || Los gemelos del doctor || Ella Es Mía || Confianza Enredada || Pecaminosamente Tuyo

Corazones Festivos

Un Feliz Malentendido || Navidad entre Sus Brazos || Una Galleta de Navidad para un Padre Soltero || Beneficios Ejecutivos || Su San Valentín Pecaminoso

Conjunto en caja

Los Grandes y Malvados Hermanos Braddock: La serie completa
